
ROBERT
THOROGOOD
CRIMEN
A BORDO
DEL
MARLOW
BELLE
Para resolver un asesinato imposible necesitas a una heroína imposible.



© Alexandre Isard

Robert Thorogood es el creador del éxito televisivo de la BBC One *Muerte en el paraíso*. También ha escrito una serie de *spin-off* de novelas protagonizadas por el inspector Richard Poole. Oriundo de Colchester, Essex, cuando tenía diez años leyó su primera novela —*Peligro inminente*, de Agatha Christie— y está enamorado del género policíaco desde entonces. En la actualidad vive en Marlow, Buckinghamshire, con su mujer, sus hijos y dos galgos ingleses llamados *Wally* y *Evie*.

El marido de Verity Beresford, Oliver, no ha vuelto a casa de su última salida nocturna. Verity, carcomida por la preocupación, no lo duda un solo instante y acude a Judith Potts, la detective estrella de Marlow. Su marido, fundador de la Sociedad de Teatro, había alquilado el Marlow Belle, un yate privado, para una exclusiva fiesta con los miembros de la susodicha sociedad, pero nadie recuerda haberlo visto desembarcar. Cuando el cuerpo sin vida de Oliver aparece en el Támesis, el club del crimen de Marlow sabe que ha llegado su momento.

«Robert Thorogood reúne lo mejor de Inglaterra: personajes excéntricos y una investigación que ni la mismísima Agatha Christie podría haber rechazado». *Madame Figaro*

«Imposible resistirse al singular encanto de Judith Potts y su afición desenfrenada por los crucigramas y el whisky». *Elle*

ROBERT THOROGOOD

CRIMEN A BORDO DEL MARLOW BELLE

ROBERT THOROGOOD

CRIMEN A BORDO DEL MARLOW BELLE

TRADUCCIÓN DE
MARÍA JOSÉ DÍEZ PÉREZ

Primera edición: marzo de 2026

Título original: *Murder on the Marlow Belle*

© 2025, Robert Thorogood, por el texto
Publicado de acuerdo con Johnson & Alcock Ltd.
© 2026, María José Díez Pérez, por la traducción
© 2026, Abacus Futur, S.L., por esta edición
Catedral
Peu de la Creu, 4
08001 Barcelona

Dirección editorial: Ester Pujol
Edición: Iago Fernández
Edición de mesa i producción: Neus Duran
Corrección: Estela Gómez, Mercè Fabregat y Nieves Cumbreras
Diseño e ilustración de la cubierta: Daniel Montero Galán
Maquetación: Booqlab

Producción del ePub: booqlab
ISBN: 978-84-19722-25-6

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.

Para Eileen Breathwick
(1934-2024)

Capítulo 1

Una vez al año a Judith Potts le gustaba «marcar los linderos» de su propiedad. Era algo que se hacía en su pueblo de la isla de Wight cuando ella era pequeña y, al llegar a la Universidad de Oxford, le encantó descubrir que su *college*, Somerville, realizaba la misma ceremonia. Había que encontrar una vara larga con la que se marcaba el perímetro del terreno que poseía uno. Esto se efectuaba, naturalmente, para comprobar que ningún vecino lo había invadido durante el año anterior, pero, en el caso de Judith, también era un ejercicio de geografía psicológica. Como decía ella: «Este es mi mundo. Dentro de sus límites me siento segura».

Siempre elegía el día del equinoccio de otoño para llevar a cabo el ritual. Tenía la sensación de que era el momento perfecto para comprobar que todo en su vida estaba en orden antes de prepararse para resistir los largos meses invernales.

Mientras buscaba una rama en el bosquecillo que crecía en un lateral de su casa le sorprendió que hiciese un tiempo tan poco destacable. Ni calor ni frío, tan solo la más suave de las brisas daba pequeños tirones a las hojas de los árboles, y el cielo era de un gris uniforme. «Benigno», esa era la palabra, cayó en la cuenta Judith. Detestaba la palabra «benigno». Ni siquiera había hecho el frío suficiente para ponerse la capa de lana.

Le encantaba ponerse esa capa, sobre todo el día que marcaba los linderos. Llevarla mientras iba dando golpes con la vara por el terreno —preferiblemente si soplaba un viento tempestuoso— hacía que se sintiera como D'Artagnan o Edmundo Dantés. El hecho de que fuese una mujer placenteramente rechoncha de setenta y nueve años no afectaba a la imagen de intrépida heroína que tenía de sí misma.

Algunos años Judith buscaba algo fino y flexible para atacar las distintas malas hierbas y las matas de ortigas que dejaba que creciesen alrededor de su jardín, pero ese año le satisfizo dar con una rama más

gruesa en el suelo. Tenía un buen peso y, al cogerla, reparó en lo deforme y nudosa que era. Sería perfecta, sí, señor, pensó. Con ella podía causar algunos daños.

Subió el pequeño camino de acceso con el palo, solo se detuvo un instante para coger el vaso de cristal tallado con whisky que había dejado antes en la base del comedero para pájaros, que estaba cojo. A continuación, con la rama en una mano y un vaso lleno de whisky en la otra, se puso a dar golpecitos en el suelo alrededor de los límites de su propiedad, o al menos hasta donde alcanzaba. A esas alturas, el seto de laurel que bordeaba el lateral de su casa era más del triple de alto que ella y estaba gozosamente descontrolado, reparó Judith con satisfacción. Después esquivó con sumo cuidado una pila de palés destrozados cuya existencia solo recordaba un día al año —ese, concretamente— y, como hacía cada año, juró que llamaría a alguien para que se los llevara de allí, aunque sabía perfectamente que no lo haría nunca.

Luego Judith pasó a la tupida hierba del jardín y esbozó una sonrisa de satisfacción. Hacía más de un año que había encendido una colosal hoguera en ese sitio y todavía se podían ver indicios de ella. Un gran círculo de hierba en el centro del jardín estaba mucho más lozano que la zona circundante. Bebió un trago de whisky con aire meditabundo y fue arrastrando la rama tras ella mientras se dirigía hacia la parte inferior del jardín, hacia el río.

Se paró a pensar en lo mucho que habían cambiado las cosas desde que había permitido que Becks y Suzie entrasen en su vida y habían empezado a atrapar asesinos juntas. Aunque sabía que ahora era mucho más feliz que antes, seguía existiendo una pequeñísima parte en ella —de apenas el tamaño de una pastillita de anís— a la que incomodaba dejar que se acercaran tanto. Mostrar a la gente su verdadero yo le inquietaba y no sabía muy bien qué hacer con esa sensación de incomodidad. Lo cierto era que disfrutaba resolviendo crímenes con sus amigas tanto como disfrutaba cerrando la puerta al mundo y acomodándose en la cama con dos tostadas con mantequilla y un buen crucigrama.

Judith levantó la mano izquierda para verse la alianza de boda. Estaba muy bien divertirse cazando a asesinos, pero solo ella entendía

lo que en realidad significaba ese anillo dorado. Representaba a la persona que de verdad era ella.

Judith bebió un generoso trago de whisky y dejó que el tibio líquido se extendiese por su cuerpo y ahuyentara el frío que se le había metido en él. La respuesta, se dijo, era no pensar en el pasado. En vez de hacer eso, fue con su gran palo hasta una mata de ortigas especialmente exuberante que festoneaba el tapiz de campanillas. Tras unos minutos de vigorosas decapitaciones, Judith se sentía mucho mejor y fue capaz de continuar su recorrido sin que volvieran a asaltarla las dudas.

Fue siguiendo la orilla del río, dando golpecitos con la rama a los viejos ladrillos de su casa de botes, y a continuación se acercó al huerto cercado, cuya morera rebasaba la tapia con la clase de vigor que habría dado que pensar al príncipe de *La bella durmiente*. Luego perdió unos minutos cogiendo las espléndidas moras de los leñosos tallos y alternando las bayas con lo que le quedaba de whisky. Así mucho mejor, se dijo. La vida estaba hecha para el placer, y no había nada más placentero que comer frutos recién cogidos del árbol.

Cuando se hubo saciado, y con los labios teñidos de morado por las bayas, Judith continuó recorriendo la linde de su propiedad. Su averiado Jaguar había conseguido sobrevivir otro año con los neumáticos desinflados, con media parte fuera del garaje y la otra media dentro. El columpio de madera en el que jugaba siempre que iba a ver a su tía abuela de pequeña todavía estaba suspendido de una vieja cuerda. Y la tapia derrumbada que separaba su propiedad de un arroyo cercano seguía igual de derrumbada, aunque a Judith le satisfizo ver que a lo largo del año anterior un arbusto de las mariposas había echado raíces en lo alto del montón de piedras.

Tras arrojar la rama al Támesis, Judith dio media vuelta para irse a su casa, donde le sorprendió ver aparcada una vieja ranchera Volvo. No había oído llegar a nadie. También había una mujer junto a la puerta principal.

—¿Hola? —dijo Judith.

—Oh, ahí está —repuso la mujer, que se volvió hacia Judith.

Mientras se aproximaba, Judith vio que la mujer tendría unos sesenta y cinco años, su cabello era castaño liso y estaba increíblemente delgada. Sus piernas, enfundadas en un pantalón vaquero, eran como

dos cañerías y sus brazos parecían dos palos en la holgada blusa blanca. Durante un instante a Judith le vino a la cabeza una mantis religiosa.

—¿La puedo ayudar en algo? —le preguntó.

—Eso espero —contestó la mujer—. Soy Verity Beresford —añadió, e hizo una pausa, quizá contando con que Judith conociera ese nombre —. Siento haber venido sin avisar, pero estoy preocupada por mi marido. Desapareció ayer por la tarde y todavía no ha vuelto a casa. Y no me coge el teléfono, salta directamente el buzón de voz. Ni siquiera llega a sonar.

Judith experimentó una pequeña descarga de adrenalina.

—¿Suele ausentarse de esta manera? —quiso saber.

—No, nunca ha hecho algo así. Bueno, sí es cierto que se va de viaje todas las semanas, pero siempre me hace saber cuándo estará fuera. Que desaparezca así, repentinamente, no había ocurrido nunca.

Judith miró a la aterrada mujer que tenía delante y supo que solo podía responder de una manera.

—¿Por qué no pasa? —la invitó—. Y veremos si entre las dos podemos averiguar qué le ha pasado a su marido.

Judith abrió la puerta e invitó a Verity a que la acompañase a la cocina, donde encendió el hervidor de agua.

—Es muy amable por su parte que esté dispuesta a ayudarme —afirmó Verity.

—No estoy segura de que pueda serle de ayuda.

—Naturalmente que lo será. Ha sido usted de gran ayuda a la ciudad. Al ver que Oliver no había vuelto esta mañana, usted fue la primera persona en la que pensé. Aunque eso no es del todo cierto: primero llamé a la policía.

Judith se mofó, entendía bien el problema que tenía Verity. Cuando Stefan Dunwoody, su vecino, desapareció hacía unos años, a la policía no le pareció sospechoso en modo alguno que un adulto se hubiese ausentado. En su día a Judith le resultó sumamente frustrante y ahora veía lo frustrante que le resultaba a Verity.

—Y le dieron largas —adivinó Judith mientras vertía agua hirviendo en una larga tetera marrón.

—Efectivamente —repuso Verity—. Dijeron que no podían intervenir hasta pasadas cuarenta y ocho horas y que la mayoría de la

gente aparecía en ese plazo.

—Pero ¿por qué está usted tan segura de que su marido no va a aparecer?

—Estaba con él justo antes de que desapareciera ayer por la tarde. Haciendo un pequeño recorrido en barco por el Támesis.

—Qué agradable.

—Da la casualidad de que era un acontecimiento un tanto especial. ¿Conoce usted la compañía de teatro Marlow Amateur Dramatic Society?

—Lo siento, no he asistido a ninguna de sus obras —admitió Judith al tiempo que le pasaba una taza de té.

—Ah, no se preocupe, no tendría por qué haberlo hecho. Sobre todo, si el teatro no es lo suyo. Pero la compañía la fundó Oliver (que es mi marido) en los años ochenta. Se podría decir que es la obra de su vida. En cualquier caso, ayer era una tarde de gran celebración, porque Lizzie Jenkins estaba con nosotros. ¿Sabe quién es? ¿La estrella de cine?

Judith no era consciente de haber visto una sola de las películas de Lizzie Jenkins, pero sabía que se la consideraba una especie de *enfant terrible* en la industria cinematográfica. Bebía demasiado y rompía demasiados matrimonios.

—Solo conozco el nombre por los periódicos —contestó Judith.

—Es muy buena. Pero la cuestión es que es oriunda de Marlow y cuando era más joven formaba parte de la MADS (así es como llamamos a la Marlow Amateur Dramatic Society).

—¿Lizzie Jenkins es de Marlow?

—Pues sí —aseveró con orgullo Verity, y Judith vio que el pánico que sentía la mujer por la desaparición de su marido libraba una batalla contra la emoción que le producía la presencia de un famoso y durante un breve instante perdía—. Ha venido nada menos que desde Hollywood solo para darle las gracias a Oliver por formarla cuando era una adolescente. Atribuye a Oliver el mérito de ser la primera persona que despertó su pasión por la actuación, ¿sabe?

—Conque estaban todos juntos en el barco, ¿no es así? —recapituló Judith para encarrilar de nuevo la conversación.

—Ah, naturalmente, sí, así es. Lizzie alquiló un yate de recreo muy lujoso (una de esas reliquias de los años veinte, ¿sabe?) llamado Marlow

Belle. Todo era muy glamuroso. Que no es que Lizzie se las dé de nada, desde luego que no. Encargó todo un festín al Marlow Bar and Grill y a Harrow and Hope el mejor vino espumoso. Fue todo muy especial.

—¿Adónde fueron? —quiso saber Judith.

—Fuimos de Marlow a la esclusa de Maidenhead Lock y volvimos.

—¿Y su marido estaba en el yate?

—Estaba en el yate, sí. Hay algo más que debería mencionar. Oliver es excéntrico, en todos los sentidos. Tiene una gran presencia, no sé si me explico, y su voz es tan atronadora que uno siempre sabe cuándo está. Pero la cosa es que, cuando volvimos a Marlow y todos nos estábamos yendo, no sé si vi desembarcar a Oliver. Entiendo que debía estar allí: estoy casi segura de que Duncan dijo que vio que se dirigía al centro antes que nosotros. Duncan es el director técnico de la MADS. Me extrañó que Oliver se escabullese así, pero debo admitir que tampoco es que estuviese prestando mucha atención. Habíamos estado bebiendo vino espumoso unas cuantas horas, y era tan estimulante hablar con Lizzie de cómo era su vida en Hollywood. He de confesar que estaba un poquito achispada. Aunque me enfadé, y mucho, cuando todo el mundo se despidió y me di cuenta de que Oliver ya se había ido. Aunque solo fuese porque era una grosería con Lizzie. Dio la impresión de que le decepcionaba que Oliver se hubiese ido sin decir adiós. Así que me fui a casa para averiguar qué le pasaba, pero no estaba allí.

—¿A qué hora fue esto?

—No lo sé con exactitud. Volvimos a Marlow a las seis y algo. Tal vez fuesen las seis y media. Yo llegué a casa a las siete o las siete y media.

—¿Y cuándo vio por última vez a su marido con seguridad?

—Eso es lo que me pareció sorprendente. No recuerdo haberlo visto en el barco en ningún momento durante la vuelta. Dijo unas palabras (brindó por el éxito de Lizzie) cuando salimos de Marlow. Y recuerdo verlo cuando nos dirigíamos a Maidenhead. Todos estábamos paseándonos por el yate, bebiendo y charlando, tanto dentro como en la cubierta, pero no recuerdo verlo cuando dimos la vuelta e iniciamos el camino de regreso.

—¿Pudo bajarse del barco en Maidenhead?

—No sé cómo. Permanecimos en el centro del río todo el tiempo y el yate no se detuvo en un embarcadero ni nada por el estilo. No se bajó.

—Qué curioso. ¿Y en las esclusas?

—Solo hay una entre Maidenhead y Marlow, y no se bajó, estoy segura. Hay una pequeña área de recreo en la parte trasera del barco y estábamos todos allí cuando pasamos por la esclusa. Ahora que lo pienso, recuerdo haber visto a todos los demás, pero no a Oliver. Pero lo desconcertante no es eso, sino el hecho de que después no fuese a casa. Eso es lo que me asustó de verdad. Porque, a ver, ¿quién desaparece así? ¿Y no coge ninguna llamada de teléfono ni contesta a ninguno de los mensajes y correos electrónicos que le he estado mandando a lo largo de la noche?

—Sí, resulta un tanto extraño, ¿no? Pero, si me permite la pregunta, ¿por qué ha acudido usted a mí?

Por lo visto, la pregunta cogió por sorpresa a Verity, que no contestó en el acto.

—Sospecha que le ha pasado algo, ¿no es eso? —la ayudó Judith—. Algo malo.

—No, claro que no —negó Verity.

Judith bebió un sorbo de té y sopesó a la mujer que tenía enfrente. El nerviosismo de Verity parecía genuino, pero no pudo evitar la sensación de que su encuentro era un tanto efectista. Era la forma en que actuaba Verity, casi como si estuviese representando el papel de la esposa atemorizada. Tendría sentido, pensó Judith. Después de todo, a Verity le gustaba el teatro *amateur*, ¿no? ¿Era este otro papel para ella?

Un tono de llamada empezó a sonar en el bolsillo trasero del pantalón de la mujer, que se sacó el teléfono y frunció el ceño al ver la pantalla.

—¿Es él? —le preguntó Judith.

—No —repuso Verity—. Es Sally Boulton.

—¿Quién es?

—Una vieja amiga. En su día hizo algunos papeles menores en obras de la MADS. Me pregunto qué querrá.

Verity cogió la llamada.

—Sally, ¿cómo estás? —se interesó. Tras escuchar unos segundos, exhaló con fuerza y empezó a farfullar «No, no, no», una y otra vez.

Después el móvil se le cayó de la mano y fue a parar al suelo.

—¿Qué sucede? —quiso saber Judith.

—Es Oliver. Han encontrado su cuerpo.

Y, a continuación, Judith vio el momento en que Verity comprendió lo que significaba eso.

—Ha muerto.

Capítulo 2

Sally, la amiga de Verity, había encontrado el cuerpo de Oliver en un recodo del río, a medio camino entre Marlow y el vecino pueblo de Bourne End. Judith sabía que la forma más rápida de llegar hasta allí era por el río, así que ayudó a Verity a bajar por el jardín, entrar en la casa de botes y subirse a su chalana. Verity no opuso resistencia. Era como si fuese sonámbula. Judith pensó que era perfectamente comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias.

Esa misma semana había caído una tormenta, así que el Támesis venía crecido y la corriente era rápida. Judith utilizó la pértiga de remo y dejó que el peso del agua las impulsara. Pasaron por delante de la antigua torre de la abadía de Bisham antes de que Marlow quedara a la vista. La iglesia de Todos los Santos era el epicentro de la ciudad, su capitel se alzaba alto en el cielo y, esa mañana, la ciudad rebosaba especialmente de vida. Un equipo juvenil estaba metiendo en el río un bote de remo junto al puente colgante, un grupo de jóvenes corría hacia y desde pequeños conos en Higginson Park y había gente paseando por el Camino del Támesis, dando de comer a los patos, charlando y dejando que sus perros corrieran desordenadamente. Judith no pudo evitar comparar su alegría con el dolor que sentía Verity. A Judith la estampa casi le pareció mitológica. A su alrededor la vida bullía y, sin embargo, allí estaba ella, como Caronte, llevando a una viajera solitaria hacia la muerte.

Cuando dejaron atrás la ciudad, entraron en un paisaje de campos a un lado y, al otro, una colina arbolada salpicada de bonitas casas. Verity siguió ajena a todo y Judith continuó impulsando la chalana en silencio.

Unos diez minutos más tarde, cuando dio la vuelta a un amplio meandro, vio a algunas personas apiñadas junto a la orilla del río. Rodeaban un bulto oscuro que bien podía ser un cuerpo. Daba la impresión de que la corriente lo había arrastrado hasta una de las pequeñas playas que creaban las vacas en los campos cuando bajaban a

beber al río. Cuando estuvo más cerca, Judith llevó la chalana hasta un lecho de juncos que había justo delante de la playita y hundió la pértiga en el fango para que la embarcación no acabara a la deriva.

—¿Está segura de que quiere hacer esto? —le preguntó a Verity.

Esta levantó la cabeza, todavía sin entender nada, pero asintió.

—De acuerdo —respondió Judith.

Judith salió de la chalana y ayudó a bajar a Verity. Cuando se aproximaban al grupo de personas, una mujer de mediana edad y rostro afable, que llevaba un chaleco azul marino y botas de agua de lunares, fue a su encuentro.

—Cuánto lo siento —dijo la mujer.

Judith dedujo que debía de ser Sally Boulton.

—¿Seguro que es Oliver? —quiso saber Verity.

—Hemos llamado a la policía y a la ambulancia, pero yo sabía que tenía que llamarte a ti. Debías ser la primera persona a quien se lo dijese.

Verity dejó plantada a su amiga y continuó andando hacia la ladera que descendía hasta el cuerpo. Judith fue tras ella.

Había un hombre tendido bocabajo, mitad dentro y mitad fuera del agua, con los brazos a los costados y la cabeza vuelta hacia ellas. Judith vio que aparentaba unos sesenta años y tenía el pelo blanco y un barrigón que le levantaba la parte baja de la espalda y el trasero. Verity cayó de rodillas junto al cuerpo y Judith fue a su lado y se agachó con cuidado en el barro para ofrecerle un poco de consuelo. E inspeccionar mejor el cuerpo.

A lo lejos se oían sirenas que se aproximaban.

Judith vio que Oliver llevaba un pantalón de algodón beis y una camisa de rayas azules y blancas en la que se distinguía una mancha oscura en el abdomen. Al pasarle un brazo por los hombros a Verity, pudo inclinarse hacia delante y mirar desde más cerca. Había un orificio en la tela en el costado del cuerpo, y vio que allí la piel era más oscura, estaba magullada.

A Oliver le habían disparado.

Tras mirar más detenidamente, Judith reparó en una segunda mancha de sangre desvaída que daba la impresión de estar justo entre los omóplatos de Oliver. Había otro orificio en la tela que parecía ser de

una bala. Judith cayó en la cuenta de que le habían disparado dos veces. Lo cual descartaba que las heridas se las hubiese infligido él mismo. Después de todo, era muy poco probable que alguien que acababa de pegarse un tiro pudiera dispararse por segunda vez.

Eso no era obra del propio Oliver. Lo habían asesinado.

Judith miró de reojo a Verity. ¿Sabía que era esto lo que le había pasado a su marido? Y, de ser así, ¿por qué querría pedirle a ella que la ayudase a dar con él?

Volvió a centrar su atención en el cuerpo y se fijó en que Oliver llevaba un reloj en la muñeca izquierda. Las manecillas de la esfera marcaban poco más de las seis. El hecho de que el segundero no se moviese sugirió a Judith que el cuerpo de Oliver había terminado en el río poco después de las seis de la tarde del día anterior. Eso suponiendo que el reloj se hubiera parado cuando Oliver cayó al río, desde luego.

A continuación se percató de que tenía cortes profundos y magulladuras en la cara interior de la muñeca y el antebrazo, alrededor de la correa.

—Será mejor que nos vayamos —observó Judith, volviéndose hacia Verity, lo que le permitió echarle un vistazo al otro brazo de Oliver: tenía marcas similares en la muñeca y el antebrazo derechos. Había forcejeado con alguien antes de morir, infirió Judith. O tal vez las heridas fuesen *post mortem*. Aunque, al mirar de nuevo la mano que le quedaba más cerca, Judith vio que en uno de los cortes de la palma había algo incrustado. Parecía una pequeñísima astilla de madera roja.

Era increíble lo que se podía descubrir mientras se reconfortaba a una viuda afligida, pensó Judith. Pero antes de que pudiera seguir examinando el cuerpo, dos coches patrulla y una ambulancia se aproximaron dando sacudidas por el campo y se detuvieron junto a los curiosos.

La primera persona que se bajó del coche patrulla que iba delante fue una mujer con pinta de eficiente, que llevaba un elegante traje gris y el brillante cabello negro recogido en una tirante coleta alta. Era la inspectora Tanika Malik. Condujo a su equipo hacia el río a toda velocidad y le pidió de manera clara y concisa que asegurase la escena, dispersase a los curiosos y estableciera un perímetro, pero frenó en seco al ver a Judith arrodillada junto al cuerpo.

—Tú... no me lo puedo creer —dijo Tanika, sin dar crédito.

Judith sonrió para ofrecerle una disculpa que ambas mujeres sabían que no era ni remotamente sincera.

Capítulo 3

Mientras Tanika y su equipo trabajaban en la escena del crimen, Judith se encargó de unirse a los demás testigos para no interferir. Eso también le permitió llamar a sus dos amigas, Becks Starling y Suzie Harris.

—¡La leche! —exclamó Suzie nada más llegar y ver la impactante estampa que ofrecía el cuerpo.

—Pobre hombre, acabar tirado así —comentó Becks después de que Judith les contase cómo había acabado en la escena del crimen.

—Un momento —pidió Suzie—, ¿su mujer fue a verte porque el marido no había vuelto a casa?

A Suzie, paseadora de perros oriunda de Marlow, había pocas cosas que le resultaran alarmantes, y menos la revelación de que bajo la pulcra fachada de muchas personas acechaba un corazón negro capaz de cometer un asesinato.

—En efecto —confirmó Judith.

—Entonces lo mató ella —afirmó Suzie, los pies plantados con firmeza en el suelo mientras daba a conocer su veredicto.

—Sí, yo también me lo he planteado —admitió Judith—. Es mucha coincidencia, ¿no? Acude a mí para que la ayude y asegura que está disgustada porque su marido no aparece. Más tarde, cuando encuentran su cuerpo, puede contar conmigo para que diga que estaba intentando dar con él desesperadamente, lo que implica que no sabía que había muerto.

—No me puedo creer que hayáis sacado esa conclusión tan deprisa —apuntó Becks, horrorizada con el cinismo que mostraban sus amigas. Becks era la mujer del pastor de Marlow y, de las tres, a la que suponían un mayor desafío sus roces con el asesinato—. Estaba preocupada porque su marido había desaparecido, normal que acudiera a ti.

—¿Estás de coña? —soltó Suzie—. La mayoría de las mujeres a las que conozco abriría una botella de champán si su marido no fuera a casa por la noche.

—Creo firmemente que Suzie tiene razón —aseveró Judith—. Como mínimo, resulta extraño que pensara tan pronto que había pasado algo malo como para sentir la necesidad de involucrarme a mí.

—Supongo que sí —concedió Becks—. Y la cuestión es que yo conocía un poco a Oliver Beresford y no me cuesta imaginar que tuviera unos cuantos enemigos. Era una especie de fuerza de la naturaleza —añadió, estremeciéndose—. Hay quien incluso diría que un tirano.

—¿Lo conocías por la iglesia? —le preguntó Judith.

—Sí. Por motivos que no termino de entender, Oliver siempre ha dirigido el auto de Navidad, aunque es evidente que no está capacitado para hacerlo. Una vez hizo llorar a José por olvidar su texto. Y, ahora que lo pienso, el año pasado empujó al ángel Gabriel y lo tiró del escenario. No era su intención, o al menos eso dijo él. Por lo visto, solo quería colocarlo en el lugar adecuado, pero así y todo fue espantoso.

—Parece una persona horrible —afirmó Suzie.

—Debo decir que no me cayó bien. Me pareció demasiado brusco.

—Vaya, qué interesante —observó Judith—. De modo que tenemos a un hombre brusco al que han matado a tiros y a una esposa que tardó muy poco en olerse el juego sucio.

—Quizá debieras apartarte de ella —aconsejó Suzie.

—¿Por qué? —preguntó Judith.

—Quizá debieras intentar no juntarte con una mujer que podría ser una asesina.

—¿Por qué te preocupa tanto mi seguridad de repente?

—¿A mí? —repuso Suzie con cierto sentimiento de culpa, como si la hubiesen pillado con las manos en la masa—. Por nada.

—Me estás mirando con cara rara.

—No seas boba, Judith. ¿Por qué iba a mirarte con cara rara?

—Porque lo estás haciendo. Como si hubiese algo que estuvieses intentando no decir.

Suzie se encogió de hombros como para dar a entender que no sabía de qué le estaba hablando Judith y no dijo más. Judith y Becks se miraron; ambas se habían percatado de lo incómoda que se sentía de pronto su amiga.

—¿Os he contado que Chloe va a venir a casa? —dijo Becks para cambiar de tema.

—¿Sí? —se interesó Suzie.

Chloe estudiaba Ciencias de las Religiones en la Universidad de Exeter, estaba en segundo, algo que ni Becks ni su marido, Colin, terminaban de creerse aún.

—Todos los estudiantes van a casa durante la semana de descanso que hacen en la mitad del trimestre.

—Es estupendo —se alegró Judith.

—Va a venir con su novio. Pasarán la semana estudiando juntos.

—Sí, claro —dijo Suzie con una sonrisa.

Becks también sonrió, pero con más reserva.

—Si ella es feliz, yo soy feliz —aseguró.

—Y Sam, ¿qué tal? —le preguntó Judith.

El año anterior Sam, el hijo de Becks, no sorprendió a nadie cuando en los exámenes de secundaria sacó unas notas que a sus padres les parecieron deliberadamente excéntricas: un sobresaliente, un aprobado y un aprobado raspado. A Sam le pareció guay su popurrí de resultados, y eso era lo único importante. Puesto que nadie —el colegio, el propio Sam, sus amigos o incluso sus padres— sabía lo que podía hacer con semejante cajón de sastre de notas, decidió tomarse un año sabático. El hecho de que después no enviara ninguna solicitud de admisión a ninguna universidad cuando llegó el momento de hacerlo fue algo que intentó abordar diplomáticamente yendo a África con una organización benéfica.

—A Sam le va bien, creo —contestó Becks—. Está en un pueblo de Namibia, construyendo un pozo que, que yo sepa, nadie del pueblo ha pedido. Pero supongo que así no se mete en líos, conque podría ser peor.

—Ay, ay, ay —farfulló Suzie al ver que Tanika iba hacia ellas—. Hablando de líos...

—Esta vez no es culpa mía —dijo Judith, que quería defenderse primero cuando Tanika se detuvo delante de las mujeres.

—Y, sin embargo, aquí estás —repuso Tanika—. Aquí estáis todas.

—No sabía que una mujer iría a verme esta mañana. Y que poco después encontraríamos muerto a su marido.

—¿Y Becks y Suzie?

—Digo yo que podré pedir a mis amigas que vengan a darme apoyo moral después de llevarme semejante impresión.

—¿Me quieres hacer creer que esto ha sido una impresión para ti?

—Siempre impresiona ver un cuerpo. Sobre todo cuando le han disparado. Murió de las heridas de bala, ¿no?

—La policía científica podrá determinar la causa exacta de la muerte a su debido tiempo. Aunque tienes razón, por lo visto le dispararon dos veces. Una bala le entró por el costado y la otra, al parecer, le acertó en el corazón.

—¡Ay! —exclamó Suzie.

—Ay, sí.

—¿Qué tal está Verity? —quiso saber Judith.

—No muy bien —reconoció Tanika.

—¿Te ha contado que no había vuelto a ver a su marido desde ayer por la tarde? —señaló Judith.

—Sí.

—¿La crees?

—Por el momento solo estoy intentando recabar toda la información posible.

—Me contó que estuvo en un yate con la actriz de cine Lizzie Jenkins hasta poco después de las seis.

—¡No jorobes! —dijo Suzie.

—¿Tan sorprendente es? —se interesó Judith.

—¿Lizzie Jenkins es sospechosa de asesinato?

—No adelantemos acontecimientos, señoras —pidió Tanika—. Estoy dispuesta a admitir que muy probablemente nos encontremos ante un posible asesinato que es preciso investigar, pero no podemos dar por sentado ningún hecho.

—¿Sabes quién más estaba en el barco? —le preguntó Judith.

—Verity está confeccionando una lista. No quería presionarla tan pronto después de lo que ha pasado.

—¿Y sabes de quién era el yate? —terció Judith.

Tanika vio que a Judith se le había ocurrido algo. Entornó los ojos:

—¿Por qué lo preguntas?

—Vi que había astillas de madera en los cortes que Oliver tiene en la mano. De un rojo oscuro. Si el yate en el que estuvieron tiene pintura de ese color, podría ayudar a demostrar que en la embarcación se produjo una pelea y que allí es donde murió la víctima. Antes de que arrojaran su cuerpo al río… o de que Oliver cayera a él.

—Sí, admitiré que me estaba preguntando eso mismo. Y ya que lo preguntas, el barco se alquiló a un hombre llamado Lance Goodman.

Suzie cambió el peso del cuerpo a una cadera.

—¿Lance Goodman? —preguntó con un grado de descaro que solo podría describirse como «máximo».

—¿Lo conoces? —quiso saber Tanika.

—Mmm —contestó Suzie, como si sopesase si sabía la respuesta. No dijo nada más sobre el tema, y las mujeres comprendieron que Suzie no iba a dar ninguna explicación.

—Bien, mirad —dijo Tanika, que quería dejar clara su postura—. Vamos a tener que tomarte declaración, Judith, en vista de que estabas con la mujer del difunto cuando encontró el cuerpo. Y, solo para que lo sepáis, es posible que os pida a las tres que me echéis una mano con el caso. Pero es muy importante que entendáis que no tenéis derecho a involucraros sin más.

—¿Aunque yo ya lo esté? —puntualizó Judith—. Y Becks conoce bien al fallecido.

—Yo no…

—Estaba deseando contarnos que era un tirano. Y todas vemos perfectamente que Suzie conoce a Lance Goodman.

Las mujeres miraron a Suzie para que confirmase lo que había dicho Judith, pero ella estaba mirando a lo lejos, como si estuviese observando un campo de batalla con los cadáveres de todos aquellos a los que había matado.

Vieron que Suzie tomaba una decisión y que, acto seguido, echaba a andar hacia los juncos donde Judith había clavado la pértiga.

—Venid —pidió.

—¿Adónde vas? —preguntó Tanika.

—No tengo por qué decírtelo.

—Vas a hablar con Lance, ¿a que sí?

—Soy ciudadana de este país, puedo hablar con quien me dé la gana.

—Sobre todo cuando tú estás ocupada aquí, procesando la escena del crimen —dijo Judith a Tanika, guiñándole un ojo, antes de ir con su amiga.

Tanika miró a Becks.

—Creo que las dos son mujeres brillantes —observó Becks—, pero me gustaría que no fuesen tan... ¿cuál es la palabra que estoy buscando?

—¿Volubles? —sugirió Tanika.

—Eso. Son volubles, ¿no? A veces resulta agotador.

—Anda, vete —dijo cordialmente Tanika—. Ve con ellas.

—¿No te importa?

—Claro que me importa, y mucho, pero no podría detenerlas aunque lo intentase, y tú tampoco. Y tienen razón. Tengo que hacer aquí, en la escena. Ir a ver lo que hace Lance podría ser de utilidad.

—Gracias —dijo Becks, y se dio la vuelta y salió corriendo para dar alcance a sus amigas.

Mientras veía que las tres empezaban a discutir sobre cuál era la mejor manera de subirse a la chalana de Judith, Tanika no pudo evitar sonreír. Esas tres mujeres a menudo eran exasperantes, siempre se negaban a obedecer órdenes y parecían causar tantos problemas como solucionaban, pero ella sabía que en lo que respectaba a atrapar asesinos no había nadie mejor. Si alguien podía desentrañar cómo había acabado Oliver Beresford con dos balas en el cuerpo, serían Judith, Suzie y Becks.

Capítulo 4

El astillero de Lance Goodman era propiedad de su familia desde hacía más de cien años, y al parecer no había cambiado mucho durante ese tiempo. De hecho, no habría estado fuera de lugar en una película del salvaje Oeste, con sus construcciones de tablillas deslustradas por los elementos, su embarcadero medio podrido y montones de equipo estropeado, sogas deshilachadas y barcos viejos. Y, justo al lado, en un pequeño afluente que desembocaba en el Támesis, había unos cuantos barcos viejos de verdad, medio sumergidos.

La única excepción era un flamante yate que se hallaba amarrado orgullosamente delante del taller principal. El Marlow Belle era un precioso yate de madera —pulida hasta proporcionarle un reluciente lustre— que contaba con un puesto de mando cerrado en la parte delantera, ojos de buey de latón en un costado y una amplia zona de ocio en la parte posterior. A diferencia de todo lo demás que había cerca, parecía encontrarse en perfecto estado.

Cuando amarró su chalana y ayudó a sus amigas a desembarcar, Judith vio el Marlow Belle y a la cabeza le vino la clase de embarcaciones que en los años veinte del siglo pasado posiblemente llevasen a británicos menesterosos de Portsmouth a Dinard, en Francia. Sus líneas y su diseño eran muy elegantes, estaba claro que era una embarcación para uso recreativo, aunque tampoco pudo evitar percatarse de que la cubierta de la parte posterior solo estaba a unos treinta centímetros por encima del agua y era de un rojo intenso.

Judith se inclinó hacia delante desde el embarcadero para verla mejor, pero Suzie la agarró del brazo.

—¿Se puede saber qué haces? —se extrañó Judith.

—Perdona, perdona —se disculpó su amiga—. Pensé que estabas a punto de caer al agua.

—¿Por qué demonios has pensado eso?

—Me pareció que ibas a acabar en el río.

—Hoy no hay quien te entienda, Suzie Harris. Primero dices que no puedo juntarme con asesinos y ahora sugieres que no puedo mirar un barco sin terminar en el Támesis.

Suzie tuvo la delicadeza de parecer abochornada y Becks hizo lo que hacía siempre que se avecinaba una tormenta: intentó calmar las aguas.

—¿Crees que es el barco que utilizaron? —preguntó.

Antes de que Judith pudiera contestar, oyeron un portazo cerca y vieron salir a un hombre de una barcaza verde oscura que estaba amarrada en el brazo de río al lado del edificio principal. Llevaba en las manos un panel aislante con la parte posterior plateada y, cuando se aproximó, Judith se percató de que no era muy alto —quizá solo midiera lo mismo que ella—, pero lo compensaba en musculatura. De hecho, cuando dejó el panel en el suelo y le vio la figura bajo la apretada camiseta, a Judith le pareció que era todo músculo.

El hombre profirió un gruñido al ver que las mujeres lo estaban esperando.

—Ese es Lance Goodman —informó Suzie, a la que verlo le hizo la misma gracia que por lo visto a él verlas a ellas. Lance cogió un trapo, se limpió las manos y fue hacia las mujeres. Cuando lo tuvo más cerca, Judith vio que tenía cincuenta y tantos años, no se había afeitado en varios días e irradiaba un algo sospechoso, como si ya contase con que tres mujeres de mediana edad le iban a dar problemas. Claro que, a juzgar por la cara que estaba poniendo Suzie, Judith vio que, en efecto, iba a haber problemas.

—Suzie. —Fue lo primero que dijo.

—Lance —contestó ella.

Pese a su aire sospechoso, Judith vio que Lance tenía unos ojos luminosos del azul más claro. Y pestañas espesas. Se dio cuenta de que, de cerca, en realidad era bastante atractivo. Como un Paul Newman de bolsillo.

—Soy Judith Potts —se presentó.

—Y yo Becks Starling —dijo a su vez Becks—. ¿Le importa que le hagamos unas preguntas sobre la tarde de ayer?

Lance miró a las mujeres desconcertado.

—¿Qué quieren saber? —respondió.

—Pues, para empezar, ¿de verdad iba Lizzie Jenkins con ustedes? ¿La conoció?

—Es posible. ¿Por qué lo preguntan?

—Acaba de aparecer en el río el cuerpo de Oliver Beresford —repuso Judith—. Alguien le disparó. Dos veces.

Lance no dijo nada; no reaccionó de ninguna manera.

—¿Es que no le sorprende?

Lance miró a Suzie.

—Es broma, ¿no?

—No —confirmó Suzie.

—No tiene nada que ver conmigo —aseguró Lance mientras miraba de reojo el yate de recreo que estaba amarrado en el embarcadero.

—Sí, eso ya lo suponía —dijo Judith—. Ese es el barco en el que los llevó, ¿no?

Tras un momento de reflexión, Lance asintió.

—Es muy bonito —alabó Judith.

—Estaba hecho un desastre cuando me hice con él. Solía hacer la ruta de aquí a Abingdon, en Oxford, y bajar hasta Chelsea, en Londres. Y fue una de las embarcaciones civiles que participaron en la evacuación de Dunkerque. Cuando lo encontré, no pude dejar que muriese. Me he pasado los dos últimos años poniéndolo a punto.

—Es espléndido —aseveró Judith.

—¿Por qué le interesa tanto?

—Una muy buena pregunta —concedió Judith—. Nos gustaría saber qué pasó ayer por la tarde, oficialmente. Estamos con la policía, ¿sabe?

—En realidad no… —la interrumpió Becks.

Judith le dio un codazo a su amiga en las costillas y terminó la frase por ella:

—… le quitaremos mucho tiempo.

Lance miró a las mujeres y se puso a pensar.

—¿De verdad ha muerto?

—De verdad —confirmó Suzie.

—Qué locura. Alguien como él.

—¿A qué se refiere con lo de «alguien como él»? —le preguntó Becks.

—No era la clase de tipo que uno pensaría que iba a morir, ¿sabe? Lo he visto por el centro y siempre habla muy alto. Y viste como un puñetero *lord*, paseándose por High Street con esos chalecos ridículos. Una vez creo que lo vi con un sombrero del que salía una pluma. No le favorecía, un hombre tan grandote.

—¿Diría usted que era un pisaverde? —precisó Judith.

—Eso no sé lo que es, pero era presumido, se lo aseguro. Quería que el mundo lo mirase todo el tiempo.

—¿No le caía a usted bien?

—Creo que no había hablado nunca con él hasta hace unas semanas. No tengo ninguna opinión, ni buena ni mala. Yo solo digo que en Marlow todo el mundo lo conoce. Igual que a usted —añadió Lance mirando a Judith.

—¿A mí? —se extrañó Judith, a la que siempre sorprendía que gozase de cierta reputación en la ciudad.

—Entonces, dices que no habías hablado nunca con él hasta hace unas semanas, ¿no? —le preguntó Suzie.

—Eso digo. Me llamó de repente. Dijo que tenía una petición ultrasecreta. Quería alquilar el Marlow Belle; así es como se llama —añadió Lance, henchido de orgullo, al tiempo que señalaba el yate.

—¿Dijo que era un secreto? —quiso saber Judith.

—Quiso que firmase un papel en el que declaraba que no le contaría a nadie que él estaba alquilando el barco. Le dije por dónde se lo podía meter. Si quería que mantuviera el pico cerrado, lo único que tenía que hacer era pedírmelo y yo le daría mi palabra. Soy un hombre de palabra.

Suzie se echó a reír y Lance la miró con mala cara, pero no dijo nada.

—No lo entiendo —terció Becks—. ¿Por qué tenía que ser un secreto?

—Averigüé el motivo ayer. Para empezar, Oliver y sus amigos fueron después de comer para preparar el yate. Comida, vino en cubiteras, un proyector con su pantalla en el camarote principal. Querían poner vídeos de la Marlow Amateur Dramatic Society. Dios me asista, pero era esa clase de gente. Actores. Entendí por qué estaban tan emocionados cuando llegó la estrella de cine Lizzie Jenkins.

—Todavía no me puedo creer que esté aquí, en Marlow —opinó Becks—. ¿Cómo es?

El recuerdo hizo sonreír a Lance.

—Lo primero que hizo fue pimplarse una copa de espumoso. Para cuando se quiso presentar a todo el mundo ya iba por la tercera copa y se había encendido el segundo pitillo. Me cayó bien. No hay nada que haga sentir más cómodo a uno que conocer a alguien que se descontrola.

—¿Pensó usted que estaba descontrolada? —quiso cerciorarse Becks.

—Puede que haya exagerado un poco, pero digamos que no le iba mucho la ceremonia. Zarpamos a eso de las tres, llegamos a la esclusa de Cookham unos cincuenta minutos más tarde. Después seguimos directamente hasta Maidenhead.

—¿Qué hizo la gente durante todo ese tiempo?

—Yo no vi gran cosa. El puesto de mando del Marlow Belle está en la parte delantera del yate —contó Lance al tiempo que apuntaba hacia la cabina acristalada—. Pero eran ruidosos. Se reían, charlaban, descorchaban espumoso y entraban y salían de los camarotes.

—¿Su yate tiene camarotes? —preguntó, impresionada, Judith.

—Se construyó para hacer más que excursiones de un día. Oliver quería que todo el mundo viviera la experiencia completa, así que cada uno tenía su propio camarote.

—Tampoco es que les hiciera falta en una travesía tan corta —apuntó Suzie.

—Ese tipo alquiló el barco, a mí eso me daba lo mismo.

—Entonces todos se llevaban bien, ¿no? —le preguntó Judith.

—Eso creo.

—¿Qué pasó cuando llegaron a Maidenhead?

—No gran cosa. Cuando casi estábamos en la esclusa, di la vuelta. Tardamos alrededor de una hora y media en volver y atracamos a eso de las seis y media. Todo el mundo desembarcó, yo traje el yate aquí y eso fue todo.

—¿Le importaría decirme en qué punto del río estaba el barco a las seis? —quiso saber Judith.

—A ver —empezó Lance mientras intentaba ordenar sus ideas—. Salimos de la esclusa de Cookham a las cinco y media o las seis menos veinte, diría yo, así que a las seis supongo que estábamos a medio camino entre Cookham y Marlow.

—Gracias —respondió Judith—. ¿Y cómo estaba Oliver ayer?

—Pues justo como me esperaba que estuviese. Se creía el centro de atención y era un tanto condescendiente. Sobre todo con Lizzie. Todos los demás iban con pies de plomo con ella, incluido yo. No todos los días está en Marlow una estrella de Hollywood de carne y hueso. Pero él era paternalista, como si fuese el gran actor o director o lo que sea que es y ella una doña nadie.

—¿Nos podría dar algún ejemplo?

Lance se paró a pensar y contestó:

—Pronunció un discursito antes de zarpar en el que dijo que Lizzie había aprendido a actuar con la Marlow Amateur Dramatic Society y ella tenía mucho que agradecerles por ello.

—¿Cómo estaba ella mientras Oliver decía esto?

—No parecía molesta. Creo que le hacía gracia. A su manera, tiene bastante clase. A pesar de lo que bebe y lo que fuma, así es como la describiría: con clase. Tiene ese aire de haberlo visto todo y de que nada le puede sorprender o impresionar.

—¿Quién más estaba en el barco? —preguntó Becks.

—Déjeme pensar. Estaban Oliver y Lizzie, como ya he dicho. Y la mujer de Oliver, Verity.

—Sí, la conozco —aseveró Judith—. ¿Qué opinión le merece?

—Supongo que parecía agradable. Aunque no presté mucha atención. También estaba Duncan Wood —añadió Lance con una risita.

—¿Quién es? —se interesó Becks.

—Un tipo majo. Vive en una casa flotante, así que lo conozco desde hace unos años (la gente del río se cuida entre sí), hace trabajillos en la ciudad. Ya sabe, le cambia la instalación eléctrica o levanta un muro o se instala en su casa cuando usted se va de vacaciones para cuidarle el gato. Veamos, ¿quién más estaba...? La última persona que subió a bordo fue un tipo al que no esperaba ver: se llama Toby Vincent. Trabaja en el taller Platts. No sé qué pintaba en el yate con todos esos actores.

—¿Lo conoce?

—No exactamente, pero hablamos del motor del barco. Está dando un poco de guerra, y él tenía algunas ideas de lo que le podía pasar. Me pareció un buen tipo.

—¿Quién más estaba allí?

—Nadie más. Solo eran cinco: Oliver y su mujer, Verity; Lizzie, y Duncan y Toby.

—Y usted —añadió Judith—, que era la sexta persona.

—Supongo, sí.

—¿Y está seguro de que no había nadie más a bordo?

—Seguro.

—¿No pudo colarse alguien antes?

—Cuando llegaron todos, les enseñé el yate. Ayer era su viaje inaugural, quería presumir de él. Metieron las narices en todas partes. No había ningún polizón.

—¿Pudo subir alguien después de zarpar?

—De ninguna manera. No paramos y no atracamos en ninguna parte.

—¿Qué me dice de la esclusa de Cookham? —planteó Becks—. Tuvo que amarrar el barco cuando la cruzó a la ida y a la vuelta.

—Eso es cierto, pero ahí es cuando estoy más alerta. No puedo permitir que mi barco sufra algún daño, es la niña de mis ojos.

—¿Subió o bajó alguien?

—Ni yo ni nadie. Es demasiado peligroso, con toda esa agua golpeando el yate.

—Fascinante —opinó Judith—. Porque ello sugiere que tenemos a solo cinco posibles sospechosos.

—No creerá usted en serio que ese hombre murió en mi barco, ¿no?

—Estoy segura de que la policía lo descubrirá, de una manera o de otra. ¿Oyó algún disparo? Dos, para ser exactos, me imagino que en una sucesión bastante rápida.

—Esto es una locura. Yo no oí ningún disparo...

Lance frunció el ceño mientras lo decía.

—¿Qué pasa? —le preguntó Becks.

—Como les he dicho, Toby y yo hablamos del motor. Me está dando problemas el cigüeñal.

—¡Ja! —estalló Suzie—. El cigüeñal, dice.

Todos la miraron, pero se hizo evidente que no tenía intención de explicar lo que quería decir.

—En el barco —precisó Lance de mal humor—. Ayer me dio algunos problemas, y a Oliver no le hizo gracia. Le dio una pataleta, se puso a decir que no había soltado un dineral para subirse a un barco que parecía que se estaba cayendo a pedazos. ¡El muy caradura! Si no fue él quien pagó el barco, sino Lizzie. Y cuando se lo mencioné a ella, dijo que no le suponía ningún problema que el motor cencerrease de vez en cuando, que le daba más encanto. ¿Ven a lo que me refiero cuando digo que tiene clase?

—¿«Cencerreo»? —repitió Judith.

—Si le soy sincero, el barco todavía no estaba listo para efectuar esa primera salida, pero el dinero es el dinero, así que decidí que tendría que hacerlo lo mejor que pudiera. Y, de todas formas, no era para tanto. Cada cinco minutos o así (está bien, puede que menos) el motor hacía un ruido metálico.

—¿Uno cada vez o más?

—Podía ser uno o varios, todo era bastante aleatorio. Era como si alguien estuviese golpeando el bloque del motor con un martillo. Después iba como la seda otra vez. La mayor parte del trayecto fue estupendamente.

—¿Y cómo de fuertes diría usted que eran esos ruidos? ¿Como un disparo?

—Qué va —repuso Lance antes de pararse a pensar un poco en la pregunta—. Aunque supongo que tampoco eran tan distintos.

—Conque es posible que alguien del barco confundiese un disparo con uno de los cencerreos del motor, ¿no?

—Es posible, pero no creo que fuera eso lo que pasó.

—Dígame, ¿tiene usted un arma?

—¿Qué? No.

—¿Está seguro?

—Se lo acabo de decir, ¿no?

Las mujeres vieron que a Lance empezaba a agotársele la paciencia.

—Una última pregunta —dijo Judith—. ¿Por casualidad vio usted a Oliver bajarse del barco cuando volvían a Marlow?

Lance hizo memoria.

—¿Sabe qué? Recuerdo haber visto desembarcar a todo el mundo (no se imagina lo que me alegré de que terminase la puñetera excursión), pero, ahora que lo dice, no recuerdo haber visto a Oliver. No estoy diciendo que no se fuera con los demás, pero no recuerdo verlo desembarcar.

—Mmm. Así que tanto usted como Verity afirman que no vieron a Oliver bajarse del barco cuando terminó la excursión.

Todo el mundo volvió la cabeza al oír que se aproximaba un vehículo. Un coche patrulla aparcó en el astillero. De él se bajó Tanika.

—Bienvenida, Tanika —exclamó Judith mientras la inspectora se aproximaba—. Es la inspectora Tanika Malik —añadió, para informar a Lance.

—Buenos días, señor Goodman —lo saludó Tanika—. Como sin duda sabrá, estamos investigando la muerte de Oliver Beresford. Creo que lo vieron por última vez en uno de sus barcos.

—Así es. Llevé a algunos miembros de la Marlow Amateur Dramatic Society a hacer una excursión en barco ayer por la tarde.

—En ese de ahí —añadió una servicial Judith al tiempo que señalaba el Marlow Belle.

—Gracias, Judith. Debo informarle de que es posible que en su embarcación se haya cometido un crimen —continuó Tanika, dirigiéndose de nuevo a Lance—. Tendremos que registrarla. Y también vamos a tener que tomarle declaración a usted.

—Desde luego —contestó Lance—. Por mí no tiene de qué preocuparse. Haré todo lo que pueda por ayudarla en su investigación.

Judith miró a Lance y se dio cuenta de que su actitud había cambiado en cuanto había aparecido Tanika. Parecía preocupado; nervioso, incluso. ¿A qué se debía? ¿A que estaba en presencia de la policía? ¿O a otro motivo? Y había algo más que Judith quería saber: ¿qué demonios pasaba entre Lance y Suzie?

Capítulo 5

Mientras Tanika empezaba a organizar a su equipo, Judith sugirió a sus amigas que se retirasen a su chalana. Después de soltar la amarra, dejó que la corriente las arrastrase y, una vez más, utilizó la pértiga de remo al ir río abajo.

—¿No vamos a tu casa? —le preguntó Becks.

—Desde luego que no —contestó Judith—. No cuando tenemos a otro testigo clave al que interrogar.

—¿Quién?

—El esclusero de Cookham. Quiero saber si la historia de Lance se sostiene. Y el trayecto le dará tiempo a Suzie para nos cuente lo suyo con Lance.

—Que os cuente ¿qué? —preguntó Suzie, fingiendo que lo que había dicho Judith le sorprendía.

—Tu forma de portarte con él y lo que espetaste cuando él mencionó que tenía problemas con el cigüeñal. Fuisteis pareja, ¿no?

Suzie miró a Judith y después a Becks para volver a Judith. Los hombros se le hundieron.

—Puede que lo fuéramos —masculló.

—¡Lo sabía! —exclamó Judith.

—Eh, que fue hace un siglo y no duró nada.

—¡Qué maravilla!

—¿Qué? ¿Que salí con alguien que ahora es sospechoso en un caso de asesinato?

—No, mujer. Pero no me negarás que es útil que conozcas tan bien a uno de los sospechosos.

—Lo conozco demasiado bien, ese es el problema —admitió Suzie.

—Háblanos de él —pidió Becks.

—¿Qué queréis que os diga? Es el típico tío. No es malo, pero tampoco bueno. Dice que se preocupa por ti, pero luego no es así. Prefería estar con sus colegas en el pub a salir conmigo. Eso quedó claro

bastante pronto. Aunque me comprase flores para disculparse cuando me defraudaba. Pero nunca sentía nada de lo que decía. Por eso corté con él.

—¿Dirías que es honesto?

—Si te refieres a si podría matar a alguien, yo diría que no. O no a menos que lo provocaran. Si otro tío fuera a por él, sí que me lo imagino matando en defensa propia, ¿sabes? Pero si la muerte de Oliver fue algo planeado de antemano, es imposible que sea cosa de Lance. No es así como le funciona el cerebro. No normalmente. Aunque si lo que me preguntas es si es honrado... no estoy segura de saberlo.

Mientras Suzie hablaba, la chalana dio la vuelta a un meandro y las mujeres vieron que la policía científica había levantado una carpa sobre el cuerpo de Oliver. Todavía había agentes reuniendo pruebas y trabajando cerca. Las mujeres guardaron silencio al pasar. Después, cuando el río describía una amplia curva, se vieron rodeadas de las pequeñas embarcaciones con altos mástiles del club náutico; las velas restallaban con el viento. Diciendo «¡Lo siento, discúlpeme!» cada vez que estaban a punto de chocar, Judith logró esquivar los barcos con su chalana y dejar atrás el pub Bounty, a orillas del río, hasta que por fin llegó a la esclusa de Cookham.

Amarró la chalana y, a continuación, sus amigas y ella subieron por el camino que conducía hasta la casa de ladrillo rojo del esclusero. Al otro lado de la esclusa, Judith vio a un hombre con un chaleco oscuro y una gorra de visera que presionaba un botón en un panel.

—Buenos días —saludó Judith al hombre cuando se aproximaban.

—¡Buenos días! —contestó alegremente él mientras pulsaba otro botón. Las viejas compuertas de madera de la esclusa comenzaron a abrirse y el hombre hizo un gesto a una chalupa para que avanzase.

—Pensaba que tenía que hacer usted todo esto manualmente —comentó Judith.

—Hoy en día no —repuso el hombre con una sonrisa—. No habría muchos que aceptaran el puesto si hubiera que hacer esto con cabrestantes, se lo aseguro.

—Judith Potts —se presentó Judith.

—Andy Ford —respondió el esclusero al tiempo que sacaba un vapeador—. ¿Les importa que vapee?

—Naturalmente que no. ¿Podríamos hacerle unas preguntas?

—Claro. ¿De qué?

Judith le contó que habían matado a Oliver Beresford el día anterior de dos disparos y que, casi con total seguridad, este se encontraba en el yate de Lance Goodman cuando sucedió. Al mencionar el nombre de Lance, Andy frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —le preguntó Suzie.

—¿Lance está por medio? —preguntó a su vez Andy.

—No lo sabemos a ciencia cierta —admitió Judith—, pero su barco sí.

—Ah, vale, perdone. Lo conozco desde hace algún tiempo, ¿sabe?, y no me puedo creer que pudiera hacerle daño a nadie.

—¿Vio usted a Oliver ayer? —quiso saber Judith—. Sesenta y tantos años, pelo blanco y muy excéntrico.

—Déjeme pensar... Estaba un poco distraído. No todos los días se ve aquí a la realeza de Hollywood.

—¿Se refiere a Lizzie Jenkins? —preguntó Becks.

—Sí, claro. Se encontraba en la parte posterior del barco con otras personas cuando yo estaba manejando la esclusa. Se dirigió a mí —añadió, y las mejillas se le sonrojaron con orgullo.

—¿Qué le dijo?

—Me dio las gracias por lo que estaba haciendo.

—Así que recuerda haberla visto. ¿Era Oliver una de las personas que estaban hablando con ella?

—A ver. Había otra mujer en el barco con Lizzie Jenkins. Algo mayor que ella, tendría unos sesenta años, diría yo. Como un fideo.

—Esa era Verity.

—Y también estaba Duncan Wood. ¿Lo conoce? Es todo un personaje. Ah, y un tipo de unos cuarenta años con el pelo rapado. Fuertote, ¿sabe? Llevaba una camisa hawaiana llena de piñas. Parecía un poco fuera de lugar, en mi opinión.

—Me figuro que sería Toby Vincent —dedujo Judith—. El hombre que trabaja en el taller Platts.

—Pero no, ahora que lo pregunta, no recuerdo haber visto a un tipo mayor excéntrico con el pelo blanco.

—¿Está usted seguro? —insistió Becks—. Podría ser muy importante.

—No estaba con el grueso de personas que se hallaban en la popa del barco, pero quizá estuviera abajo. Solo pasaron unos minutos en mi esclusa antes de que les diese luz verde.

—Muy bien —dijo Judith—. ¿Vio usted si alguien se bajó del yate o subió a él?

—Imposible. Básicamente ese es el motivo por el que me contrató la Agencia de Medioambiente: para que me asegure de que se siguen todas las medidas de seguridad, y no podemos tener a gente yendo y viniendo mientras la esclusa se encuentra en funcionamiento. Nadie subió ni bajó del barco, lo juraría por mi vida.

Un teléfono anticuado empezó a sonar en la casa de Andy, y él echó a andar hacia la puerta principal.

—Perdonen, es el teléfono del trabajo. Podría ser importante.

El hombre abrió la puerta, cogió un viejo teléfono de baquelita y se lo llevó al oído. Judith y sus amigas pudieron oír lo que decía.

—Andy Ford, esclusa de Cookham —anunció con su tono más oficial—. ¿Cómo dice? —preguntó, y después escuchó con atención—. Sí, me acabo de enterar —respondió, y frunció el entrecejo cuando la persona que llamaba continuó—. No, lo siento, eso no será posible. No puedo abandonar mi puesto. —Se hizo otra pausa mientras escuchaba y a continuación Andy la cortó—. No, lo siento, sé que es la policía, pero no me está permitido abandonar mi puesto cuando estoy trabajando. —Escuchó nuevamente a quien se encontraba en el otro extremo de la línea, pero, a juzgar por su postura erguida, Andy no estaba dispuesto a recular—. Estaré aquí hasta las siete de la tarde —informó—. Puede venir a tomarme declaración cuando quiera.

Andy colgó, y Judith vio que estaba más que satisfecho con el modo en que había actuado.

—Me figuro que era la inspectora Malik —dijo.

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Parecía un poco oficiosa, en mi opinión.

—Pero ¿cómo lo va a interrogar a usted? Es necesario aquí.

—Exacto —convino Andy—. Quería que me uniera a los otros testigos para hablar de lo sucedido.

—No entiende lo importante que es su trabajo. Aunque, ¿adónde ha dicho que se van a reunir los testigos?

—En el Little Theatre.

Judith sabía que en ese teatro era donde presentaba sus obras la Marlow Amateur Dramatic Society.

—Sí, tiene sentido, el Little Theatre. No le robaremos más tiempo —se despidió Judith, que ya estaba yendo hacia la carretera que salía de la esclusa.

Becks y Suzie tardaron en dar alcance a su amiga.

—¿Adónde vas? —quiso saber Becks.

—Si Tanika va a interrogar a los sospechosos, tenemos que estar presentes —respondió Judith.

—Pero ¿y la chalana? No la podemos dejar aquí.

—Está amarrada, no le pasará nada, vendremos más tarde a por ella. No tenemos ni un segundo que perder: en el pueblo hay una empresa de taxis, podemos volver a Marlow en taxi.

—¿No crees que Tanika pondrá alguna objeción si nos presentamos las tres allí? —planteó Suzie.

—Si vamos, no le quedará más remedio que dejarnos pasar.

—No nos dejará entrar ni de broma.

—Aunque puede que a ti sí te deje —dijo Becks a Judith—. Como dijiste antes, Verity fue a verte antes. Estabas con ella cuando descubrió el cuerpo. Eres un testigo clave.

—¿Sabéis qué? —contestó Judith, encantada con la lógica de su amiga—. Creo que eso es exactamente lo que soy.

Capítulo 6

La niña de los ojos de la Marlow Amateur Dramatic Society era su teatro. El edificio siempre había sido propiedad del ayuntamiento, pero un benefactor adinerado lo había convertido en un teatro en los años veinte del siglo pasado. El auditorio era acogedor, más que grandioso —de ahí que su nombre fuese Little Theatre—, y durante décadas había acogido obras de teatro itinerantes y variedades, pero siempre representaba una pantomima navideña escrita e interpretada por la gente de Marlow. Cuando, a principios de los años ochenta, las obras itinerantes dejaron de existir, las luces del teatro se apagaron, y ahí fue cuando Oliver Beresford fundó la Marlow Amateur Dramatic Society y convenció al ayuntamiento de que alquilase el edificio a la compañía por una suma simbólica.

Cuando llegó al teatro, Tanika decidió esperar treinta segundos para ver qué pasaba y no le defraudó ver que un taxi llegaba y Judith se bajaba de él. Después de pagar al taxista, esta fue hacia ella con una amplia sonrisa en el rostro.

—«En mala hora os encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania» —declamó Judith, aunque a Tanika no le dijo nada.

—Me daba en la nariz que, si me reunía con los testigos, tú te las arreglarías para aparecer.

—Naturalmente. Soy tan testigo como las personas que estaban a bordo de ese barco. Verity vino a verme antes y yo estaba con ella cuando descubrió el cuerpo —continuó Judith con cierto aire de aflicción que tanto Tanika como ella sabían que era falso—. Es posible que sepa algo de Verity (cómo estaba esta mañana o cómo se comporta ahora) que tal vez resulte vital. Ambas sabemos que lo más profesional es que me dejes entrar contigo.

Tanika sabía muy bien que su principal responsabilidad era la víctima, Oliver Beresford. Tenía que hacer todo cuanto estuviese en su

mano para atrapar a su asesino y comprendió que lo que sugería Judith tenía cierto sentido.

—Venga, vamos —dijo.

Cuando llegaron a la entrada, Judith tuvo la delicadeza de abrirle la puerta a la inspectora para que entrase primero. Dentro vieron un vestíbulo pintado de rojo y con docenas de láminas y fotografías enmarcadas de obras pasadas, así como una pequeña taquilla para la venta de entradas a un lado. Franquearon una puerta de doble hoja y se dirigieron al auditorio. Montones de sillas estaban apiladas contra la pared y, ante ellas, el escenario elevado tenía unas cortinas de terciopelo rojo antiguas a ambos lados. Con la luz que entraba por las altas ventanas, la sala parecía ajada y llena de polvo, pero a Judith le encantó.

—El frufrú del telón —se dijo mientras echaba una ojeada al lugar. Su atención se vio atraída inmediatamente por las cuatro personas que esperaban en sendas sillas dispuestas en semicírculo en el centro de la sala.

No pudo evitar fijarse primero en Lizzie Jenkins. No por lo que llevaba puesto —unas botas Dr Martens, un pantalón de pana verde y una camisa blanca entallada—, ni tampoco por su físico: tendría cincuenta y pocos años, supuso Judith, y era lo que su tía abuela habría llamado «una cosita de nada», pero irradiaba una vitalidad que hacía que fuese la única persona a la que Judith quería mirar en la sala.

Estaba fumando un cigarrillo y utilizaba la mano izquierda de cenicero.

—Usted debe de ser Lizzie Jenkins —dijo Tanika.

—En efecto —respondió la mujer con una voz susurrante que parecía rebosar bondad, empatía y profunda tragedia a la vez.

Sí, pensó Judith, entendía perfectamente por qué esa mujer era una estrella.

Judith vio a Verity Beresford sentada en un extremo de la fila. Miraba al frente con expresión perdida. Judith reconoció esa mirada. La pobre mujer se hallaba en estado de *shock*.

El hombre que tenía al lado le pasaba un brazo por los hombros para reconfortarla. Llevaba un pantalón vaquero azul y una camiseta azul marino con el cuello en pico que resaltaba sus tatuados bíceps.

Disimulaba las entradas con un corte de pelo al uno y tenía un aire amenazador, casi peligroso, pensó Judith. Debía de ser Toby Vincent, decidió, el mecánico que trabajaba en el taller de la ciudad.

El último de los cuatro testigos era un hombre de unos sesenta años con una densa mata de cabello rubio rizado que le llegaba por los hombros, gafas con forma de medialuna y un aire tranquilo y risueño. Seguro que era Duncan Wood, dedujo ella. Vestía unos vaqueros oscuros, unas zapatillas de deporte viejas y una camiseta de un negro desteñido en la que ponía Metallica con letras dentadas.

Mientras Tanika se presentaba al grupo, Judith no perdía de vista a los testigos. Verity todavía estaba algo confundida, asentía despacio, en señal de conformidad, a lo que decía Tanika, pero no la seguía del todo. Toby escuchaba con atención, pero se hallaba en un estado de alerta que a Judith le recordó a Stanley Kowalski, de *Un tranvía llamado deseo*. Fue consciente de que quizá lo hubiese juzgado mal; tenía una presencia inquietante que quedaría bien en el escenario. En cuanto a Duncan, parecía mantenerse al margen de los demás, y a Judith le recordó a un profesor que siente que tiene que demostrar su estatus siendo distante. Sobre todo, lo que pensó al mirarlo fue que no estaba muy bien. Tenía la piel amarillenta y bolsas en los ojos.

Cuando Tanika preguntó a todo el mundo lo que había hecho la tarde del día anterior, Judith aguzó más la atención.

—He estado pensando en esto —repuso Duncan con un cálido acento de Oxfordshire—. Que el cuerpo de Oliver apareciese en el río no significa que muriera en el barco.

—Es preciso que sepa que hemos registrado el yate del señor Goodman y hemos encontrado dos casquillos de bala en la cubierta de la parte posterior.

Los testigos se miraron, estupefactos con la noticia, y Judith miró a Tanika, que asintió una vez para hacerle saber que lo que acababa de decir era cierto.

—También hemos encontrado restos de sangre —continuó la inspectora.

—Eso no significa que sea de Oliver —opinó Duncan, pero era evidente que ya no se sentía tan seguro.

—Y las astillas que encontramos en la palma de la mano del señor Beresford al parecer coinciden con la madera de la cubierta. Lamento decir que todo apunta a que ayer por la tarde lo mataron de dos disparos en la cubierta posterior del Marlow Belle.

—Imposible —aseguró Toby con voz desafiante—. Si hubiera pasado eso, habríamos oído los tiros, pero ninguno de nosotros oyó nada.

—¿Significa eso que han hablado entre ustedes de esto? —quiso saber Tanika.

—No hemos hablado de otra cosa.

—Aunque está el problemilla del cigüeñal —señaló Duncan—. Estuvo metiendo ruido todo el tiempo. Toby, tú intentaste arreglarlo, ¿no?

—Los cojinetes estaban mal alineados —repuso Toby—. Estaba desajustado. No podía hacer nada. No sin desmontarlo.

—Sí —coincidió Tanika—, el señor Goodman mencionó que el motor del yate estaba dando problemas. Dijo que a lo largo del trayecto se oyó un cencerreo intermitente.

—Pero no con regularidad —precisó Toby—. Era más un chasquido sordo de vez en cuando. No se parecía en nada a un disparo, en mi opinión.

—¿Sabe usted de armas de fuego? —le preguntó Tanika.

—Qué va, yo solo soy mecánico, pero cada máquina tiene su propio sonido. Su propia voz, por así decirlo. El disparo de un arma sonará completamente distinto de un cigüeñal que no está bien centrado.

—Si me permiten la pregunta, ¿alguno de ustedes tiene algún tipo de arma?

—Desde luego que no —repuso Toby, ofendido por la pregunta.

—No —coincidió Verity, que participó por primera vez en la conversación. Ni siquiera conozco a nadie que tenga un arma.

—¿Señor Wood? —preguntó Tanika.

—Yo tampoco —respondió Duncan.

—¿Usted, señorita Jenkins? —Tanika se dirigió a Lizzie, y dio la impresión de que la pregunta la sacaba de su ensimismamiento.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—¿Que si tiene usted algún arma?

Lizzie se había fumado el cigarrillo hasta el filtro, que colocó con sumo cuidado en vertical en el suelo para que se consumiese sin causar ningún daño. Solo cuando estuvo satisfecha con el resultado se retrepó en la silla y miró a Tanika a los ojos.

—En Estados Unidos sí, pero allí se quedó, en Los Ángeles, que es donde estaba yo hasta ayer por la mañana.

—¿Llegó usted al país ayer?

—Al aeropuerto de Oxford, mi avión aterrizó poco antes del mediodía.

—El aeropuerto de Oxford no es internacional —apuntó Judith.

—Perdone, pero ¿usted quién es? —quiso saber Lizzie.

—Judith Potts —contestó Judith.

—Usted no estaba en el barco ayer.

—Pero estaba con Verity esta mañana cuando encontramos al señor Beresford. ¿Nos podría decir cómo pudo aterrizar su avión en el Reino Unido en Oxford?

—Desde luego. Hay un aeródromo privado.

—Oh —repuso Judith, que entonces cayó en la cuenta de que Lizzie había volado de Los Ángeles al Reino Unido en un avión privado.

—Gracias, Judith —dijo Tanika en un tono que dejó claro que no quería que formulara más preguntas—. Sé que esto es duro para todo el mundo, pero ¿podrían ayudarme a entender cómo estaba el señor Beresford ayer por la tarde?

—¿A qué se refiere? —quiso saber Duncan.

—A cuál era su estado de ánimo.

—Era el mismo de siempre. Lleno de energía y arrogante. Lo conozco desde que éramos pequeños y no ha cambiado nada durante todo este tiempo.

—Entonces, ¿estaba contento?

—Mucho —afirmó Duncan con seguridad.

—¿No parecía preocupado?

—Todo lo contrario, en mi opinión —aseveró Toby—. Estaba de lo más animado, es lo que dice Duncan. Era el mismo de siempre, pero todavía más, ¿sabe? Más ruidoso incluso, hasta hacía más gracias (cuando dijo unas palabras, propuso un brindis), pero todos estábamos

bastante alterados. No todos los días se conoce a la ganadora de un Oscar.

—No estamos hablando de mí —afirmó Lizzie de un modo que sugería que pensaba que por supuesto que estaban hablando de ella.

—En ese caso, si me permiten la pregunta, ¿cuándo fue la última vez que vieron ustedes al señor Beresford? —les preguntó Tanika.

La pregunta no obtuvo una respuesta inmediata.

—O, dicho de otra manera —intervino servicialmente Judith—, ¿dónde estaban ustedes a las seis de la tarde?

—¿Cómo dice? —reaccionó Toby con aspereza.

—¿Es una hora significativa para usted?

Toby parpadeó varias veces y miró a Lizzie. Al parecer, estaba sopesando sus opciones.

—¿Por qué a las seis, concretamente? —le preguntó a Judith.

—Le propongo un trato —sugirió Tanika, que quería recuperar el control del interrogatorio—: usted nos dice qué tiene de interesante esa hora y yo le digo por qué lo ha preguntado la señora Potts.

—Vale —contestó él—. Es bastante sencillo: estaba en mi camarote.

—Sí, Lance nos dijo que todos ustedes tenían camarote —informó Judith.

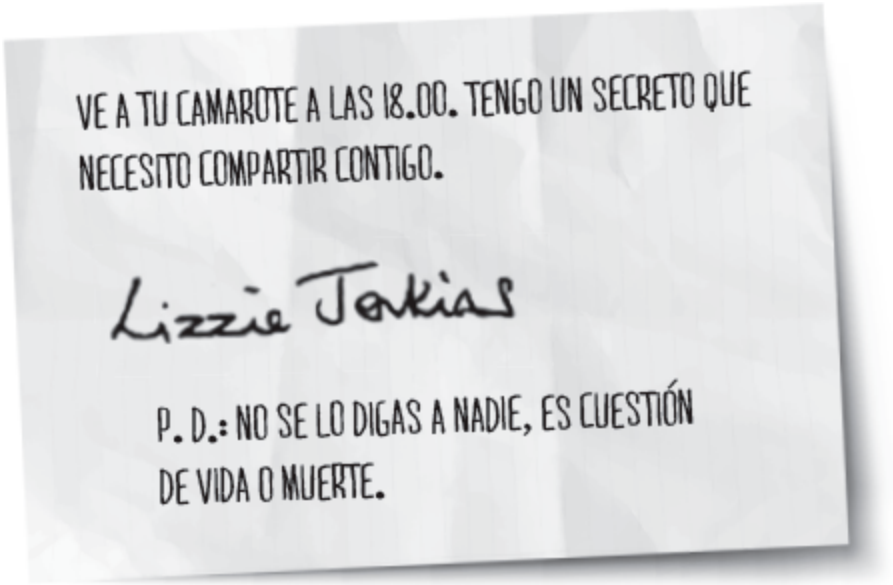
—Oliver dijo que, ya que habíamos alquilado un barco tan grande, teníamos que hacer uso de todas las instalaciones. A mí me pareció bastante absurdo, que no es que diga que mi camarote no estuviera bien. Solo había una cama y una silla y un pequeño escritorio abatible. Pero ¿quién iba a pasar tiempo dentro del yate cuando fuera se celebraba una fiesta?

—Y, sin embargo, ahí es donde estaba usted a las seis de la tarde, ¿no es así? —quiso saber Judith.

—Así es. Estaba allí a las seis porque es el sitio al que me pidieron que fuese. En un mensaje que me metieron en el buzón ayer después de comer. Un momento, creo que todavía lo llevo encima. Ayer me puse este pantalón.

Toby metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una tarjeta arrugada que entregó a Judith.

En ella había un mensaje impreso, aunque Judith vio que la habían firmado a mano.



Judith leyó el mensaje en voz alta y, cuando anunció quién lo había firmado, Lizzie se levantó de la silla de un salto, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¡Yo no he mandado eso! —exclamó furiosa—. ¡Démelo! —exigió.

—Judith, no se lo des —pidió Tanika mientras sacaba unas bolsas de pruebas del bolso—. Voy a necesitar esa nota, es una prueba.

—Pero yo no la he escrito —aseguró Lizzie.

—Aquí pone que sí —objetó Judith al tiempo que le pasaba la tarjeta a Tanika.

Cuando estuvo en la bolsa de pruebas, Tanika la sostuvo en alto para que Lizzie la pudiese ver bien.

—¿Es esta su firma?

—Se parece, sí —admitió, confusa, Lizzie—. Deben de haberla falsificado, tiene que creerme. ¿Por qué iba a querer quedar con un hombre al que no conozco en su camarote? —espetó, no con mucha amabilidad.

—¿De verdad está diciendo que no la envió usted? —se sorprendió Toby, igual de desconcertado.

—Eso digo, sí. Es falsa. Alguien se ha hecho pasar por mí. Díganme, ¿cuál de ustedes ha sido?

—No fue solo él —dijo Duncan mientras se metía la mano en el bolsillo del vaquero. Sacó una tarjeta color crema—. Yo recibí el mismo

mensaje. Me lo dejaron ayer en el buzón.

Duncan sostuvo la nota en alto y todos vieron que el mensaje era exactamente igual que el que había recibido Toby. También estaba firmado por Lizzie.

—No, esto es imposible —dijo Lizzie—. ¿Qué está pasando?

—Así que, como Toby —terció Duncan mientras miraba de soslayo al mecánico—, yo estaba en mi camarote esperando a que una estrella de cine llamara a la puerta a las seis.

—Igual que yo —contó Verity tan confusa como todos los demás.

—¿Usted también? —dijo Lizzie, y levantó los brazos.

Verity metió la mano en su bolso y sacó una tercera tarjeta color crema que tenía el mismo mensaje.

—¿Los tres recibieron la misma nota y estaban en su camarote a las seis de la tarde? —quiso saber Tanika.

Verity, Toby y Duncan confirmaron que estaban en su camarote a las seis.

—Y usted, Lizzie, ¿dónde estaba? —le preguntó Judith.

—¿Yo? —respondió la actriz, y todos vieron que la pregunta la descolocaba.

—Sí, usted. A las seis, cuando los demás estaban en su camarote, ¿dónde estaba?

—Pues... —empezó, y buscó con la mirada el apoyo de los demás testigos, pero solo recibió miradas inexpresivas—. Yo también estaba en mi camarote, como todo el mundo.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Tanika.

—Sí —aseguró, ahora con más confianza.

—¿Aunque no había recibido una nota?

—¿Cómo iba a recibirla? —intervino Toby—. ¿Por qué iba a mandarse una nota a ella misma?

—¡Es que yo no escribí ninguna nota!

—Pues ahí está su firma.

—Firmo cosas constantemente. Cualquiera pudo hacerse con una copia de mi firma y ponerla debajo del mensaje. Me he enterado de que existían esas notas hace treinta segundos.

—Muy bien —transigió Judith—. Tomemos al pie de la letra lo que dice usted. Estaba en su camarote, sola, a las seis cuando a Oliver

Beresford le dispararon en la cubierta de la parte posterior del yate. Los demás también se encontraban en sus respectivos camarotes, pero solo porque habían recibido sendas notas que supuestamente envió usted.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no las escribí yo?

—¿Acaso importa dónde estábamos? —dijo Toby.

—Importa, sí, y mucho —le contestó Judith—. Verá usted, las pruebas apuntan a que Oliver murió alrededor de las seis. Y, gracias a las notas que recibieron, a esa hora todos ustedes estaban separados. Ninguno tiene una coartada.

—¿En serio? ¿Por qué íbamos a necesitar una coartada?

—¿Es que no lo entiende? —cayó Duncan—. Está diciendo que uno de nosotros no estaba en su camarote, sino en la parte posterior del barco, matando de dos disparos a Oliver, ¿me equivoco?

—No se equivoca —confirmó Judith—. Lamento decir que a mí me da la impresión de que uno de ustedes (o Lance Goodman, el patrón del barco) es el asesino.

Capítulo 7

En la sala se armó un alboroto después de que Judith lanzara su acusación; a todos los testigos les horrorizaba la insinuación de que uno de ellos pudiese estar implicado de alguna manera en la muerte de Oliver. Tanika tranquilizó a todo el mundo recordándoles que en realidad Judith no era agente de policía y, por consiguiente, su opinión no era más que eso, una opinión.

—No entiendo de dónde han salido esas tarjetas —aseveró Lizzie—, porque, desde luego, yo no las escribí —añadió intencionadamente, dirigiéndose a Judith.

—¿Me podrían decir cuándo las encontraron? —quiso saber Tanika —. ¿Señor Vincent?

—No sé cuándo me llegó la mía —admitió Toby—. Estaba con el resto del correo cuando volví del trabajo ayer después de comer.

—¿Señor Wood?

Duncan frunció la frente mientras trataba de hacer memoria.

—Por la mañana anduve de un lado para otro, pero regresé al barco a la hora de comer. Vivo en una casa flotante —agregó, a modo de explicación—. Y esa nota no estaba, así que no la enviaron por la mañana. Bebí algo con la comida, me fui a la habitación a echarme la siesta y, eso es, cuando me desperté la tarjeta estaba en el felpudo.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé, ¿a las tres? Puede que algo antes.

—Así que no estaba con el correo normal, ¿no? —quiso saber Judith.

—Debieron de entregarla en mano, aunque yo no vi quién lo hizo.

—¿Y usted, señora Beresford? —le preguntó Tanika a Verity.

—Me acuerdo de cuándo llegó la nota —afirmó Verity mientras hacía memoria—. Fue a eso de las dos. Ya había cogido el correo por la mañana y estaba arriba, preparando lo que me iba a poner para la

excursión, cuando oí que entraba algo por el buzón. Bajé y vi que había un sobre con mi nombre impreso. Y dentro, la nota.

—¿Qué importancia tiene la hora a la que llegaron las notas? —se interesó Lizzie.

—Me figuro que la inspectora intenta averiguar si fue posible que usted las entregara —aventuró Judith.

—Pero si estaba en el aeropuerto.

—Dijo usted que llegó poco antes del mediodía, con lo que habría tenido tiempo suficiente para entregar las notas.

—¿Lo dice en serio? No sabía a quién iba a ver en el barco. Oliver se había encargado de todo. No conocía sus nombres y no sabía dónde vivían. ¿Y por qué demonios iba yo a querer matar al puñetero Oliver Beresford? Hacía décadas que no lo veía, he pasado los últimos treinta años en Estados Unidos. ¿De verdad cree usted que aterricé en el aeropuerto de Oxford por la mañana y después entregué esas notas para que él y yo estuviésemos a solas en la parte de atrás del barco a las seis? Y luego, ¿qué? ¿Le disparé?

—Sé que parece algo inverosímil —concedió Judith.

—¿Inverosímil? ¡Es demencial! Pero si busca a alguien que pudiera haber apretado el gatillo, creo que no hace falta que mire muy lejos —afirmó Lizzie mientras señalaba con la cabeza a Verity.

—¿Qué? —repuso, conmocionada, esta.

—Es evidente que usted y su marido no se llevaban bien —contó Lizzie, y a continuación sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo.

—Eso no es verdad.

—A mí no me engaña. Llevo toda la vida estudiando a las personas, y usted odiaba a su marido. Me lo dijo su forma de comportarse cuando estaba él. Cómo se callaba cada vez que se acercaba. Vamos —dijo, volviéndose hacia Toby y Duncan—, seguro que ustedes también lo notaron. Conocen a Verity y a Oliver desde hace años.

—¡Cómo se atreve! —espetó Verity a Lizzie—. Usted no me conoce. No sabe nada de cómo era mi relación con Oliver.

Nadie se atrevió a romper el silencio que se hizo a continuación, aunque Judith no pudo evitar percatarse de que ni Duncan ni Toby salieron en defensa de Verity. Pero Judith se dio cuenta también de otra

cosa. La acusación tenía por objeto que las sospechas recayeran en Verity y que se desviaran de Lizzie. Judith recordó lo que había dicho Lance de la estrella de cine, que parecía «descontrolada», pero Judith no estaba segura de coincidir con él. Intuía que Lizzie sabía exactamente lo que estaba haciendo.

La puerta se abrió de golpe y porrazo y una señora de setenta y tantos años entró dando zancadas. Llevaba un vestido estampado de flores de vivos colores y el brazo echado hacia atrás de un modo que le permitía exhibir al máximo la tela.

—¡Me acabo de enterar! —anunció con una voz bronca mientras iba hacia Verity y le echaba los brazos al cuello—. ¿Te encuentras bien? —preguntó antes de llevarse una mano al pecho. «¡Oh! ¡Si esta carne tan sólida pudiera ablandarse!».

—¿Disculpe? —dijo, extrañada, Tanika.

La mujer centró su atención en la inspectora.

—Sí —dijo, como si esa única palabra respondiese a todas las preguntas que se había planteado el ser humano—. Aquí me tiene.

—No, perdone. No sé quién es usted.

La mujer se sorprendió.

—¿Que no sabe quién soy?

—Yo tampoco —añadió Judith.

—Inspectora —terció Verity en un intento de evitar que la recién llegada muriese repentinamente de la conmoción—, esta es la señora Eddingham, un baluarte de la MADS.

—Primero se es la joven ingenua —repuso la señora Eddingham, que no estaba del todo de acuerdo con esa definición— y después la madre, la matrona, la matriarca. Jamás pensé que después de eso hubiese algo más: el baluarte. Así y todo, Verity, supe que tenía que venir en cuanto me enteré de lo que había pasado.

—¿Cómo sabía usted que la señora Beresford estaría aquí? —le preguntó Tanika.

—Fui a casa de Verity y, al ver que no me abría, supuse que solo había un sitio en el que podía estar. Y que sus amigos estarían con ella. No me equivocaba —agregó mirando afectuosamente a las demás personas de la sala, aunque Judith vio que su mirada se detenía sobre todo en Lizzie.

—Esto es un interrogatorio policial —precisó Tanika.

—Y yo tengo información para la policía.

—Perdone, ¿podemos empezar de nuevo? ¿Qué relación la une a Oliver Beresford?

—Soy la actriz principal de la MADS desde sus albores. Es posible que haya oído hablar de mí. ¿Mary Eddingham? Hice un espectáculo de variedades con Kenny Williams y Sheila Hancock en el teatro Wyndham en 1976. En el West End —añadió.

—Lo siento —se disculpó Tanika—, yo aún no había nacido.

—En ese caso —continuó la señora Eddingham sin vacilar—, quizá haya leído alguna reseña de mi lady Bracknell, la representé en este mismo teatro —pronunció la última palabra con gran ceremonia— en 2018. O de mi interpretación de «la dama escocesa» en «la obra escocesa» dos años antes. Fue fascinante hacer esos dos grandes papeles de mujeres aristócratas seguidos.

—¿Qué pasó en 2017? —se interesó Judith.

—¿Disculpe?

—Pues que no son seguidos si en medio estuvo retirada un año.

—Da la casualidad de que en 2017 tuve ciática, no es preciso que lo mencionemos. Oliver se vio obligado a poner en escena *Largo viaje hacia la noche*, sin un solo papel femenino en el reparto. Verá usted, en lo que se refiere a la MADS, yo era la estrella que guiaba a Oliver.

—Entonces, ¿por qué no estaba usted ayer en el yate?

—¿Perdone? —repuso la señora Eddingham, y la sonrisa se le heló en el rostro.

—¿Que por qué no estaba usted en el barco?

—Vaya, esa es una muy buena pregunta —admitió la señora Eddingham mientras miraba fijamente a Lizzie—. ¿Por qué no me invitaron?

—Lo siento..., señora Eddingham —se disculpó Lizzie—. No sabía que usted seguía... —Lizzie cayó en la cuenta demasiado tarde de que sería de muy mala educación sugerir que pensaba que la señora Eddingham había fallecido— actuando —dijo para terminar la frase y ahorrarse la vergüenza.

—¿Ustedes dos se conocen? —se asombró Judith.

—Sí, claro —respondió la señora Eddingham—. Yo estaba aquí el primer día que la joven Lizzie entró en esta sagrada sala. ¿Qué obra era? —añadió, fingiendo hacer memoria—. Una comedia de Ray Cooney, creo. *Pijama para seis*, Lizzie era la putilla —agregó con una sonrisa que podría haber fundido la piedra.

—Siento que no la invitaran —afirmó Lizzie—. Le dije a Oliver que quería dar una fiesta para todos ustedes y fue él quien decidió invitar únicamente a la junta en lugar de ampliar el círculo.

—Qué raro —contestó la señora Eddingham—, porque yo estoy en la junta.

—Estrictamente hablando, eso no es así —objetó Duncan.

—Soy miembro honorario vitalicio.

—Deberías haber estado allí —la apoyó Verity—. Y siento que Oliver no te invitara. No supimos quién estaba en la lista de invitados hasta que llegamos al yate.

—Gracias —dijo la señora Eddingham, a la que satisfizo que le ofreciesen esa concesión.

—Debió de molestarle que no la invitaran —señaló Judith.

—¿Qué fue lo que dijo Noël Coward? —repuso la señora Eddingham con despreocupación.

—Estoy segura de que usted sabrá decírnoslo.

—Cuando alguien lo trataba mal, él se decía: «Supéralo». Ese es mi mantra en la vida: «Supéralo».

—Solo por saberlo —continuó Tanika—. ¿Dónde estaba usted ayer por la tarde? En concreto, sobre las seis.

—¿Yo? —exclamó encantada la señora Eddingham. Que la interrogase la policía era exactamente lo que quería.

—Ayer por la tarde, a ver... Creo que estaba sola; sí, eso es, encontré en YouTube la obra original adaptada para la televisión de *Viaje alrededor de mi padre*. Está anticuada, naturalmente, pero Larry Olivier encarnando al padre ciego de John Mortimer es sencillamente sensacional. Uno ve que él no ve.

—¿Uno ve que él no ve? —se extrañó Tanika.

—Si usted actuara, lo entendería.

—Pero ¿está diciendo que se encontraba usted sola?

—Vivo sola, así que no es de extrañar que estuviese sola. Pero, si quiere que lo demuestre, le puedo contar todas y cada una de las escenas del telefilme. Abrimos con Larry Olivier en un tren con un traje formal...

—Estoy segura de que no será necesario —afirmó Tanika.

—Pero no he venido solo para ofrecerle mi apoyo a Verity. También tengo algo que creo que usted debe saber. Verá, es sencillamente imposible que alguien relacionado con la MADS pueda haberle hecho daño a Oliver. Vivía por y para el teatro y nosotros vivíamos por y para él. Pero sé que ayer por la tarde estuvieron en el barco de Lance Goodman y da la casualidad de que sé que Lance y Oliver se pelearon hace unas semanas. Me dejé caer por el pub The Old Ship poco antes de que cerrara, a veces me tomo una copita de pipermín cuando, «exhausta por fatiga», necesito «apurarme a mi lecho». Shakespeare —añadió la señora Eddingham a modo de explicación para los allí presentes—. Vi que Oliver y Lance estaban en un reservado en un rincón, discutiendo, así que me metí en un hueco para que no me vieran.

—¿Los espió? —preguntó Judith.

—Desde luego que no. No quería que Oliver se sintiera avergonzado si me veía. No entendí todo lo que estaban diciendo, pero, al parecer, el motivo de desavenencia eran las condiciones para alquilar un barco para el evento de ayer por la tarde. Y la cuestión es que oí que Oliver le decía a Lance: «Si quieres que te guarde el secreto, nos alquilarás el yate y te asegurarás de que esté listo a tiempo».

—¿Qué dijo Lance a eso? —quiso saber Tanika.

—No oí lo que contestó —reconoció la señora Eddingham—. Lance se echó hacia delante y le dijo algo al oído a Oliver. Pero lo que sí le puedo decir es que contento no estaba.

—Después, ¿qué pasó?

—Ah, los dejé solos, fui a la barra y me tomé mi pipermín. Cuando oí la terrible noticia, fui consciente de que tenía información y, sencillamente, debía ponerlo en conocimiento de la policía.

—¿Está usted dispuesta a prestar declaración?

—Será un placer —afirmó con entusiasmo la señora Eddingham.

Mientras empezaba a explicar a los demás que también necesitaría tomarles declaración formalmente, Tanika se percató de que Judith se levantaba y se escabullía. Tras decirles a los testigos que no tardaría, fue detrás de Judith y le dio alcance en el vestíbulo.

—Ni se te ocurra ir a hablar con Lance Goodman —advirtió.

—¿Cómo dices? —preguntó inocentemente Judith.

—Las dos sabemos que es ahí adonde pretendes ir. Por favor, Judith, no puedes hablar con él.

La voz de Tanika tenía un deje de desesperación que cogió por sorpresa a Judith.

—¿Qué pasa?

—Esperaba no tener que contarte esto, pero el año pasado, cuando cogimos al asesino de Geoffrey Lushington, tuve algunos problemas. Uno de los integrantes de mi equipo, el subinspector Brendan Perry, presentó una queja.

Judith resopló.

—Lo recuerdo bien. Pensé que era un hombre sin talento.

—La cuestión es que estoy a prueba mientras se lleva a cabo una investigación sobre mi conducta.

—¿En serio?

—Tengo que asegurarme de que sigo las normas a rajatabla.

—Pero sigues atrapando asesinos, ¿no?

—Nadie niega que obtengo resultados, pero lo que está causando problemas son mis métodos.

—¿Te refieres a reclutarnos a Becks, a Suzie y a mí? Seguro que lo único que importa es meter entre rejas a los asesinos.

—Shanti me necesita, y mi padre también. Y Shamil, la verdad sea dicha. No la puedo pifiar en el trabajo. Mi vida se vendría abajo.

—Siento mucho que tengas que enfrentarte a esto.

—Lo solucionaré, no te preocupes.

—¿Estás diciendo que no te podemos ayudar? ¿En calidad de asesoras civiles?

—Sería mucho mejor que no lo hicierais, al menos por el momento.

—Pero antes nos dejaste hablar con Lance.

—No estaba pensando, y me di cuenta de que me había equivocado en cuanto os marchasteis. No podemos hacer las cosas como en el

pasado, Judith. Como dé un paso en falso, podrían suspenderme.

—Sería espantoso. No solo para ti, sino para Oliver Beresford. La persona más capacitada para atrapar a su asesino eres tú. Muy bien, haré lo que me pides, en vista de lo importante que es.

—Gracias. Aunque, por si acaso: ¿esta es una de esas veces en las que me mientes?

—No —negó Judith con toda la sinceridad que fue capaz de reunir —. Te prometo que no intentaré ayudarte de ninguna manera.

—Gracias.

Las interrumpió un jaleo que se armó en el auditorio. Volvieron corriendo y llegaron a tiempo de oír decir a la señora Eddingham:

—El espectáculo debe continuar.

—Eso es de mal gusto —opinó Toby.

—¿Qué espectáculo? —se interesó Tanika.

—Nuestra siguiente obra —respondió la señora Eddingham como si Tanika debiera conocer ya la respuesta—. *La importancia de llamarse Ernesto.* Llevamos ensayando estos tres últimos meses y su estreno está previsto para dentro de dos semanas.

—Oh —dijo Judith.

—Pero ya no podremos estrenarla —observó Duncan—. No sin Oliver: interpretaba a lady Bracknell.

—¿Sí? —preguntó Tanika.

—Siguiendo los pasos de sir David Suchet —aclaró la señora Eddingham—. Yo no estaba muy de acuerdo. Siempre me ha dado la impresión de que, si un hombre interpreta a lady Bracknell, se pierde esa feminidad que resulta esencial en el papel.

—Toda esta conversación es morbosa —comentó Verity.

—No podemos decepcionar a nuestro público, ya hemos vendido el noventa por ciento de las entradas.

—¡Claro! —exclamó Judith cuando comprendió de qué iba la discusión—. Usted quiere representar a lady Bracknell.

—Es la solución más lógica al problema que tenemos —aseguró la señora Eddingham—. Después de todo, la gente todavía habla de la última vez que la encarné. Y representé el papel la primera vez para la MADS en 1987 y, ya sabe lo que se dice, que a la tercera va la vencida.

Me sé el texto, entiendo al personaje y tengo la edad, la estatura, la experiencia y el talento adecuados. Ese papel debería ser mío.

—Pero, entonces, ¿quién hará el suyo, el de la señorita Prism? —preguntó Verity.

—¿Acaso importa? —contestó la señora Eddingham—. Las dos sabemos que es un papelito de nada. Oliver estaba poniendo a prueba nuestra amistad al darme el papel de la señorita Prism.

—Lo haré yo —se ofreció Judith antes de que pudiera frenarse.

Todo el mundo se volvió para mirarla.

—¿Qué? —soltó Tanika.

A Judith nunca le había gustado actuar en el escenario, pero sabía que formar parte de la siguiente obra sería la manera perfecta de conocer mejor a los sospechosos.

—Si usted ya no puede hacer ese papel, lo haré yo. Encarnaré a la señorita Prism.

—Vaya, ¿no es maravilloso? —se entusiasmó la señora Eddingham mientras aplaudía—. Me refiero a que, naturalmente, es un día triste —añadió al recordar cuál era el motivo de su golpe de suerte—. Hemos sufrido una gran pérdida. Pero Oliver sería el primero en decir que el espectáculo debe continuar. Duncan se pondrá en contacto con usted para facilitarle el horario de los ensayos —le dijo a Judith—. ¿No, Duncan?

Judith sonrió, pero por dentro ya empezaba a sentir un creciente pánico. ¿De verdad acababa de acceder a debutar en el teatro con la Marlow Amateur Dramatic Society?

Capítulo 8

Judith llamó a Suzie y a Becks y le satisfizo saber que habían salido a dar un paseo mientras ella estaba en el Little Theatre. Les resultó sencillo reunirse en la chalana de Judith, que seguía amarrada en la esclusa de Cookham. Cuando estuvieron juntas y soltó amarras, Judith les contó todo sobre su encuentro con la Marlow Amateur Dramatic Society y que la señora Eddingham había visto discutir a Lance con Oliver hacía unas semanas.

—Por eso sugiero que le hagamos una pequeña visita a Lance de camino a mi casa —propuso—. Para hacerle unas cuantas preguntas agudas.

—Me apunto a hacerle unas cuantas preguntas agudas —convino Suzie.

—¿Cómo os conocisteis? —quiso saber Becks.

—¿Qué puedo decir? Tenemos una amiga común y hace unos años pensó que haríamos buena pareja, así que ayudó a organizar una cita a ciegas. Y salió bien. Que no es que yo tuviera muy alto el listón. A nuestra edad, eso es lo que hay, ¿no? Pero Lance era atractivo a su manera. Al menos se había aseado y había hecho un esfuerzo. Tenía una sinceridad que me gustaba. Y no se puede negar que las personas que hacen cosas con las manos (que son hábiles) tienen su atractivo. Así que empezamos a salir y la cosa fue bien durante un tiempo. Yo sabía que no era «el amor de mi vida», ni siquiera estoy segura de que estuviese buscando eso. Pero resultaba agradable tener compañía y con él estaba en buena compañía.

Suzie se abandonó a sus recuerdos.

—¿Qué pasó? —le preguntó Becks.

—Al principio eran tonterías de nada. Lance iba por libre. Aparcaba en la plaza reservada a los discapacitados en el supermercado. No le importaba conducir cuando había bebido. Una vez salió de Hunt's con

un destornillador caro (por error, dijo) y no fue a devolverlo. Incluso me preocupó que lo hubiese mangado a propósito.

—¿Es un delincuente?

Suzie sacudió la cabeza.

—Más bien es que la parte de él a la que debería importarle lo que está bien y lo que está mal no existía. Si podía beneficiarse de algo, eso era lo único que contaba. No me malinterpretéis, sé que a veces yo juego con fuego, pero siempre sé cuál es la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. Por eso, las discusiones eran de aúpa. Y cuanto más discutíamos, menos se preocupaba él por la relación. Al final no me podía fiar de él. Me inspiraba desconfianza. Me di cuenta de que básicamente es el típico tío que solo mira por él. Cuando lo dejamos, todo se volvió desagradable. Esa es la otra cosa que tiene: cuando se siente acorralado, sale peleando.

—Qué interesante —observó Judith, que pensaba en cómo afectaba esta nueva información al caso.

—Debió de ser muy duro para ti —comentó Becks, que pensaba en su amiga.

—Naturalmente. Y eso también —se apresuró a añadir Judith cuando cayó en la cuenta de que se había quedado con la parte equivocada de lo que había contado Suzie.

Después pasó a referirles que Toby, Verity y Duncan habían recibido sendas notas de Lizzie en las que esta les pedía que fueran a sus respectivos camarotes a las seis de la tarde.

—¡Cómo! —exclamó Suzie—. Entonces, olvidaos de Lance; o, ya puestos, de Verity: el asesino es ella.

—Desde luego, cuesta encontrar otra explicación.

—Si uno quiere que nadie le estorbe para poder cometer un crimen, no manda una nota para quitarse a todo el mundo de en medio y después la firma con su nombre, ¿no? —apuntó Becks.

—A menos que sea muy estúpido —precisó Suzie.

—Me dio la impresión de que Lizzie es de todo menos estúpida —señaló Judith—. De hecho, creo que es muy lista. O, por lo menos, astuta.

—Entonces, ¿quién envió esas notas? —planteó Becks.

—El asesino —zanjó Suzie—. Tuvo que ser él por fuerza. Aunque tienes razón, Becks, sería un poco tonto por parte de Lizzie si fuese ella la que mató a Oliver.

Las mujeres guardaron silencio y se pusieron a pensar, y Judith sonrió para sus adentros.

—Hay otra cosa —anunció—. He aceptado un papel en la próxima obra de la Marlow Amateur Dramatic Society.

—Vaya, es estupendo —se alegró Becks.

—No estoy segura de que opine lo mismo —dudó Judith—. Pero me dará la oportunidad de husmear un poco.

—¿Y qué papel es?

—El de un personaje llamado señorita Prism en *La importancia de llamarse Ernesto*. Es la institutriz de uno de los personajes principales. Es una mujer mayor muy aburrida.

—Anda, como si tú pudieras ser aburrida.

—¿Cuándo se estrena? —se interesó Becks.

—Dentro de dos semanas.

—¿Y crees que te dará tiempo a aprenderte el papel?

—Curiosamente, cuando representamos *La importancia de llamarse Ernesto* en el colegio, me dieron el papel de la señorita Prism, así que ya me lo sé.

Judith hundió su pértiga en el fango para impulsar la chalana. Al hacerlo, divisó algo de color en el agua, más adelante.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras apuntaba con el dedo a un arbusto que crecía medio en la orilla, medio en el río.

—¿Qué es qué? —se interesó Suzie.

—Hay algo enredado en una rama ahí delante. Parece ropa.

En efecto, en el agua, entre las ramas, había una tela.

Judith guio la chalana hacia el arbusto y Suzie se agarró a las ramas que colgaban para detenerse donde querían.

Era una tela de rayas moradas y verdes.

—Yo diría que son los colores de las sufragistas —aseveró Judith mientras se inclinaba en la chalana para coger la tela.

—¡Cuidado, Judith! —gritó Suzie al tiempo que agarraba del brazo a su amiga.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —espetó, irritada, Judith.

—Salvarte la vida. Podrías haber caído al río y la corriente te habría arrastrado.

—Nado todos los días en el río. La corriente no me habría arrastrado. ¿Y qué demonios te hace pensar que me habría caído?

—Solo quiero que no te pase nada, eso es todo.

—No, actúas de un modo muy raro, Suzie Harris —insistió Judith.

—¿Yo? —dijo Suzie, con el sentimiento de culpa escrito en la cara.

—Pero ahora no es el momento —reconoció Judith mientras examinaba la tela.

—Creo que será mejor que no la toquemos demasiado —aconsejó Becks mientras se la cogía a Judith, la dejaba en un asiento de la chalana y, tras sacar el móvil, abría un buscador en internet.

—¿Por qué? —se sorprendió Suzie.

—Creo que he visto este pañuelo antes.

—Pero ¿cómo es posible que esté aquí? —preguntó Suzie—. Antes pasamos por este mismo sitio con la chalana y no vimos nada.

—El nivel de agua del río ha estado bajando desde la tormenta que hubo hace unos días —respondió Judith—. Tal vez eso explique por qué no hemos visto el pañuelo hasta ahora.

—Creo que estoy en lo cierto —exclamó Becks mientras sostenía en alto el teléfono para que sus amigas lo pudieran ver.

En la pantalla, Judith y Suzie vieron que Becks había ido a la página de «Quiénes somos» del sitio web de la Marlow Amateur Dramatic Society. Había un primer plano de Verity Beresford en el que sonreía a la cámara y anunciaba que era la secretaria de la compañía teatral. Al cuello llevaba un pañuelo de seda con las mismas rayas moradas y verdes.

—Este pañuelo es de Verity —aseguró Judith al mirar el que tenían en la chalana.

—Recuerdo que lo llevaba cuando fue a uno de los ensayos del auto de Navidad —afirmó Becks—. Y luego volví a fijarme en él cuando Suzie y yo le echamos un vistazo al sitio web de la MADS mientras dábamos un paseo. No se me habría grabado en la memoria si no hubiese sido un pañuelo de sufragista. En Marlow no son muchos los que se alinean con grupos de protesta, aunque sean históricos.

—Y ahora ese mismo pañuelo está en el agua —observó Suzie—. El día después de que le pegaran dos tiros a su marido.

—Creemos que es el mismo pañuelo —corrigió Judith.

—Será fácil averiguarlo. Somos las asesoras civiles de Tanika: se lo podemos dar y que ella le pida a su equipo que lo analice.

—En ese sentido es posible que tengamos un problemilla —objetó Judith.

Capítulo 9

Judith contó a sus amigas que Tanika estaba a prueba y no las podía contratar para que trabajasen en el caso.

—No lo entiendo —admitió Becks—. Si estás diciendo que no la podemos ayudar, ¿por qué vamos a hablar con Lance?

—Es muy sencillo —contestó Judith como si tal cosa—. Tanika ha dicho que no la podemos ayudar ni oficial ni extraoficialmente, y le he prometido que no haríamos ninguna de esas dos cosas, pero seguimos siendo ciudadanas. Todavía podemos hablar con la gente.

—Ah, ya lo pillo —afirmó con tono de admiración Suzie—. No estamos ayudando a la policía, sino a nosotras mismas. Sacando pañuelos del río, por ejemplo.

—Sé que va en contra de lo que Tanika ha dicho, pero no pienso quitarme mi capa de combatir el crimen solo porque un inepto se sienta amenazado por una mujer de éxito. Y estoy segura de que ella estará de acuerdo con nosotras cuando vea lo útiles que somos —añadió Judith cuando apareció el astillero de Lance.

Las mujeres vieron que Lance estaba en la cubierta posterior del Marlow Belle, limpiándola con una manguera y un cepillo.

—¿Qué, asegurándote de borrar las pruebas? —observó Suzie mientras se aproximaban.

Lance cerró la manguera y miró a las mujeres.

—¿Qué están haciendo otra vez aquí? —les preguntó.

—Ejerciendo nuestros derechos de ciudadanas británicas de ir adonde nos da la gana cuando nos da la gana. Y hay una cosa que nos gustaría preguntarte.

—No, de eso nada —contestó Lance mientras pasaba al embarcadero desde la cubierta inferior—. Primero la policía desmonta la niña de mis ojos para buscar sabe Dios qué (y dejen que les diga que no encontraron nada) y después me interroga como si fuese culpable de algo.

—Entonces, ¿por qué estás limpiando el yate?

—Mataron a un tipo en él y luego se puso perdido del polvo que utilizó la policía para sacar huellas. Lo estoy poniendo en condiciones otra vez. Para empezar de nuevo.

—Yo pensaba que eso era algo que nunca podrías hacer —comentó Suzie al tiempo que cruzaba los brazos—. Empezar de nuevo.

—Me pregunto si no os sentiríais mejor si admitierais que estuvisteis juntos —sugirió Becks.

—¿Juntos? —repitió Lance con un bufido—. En su día nunca me lo pareció.

—Totalmente de acuerdo —convino Suzie, adelantando la mandíbula—, teniendo en cuenta que nunca estabas.

—No pienso volver a pasar por esto.

—Me parece muy bien, porque yo tampoco.

Suzie y Lance se lanzaron miradas asesinas.

—Esto empieza bien —observó Judith con un suspiro—. ¿Sería un buen momento para preguntarle por su secreto?

—¿Qué? —exclamó Lance, y el pánico asomó a sus ojos.

—Interesante —comentó ella.

—No tengo por qué hablar con ustedes —afirmó Lance, y dio media vuelta y echó a andar hacia el taller principal.

—Oliver Beresford lo sabía todo, ¿no? —probó Judith.

Lance frenó en seco.

—Exacto —le siguió la corriente Suzie—. Sabía cuál era el secreto.

Lance se volvió despacio.

—Los oyeron hablar a Oliver Beresford y a usted en The Old Ship —se sumó Becks.

—Un momento —pidió Lance mientras deducía lo que estaban insinuando las mujeres—. Fue esa vieja chismosa, ¿no? La muy idiota tiene unos cien años y se cree la reina de Marlow. Dios sabe cómo se llama, pero a Oliver no le caía bien.

—Se refiere a la señora Eddingham —lo ayudó Judith.

—Eso, esa dijo que era.

—¿Por qué no nos cuenta lo que pasó? —tanteó Becks.

—Claro. Qué más da, no es nada. Esto fue la tarde que Oliver alquiló el Marlow Belle. Quedamos en The Old Ship. Entendí por qué se andaba

con tanto misterio cuando me contó que una estrella de cine a la que conocía quería alquilar un barco para subir por el Támesis y que tenía que ser el Marlow Belle. Me sorprendió que supiera de la existencia de mi barco, ya que acababa de ponerlo en alquiler en mi página web, pero para más adelante, en verano. Todavía no estaba listo.

—El cigüeñal no funcionaba —afirmó Suzie.

—Exacto —confirmó Lance, imperturbable—. El cigüeñal no funcionaba. Pero Oliver dijo que daba lo mismo. La estrella quería un yate con media docena de camarotes bajo cubierta.

—¿Eso dijo?

—Sí. Tenía que haber camarotes y una cubierta donde poder celebrar una fiesta. Ah, y había otra cosa. Dijo que la estrella de cine también quería saber dónde estaba el puesto de mando en el barco, así que dije que en una cabina en la parte delantera del yate. Era una pregunta rara, en mi opinión, pero Oliver dijo que para esta estrella la privacidad era importante. Si alquilaba el barco, quería que el patrón (o sea, yo) no estuviera en medio, que se quedase en la cabina de mando todo lo posible.

—¿Usted qué dijo a eso? —quiso saber Judith.

—Por el dinero que sabía que podría cobrarle, dije que estaría encantado de hacer todo lo que me pedía en calzoncillos si eso la hacía feliz.

—Entonces, por aclarar las cosas, dice usted que era la estrella de cine la que quería que usted se quedase en la cabina, ¿no? —se aseguró Judith.

—Eso es lo que me dijo Oliver. La cuestión es que estábamos allí, hablando en nuestro reservado, cuando de repente Oliver se echa hacia delante y dice que una vieja nos está escuchando y que esa mujer es su cruz.

—¿No le caía bien?

—Dijo que llevaba décadas intentando deshacerse de ella. Por lo visto, es demasiado buena para asistir a los ensayos o aprenderse su papel. Y mira por encima del hombro a los demás miembros del elenco. Solo podía vengarse manteniéndola lejos, y por eso no iba a ir al yate. De hecho, dijo que esa mujer no iría con ninguna estrella de cine en el barco, que por encima de su cadáver.

—Un momento —pidió Suzie—. ¿Oliver dijo que la señora Eddingham no iría en el barco, que «por encima de su cadáver»?

—Es una forma de hablar —le restó importancia Lance—. La cuestión es que Oliver dijo que quería chinchar a la mujer, darle algo falso para que cotilleara. Así es como la manejaba, dándole chorradas para que ella se comiera la cabeza. Decir que iba a acabar con la compañía de teatro *amateur*, esa clase de cosas, ¿saben? Así que hizo como que discutía conmigo. Dijo que yo tenía un gran secreto y que me estaba chantajeando para poder sacarme el barco barato.

—¿Estaban actuando? —le preguntó Judith.

—No fue idea mía: así era él. Melodramático y tal, ¿saben? Fue él quien habló, yo solo le seguí la corriente. Pero eso es lo que pasó. Fue una broma, nada más. Y surtió efecto, ¿no? La mujer agarró el rábano por las hojas. O sea, que fue Oliver quien se rio el último, ¿no?

Judith dirigió a Lance una mirada larga y dura. Su historia no parecía ni remotamente plausible y, sin embargo, ¿no pasaba a veces en la vida que las cosas menos plausibles eran ciertas? Después de todo, si Lance estaba implicado en el asesinato de Oliver, ¿no se habría inventado algo que explicara mejor esa discusión?

Aunque lo que la señora Eddingham oyera o no oyera no era necesariamente la revelación importante, estaba claro. De creer a Lance, Lizzie quería un yate con camarotes bajo cubierta y, además, un puesto de mando que mantuviese al patrón escondido. Si eso se añadía al hecho de que todas las personas que se encontraban en el barco recibieron una nota en la que Lizzie les pedía que fueran a su camarote a las seis —justo la hora a la que, según el reloj de pulsera lleno de agua de Oliver, este cayó al río—, Judith comprendió que las pruebas en contra de Lizzie cada vez eran más convincentes.

Dicho eso, Lizzie tenía razón en una cosa: no resultaba creíble que lo primero que hubiese hecho después de aterrizar en el Reino Unido fuese matar a alguien a quien no había visto desde hacía décadas.

—¿Recibió usted una nota de Lizzie? —preguntó a Lance.

—¿A qué se refiere?

—A una tarjeta impresa en la que le pedía que fuese a su camarote a las seis de la tarde.

Lance se paró a pensar y sacudió la cabeza.

—No —negó.

—¿Está seguro?

—Mire, me he estado devanando los sesos para intentar averiguar qué pude haber visto que fuese sospechoso, y la cosa es que no vi nada. Es como ya les dije: yo estuve en la cabina la mayor parte del tiempo. Más cuando el motor empezó a fallar. Pero, por lo que vi, todo el mundo estaba entusiasmado, rodeando a Lizzie, queriendo escuchar sus anécdotas. No había tensión ni miradas raras ni nada. Ninguna de las personas del yate tenía ningún problema con Oliver. Así que pensé: ¿qué más sabía de él? Muy poco, si quieren que les diga la verdad. No nos conocíamos de antes. Pero hay una cosa. Hace un par de meses estaba en el centro médico. Un chequeo rutinario, en mi caso, pero Oliver también se encontraba allí. Y vi que salía de la consulta con cara rara. Estaba blanco como la pared y tuvo que ir a sentarse.

—¿Sabe cuál era el problema?

—Solo hay una cosa que hace que se le doblen las piernas a un hombre de nuestra edad. Le acababan de diagnosticar algo. Yo diría que algo malo.

—Vaya, qué oportuno —se burló Suzie.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Lance.

—Solo que venimos aquí diciendo que tenemos una testigo que afirma que Oliver amenazó con revelar tu secreto si no hacías lo que te decía y ahora nos intentas despistar diciendo que Oliver estaba enfermo.

—Sé muy bien lo que vi. Pregúntale a su mujer, a la tal Verity. Ella lo sabrá.

Todos alzaron la vista cuando un coche patrulla aparcó en el astillero.

—¡La policía! —exclamó Suzie.

Las tres mujeres dieron media vuelta y salieron corriendo hacia el embarcadero. Judith se disculpó mientras se alejaba:

—Perdone, pero nos tenemos que ir.

En cuanto se subieron a la chalana, soltó amarras y empezó a impulsarse río arriba.

Judith miró atrás y vio que Tanika se acercaba a Lance. Profirió un suspiro de alivio: se habían escabullido sin que las viera.

—Esto no me hace mucha gracia —afirmó Becks mientras Judith avanzaba hacia su casa.

—No hemos hecho nada malo —aseguró Judith.

—Sabes perfectamente que sí, Judith, de lo contrario no habríamos salido corriendo. Aunque hayamos encontrado una prueba que quizá sea importante —añadió Becks al tiempo que señalaba la bolsa que contenía el pañuelo de sufragista que habían sacado del río.

—Muy bien —repuso Judith—. Entonces, sugiero que vayamos a ver a Tanika con el pañuelo y zanjemos este asunto con ella. Es imposible que resuelva el caso sin nosotras. No hace falta que intervengamos oficialmente, pero tenemos que involucrarnos. Haremos que esté de acuerdo con nosotras, y a Brendan que le den morcilla.

—Puede que Tanika tenga razón —objetó Suzie—. Y que debamos mantenernos al margen en este caso.

—¿Lo dices en serio? —repuso Judith.

—Yo solo digo que quizá sea mejor que no nos involucremos.

—Ya basta. Tienes que decirnos qué está pasando.

—Judith tiene razón, esto no es propio de ti —se sumó Becks.

—No sé de qué estáis hablando —contestó Suzie, aunque sus amigas tuvieron claro que sabía exactamente a qué se referían.

Judith dijo:

—Podemos jugar a fingir que no sabes de qué estamos hablando o nos puedes decir la verdad. ¿Por qué estás siendo tan gallina?

Suzie sopesó seguir con la farsa, pero acto seguido puso la cabeza entre las manos y lanzó un gemido que pareció un mugido.

—¿Qué ocurre? —se interesó Becks.

—No sé por qué lo hice —dijo con la vista clavada en el fondo de la chalana.

Becks y Judith se miraron de reojo. ¿Qué demonios había hecho Suzie?

—Todo es culpa mía, soy una idiota. Fue un momento de debilidad.

—Continúa —la animó Becks.

Cuando levantó la cabeza, Suzie parecía afligida.

—Vale, pero sobre todo tú, Becks, te vas a cabrear.

—No me enfadaré —le aseguró Becks—. Te lo prometo.

—Hice una lectura de tarot.

—¿Por qué demonios hiciste algo así? —exclamó Becks.

—Te dije que me juzgarías.

—Pero ¿por qué te abres a espíritus que no te es posible controlar, o entender, para el caso?

—No me digas que crees en las cartas del tarot. —Judith se dirigió a Becks.

—No exactamente —respondió Becks—. Pero todos sabemos que los espíritus existen, de una manera o de otra, y no creo que se deba correr el riesgo de intentar comunicarse con ellos.

—Tú también no —se lamentó Judith, y exhaló un suspiro—. Los espíritus (y los demonios y los fantasmas) no existen. Las tres estamos de acuerdo en eso, ¿no? Lo que significa que el tarot tiene lo mismo que decir del futuro que jugar a las cartas de las familias felices.

—Yo no estoy tan segura —admitió Becks—. La magia del tarot existe desde hace mucho tiempo. Mucho antes de que tuviéramos la religión organizada.

—Becks tiene razón —la apoyó Suzie—. Piénsalo. Ha de haber algún motivo por el que la gente no recurre al tarot.

—Y lo hay —aseveró Judith—: que no funciona.

—Eso no es verdad —porfió Suzie—. Es porque da demasiado miedo. Acierta demasiado.

—Pero ¿por qué hiciste esa lectura? —quiso saber Becks.

—Pues no lo sé. La otra tarde me sentía mustia. Había hecho mi programa de radio hacía un par de días. —Suzie presentaba un programa los domingos por la tarde en Marlow FM en el que animaba a los oyentes a llamar para que compartiesen anécdotas de las gracias que hacían sus mascotas—. Y al día siguiente no tenía nada que hacer, no tenía ningún perro al que cuidar. Y mis hijas no estaban para poder chatear con ellas. Es como os dije, ¿sabéis? Que me notaba nerviosa. Así que decidí ponerme a limpiar y encontré mi baraja de tarot en un cajón. Cuando me quise dar cuenta, estaba barajando y poniendo en la mesa tres cartas.

—¿Qué te salió? —quiso saber Becks.

—La reina de espadas, la rueda de la fortuna…

—Y la muerte, no me digas más —aventuró Judith.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Suzie con los ojos muy abiertos.

—Todo este jaleo difícilmente valdría la pena si no te hubiese salido esa carta.

—Pero esa es la cuestión, que la tercera carta que saqué era la muerte.

—Mal asunto —comentó Becks.

—Haced el favor de escucharos —pidió Judith—. ¿Es que ahora vais a decir que Oliver Beresford murió porque sacaste la carta de la muerte de la baraja?

—No, qué va —negó Suzie—. Es imposible que esas cartas tuvieran algo que ver con un hombre. La reina de espadas representa la energía femenina. Y se hace referencia específicamente a la energía femenina madura. Y la rueda de la fortuna puede significar sino, destino o cambio.

—Entonces, ¿cuál era el mensaje? —preguntó Becks.

—A ver, en una lectura de tres cartas, el orden en el que sacas cada una de ellas importa. La primera es la situación, la segunda la acción y la tercera el resultado. Así que la reina de espadas era la situación, lo que significa que estamos hablando de una mujer mayor. En cuanto a la acción, es evidente: es el destino de esta mujer mayor, y ese destino es la tercera carta: la muerte.

—¿Estás diciendo que tu vida corre peligro? —repuso Becks, horrorizada.

—No, la mía no. Veréis, hay cuatro reinas, y la de espadas está relacionada específicamente con el intelecto, que no es que sea mi fuerte, todas estamos de acuerdo en eso. Pero sí el de Judith.

Becks y Suzie se volvieron para mirar a Judith, la preocupación grabada en su rostro.

—¿Crees que mi vida corre peligro? —se burló Judith.

—No tiene por qué ser una muerte literal —aclaró Suzie—. También puede significar un periodo de desafíos importantes o de cambio. Pero, hacedme caso, no es una buena noticia.

—¿Por eso me has estado vigilando?

—Las cartas no mienten.

—Las cartas no dicen nada.

—No sabemos con seguridad lo que dicen las cartas —precisó Becks.

—Son disparates supersticiosos —resopló Judith—. Las cartas son cartas, no pueden predecir el futuro de ninguna manera. De modo que vamos a hablar con Tanika. Y deja de preocuparte, todavía me quedan unos cuantos años, muchas gracias.

Judith hundió con fuerza la pértiga en el fango del Támesis y se impulsó hacia delante, satisfecha de haber zanjado de una vez por todas el tema de su inminente deceso.

Días después pensaría que había sido tonta al no hacer caso de la advertencia de las cartas. Ciertamente, su vida corría peligro, un gran peligro. Solo que aún no lo sabía.

Capítulo 10

La comisaría de policía de Maidenhead era un edificio de ladrillo rojo de los años ochenta que, a efectos de facilitar un acceso rápido, se había construido entre una serie de rotondas y un aparcamiento de varias plantas a las afueras de la ciudad. Años de humos de escape y de lluvia habían hecho que pareciese casi deliberadamente gris, y el interior del edificio no estaba menos ajado.

En la sala donde estaba el grupo, delante de la pizarra blanca, Tanika intentaba concentrarse en el caso, pero pugnaba por hacer a un lado la sensación de ligero pánico que estaba experimentando. No respondía bien al hecho de que su equipo la socavara, y que el subinspector Brendan Perry hubiese presentado una queja por cómo había llevado el caso de Geoffrey Lushington era la definición de ser socavada.

Su jefe era demasiado listo para abrir una investigación interna de cuyo resultado no estaba seguro, pero Tanika sabía que, si daba aunque fuese un solo paso en falso ahora, el subinspector Perry pediría directamente que se iniciase una investigación formal. Lo importante era seguir el procedimiento correcto, se dijo por centésima vez. Su trabajo consistía en reunir los hechos del caso y tomar la decisión adecuada, según el procedimiento correcto.

Tanika había ordenado al equipo de buzos que buscase pruebas en el lecho del Támesis a ambos lados de los quinientos metros aproximadamente del lugar en el que probablemente se encontrase el Marlow Belle a las seis de la tarde. En particular, confiaba en que encontrasen el arma que se había utilizado para disparar a Oliver Beresford. No encontraron ninguna pistola en el yate cuando lo registraron, y parecía perfectamente posible que el asesino arrojase el arma al agua tras cometer el crimen. Los agentes también se habían incautado de todos los dispositivos electrónicos y la correspondencia de la víctima con el objeto de escudriñar su vida en busca de alguna pista

que pudiese revelar quién podía querer su muerte. Tanika había aparecido en las noticias locales para pedir la colaboración de posibles testigos. Le sorprendió que no hubiese nadie a orillas del río a la hora en la que se cometió el crimen, pero todavía había tiempo para que alguien acudiese a la policía.

El subinspector Perry la llamó desde su mesa. Tenía un aspecto descuidado y una barba de tres días que antes tal vez lo hiciese parecer duro, pero que ahora solo le daba un aire de desaliño.

—¿Jefa? —dijo con un tono crítico.

—¿Sí, Brendan? —repuso Tanika con una sonrisa forzada.

—La señora Potts está en recepción.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Tanika antes de que se diera cuenta de lo débil que eso la hacía parecer.

—Dice que tiene una prueba. Relacionada con el caso Beresford. Que necesita entregarla.

—Le dije que no se podía involucrar —aseguró la inspectora mientras se dirigía a la puerta, con las mejillas rojas de vergüenza.

Bajó por la escalera hasta recepción y descubrió que el agente que estaba de servicio había llevado a Judith y a sus amigas a una sala de interrogatorios. Sintiéndose cada vez más irritada, Tanika abrió la puerta intermedia y entró.

—¿Qué demonios estáis haciendo las tres aquí? —exigió saber.

—Lo siento mucho —se disculpó Becks, que sabía hasta qué punto se estaban extralimitando—. Intenté impedir que vinieran.

—Pero no teníamos alternativa —se excusó Suzie.

—Suzie tiene razón —convino Judith—. Porque hemos encontrado lo que podría ser una prueba clave.

Sacó una bolsita para cacas de perros del bolso y la dejó en la mesa.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Tanika.

Judith le explicó que en la bolsa había un pañuelo de seda que creían que podía pertenecer a Verity Beresford.

—Y lo encontrasteis cuando estabais en la chalana en el río, ¿no? —preguntó Tanika.

—Por pura casualidad —aseguró Judith—. Fue todo un golpe de suerte que lo encontrásemos nosotras y viéramos que quizá tuviese importancia —añadió mientras rebuscaba en el bolso y sacaba una

pequeña lata. Tras abrirla, se la ofreció a Tanika—. ¿Un caramelo? —Eran caramelos «de viaje», nombre que recibían porque se decía que aliviaban el mareo que producía el movimiento.

—Mi carrera está en la cuerda floja —contó Tanika.

—Eso es que no quieres un caramelo, ¿no?

—Y el superintendente ya ha hablado conmigo desde que murió el señor Beresford. Un error y me apartará del caso, es lo que ha dicho, pero lo que en realidad quería decir es que vosotras tres no me podéis ayudar.

—¿Por qué no? —se sorprendió Suzie—. Trabajamos bien juntas, las cuatro.

—Si hacéis memoria, recordaréis que la última vez que trabajamos juntas permití que llamaran a los bomberos para que apagasen un gran fuego que tú, Judith, habías encendido a propósito.

—Cogimos al asesino, ¿acaso no? —espetó, indignada, Judith.

—Mientras consumíamos un montón de recursos de otro servicio público, lo cual no sentó muy bien.

—No le sentó muy bien a Brendan, querrás decir —puntualizó Judith—. Nunca le hemos caído bien. Y es evidente que le supone un problema que su jefe sea una mujer.

—No es tan simple —objetó Tanika—. Trabaja duro, pero ahora mismo está pasando por una mala racha. Este año se presentó a los exámenes para ser inspector y suspendió.

—Así que la está tomando contigo porque tú sí aprobaste —razonó Suzie.

—Aunque sea así, no puedo contar con vosotras de ninguna manera. Cada uno de los pasos que doy en este caso se está mirando con lupa. Intenté decírtelo esta misma mañana, Judith.

—Y nosotras hemos intentado no involucrarnos —mintió Judith—. Si encontramos este pañuelo fue por pura coincidencia. Lo vimos solo porque volvimos a la esclusa de Cookham a por mi chalana.

—Y tú eres perfectamente capaz de resolver tus crímenes sin nosotras —aseveró Becks.

—Amén a eso —coreó Suzie.

—Gracias.

—Así que hemos cumplido con nuestro deber de ciudadanas y hemos venido a entregar el pañuelo. Después nos iremos —aseguró Judith—. Y no volverás a tener noticias nuestras. Aunque, puesto que no vamos a volver, quizá, antes de que nos marchemos, quieras compartir con nosotras algún aspecto del caso que te resulte desconcertante. Puesto que estamos todas juntas, quizá te podamos ayudar una última vez antes de irnos.

Tanika miró la puerta de la sala de interrogatorios para asegurarse de que estaba cerrada y después al espejo unidireccional.

—Hay una cosa —dijo al tiempo que se inclinaba hacia delante y hablaba en un susurro cómplice—. Y es la clase de rompecabezas que se te da tan bien resolver, Judith.

Esta se esponjó como una gallina clueca.

—Adelante, soy toda oídos.

—Se trata de esa nota que recibieron todos los que estaban en el yate, en la que se les pedía que estuviesen en sus respectivos camarotes a las seis. La científica las ha analizado y las únicas huellas que han podido levantar pertenecen a la persona que recibió la correspondiente tarjeta. De manera que las únicas huellas que hay en la tarjeta de Duncan Wood son las de Duncan Wood; las únicas huellas que hay en la tarjeta de Toby Vincent son las suyas y las únicas huellas que hay en la tarjeta de Verity Beresford son las de ella.

—A ese respecto no hay ningún misterio —afirmó Judith—. Quienquiera que metió los sobres en los buzones debió de asegurarse de no dejar huellas en ellos, una prueba más de que este fue un crimen perfectamente planeado.

—¿Significa eso que volvemos a considerar que el asesino es Lizzie Jenkins? —porfió Suzie.

—No es tan sencillo —objetó Tanika—. Lizzie Jenkins decía la verdad cuando insistió en que no había firmado las notas: la firma la bajaron del artículo que hay sobre ella en Wikipedia. La persona que escribió las invitaciones la añadió para que diese la impresión de que las había firmado la actriz, cuando no había sido así. De manera que no es posible demostrar que las tarjetas las envió ella. Y ahora es cuando viene el rompecabezas. Veréis, nos encontramos con un misterio

cuando realizamos un examen exhaustivo del cuerpo del señor Beresford...

—¿Qué hay de la autopsia? —la interrumpió Judith—. ¿Murió de esas heridas de bala?

—Sí.

—Así que lo mataron en el yate, ¿no?

—Lo mataron en el yate.

—¿Se pudo disparar él mismo?

—No encontramos residuos de disparo de haber utilizado el arma en ninguna de las dos manos. Y no habría habido tiempo para que el agua los borrase, porque Oliver Beresford no estuvo en ella lo suficiente. No fue él quien disparó el arma. Es más, el primer disparo se efectuó desde muy cerca, al estómago desde un costado...

—¿Cómo sabes que esa fue la primera bala? —quiso saber Suzie.

—Porque ese primer disparo solo lo hirió. Y las quemaduras que presenta la piel y la reducida dispersión de los residuos de disparo dejan claro que se abrió fuego a bocajarro, con la boca del arma en contacto con el cuerpo. Sin embargo, el segundo disparo, el que lo mató, se efectuó desde una distancia aproximada de un metro y medio. La dispersión de los residuos de disparo en su ropa alrededor del orificio de entrada es mucho mayor.

—Y a nadie le miden un metro y medio los brazos, ni de lejos —apuntó Judith.

—Lo has pillado a la primera. El señor Beresford no se disparó él. Le disparó alguien. Y es preciso que sepáis que la segunda bala le perforó el ventrículo izquierdo del corazón. Según el patólogo forense, el señor Beresford murió casi en el acto, lo cual concuerda con lo que demuestran sus pulmones: prácticamente no tragó agua del río. Ya había muerto cuando cayó al agua.

—Así, primero le disparan desde muy cerca y después desde cierta distancia —recapituló Judith, que quería asegurarse de que entendía bien el orden de los sucesos—. ¿Y estaba muerto antes de que cayera al río?

—Eso dice el patólogo.

—Claro, eso explicaría las astillas que tenía en la palma de las manos. Se produjo un forcejeo, ¿no? O bien antes de que le disparasen

la primera vez, o quizá entre el primer disparo (que únicamente lo hirió) y el segundo, que fue el que lo mató.

—Hemos encontrado lesiones *post mortem* en las piernas y los brazos que concordarían con esa interpretación.

—¿Habéis hallado el arma homicida? —quiso saber Becks.

—Tengo a buzos de la policía peinando el lecho del río. No se encontró en el barco, así que parto de la teoría de que el asesino la tiró al agua después de cometer el crimen.

—¿Cuándo murió Oliver? —intervino Suzie.

—A eso de las seis de la tarde, como apunta su reloj de pulsera. Pero dejad que vuelva al rompecabezas con el que necesito que me ayudéis.

—Claro —dijo Judith—. Pero, si me permites la pregunta: ¿reveló la autopsia que Oliver tenía cáncer cuando murió?

Tanika miró fijamente a su amiga.

—Da la casualidad de que sí, de hígado. ¿Cómo lo sabes?

—¿En un estadio muy avanzado? —preguntó Becks para desviar la atención de Judith.

—Uno de los miembros de mi equipo habló con su médica. Dijo que se lo habían diagnosticado muy tarde y que el señor Beresford se había negado a someterse a un tratamiento. Añadió que no era una postura descabellada. Cuando lo descubrieron, el tumor ya estaba en estadio cuatro.

—Qué horror —se lamentó Judith—. Gracias por contestar a nuestras preguntas. Y ahora, volvamos a ese misterio. ¿En qué te podemos ayudar?

—Es algo que no tiene pies ni cabeza. Cuando examinamos el cuerpo de Oliver Beresford, encontramos una invitación en el bolsillo. Exactamente la misma invitación que recibieron los demás pasajeros (también con la firma de Lizzie que bajaron de internet), en la que nuestra estrella le pedía que fuese a su camarote a las seis.

—Así que se suponía que Oliver estaría en su camarote, ¿no? —dedujo Becks.

—Es la explicación más obvia.

—¿Pudisteis levantar alguna huella de su tarjeta? —quiso saber Suzie.

—Sí: las únicas huellas eran las del propio señor Beresford.

—Como en las demás invitaciones —recordó Becks.

—¿Qué significa esto? —planteó Judith—. Menos Lizzie y Lance, todas las personas que se encontraban en el yate recibieron una de esas tarjetas, ¿no?

—Eso parece.

—Entonces, ¿por qué esos dos no? —se extrañó Becks.

—No es eso lo que quiero saber —aseveró Judith—. Porque, si se suponía que Oliver estaría en su camarote a las seis, ¿por qué no estaba en él? ¿Por qué estaba en la parte posterior del barco, recibiendo dos disparos?

—Eso es lo que no me cuadra —admitió Tanika.

—Y hay otra cosa —continuó Judith—. Un aspecto de este caso que todavía no hemos abordado. Hay muchas formas de matar a alguien (y muchas formas de matar a alguien de un disparo), pero la puesta en escena de este asesinato es muy compleja: alquilar un barco con camarotes bajo cubierta; enviar invitaciones falsas para que la gente se quitara de en medio, incluso la víctima, lo cual, estoy de acuerdo, no parece tener sentido. Pero la cuestión es que el asesino debió de pensar que esta era la mejor manera, quizá la única, de matar a Oliver Beresford. ¿Cómo demonios podía ser esa una forma lógica de matarlo?

Las mujeres se miraron. Ninguna tenía una respuesta.

Capítulo 11

A lo largo de los días que siguieron, a Becks le complació ver que Judith había dicho la verdad cuando afirmó que no intentaría seguir implicándose en la investigación. Becks incluso llamó a su amiga un par de veces para asegurarse de que no estaba husmeando a escondidas y en ambas ocasiones Judith estaba en casa y cogió el teléfono fijo.

Cuando llamó por tercera vez, Judith saltó y le dijo que deseaba que sus amigas la dejaran en paz. A Becks le pareció una reacción desproporcionada, hasta que Judith aclaró que Suzie también le estaba dando la pelma para cerciorarse de que no hacía nada arriesgado. Suzie seguía convencida de que la vida de Judith corría peligro después de la lectura de tarot que había realizado, y nada de lo que Judith le dijo la hizo cambiar de opinión.

En lo que a Becks respectaba, la pausa en la investigación no podría haber sido más oportuna, porque le permitió centrarse en Chloe, que había ido a casa con Hugo, su nuevo novio, durante la semana de descanso de la universidad en la mitad del trimestre.

—Ese chico es increíble, ¿no? —comentó Colin a Becks una noche, cuando se preparaban para irse a la cama.

—¿Mmm? —contestó ella, sin apenas levantar la vista del libro que estaba leyendo—. Ah, sí, es muy agradable.

—No pareces muy entusiasmada.

Ella bajó el libro.

—No, tienes razón. Es encantador. ¿Viste que fue la primera persona que se levantó de la mesa y se ofreció a quitarla? Y se rio con tus gracias e incluso hizo preguntas.

—Es muy educado.

La familia de Hugo era propietaria de una gran casa y de tierras hasta donde alcanzaba la vista en Lincolnshire y había ido a uno de los internados solo para chicos más caros del Reino Unido. Estudiaba

Filología Clásica en Exeter y, de lejos, era más culto, atractivo y encantador que Chloe, Becks o Colin.

—Pues sí —convino Becks, pero le daba en la nariz que algo no terminaba de cuadrar con Hugo, aunque no sabía qué. Le preocupaba que su inquietud se debiese principalmente al hecho de que se llamara Hugo. ¿Quién se llamaba así en la actualidad?

Al día siguiente, Becks estaba en la cocina organizando los turnos para limpiar la iglesia cuando Chloe entró con los ojos brillantes y rebosante de entusiasmo. Hugo estaba a su lado.

—Tenemos que decirte una cosa —anunció.

—Dios mío, estás embarazada —aventuró una espantada Becks.

—No, mamá, no estoy embarazada.

—Gracias a Dios. No es que fuera nada malo, pero sería una sorpresa, desde luego, teniendo en cuenta que estoy aquí intentando averiguar con qué frecuencia hace falta sacar brillo al atril del águila de latón de Todos los Santos.

—De todas formas, es un notición —aseguró Chloe—. ¿No, Hugo?

—Hey —contestó él al tiempo que levantaba las manos para dar a entender que era imparcial en ese asunto—. Esto es algo entre tus padres y tú.

—Dejo la universidad —soltó Chloe—. Mejor dicho, los dos la dejamos.

—¿Perdona?

—A ver, ¿quién necesita un título en Ciencias de las Religiones?

—Bueno, sé que esa es la impresión…

—Y llevamos años sin hacer otra cosa que no sea trabajar: secundaria, los exámenes finales, tres meses después, directos a la universidad.

—Lo sé, cariño, por eso tu padre y yo pensamos que quizá te hubiera gustado tomarte…

—Estoy de acuerdo —la interrumpió Chloe—. Antes no lo estaba, pero le comenté a Hugo que habíais dicho que debería haberme tomado un año sabático antes de ir a la uni y él dijo que si eso era lo que quería hacer, por qué no dejábamos los estudios y seguíamos el dictado de nuestro corazón.

—¿Le sugeriste a mi hija que dejara la universidad? —preguntó Becks a Hugo.

—Chloe no lo recuerda bien, señora Starling. Aunque sí es cierto que le dije que, si no estaba disfrutando de la universidad, por qué estaba allí.

—Creía que estabas disfrutando de los estudios.

—Y así es —admitió Chloe—. O era, supongo. Pero el mundo es un lugar muy grande. Me he pasado la vida con papá y contigo y puede que me haya ido de casa, pero solo he acabado en un cruce distinto de la M4. Quiero más. Ir a Tailandia, Vietnam, poner rumbo al este y no saber tan siquiera adónde nos dirigimos, empezar de verdad el resto de mi vida. Y la cosa es que Hugo tuvo la gran idea de que podemos hacer voluntariado mientras viajamos y recaudar dinero antes para financiar el proyecto.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer? —le preguntó Becks.

Chloe respiró hondo para calmarse y contestó:

—Sí.

Becks miró a su bella hija, cuya piel tenía la luminosidad que le confería el entusiasmo juvenil, y solo pudo sentir amor.

—Pues entonces, ve a por ello.

—¡Gracias! —exclamó Chloe—. Sabía que lo entenderías.

Chloe y Hugo siguieron parloteando un poco más sobre sus planes, pero Becks no escuchaba. Tenía una imagen en la cabeza de la que al parecer no se podía desprender. Se percató cuando le preguntó a su hija si estaba segura de que quería viajar. Becks estaba prestando toda su atención a Chloe, pero no pudo evitar ver el cambio que se operó en Hugo mientras esperaban a que Chloe respondiese. En sus ojos había una mirada que a Becks le pareció calculadora, casi fría. Y después, en cuanto Chloe dio su respuesta, a Hugo se le alegró la cara y los tres se echaron a reír. Luego entró Colin y se mostró conforme con el cambio de planes de su hija; entre otras cosas, Becks lo sabía, porque, con la carrera que estaba estudiando, Chloe había ganado más que suficientes discusiones sobre teología de un modo que a Colin le había resultado desafiante.

Colin ahora estaba hablando animadamente de que el lugar que ocupaba en la comunidad —tanto en Marlow como en el grupo más amplio de parroquias— podía ayudarlos a recaudar fondos para su viaje.

—Siempre que sea para hacer voluntariado, claro —precisó.

—Desde luego, papá —aseguró Chloe—. Sabes que no aceptaría un solo penique a menos que fuésemos a hacer algo bueno con él.

—¿Qué le parece si buscamos la organización benéfica adecuada para la que trabajar y usted le da su aprobación, señor Starling? —propuso Hugo—. Así podrá decidir si es algo que sus feligreses puedan respaldar.

—Creo que es una idea excelente —aprobó Colin.

Al ver todo ese entusiasmo y parloteo en la casa, Becks decidió que se guardaría sus reservas sobre Hugo. Después de todo, Chloe era feliz, y eso era lo único que importaba, ¿o acaso no?

*

A Judith, entretanto, le había horrorizado descubrir que se esperaba que acudiese casi a diario a ensayar para el inminente estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*. La señorita Prism no tenía un papel importante —solo aparecía en el segundo y tercer acto—, pero Judith no contaba con la seriedad con la que la Marlow Amateur Dramatic Society se tomaba los ensayos. En su primera escena, la señorita Prism interactuaba sobre todo con el personaje de Cecily, que interpretaba una joven llamada Kay. Judith no estaba segura de que Kay fuese muy buena actriz, pero era entusiasta y siempre educada y sus padres regentaban el pub Two Brewers, así que cuando el reparto acudía allí para tomar una pinta rápida después de ensayar, siempre los trataban casi como si fuesen de la realeza. Judith todavía no se había sumado a ellos en ninguna de sus visitas al pub, y sabía que no lo haría nunca, pero disfrutaba de hasta qué punto creía Kay que tal vez un día los acompañase.

Su segunda escena era con el reverendo Chasuble, el personaje por el que la señorita Prism se sentía atraída. El papel lo representaba Toby Vincent, y trabajar con él a Judith le parecía fascinante. Nunca hacía lo

mismo dos veces. Cada vez que ensayaban, sus movimientos cambiaban. Según él, ello hacía que todo fuese «fluido», lo cual no era en modo alguno el estilo de Judith. Al final empezó a quedarse quieta mientras Toby daba vueltas por el escenario cogiendo distintos elementos de utilería, deteniéndose en sitios extraños y dando con formas de decir sus frases que eran poco menos que sorprendentes. Todo era impresionante, supuso Judith, aunque no fuese exactamente lo que ella pensaba que requería la escena.

En cuanto a Toby, había una intensidad en su trabajo que a Judith le resultaba un tanto inquietante. Su concentración durante los ensayos era absoluta, y tendía a hablar de sí mismo en tercera persona cuando representaba al reverendo Chasuble. A Judith le daba la impresión de que era un hombre que todavía no había llegado adonde quería llegar en la vida y estaba desesperado por recuperar el tiempo que había perdido. No le sorprendió saber por los otros miembros del elenco que Toby había enviado una solicitud recientemente a la escuela de arte dramático más prestigiosa del país, la RADA —la Royal Academy of Dramatic Arts—, y le habían ofrecido una plaza.

Mientras lo miraba durante los ensayos, Judith se sorprendió preguntándose si Toby sería capaz de cometer un asesinato y llegó a la conclusión de que sí, sin duda. La intensidad de su concentración se acercaba mucho a la ira contenida. Pero Judith también tenía claro que Toby era la última persona que habría querido muerto a Oliver Beresford, al que idolatraba. Mientras tomaban café en un descanso, le contó a Judith que antes de unirse a la Marlow Amateur Dramatic Society nadie pensaba que tuviera algo bueno que ofrecer. En el colegio sus notas eran mediocres, no se le daban bien los deportes, en realidad nada, según sus propias palabras. Acabó de mecánico porque tenía un colega en el taller Platts que le consiguió un trabajo allí cuando tenía dieciséis años. Había sido feliz durante años. O creía haberlo sido. Pero Oliver cambió todo esto cuando le enseñó que ahí fuera había un mundo vasto. Un mundo en el que él tenía algo especial que ofrecer. Fue Oliver quien le sugirió que solicitara entrar en la escuela de teatro, y Toby dijo que le estaría eternamente agradecido por darle una segunda oportunidad en la vida.

En cuanto al tercer acto, en él la señorita Prism se enfrentaba a lady Bracknell, encarnada por la señora Eddingham. A Judith esos ensayos se le hicieron cuesta arriba, aunque solo fuese porque era difícil saber dónde terminaba la señora Eddingham y dónde empezaba lady Bracknell. A Judith no le habría importado que la señora Eddingham la mangonease tanto si se supiera su texto y no le echase la culpa de su falta de memoria a todos salvo a ella misma.

Al final de un ensayo especialmente agotador con ella, Judith se topó entre bastidores con un apagado Duncan.

—Esa mujer siempre ha sido así, ¿sabe? —observó, y tosió con flema en su mano. Judith se percató, y no era la primera vez, de que parecía que Duncan siempre estaba enfermo.

El hombre siguió explicando que el comportamiento de la señora Eddingham era el motivo por el que Oliver la había marginado, y que la única forma de lidiar con ella consistía en decirle exactamente lo que tenía que hacer y cuándo y después confiar en que se hubiese aprendido por lo menos una parte de su texto. Mientras tanto, añadió, a grandes males, grandes remedios. Judith no supo a qué se refería Duncan con eso, porque al hombre le dio otro ataque de tos y ella no se quedó allí para averiguarlo. Sin embargo, todo quedó claro la siguiente vez que asistió a un ensayo y descubrió que Verity ahora era la directora de la obra.

Y menuda revelación, se dio cuenta Judith. En cuanto entraba en el edificio rezumaba una autoridad serena. Sus indicaciones eran directas, pero también escuchaba lo que tenían que decir los actores.

Como más tarde confió Kay a Judith, su estilo a la hora de dirigir era como de la noche al día comparado con el de Oliver. Al parecer, él daba gritos, era temperamental y dejaba bien claro quiénes eran sus favoritos en el reparto. Kay era uno de ellos, y Judith pensó que a la chica le gustaría, pero lo único que consiguió con ello fue que a esta le abochornase que todo cuanto hacía contara con la aprobación de Oliver y todo lo que otros hacían o sugerían corriese el riesgo de que Oliver lo echara por tierra.

Resultó que Verity tenía un conocimiento enciclopédico de Oscar Wilde y de la historia de las distintas representaciones de la obra, y

daba la impresión de que la energía de todo el mundo aumentaba cuando ella estaba en los ensayos.

A Judith le fascinaba su transformación, aunque solo fuese porque lo único que Verity al parecer no estaba haciendo de ninguna manera era llorar la muerte de su difunto esposo. Durante uno de los ensayos, cuando Toby se resistía a sus intentos de que hiciese lo que ella quería que hiciese, aduciendo que Oliver siempre lo dejaba tomar sus decisiones «en el momento», Verity contestó: «Pero Oliver no está aquí ahora, ¿no?». Judith creyó incluso percibir un deje de júbilo en su voz. Tal vez Lizzie Jenkins tuviera razón cuando había dicho que Verity odiaba a su marido.

Pasar tanto tiempo con las personas que mejor conocían a Oliver significaba que Judith tenía muchas oportunidades para pensar en su asesinato. Y notaba que empezaba a sentir una comezón. O no, una comezón no, era más bien lo que sentía cuando estaba a punto de estornudar. Sabía muy bien lo que iba a pasar y no había nada que pudiera hacer para impedirlo: iba a hablar con Verity de Oliver. Y al igual que ese momento previo al estornudo, la sensación era al mismo tiempo de emoción y de temor.

La oportunidad se presentó al final de un ensayo especialmente largo. Cuando salió, Judith vio que Suzie y Becks la estaban esperando. Se le había olvidado que habían quedado para ir a tomar el té juntas esa tarde.

—¿Qué tal los ensayos? —preguntó Suzie cuando Judith se unió a sus amigas.

—Son todo un reto —respondió Judith y, nada más hablar, empezó a llover a cántaros.

—Rápido, a la furgoneta —sugirió Suzie mientras daba la vuelta para ir a la puerta del conductor y Becks y Judith se refugiaban en la parte de atrás para escapar del chaparrón.

—¿De dónde ha salido eso? —se extrañó Becks, mirando al cielo—. Hoy no estaba previsto que lloviera.

Mientras Becks y Suzie comentaban hasta qué punto debería sorprenderles o no el diluvio, Judith vio que Verity salía del edificio. Se tapó la cabeza con el abrigo y echó a andar a buen paso bajo la lluvia.

Judith sonrió y abrió la puerta del acompañante cuando la mujer iba a pasar por allí.

—¡Verity! —la llamó—. ¿Quiere que la llevemos adonde vaya?

—Sería muy amable por su parte, Judith. Esperaba que Duncan pudiera llevarme a casa, pero dice que se va a quedar para renovar una instalación eléctrica.

—Suba —la invitó Judith, que se pegó a Becks para hacerle sitio.

Cuando se montó en la furgoneta y se quitó el abrigo de la cabeza, Verity no se dio cuenta —aunque Becks y Suzie sí, sin lugar a dudas— de que Judith sonreía como el zorro que acababa de invitar al muñequito de jengibre a subirse a su morro.

Capítulo 12

Mientras Suzie conducía y Judith formulaba preguntas sobre la obra de teatro, Suzie y Becks comprendieron que su amiga intentaba que Verity se sintiese cómoda para ganarse su confianza. Era casi indecente, pensó Becks mientras Verity hablaba alegremente de pruebas de vestuario y visualizaciones de la maqueta de escenografía.

La casa de Verity y Oliver estaba al final de un camino. Era una casita de ladrillo rojo con rosas en el porche y un pequeño jardín que bajaba hasta el río. Cuando llegaron, la tormenta ya había pasado y un sol acuoso asomaba tras las nubes.

—Qué lugar tan bonito —alabó Becks cuando Suzie aparcó junto a la puerta principal.

—Sí, este sitio siempre ha sido la niña de mis ojos —repuso Verity mientras se bajaba de la furgoneta—. Bueno, gracias por traerme. Y hoy ha hecho un buen trabajo, Judith, está usted mejorando mucho.

Con una sonrisa, Verity cerró la puerta de la furgoneta y echó a andar hacia su casa; por su parte, Becks no le quitaba los ojos de encima a Judith.

—No puedes —le advirtió.

—No puedo ¿qué? —preguntó Judith, toda inocente.

—Se lo prometiste a Tanika… —empezó Becks, pero era demasiado tarde. Judith salió y fue detrás de Verity.

—Oh, ¿Verity? —la llamó, y la aludida se paró y esperó hasta que Judith le dio alcance. No tardó en seguirla Suzie y, a continuación, una muy reacia Becks—. Siento hacerle esta pregunta, pero parece usted muy alegre, ¿no?

—Lo sé —confirmó Verity—. Debería estar de luto, pero llevo queriendo hacerme cargo de una obra años. Casi décadas, pero Oliver siempre tenía que ser el director. Y yo siempre he sentido debilidad por Wilde. ¿Quién no la sentiría?

—Debía de ser difícil vivir con alguien que no estaba dispuesto a compartir.

—Sí, aunque lo último que quiero hacer es hablar mal de los muertos, claro, pero sí, podía ser difícil.

—Pero entonces Lizzie Jenkins estaba más en lo cierto que equivocada, ¿no? Cuando nos conocimos todos, sugirió que Oliver y usted no se llevaban bien.

—Eso no era asunto suyo.

—Estoy de acuerdo con usted —convino Becks, que quería reparar las naves que Judith estaba quemando—. Y por eso estoy segura de que le bajó los humos. Cualquiera lo haría.

—Sí, pero no podía estar tan equivocada —apuntó Suzie—. Seguro que Oliver y usted tuvieron sus más y sus menos. Él era un hombre, así que no me cabe la menor duda.

—Todo lo que hemos averiguado de Oliver apunta a que era un hombre difícil —observó Judith—. Como mínimo, era egocéntrico, algo con lo que seguro que no es fácil vivir.

Verity miró a las tres mujeres y lo único que vio fue empatía y apoyo. Respiró hondo y repuso:

—No tiene usted idea de lo mala que era la convivencia.

Verity lo dijo de un modo tan sentido que Judith se sorprendió llevándose la mano a la alianza de oro que llevaba en el dedo anular y dándole vueltas. Sabía perfectamente lo que era estar atrapada en un matrimonio malo.

Verity vio la tristeza de Judith.

—¿Está usted casada? —le preguntó.

—Lo estuve —respondió Judith—. Hace mucho tiempo.

—¿Lo dejó usted a él o él a usted?

El marido de Judith había muerto durante una tormenta y ella no quería hurgar en la historia.

Al ver lo incómoda que estaba Judith, Becks le echó un capote.

—¿Cambiaron las cosas entre Oliver y usted cuando le diagnosticaron su enfermedad?

—¿Saben eso?

—¿Por qué no nos lo cuenta con sus propias palabras?

Verity tardó un tanto en ordenar sus pensamientos.

—¿Tiene usted idea de lo que se siente cuando el hombre con el que una vive (y sí, lo admitiré, me hizo la vida imposible con sus fanfarronadas y sus aires de grandeza) llega a casa un día y le dice que tiene cáncer y que es terminal? —contestó—. No supe qué pensar. Me quedé en *shock*, naturalmente. Y horrorizada. Pero también me di cuenta de que era mi escapatoria. Es espantoso cuando se dice en voz alta, ¿no?

—Solo está siendo sincera —la consoló Becks.

—Y cómo habían acabado las cosas en nuestra relación no era culpa únicamente de Oliver. Él ya era así cuando nos conocimos. Es solo que, con los años, empecé a ver que ahí no había nada más. Todos esos aires de grandeza que me atrajeron cuando empezamos a salir no eran más que eso, aires. ¿Su ropa elegante y su atrezo? Era como el mago de Oz. Solo que cuando por fin vi qué había detrás del telón, encontré a un hombre que era (y siento decir esto) un monstruo. Y cuando le diagnosticaron la enfermedad, todos sus atributos negativos incluso empeoraron. No fue de ayuda que le dijeran que el cáncer tal vez lo hubiese causado el amianto al que se vio expuesto cuando de joven trabajó de inspector en edificios clausurados.

—¿Era perito?

—Así es como se ganaba la vida, aunque nunca hablaba de ello. Siempre que conocía a alguien le decía que era director de teatro, algo que a mí siempre me pareció un poco patético. Pero sí, su médica creía que los años que había estado trabajando en contacto con amianto tenían al menos parte de culpa de que años después le diagnosticaran ese cáncer.

—Lo siento mucho —dijo Becks.

—Solo hay una persona por la que lo siento, y esa soy yo de joven. Quería ser actriz (a toda costa) y vi en Oliver mi oportunidad para hacer carrera. Me convenció de que con él entraría en la profesión. Y es muy convincente, esa es la otra cosa que han de saber de Oliver. No me estaba engañando (como tampoco engañó a los otros jóvenes a los que embaucó con sus elaboradas mentiras), creía de verdad lo que decía. Era un fantasioso.

—Todo eso parece muy difícil —opinó Becks—. ¿Cómo lo sobrellevaba usted?

—Como lo sobrelleva cualquier mujer cuando descubre que ha cometido un gran error: haciendo su vida cada vez más. Yo dejé la actuación. Y diría que fue una suerte, la verdad sea dicha. Creo que, pese a mis esfuerzos, no era muy buena. Pero la MADS ensayaba casi todos los fines de semana, y el trabajo de Oliver siempre hacía que estuviese fuera los miércoles, jueves y viernes, así que solo tenía que compartir la casa con él del domingo por la noche al miércoles por la mañana. Y me aseguré de unirme a un club de *bridge* semanal los lunes y de trabajar de acomodadora en el Wycombe Swan Theatre los martes, con lo que era posible que transcurriese una semana entera (a veces incluso más) sin pasar tiempo con él. Era un arreglo que le convenía tanto a él como a mí.

—Entiendo —aseguró Judith—. ¿Y adónde iba su marido cuando estaba trabajando?

—Inspeccionaba edificios por todo el país. No sé dónde, los últimos años dejé de preguntar. Me daba lo mismo, siempre que estuviese fuera tres días a la semana. Así que, a nuestra manera, nos llevábamos bien. Estoy segura de que hay matrimonios a los que les va peor. —Profirió un suspiro—. Oliver tenía el síndrome de Peter Pan. Se creía inmortal. El diagnóstico fue tan tardío porque se negó a ir al médico cuando empezó a sentirse mal hace un año. Aunque le dije que fuese. Y como dejó que pasara tanto tiempo, no lo pillaron cuando aún se podía hacer algo.

—¿Cuánto le quedaba?

—La médica dijo que tal vez seis meses, quizá un año, pero que era poco probable que fuese mucho más. Y aquí estamos, con Oliver riendo el último. Al final no fue el cáncer lo que se lo llevó por delante, sino una bala. Aunque puede que parezca macabro, él habría apreciado el dramatismo de la situación. Y una bala rápida es preferible a una agonía lenta y prolongada. ¿Es posible que apretara el gatillo él?

—¿Cree que habría sido capaz de quitarse la vida?

—Antes de que le dieran el diagnóstico habría dicho, sin lugar a dudas, que no. Pero había estado haciendo comentarios crípticos de que quería terminar con un estallido, no con un sollozo. ¿Conocen la frase? Parece un poco falto de tacto mencionarla ahora teniendo en cuenta lo que pasó. Pero por eso fui a verla a usted, Judith, cuando no volvió a

casa después de la excursión en barco. Llevaba semanas comportándose de manera rara y, cuando desapareció del yate como lo hizo (y al ver que no cogía el teléfono ni contestaba a los mensajes ni a los correos electrónicos), me preocupó que hubiese cometido alguna estupidez.

—No apretó él el gatillo —confirmó Becks—. Hablamos con la inspectora que lleva el caso y nos dijo que en las manos de Oliver no había residuos de disparo. Y que dispararon el arma a bastante distancia de su cuerpo, al menos la segunda bala.

—¿Pueden saber esas cosas? —se sorprendió Verity.

—Entonces, si no fue él, ¿tiene usted alguna idea de quién lo hizo? —le preguntó Judith.

Verity se paró a pensar, sopesó cuál era la mejor manera de responder a la pregunta.

—Me niego a creer que fuese Toby. Adoraba a Oliver. Seguro que lo ha visto usted, Judith. En cuanto a Duncan, Oliver y él solían enzarzarse en peleas absurdas sobre cosas triviales, pero son amigos desde que iban al colegio, casi eran como un matrimonio —añadió con una sonrisa cansada—. Una de esas parejas que siempre se está tirando pullas pero es inseparable. No creo que el patrón del barco, Lance, conociera a Oliver. Y sé que yo no lo maté. De manera que solo queda Lizzie Jenkins como posible autora.

—¿Cree usted que disparó a su marido?

—No sé por qué querría hacer algo así. Claro que esa tarde había algo raro entre ellos dos, no sabría decir qué.

—Lance dijo algo parecido —señaló Becks—. Dijo que Oliver estaba intentando mangonear a Lizzie.

—Sí, eso era parte de ello. Oliver la estaba tratando con superioridad, verlo resultaba embarazoso. Pero Lizzie lo aguantaba, casi era como si guardase un secreto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es difícil de explicar, pero es como si estuviese encantada dejando que la tratase con toda la superioridad que quisiera, porque durante todo ese tiempo ella se la estaba jugando. No sé si tiene sentido.

—Quizá el secreto que guardaba era que pensaba matarlo —sugirió Suzie.

—Supongo que es posible. Cierto es que fue ella la que organizó la excursión en barco y nos envió esa tarjeta para que estuviéramos en nuestro camarote a las seis. Y algo más que me parece extraño: por lo visto, Lizzie se ha esfumado.

—¿A qué se refiere? —se interesó Judith.

—Busqué su contacto en la agenda de Oliver. Y la he llamado unas cuantas veces y le he mandado algunos mensajes (estoy organizando el funeral y necesito saber si va a asistir), pero no me ha contestado ni una sola vez. Hablé con su amiga, la inspectora Malik, y dijo que Lizzie sigue en el país. No le está permitido abandonarlo mientras la investigación esté en curso. Así que, ¿por qué me iba a hacer *ghosting* si no es culpable?

—Qué interesante —afirmó Judith mientras se daba cuenta de que iba a tener que tomar una decisión. Hasta ese momento su charla con Verity había sido como la que quizá hubiese mantenido cualquiera que quisiera entender lo que le había sucedido a Oliver, pero Judith y sus amigas habían encontrado el pañuelo de sufragista de Verity en el río y lo habían puesto en manos de la policía. Estaba sopesando si mencionarlo o no cuando un movimiento en la pradera que se extendía al otro lado del río llamó su atención. Alguien pasaba pedaleando por el Camino del Támesis. Al fijarse bien, vio que era Duncan Wood. El hombre se detuvo junto a una barcaza amarrada junto al río justo enfrente de la casa de Verity, se bajó de la bicicleta y subió a bordo—. ¿Qué hace Duncan ahí?

—¿Duncan? —repitió Verity—. Vive ahí.

—¿Enfrente de su casa? —observó Suzie.

—Forma parte de la pequeña discusión que mantuvo con Oliver —contó Verity—. Los hombres son idiotas. Perdonen, pero tengo cosas que hacer. Debo preparar los ensayos de mañana. Pero me satisface que hayamos mantenido esta charla, Judith. Tanto si lo cree como si no, me ha ayudado a ordenar las ideas. Así que, si me pregunta si me alegra que Oliver ya no esté... Entre nosotras cuatro... no (eso sería horrible), pero sí que me siento aliviada, eso sí lo puedo admitir. He tenido que dejar a un lado mi vida demasiado tiempo. En cuanto a si lo mataría, desde luego que no. Después de todo, sabía que el cáncer se lo llevaría dentro de poco. ¿Por qué demonios me arriesgaría a ir a la cárcel por

asesinato cuando podía dejar que la madre naturaleza realizara el trabajo sucio por mí?

Con una sonrisa triste, Verity entró en su casa. Judith y sus amigas volvieron a la furgoneta de Suzie y se guardaron su opinión hasta que estuvieron dentro.

—Su último argumento es muy convincente —aseveró Becks—. Puesto que sabía lo del cáncer, es imposible que Verity sea el asesino.

—Ya —convino Judith—. Aunque suscita una pregunta interesante, ¿no os parece? Me pregunto quién más sabía que Oliver tenía cáncer.

—¿Crees que no es posible que quien le disparó lo supiera? —planteó Suzie.

—Parece una teoría razonable.

—Lance lo sabía, o lo suponía —recordó Becks—. Y Verity lo sabía. Eso hace que los dos queden libres de sospecha.

—Lo que nos deja a Duncan, Toby y Lizzie, que quizá no supieran lo del cáncer y, por lo tanto, podrían ser el asesino —dedujo Suzie.

—Os diré lo que quiero saber —terció Judith—. ¿Cuál fue esa pequeña discusión que mantuvieron Duncan y Oliver que ha mencionado Verity?

—Sí, estaría bien poder llegar al fondo de ese asunto —convino Suzie.

—Lo sé —repuso Judith, que hizo como si tuviese una idea—. ¿Por qué no vamos al aparcamiento del pub The Spade Oak? Desde allí podemos llegar a pie hasta la barcaza de Duncan. Y sé que ahora dirás que no deberíamos investigar, Becks, pero esto es demasiado importante para andarnos con formalidades. Además, a Tanika solo le prometimos que no interferiríamos en su investigación, y no lo hemos hecho. Ni siquiera le pregunté a Verity cómo acabó su pañuelo de sufragista en el río el día después de que se cometiera el asesinato. He hecho un auténtico ejercicio de autocontrol. No estamos pidiendo información privilegiada ni formas de acceder a ella, solo estamos hablando con algunas de las personas que estaban presentes aquella tarde.

—¿Tiene algún sentido que diga lo que pienso? —preguntó Becks.

—Y no olvidéis —empezó Judith, no haciendo ni caso a Becks, lo cual demostró a esta que no se equivocaba— que ahora soy amiga de

esas personas a través de la MADS. Hay muchos motivos por los que podría querer ir a charlar con Duncan. ¿A alguien le apetece una pastilla? —ofreció Judith al tiempo que sacaba la lata de caramelos de viaje del bolso y la abría.

Con una sonrisa, Suzie cogió un duro caramelo envuelto en azúcar glas. Becks supo que había perdido. Sus dedos se situaron sobre la lata mientras intentaba decidir qué color quería, pero entonces se dio cuenta de que en realidad no le apetecía un caramelo.

—Mejor no —lo rehusó mientras Suzie rompía el suyo con los dientes y se subía a la furgoneta con sus amigas.

Cuando la furgoneta dejó el camino de entrada de Verity y salió a la vía que llevaba hasta la carretera, Judith reparó en una mujer que estaba a un lado de la pequeña carretera. Algo en ella le resultó chocante. Parecía incongruente que alguien estuviese solo en ese sitio. ¿De dónde había salido la mujer y adónde iba?

Al pasar por delante, dio la impresión de que la mujer volvía la cara, aunque a Judith le dio tiempo de ver que tenía el pelo oscuro liso, por los hombros, y un plumífero de un rojo vivo. Intrigada, siguió mirando a la mujer todo lo que pudo.

Desde donde estaba, al volante, Suzie vio por el espejo retrovisor que Judith se había dado la vuelta en su asiento e intentó ver qué había llamado la atención de su amiga. Al hacerlo, reparó en que la mujer se plantaba en medio de la carretera para poder ver mejor la furgoneta de Suzie.

Esta pegó un frenazo.

—Vaya —dijo, con la vista clavada en la imagen de la mujer con el plumífero rojo que le devolvía el retrovisor.

—¿Qué pasa? —quiso saber Becks.

—¿A alguna se le ha helado la sangre como a mí? —preguntó con un escalofrío antes de volverse a mirar a Judith—. ¿Te encuentras bien?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —le dijo, desconcertada, Judith.

—La mujer de ahí atrás. Es como si te estuviera hipnotizando.

—Solo la estaba mirando.

—No, es más que eso. No podías dejar de mirarla.

—Pero si te estoy mirando a ti.

—Y ella no podía dejar de mirarte —continuó Suzie, pasando por alto la objeción de Judith—. Y nosotras dos sabemos por qué está tan obsesionada contigo.

—¿Lo sabemos? —se sorprendió Becks.

—Seguro que es clarividente, lo que yo os diga. Sabe que algo malo le va a pasar a Judith.

—Creo seriamente que deberías dejar de decir esas sandeces —espetó Judith, indignada.

—Perdonad, pero ¿de qué mujer estáis hablando? —preguntó Becks.

—Ahí atrás, en la carretera, hay una mujer —respondió Suzie, volviéndose hacia Becks—. Con un plumífero rojo vivo, observando a Judith.

—Que no me está observando —porfió esta.

—Sí que lo está, mirad —insistió Suzie.

Las tres amigas se volvieron para mirar por la luneta trasera de la furgoneta.

La mujer del plumífero rojo había desaparecido.

Capítulo 13

—¿Qué mujer? —preguntó Becks mientras miraba la carretera.

—Estaba ahí hace un segundo —aseguró Suzie mientras miraba a Judith con creciente horror—. Y después se esfumó de golpe.

—No se esfumó —resopló Judith.

—Entonces, ¿dónde está? —la desafió Suzie antes de que comprendiese cuál era la verdad—. ¿Y si...? —empezó, pero Judith la cortó.

—No lo digas, Suzie.

—No puedes impedir que hable.

—Pero al menos podrías intentar decir algo que tenga sentido.

—¿Qué ibas a decir? —quiso saber Becks.

—Pues que todo encaja con la profecía.

—¡No hay ninguna profecía! —se exasperó Judith.

—Y ahora tenemos figuras espectrales a un lado de la carretera.

—Esa mujer no tenía nada de espectral. Llevaba un gran plumífero rojo.

—¿Estás diciendo que era un fantasma? —preguntó Becks, abriendo mucho los ojos.

—O una aparición... o algo —aseveró Suzie.

—Becks —terció Judith, volviéndose hacia su amiga—. Por favor, dime que no la crees.

Becks miró por la luneta la carretera desierta.

—¿Había una mujer ahí?

—Nos vio pasar —contó Suzie con un escalofrío—. Fue extraño.

—¿Y ahora no está ahí...? No sé, Judith. No veo adónde podría haber ido. No a menos que esté escondida entre los arbustos o algo por el estilo, ¿y por qué iba a hacer algo así?

—Estoy segura de que se os ocurrirá alguna razón por la que no podemos dar marcha atrás para echar un vistazo —soltó Judith, que estaba harta de las dos.

—¿Qué? —exclamó escandalizada Suzie—. Ha sido una advertencia: una mujer con un plumífero rojo significa peligro. Significa sangre. Tenemos que alejarnos lo más deprisa posible.

Sin esperar a que le contestase, metió primera y salió disparada.

Cuando volvieron a Marlow y cruzaron el puente colgante sobre el río Támesis, Judith se sorprendió dando vueltas al anillo de bodas, que llevaba en el dedo anular. Era algo que hacía cuando se sentía inquieta. Naturalmente, no creía en las predicciones del tarot, pero no lo podía negar: la mujer del plumífero rojo la había asustado.

*

Cuando dejaron la furgoneta en el aparcamiento trasero del pub The Spade Oak y enfilaron el camino que bajaba hasta el río, las mujeres vieron la barcaza de Duncan, amarrada más adelante, y la casa de Verity en la otra orilla.

—Qué curioso que Duncan viva a tan solo cien metros de Verity —comentó Becks—. Y, sin embargo, hemos tardado casi veinte minutos en llegar aquí.

Judith llamó con los nudillos en un costado del barco. El rostro de Duncan apareció en un ojo de buey y, al ver a Judith, el hombre frunció el ceño.

—¿Permiso para subir a bordo? —preguntó ella con una sonrisa que no admitía un no por respuesta.

—Está bien —respondió Duncan, que acto seguido desapareció del ojo de buey.

Judith, Becks y Suzie subieron por la pequeña pasarela que conducía a la parte posterior de la barcaza y a continuación bajaron la escalera hasta la cueva de Aladino, llena de viejos equipos informáticos apilados junto a la cocina, paneles luminosos medio desmontados amontonados de cualquier manera junto a la ventana y con todas las superficies restantes repletas de recuerdos relacionados con el teatro y vestuario y atrezo.

—Oh —dijo Becks, y arrugó la nariz al notar el polvo que había en suspensión.

Al oler el moho y el polvo y ver el caos que rodeaba la vida de Duncan —había platos con restos de comida y tazas de té en precario equilibrio sobre montones de cachivaches—, Judith comenzó a entender por qué el hombre estaba siempre tan pálido y enfermizo: era evidente que llevaba un estilo de vida sumamente malsano. Pero también vio que Duncan estaba nervioso. ¿Era porque no quería que nadie viese el estado en que se encontraba su casa o había otro motivo?

Judith efectuó las presentaciones y explicó que su visita no tenía nada que ver con la representación de *La importancia de llamarse Ernesto*.

—O, por lo menos, no directamente —puntualizó—. Queremos hablar de la tarde que murió Oliver.

—Ya he hablado con la policía —objetó Duncan— y, en lo que a mí respecta, no tengo nada más que decir.

Duncan echó atrás los hombros y se irguió. Era evidente que eso era todo cuanto estaba dispuesto a decir sobre el asunto.

—Por favor, ¿quién es este caballero? —le preguntó Becks al tiempo que señalaba una fotografía del aparador en un intento de ablandar a Duncan. En ella se veía a un hombre de uniforme junto a un camión verde oscuro delante de un paisaje árido de hierba rala y piedras.

—Es mi tío Ray —contestó Duncan mientras se acercaba y cogía la instantánea.

—¿Era militar?

—Regimiento de zapadores.

—¿De ahí es de donde le viene su amor a reparar cosas?

—Se podría decir —respondió Duncan—. De mi padre no, desde luego.

—¿Dónde se tomó esta foto? —se interesó Judith.

—A las afueras de Puerto Argentino, en las Malvinas.

—¿Luchó en la guerra de las Malvinas?

—Oigan, ¿me pueden decir que están haciendo ustedes tres aquí?

—¿Nosotras? —preguntó Judith con aire inocente.

—Sé lo que está haciendo. Se unió a la MADS para no perdernos de vista. Su fama la precede.

—¿De qué tengo fama?

—De atrapar asesinos. Es lo que hacen ustedes tres. Así que, ¿qué se les ha perdido en mi barco?

—¿Somos famosas? —preguntó, entusiasmada, Suzie.

—Ahora no, Suzie —pidió Judith—. Pero tiene usted razón, hay un cabo suelto que confiaba en poder atar. Verá, Verity dice que estaba usted enemistado con Oliver.

—¿Verity? —repitió, irritado, Duncan—. Conque eso ha dicho, ¿eh?

—Sí —confirmó Becks.

—Muy bien, pues no lo niego —afirmó Duncan mientras se ponía a recoger todos los platos y las tazas que había por allí—. Pero no es para tanto. Conocía a Oliver desde que íbamos al mismo colegio, cuando era un crío tímido. Un día unos chicos mayores le dieron una paliza por llevar un chaleco debajo de la americana del colegio. Debíamos de estar en segundo, o algo por el estilo, así que la cosa no fue para tanto. Pero, a partir de ese momento, Oliver tomó una decisión: podía recular o atacar, y lleva atacando desde entonces. Poniéndose ropa cada vez más extravagante, utilizando un lenguaje florido. Es como si se creyese Oscar Wilde, y ya les digo yo que no lo era.

Duncan llevó los cacharros al fregadero y los metió en un barreño antes de abrir el grifo del agua caliente. Después se puso a fregar.

—¿Le resultaba irritante? —quiso saber Suzie.

—Como les he dicho, éramos amigos desde que íbamos al colegio, y era brillante a su manera. A los dos nos encantaba hacer teatro juntos: a mí entre bambalinas y a él en el escenario. En lo que respecta a montar un espectáculo, nunca se haría nada si no existiesen estos personajes excéntricos sacando el látigo.

—Eso no es que responda exactamente a mi pregunta —apuntó Suzie.

—Sí, me resultaba irritante, pero solo de vez en cuando. Más bien me exasperaba. Me volvía loco. Volvía loco a todo el mundo.

—Entonces, ¿cuál fue el motivo de esa enemistad?

—Una estupidez. Se remonta a cuando le presté un libro de Kenneth Tynan. Sus reseñas de obras de los años sesenta y setenta. El libro en sí no era tan valioso, pero cuando le pedí a Oliver que me lo devolviese, dijo que no se lo había dado. Lo cual era increíble, porque ambos sabíamos que se lo había dado. Pero estábamos en plenos ensayos de

una comedia de enredo de Alan Ayckbourn. Se hallaba presente toda la compañía, y él quiso hacerme quedar como si fuera idiota y me desafió a que lo llamara mentiroso, cosa que no hice. Debería haberlo hecho, pero me extrañaba tanto que hubiese urdido una mentira así que no dije nada.

»Así que disfrutó de su momento en el candelero. Haciéndome quedar como un idiota. Y eso me mortificó. Luego, después de que se estrenara la obra, la tarde que asistió el *Marlow Free Press* vertí un poco de agua en el enchufe de la mesa de luces durante la gran escena de Oliver e hice saltar los plomos del edificio entero. Fue patético, lo reconozco, pero él me había hecho quedar como un idiota delante de toda la compañía. En lo que a mí respectaba, ahora le tocaba a él quedar como un idiota delante de mucha más gente.

»Pero no fui consciente de hasta qué punto eso le minaría la confianza. Cuando por fin conseguí que volviera la luz en el edificio, su actuación fue bastante mala, que no era lo que yo quería. Los periódicos dijeron que iba cuesta abajo. El *Marlow Free Press* incluso escribió que había llegado el momento de que savia nueva se hiciese cargo de la MADS. Creo que fue la primera obra en la que Toby era el actor principal, y fue la estrella; los periódicos estuvieron más que encantados de señalarlo. Toby era el futuro, y Oliver, el pasado; básicamente es lo que dijeron.

—Pero de eso hace ya algún tiempo —señaló Judith—. ¿Cómo es posible que esa enemistad continuara?

Duncan quitó el tapón del fregadero y se quedó mirando el agua mientras desaparecía con un gorgoteo antes de contestar.

—Ahí es cuando la cosa se pone fea. Yo solía amarrar mi barcaza junto al club de *rugby*. Se supone que uno no se puede quedar en el mismo sitio más de una noche seguida, pero a mí me conocían en la ciudad y, de todas formas, a nadie le importaba. Si no era mi barco el que estaba amarrado allí, habría uno distinto cada día con a saber quién haciendo qué. Así que era un arreglo bueno para todos. Pero después de la que lie con las luces, Oliver decidió vengarse y se quejó al ayuntamiento. Se me notificó que tenía que irme de allí (se vieron obligados a hacerlo, puesto que habían recibido una queja formal), lo cual me tocó las narices de mala manera. Pero la cuestión es que yo

sabía que Oliver estaba detrás, así que decidí desquitarme. El terreno que hay a este lado del río es propiedad de un agricultor. Normalmente cobra cinco libras por noche, pero ha hecho un trato conmigo: puedo amarrar aquí la barcaza por doscientas libras al año, lo que significaba que en lugar de que Oliver disfrutase de sus perfectas vistas del río (con lo duro que había trabajado para tenerlas), ahora yo estaba justo enfrente de su casa. ¿Y qué le voy a hacer si, de vez en cuando, me gusta poner mi música *rock* bien alta? No es culpa mía que no supiera apreciar la genialidad de Led Zeppelin.

—Pues sí que pinta fea la cosa, sí —opinó Becks.

—Soy el primero en admitirlo —reconoció Duncan al tiempo que cogía un paño de cocina sucio y se secaba las manos con él.

—¿Y todo esto porque se le olvidó que le había prestado usted un libro de reseñas? —se sorprendió Suzie.

—Esto no tiene nada que ver con su muerte, ¿saben? —afirmó Duncan—. Seguíamos siendo amigos. Esto solo era algo aparte, algo que sucedía de fondo. Ni siquiera discutimos por ello, o lo reconocimos. No creo que nadie salvo Verity lo supiese. Y, de todas formas, conseguí amarrar mi barcaza aquí, así que gané yo.

—A menos que la cosa se fuera de madre de nuevo —observó Judith.

—¿Cómo dice?

—¿Le hizo Oliver algo recientemente que significase que tenía usted que matarlo?

—¿Qué? —espetó Duncan, estremeciéndose con la pregunta—. ¿Cómo puede decir algo así? He dicho que me exasperaba, no que hiciera que me entrasen ganas de matarlo. Si están buscando a alguien que tal vez lo quisiera muerto, no hace falta que miren muy lejos: Verity. Oliver y ella tenían peleas acaloradas en las que se lanzaban cacharros, todo el tinglado. Yo a veces los veía por las ventanas, yendo de habitación en habitación, persiguiéndose.

—Verity nos confesó que vivir con Oliver era difícil —contó Becks.

—Oliver no era nunca el que empezaba las peleas: eso era algo que tenía, que nunca empezaba una discusión. Prefería inventarse cualquier gilipollez a enfrentarse a alguien. Siempre era Verity la que la

montaba. No dejen que las engañe, antes era actriz. Y es verdad lo que dicen: quien fue actriz siempre lo será.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó Becks.

—Que pierde los papeles, y estos últimos meses no tenía excusa: debería haberle hecho la vida más fácil a Oliver.

—¿Por qué? —se interesó Suzie.

—Supongo que ya da lo mismo que se lo diga: Oliver tenía cáncer, terminal.

—¿Usted cómo lo sabe? —terció Judith.

—¿Cómo no lo iba a saber? Tenían unas buenas peloteras al otro lado del río. Yo lo oigo todo. Y permítanme que les diga que, cuando se calienta, Verity es implacable. Más de una vez le oí decir que el cáncer de Oliver era el castigo por lo que había hecho.

—¿Y qué había hecho? —le preguntó Becks.

—No lo sé, pero se lo oí decir por lo menos media docena de veces: el cáncer de Oliver era el castigo divino por lo que había hecho. Eso es lo que solía decir.

Judith y sus amigas se miraron. ¿Qué demonios había hecho Oliver que llevase a Verity a pensar que un cáncer terminal era un castigo justo?

Capítulo 14

Tras darle las gracias a Duncan por su ayuda, las mujeres salieron de su barcaza y volvieron a la furgoneta. Mientras atravesaban la pradera intentaban encontrarle sentido a lo que habían averiguado.

—Bueno, para empezar, esa barcaza está hecha un asco —comentó Becks.

El pánico que infundían indefectiblemente en su amiga la suciedad y el desorden hizo sonreír a Judith y Suzie.

—Y lo de provocar el cortocircuito para castigar a Oliver demuestra que Duncan es bastante vengativo —opinó Judith—. Puede que Oliver lo avergonzase delante de unos actores, pero su reacción fue excesiva.

—Igual que lo de plantarle la barcaza delante para fastidiarle las vistas —añadió Suzie.

—Tienes razón. Me da que Duncan llevaba esa enemistad más lejos que Oliver.

—Y en cuanto pudo le dio la puñalada a Verity, ¿no os parece?

—Eso es lo que no soy capaz de entender —observó Judith—. Lo he visto en los ensayos y siempre está callado. Prefiere estar solo. Nunca he notado nada que sugiera que Verity le cae mal. Le encanta que ella lo mangonee. Me pregunto a qué ha venido eso.

—Puede que esté intentando hacer que centremos nuestra atención en otra persona. En alguien que no sea él.

—Aunque no se equivocaba al decir que había ganado —mencionó Judith—. Tenía la sartén por el mango en la disputa.

—Suponiendo que haya dicho la verdad.

—En cualquier caso, creo que ha llegado el momento de que hablemos con Toby Vincent, ¿no creéis?

—Claro —convino Suzie—. Pero ¿por qué?

—Quiero averiguar si sabía que Oliver tenía cáncer.

*

Las mujeres encontraron a Toby en el taller Platts, arreglando un viejo BMW.

—Hola, Judith —saludó al ver a las mujeres.

—¿Le importa que le hagamos una pregunta rápida? —contestó Judith.

—No, mientras pueda seguir trabajando... —repuso Toby, que se dirigió hacia un juego de herramientas y cogió un destornillador largo. Cuando volvió al coche y se puso a cambiar el espejo retrovisor, Judith se dio cuenta de que seguía sin cuadrarle que un trabajador manual como Toby fuese tan buen amigo de un hombre como Oliver Beresford —. ¿Se trata del tema tabú? —preguntó Toby con voz risueña—. Porque se lo veo en los ojos cuando ensayamos, pero es usted demasiado educada para mencionarlo.

—¿Y qué tema tabú es ese? —le siguió el juego Judith.

—¿Qué hago pavoneándome en el escenario?

—A ver, yo no diría que es tabú, pero debo admitir que se me ha pasado por la cabeza.

—No se preocupe, yo también lo pienso la mayor parte del tiempo. Y la MADS siempre está hablando de su motivación y de cómo se sienten. En mi opinión, solo es gente que tiene demasiado dinero y demasiado tiempo. Sin ánimo de ofender a la actual compañía —añadió mientras abría la puerta del coche y empezaba a comprobar los fusibles en la guantera.

—¿Cómo se implicó en esto?

—Fue la pantomima de hace unos años, *El gato con botas*. Platts la patrocinaba y nosotros, los mecánicos, teníamos que aparecer bailando en tutú.

—¡Lo recuerdo! —exclamó Suzie—. O sea, verlo no lo vi (mis hijas son demasiado mayores para ir a la pantomima), pero todo el mundo habló de ese baile. La gente los aplaudió a rabiar.

—Después, Oliver me llevó aparte y me dijo que yo tenía algo y que se estaba planteando que la siguiente obra fuese una comedia: *Pijama para seis*. Había un papel para el que, en su opinión, yo sería idóneo. Naturalmente, aproveché la oportunidad. —Toby dejó de trastear con el coche, los ojos se le iluminaron cuando continuó—: Salir al escenario, bajo esos focos, me hace sentir... no sé, es como si supiera lo

que está pensando todo el mundo cuando te mira. Se ve cada mota de polvo suspendida en el aire. Me encantó, y quería más. Y adivine qué: cuando actué en esa comedia, el público se partía de risa conmigo. ¿Quién lo sabía? ¡Yo! Oliver siempre decía que era porque buscaba la verdad en lo que decía y nunca la risa fácil, que es algo que ahora entiendo, pero antes no.

—Era una especie de mentor para usted, ¿no? —entendió Becks.

—¿«Una especie» de mentor? Mi vida empieza a partir del día que lo conocí. Antes nunca serví para gran cosa en el colegio o en el trabajo. A ver, no me malinterpreten, siempre me las he arreglado, pero nunca había hecho nada especial. Así que sí, hay un antes de Oliver y un después de Oliver, y es como del día a la noche. Fue una gran influencia. Cuando empezamos a conocernos, odiaba que yo fumase maría los fines de semana. Durante la semana nunca (no cerca de toda esta maquinaria), pero no hacía gran cosa cuando no estaba aquí, así que me colocaba. Cuando se enteró, Oliver se cabreó a base de bien. Dijo que estaba friéndome el cerebro y desperdiciando la vida fumando porros. Y era muy insistente, ¿saben? Me abrió los ojos y me encarrilé.

—Y por eso va a dejar usted esto para ir a la RADA —dedujo Judith.

Toby se ruborizó mientras se mantenía ocupado con el coche.

—Pues sí —contestó—. Él pensaba que yo debía apuntar alto. Al principio no lo creí, pero Oliver estaba convencido de que yo era muy bueno. Aun así, es una movida coger los bártulos y mudarme a Londres, dejar Marlow, a mis amigos y mi familia. Y mi trabajo. ¡Por Dios! ¿Quién querría empezar a ser un estudiante a mi edad? Pero Oliver no permitió que me echara atrás. Incluso me pagó todas las audiciones y le pidió a su amigo que me ayudara a elegir mi monólogo de Shakespeare. Yo seguía pensando que no era buena idea, pero la cuestión es que Oliver tenía problemas de salud y no quería perder el tiempo.

Judith miró a Suzie y a Becks al oír mencionar los «problemas de salud».

—Me figuro que, en cierto modo, estaba viviendo su sueño de tener fama y dinero a través de mí —prosiguió Toby—. Pero en mi cabeza había una vocecita que no paraba de decirme: «¿Y si Oliver tiene razón?

¿Y si soy lo bastante bueno?». No se imaginan hasta qué punto quería que fuese así. Por eso escribí a Lizzie Jenkins.

—¿Lizzie Jenkins vino al Reino Unido porque usted le escribió? —le preguntó Suzie.

Toby se inclinó hacia delante para mirar los testigos en el salpicadero. No le gustó lo que vio y centró su atención de nuevo en los cables y los fusibles de la guantera.

—Pues sí —contestó—. Porque ni de coña me podía permitir vivir tres años en Londres, así que Oliver me dijo que tenía que escribir a alguien famoso o rico (o preferiblemente las dos cosas) que se me ocurriese para pedirle que me ayudara económicamente. Yo me negué en redondo al principio, pero él me enseñó en internet que era algo habitual. Cuando se iba a la escuela de arte dramático, se pedía ayuda a actores ricos y luego, si uno acababa siendo un actor rico, ayudaba a otros.

»A ver, que yo no esperaba que Lizzie me respondiese como lo hizo. Ni siquiera estaba en mi lista hasta que Oliver me contó que era de Marlow y se había fogueado en la MADS. ¡No me lo podía creer! Yo había actuado en el mismo escenario que Lizzie Jenkins. De modo que le escribí y me dijo que no solo quería ayudarme económicamente si conseguía entrar en la escuela de arte dramático, sino que quería venir a vernos a todos. Hacía décadas que no venía a Marlow y creía que ya iba siendo hora. Por eso alquiló ese yate, quería dar una fiesta para nosotros.

—Sí, ¿me permite hacerle una pregunta a ese respecto? —aprovechó Judith—. Debe de haber cientos de personas en la ciudad que han hecho obras con la Marlow Amateur Dramatic Society, ¿por qué había tan pocas en el barco?

—No estoy seguro —admitió Toby, encogiéndose de hombros—. Oliver dijo que Lizzie solo quería invitar a la junta. A mí me eligieron el año pasado para formar parte de dicha junta, como representante de los actores. A la señora Eddingham casi le da algo, se lo aseguro. Ocupó el cargo durante años. Décadas, incluso.

—Volviendo a lo que dijo antes, ¿a qué se refería con lo de que Oliver tenía problemas de salud?

Toby mantenía su atención fija en el BMW.

—Lo siento, no debería haber dicho eso —se disculpó.

—Entiendo que quiera proteger la intimidad de su amigo —afirmó Becks—, pero podría ser muy importante. ¿Qué problemas de salud eran esos?

—Si no le importa, prefiero no decirlo.

—Por si sirve de ayuda, sabemos lo que le diagnosticaron.

Toby miró a las mujeres. Su expresión era inescrutable.

—¿Lo saben? —se sorprendió.

—Sabemos que tenía cáncer —reveló Judith.

Toby exhaló un suspiro.

—Me lo contó cuando estábamos ensayando mi monólogo de Shakespeare para la audición. Era el discurso de Enobarbo sobre la reina Cleopatra.

—Oh —exclamó Judith—: «La galera en que iba sentada, resplandeciente como un trono».

—Ese. Es bueno, ¿eh? Y no tan conocido como para que se haya hecho ya mil veces. En cualquier caso, Oliver se puso a hablar de la inmortalidad y de que eso era lo que Shakespeare había dado a todos los temas de sus obras, porque sus obras nunca morirán. Se puso tan triste que le pregunté si estaba bien, y entonces fue cuando me contó que tenía cáncer de hígado. Terminal. Le quedaban meses de vida. Solo de pensarlo me dan escalofríos. Por eso tenía tantas ganas de que yo entrase en la RADA, me dijo. Quería hacer todo el bien posible en los últimos meses que le quedaban. Quería dejar un legado.

—¿Es que su legado no es la Marlow Amateur Dramatic Society? —se extrañó Suzie.

—Eso es lo que yo le dije, pero me contestó que no era suficiente. Creo que por eso aprovechó la oportunidad de hacer que Lizzie viniera de Estados Unidos. Tenía muchos puntos débiles —contó Tony con una sonrisa triste—, pero el mayor de todos era lo famoso que quería ser. No me malinterpreten, era el primero en admitir lo superficial que era. Solía reírse mucho de él mismo, no dejen que nadie les diga lo contrario. Sabía lo ridículo que era con sus modelitos y sus declaraciones pomposas.

—Le caía a usted bien —afirmó Suzie.

—A veces me daba la impresión de que yo era el único al que le caía bien.

—Verity y él no se llevaban bien, ¿no? —quiso saber Judith.

—No conocía los detalles de su relación —reconoció Toby—. Pero Lizzie Jenkins tenía razón cuando dijo que notaba la tensión que había entre ellos. Bullía bajo la superficie todo el tiempo, era como electricidad estática.

—¿Por qué? —quiso saber Becks.

—Esa es una pregunta difícil. Creo que, en el fondo, Oliver era el típico tío. Cuando solo estábamos él y yo, dejaba de dárselas de pez gordo. Me dijo que le resultaba agotador, pero que había empezado siendo ese tipo llamativo hacía muchos años y que no podía cambiar. Básicamente, cuando se despojaba de todo, era un gran tipo.

—¿Y Verity no veía nada de eso? —terció Suzie.

—Sabe Dios lo que pasa en las relaciones. Uno nunca lo sabe a ciencia cierta, ¿no les parece? Pero era tan capaz como Oliver de empezar una discusión. En general, yo diría que empezaba más ella que él. Irascible, así es como se mostraba Verity cuando estaba él. Que no es que fuera así con el resto de nosotros, porque no podía ser más agradable. Pero yo casi diría que Oliver era la víctima en ese matrimonio.

Judith trató de entender lo que pensaba de esa revelación en concreto. Encajaba con lo que les había contado Duncan, pero a ella le costaba mucho imaginar que alguien con la personalidad de Oliver Beresford fuese la víctima en una relación.

—Duncan Wood dijo que Verity creía que el cáncer de Oliver era un castigo por algo que había hecho —comentó Becks.

—Vaya —contestó Toby—. A eso es exactamente a lo que me refiero cuando digo cómo podía ser con él. Eso es una barbaridad.

—Supongo que no sabrá de qué hablaba Verity, ¿no?

—¿Un castigo? No. Yo no lo vi hacer nada malo. Y, de todas formas, no me creería lo que Duncan dice de Oliver. Entre ellos dos había una rivalidad rara. Era como si Duncan tuviese un problema con Oliver, pero jamás le plantaba cara o lo sacaba a la luz. Así es Duncan en general. Un poco como una araña, va correteando por ahí y conspirando.

—¿En qué sentido? —quiso saber Becks.

—Nunca es directo, ¿saben? Por ejemplo, si había algún problema con una obra (que Oliver no le permitía tener el decorado que él quería o lo que fuera), en lugar de decírselo a Oliver, hablaba con los otros miembros del elenco. O con sus parejas. Intentaba conseguir que hiciesen el trabajo sucio por él.

—¿Es taimado? —preguntó Suzie.

—A veces puede dar esa impresión.

—Si es así, ¿cree que podría estar detrás de las invitaciones falsas en las que se les pedía a todos ustedes que fueran a sus respectivos camarotes a las seis?

—Yo lo que sé es que no las envié. Y el método es demasiado artero para Verity: es una de las personas más directas que conozco. Usted ya la ha visto en los ensayos, Judith, no pierde el tiempo, ¿verdad? Pero creo que Duncan es exactamente la clase de persona a la que se le ocurriría una argucia así.

—¿Pudo matar a Oliver?

—Es lo que he estado intentando pensar, pero no lo veo. La cosa es que sé que Duncan tenía problemas con Oliver, pero es más bien cobarde. No creo que tuviese el valor de matar a nadie. A menos que fuese algo impulsivo, ¿saben? Y este asesinato fue todo menos impulsivo.

—Muy cierto —convino Judith—. Es evidente que quien lo planeó era muy competente.

Toby estaba a punto de darle la razón cuando se dio cuenta de lo que daba a entender Judith.

—¿Cree que lo hice yo? ¿Es que se ha vuelto loca? Gracias a Oliver voy a salir de este sitio. Además, prácticamente soy la única persona de Marlow que pensaba que Oliver era un buen tipo. No, se equivoca usted si cree que tuve algo que ver. Y ahora, si no les importa, tengo que dejar listo el cableado eléctrico de este coche si quiero irme a comer. La veré en los ensayos, Judith. —Dicho eso, Toby les dio la espalda a las mujeres.

Las tres amigas, que sabían cuándo alguien quería que se fuesen, se marcharon.

—Vaya, qué interesante —comentó Judith en cuanto salieron del taller al sol.

—¿Que Toby idolatraba a Oliver? —señaló Becks.

—Está eso, naturalmente, pero no es lo que tenía en mente.

—Lo sé —adivinó Suzie—. Te refieres a que Duncan es como una araña que corretea por ahí.

—Eso también ha sido esclarecedor, pero no la principal conclusión a la que he llegado. Porque ahora sé que no podemos aplazarlo más.

—¿Qué no podemos aplazar? —quiso saber Suzie.

—Que yo sepa, hemos hecho pleno: Lance Goodman, Verity Beresford, Duncan Wood y Toby Vincent sabían, mucho antes de que mataran de dos disparos a Oliver, no solo que este tenía cáncer, sino también que era terminal.

—Ah, ya lo pillo —afirmó Suzie—. Solo había una persona en ese barco que no sabía que Oliver iba a morir de todas formas: Lizzie Jenkins.

—Pero es imposible que lo matara ella —aseveró Becks—. Hacía años que no veía a Oliver Beresford, décadas. Y tú misma lo dijiste, Judith: este asesinato fue premeditado. El asunto de las invitaciones para asegurarse de que todo el mundo estuviese en su camarote a las seis (y el hecho de que el asesino tuviera que hacerse con un arma) implica que no pudo ser algo improvisado.

—Así que Lizzie lo planeó todo desde Los Ángeles —razonó Suzie.

—Pero llegó al Reino Unido el mismo día que murió Oliver. No es posible que le diera tiempo a hacer todas esas cosas.

—Cierto —coincidió Suzie—, pero sigue siendo la única persona que no sabía que Oliver tenía cáncer.

—O eso pensamos —puntualizó Judith—. Solo hay una forma de saberlo con seguridad: tenemos que hablar con ella.

Capítulo 15

Para Judith no era tan obvio cómo podían averiguar dónde se alojaba Lizzie Jenkins. ¿Había cogido una habitación en un hotel de la ciudad? ¿Había alquilado una casa? ¿O quizá se estaba quedando en Londres y no podrían ponerse en contacto con ella sin que Tanika les pasara la dirección? Lo único que Judith sabía a ciencia cierta era que Tanika había prohibido a Lizzie que abandonase el Reino Unido mientras la investigación estaba en curso.

Judith se sentía profundamente frustrada. Eran tantas las cosas de las que necesitaba hablar con Tanika: si había hecho algún progreso en lo que respecta a averiguar quién había enviado las falsas invitaciones; si el pañuelo que habían sacado del río era o no de Verity y si ya habían encontrado el arma homicida. Intentar coger al asesino sin poder acceder a la información que tenía la policía hacía que Judith se sintiera como si se viese obligada a pelear con una mano atada a la espalda.

*

Con el caso estancado, Becks pudo pasar más tiempo en casa con Chloe y Hugo. Incapaz de sacudirse la sensación de inquietud que le producía el novio de su hija, decidió abordar el tema con Colin cuando le llevó al despacho su matutina taza de té.

—No sé muy bien qué pensar de Hugo —empezó—. Hay algo... No sé lo que es.

—Nunca te ha caído bien, ¿no? —repuso Colin.

—Eso no es verdad.

—Es porque es pijo, ¿no?

—¿Qué? —exclamó, espantada, Becks—. ¡No!

—Fue a un colegio pijo, su familia está forrada. Estoy de acuerdo en que algo de choque cultural hay, sí, pero no es asunto nuestro.

—Somos los padres de Chloe, desde luego que es asunto nuestro —espetó Becks. Muchos años antes había asumido el hecho de que Colin apenas había movido un dedo para ayudar a criar a sus hijos. Ahora que eran adultos en apariencia, por lo visto tenía la sensación de que sus obligaciones como padre habían terminado.

—Y no olvides que cuando tú y yo nos conocimos, el que tenía dinero era yo —añadió él—. Si a ti te pareció que no pasaba nada porque salieras conmigo, seguro que tampoco pasa nada porque ahora lo haga Chloe.

Era verdad. Colin era un banquero de altos vuelos cuando Becks y él se enamoraron. Su posterior vocación supuso una sorpresa para los dos, aunque la sorpresa fue mucho mayor para Becks.

—Yo también tenía un trabajo —adujo Becks con una voz de una calma letal.

—Pues ahí tienes —exclamó él con aire de triunfo—. A nosotros nos funcionó, ¿por qué no crees que les pueda funcionar a Chloe y Hugo?

—¡No lo sé! —reconoció Becks, apenas disimulando su irritación—. Por eso quería hablar contigo. Estoy intentando averiguar qué es lo que me preocupa. No sé, es tan educado todo el tiempo, y tan atento, pero de vez en cuando, y solo durante una décima de segundo, deja caer la máscara y le veo esa mirada calculadora. Y a continuación vuelve a ser encantador y fino y correcto. Es un visto y no visto, pero no puedo evitar tener la sensación de que no estamos viendo al verdadero Hugo.

—¿Es porque sugirió que Chloe dejara la universidad?

—Dios, no, con eso no tengo ningún problema. O por lo menos no creo que lo tenga —contestó Becks mientras se planteaba si Colin podía tener razón—. En realidad, quizá eso sea una parte del problema. Hugo ya tiene su sitio en la sociedad, ¿no? Tiene dinero, contactos a porrillo por el colegio y la familia; da lo mismo que tenga un título o no, pero para Chloe la cosa es distinta.

—Según dice ella misma, se moría de ganas de dejar los estudios.

—Sé que es lo que dice, pero no por eso está bien que Hugo se lo sugiriese cuando Chloe es alguien que necesitará una titulación, y buena, ya puestos, si quiere abrirse camino en el mundo.

—Bobadas. Todo el mundo querrá contratarla. Es la hija de una famosa detective que lucha contra el crimen.

Pese a que no quería, Becks sonrió. Tal vez Colin tuviera razón y ella estuviese siendo demasiado dura con Hugo. Después de todo, al igual que Chloe, él solo era un joven que intentaba averiguar lo que quería hacer con su vida, aunque su punto de partida fuese uno de excesivos privilegios. Y tampoco era que al chico le faltase motivación. Se había lanzado a organizar el «superviaje» a Asia con bastante más energía que Chloe. Había pasado horas con Colin asegurándose de que el trabajo que harían Chloe y él sería útil y ético al mismo tiempo. Había creado hojas de cálculo para organizar presupuestos e itinerarios, la casa estaba llena de guías de viaje que había sacado de la biblioteca y Becks no podía negar que era maravilloso ver que alguien se hacía con el control de la vida un tanto pasota de Chloe.

Hugo también había creado lo que estaba resultando ser una plataforma de *crowdfunding* de gran éxito para recaudar dinero para el viaje. Con actualizaciones y *videoblogs* casi a diario, mantenía informados a los seguidores de ambos de los avances de su campaña. Becks sabía que si habían sido capaces de reunir tanto dinero de su familia y amigos era solo gracias a la diligencia de Hugo. Sin embargo, la mayor contribución a la plataforma procedía de la congregación de Todos los Santos. Hugo y Chloe habían dado una charla sobre el orfanato de Vietnam en el que iban a trabajar y a Becks le había conmovido profundamente lo generosa que había sido la ciudad a la hora de apoyar a su hija.

Tras la conversación que mantuvo con Colin, Becks bajó para ver cómo estaba Chloe. La encontró en la cocina, haciendo tostadas y té para Hugo y para ella. Antes de que pudiera contenerse, Becks le preguntó a su hija si estaba segura de que abandonar la universidad era lo correcto.

—¿Por qué no dejas que sea feliz? —espetó Chloe, que puso el desayuno en una bandeja y salió como una exhalación de la cocina. Becks oyó que subía dando pisotones y lanzó un suspiro. ¿Por qué nada más verla le había formulado la única pregunta que se había dicho que no debería formular? En lo más profundo de su corazón, sabía que el

detonante había sido ver a su hija prepararle el desayuno a su novio igual que ella acababa de llevarle una taza de té a Colin.

*

En cuanto a Suzie, esta siguió con su vida de paseadora de perros y locutora en la radio local un día a la semana, pero seguía sin poder sacudirse la sensación de que algo malo estaba a punto de pasarle a Judith. Como era su peor enemigo, Suzie decidió centrar el programa radiofónico de esa semana en los encuentros sobrenaturales de sus oyentes. Resultó que había muchos, y, cuando salió del pequeño estudio, estaba muerta de la preocupación. Nada más llegar a casa llamó a Judith para comprobar si la profecía de las cartas del tarot se había cumplido. Judith, por su parte, le dijo por centésima vez que estaba diciendo bobadas. Pero después, al día siguiente, pasó algo que hizo que la seguridad de Judith se tambaleara seriamente.

Estaba en el Little Theatre con otros actores, esperando a que llegara la señora Eddingham para que pudieran empezar a ensayar. Para pasar el tiempo se puso a mirar las fotografías enmarcadas de la junta de la MADS que colgaban de la pared. En la instantánea más reciente, Oliver estaba en el centro, rodeado de Verity, Toby y Duncan. La sonrisa de todo el mundo era relajada; el lenguaje corporal, de lo más amistoso. Quién iba a imaginar que las tres personas que acompañaban a Oliver eran sospechosas de haberlo matado.

Judith se fijó en otra fotografía de la junta, esta vez de la señora Eddingham. Siguió mirando todas las demás fotos de la junta y se percató de que, mientras que algunos rostros iban y venían, Oliver, Duncan y la señora Eddingham parecían ser un elemento fijo. Resultaba extraño ver que su rostro se volvía más joven, su cuerpo más delgado, pensó Judith. Pero entonces vio que la fotografía enmarcada más antigua no era una instantánea formal de la junta, sino una de Duncan y Oliver delante de lo que parecía una vieja casa prefabricada, el brazo de Oliver alrededor de los hombros de Duncan.

Verity, que reparó el interés que mostraba Judith en la pared de fotografías, se acercó a ella.

—La historia de la MADS —contó con una sonrisa triste—. La historia de todos nosotros.

—¿Qué es esta foto de Duncan y Oliver?

—Así es como empezó la MADS. Antes de que el ayuntamiento nos cediera este teatro.

—¿Cómo era en los comienzos?

—Eso tendrá que preguntárselo a Duncan, por aquel entonces yo aún no estaba. Pero, por lo que contaba Oliver, Duncan y él siempre habían estado metidos en el teatro cuando iban al colegio. Luego, cuando terminaron los estudios, quisieron montar algo en la ciudad, Oliver se ocuparía de todo lo relacionado con las personas y Duncan, de la parte técnica. Cuando se hizo inspector, Oliver descubrió que el ayuntamiento disponía de un edificio que no estaba utilizando (porque lo iban a clausurar o algo por el estilo) y logró que les permitieran a Duncan y a él utilizarlo, y así tiraron los primeros años. No había espacio para ensayar, para eso tenían que ir a Liston Hall, donde también representaban las obras. Pero la iluminación y el vestuario lo guardaban en la casa. Cuando lograron establecerse y demostrarle al ayuntamiento el buen trabajo que eran capaces de hacer, consiguieron que les arrendasen este edificio, y ahí fue cuando todo despegó para la MADS.

—Lo cierto es que Duncan mencionó una cosa y me preguntaba si podría ayudarme usted a aclararla. Dijo que había oído algunas de sus peleas con Oliver. Así es como averiguó que Oliver tenía cáncer. Los oyó.

—Típico de Duncan. Sé que por lo visto se le da genial solucionar los problemas de la gente, pero en lo que respecta a Oliver y a mí, lo único que parecía hacer era meter cizaña.

—¿Como por ejemplo?

—Como amarrar su barcaza enfrente de nuestra casa para poder espiarnos.

—¿Eso era lo que hacía?

—Es evidente. Ya le ha contado a usted que Oliver y yo discutíamos, lo cual no es que sea muy leal por su parte.

—En concreto me confió que usted le dijo a Oliver que su cáncer era un «castigo» por lo que había hecho.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Es lo que Duncan asegura que oyó.

—Pero eso es pura maldad. Yo jamás habría utilizado esa clase de lenguaje con Oliver. No me malinterprete, me sacaba de quicio, y sí, discutíamos, pero yo jamás me jacté de su cáncer. Era algo espantoso que tenía que sobrellevar. Que los dos teníamos que sobrellevar.

Toby se unió a las mujeres.

—Verity, ¿me podría echar una mano con mis mutis en el segundo acto?

—Desde luego —afirmó Verity con una luminosa sonrisa mientras iba a por su copia del guion con Toby pisándole los talones.

Judith frunció el ceño. ¿A quién había que creer? ¿A Duncan, que afirmaba que Verity creía que el cáncer de Oliver era un castigo justo? ¿O a Verity, que decía que Duncan estaba intentando causar problemas? Y había algo más. Cuando Toby se había acercado y se había situado a su lado, Judith había percibido un olorcillo a marihuana. Esta recordó que Toby había mencionado que antes fumaba porros, pero que lo había dejado cuando Oliver le había dicho que eso era malo para él. ¿Había vuelto a fumar droga? Y, si era así, ¿por qué?

Judith tenía muchas cosas que pensar, de modo que decidió que quería alejarse del alboroto que metían sus compañeros de reparto.

A ambos lados del escenario había pequeñas puertas laterales. Salió por la que le quedaba más cerca y subió el puñado de escalones cortos que la separaban del *backstage*. Por fin estaba sola con las viejas cuerdas y las cortinas llenas de polvo. Judith pensó que todo era muy romántico. Cuando salió al escenario, vio fugazmente un destello metálico —y tuvo la sensación de que algo muy pesado le pasaba rozando— antes de que se escuchase un estruendo cuando un foco se estrelló contra el suelo a escasos centímetros de donde ella se encontraba tan solo unos segundos antes.

Estaba demasiado aterrorizada para hablar, pero cuando miró hacia arriba, vio a Duncan Wood en la eslinga, justo encima de ella.

—¡Se puede saber qué está haciendo usted ahí! —exclamó, con el rostro completamente blanco.

—¿Qué ha pasado? —logró balbucir Judith.

—¿Es que no ha visto el letrero? —espetó Duncan—. A la entrada del escenario: nadie puede entrar aquí cuando estoy montando las luces.

—Lo siento —se disculpó Judith.

—Podría haberla matado —gruñó Duncan.

Judith miró el pesado foco que estaba en el suelo, a un metro de donde se encontraba ella.

—Sí —aseveró—. Podría haberme matado.

Judith miró a Duncan y le sostuvo la mirada. Acto seguido, él se dio media vuelta y empezó a bajar por la escalera de gato que llevaba al escenario.

De pronto Judith no quería estar cerca de Duncan. Antes de que el hombre llegara abajo, ella se volvió y abandonó el escenario, bajó los escalones y abrió la puerta que la devolvió a la luminosidad del auditorio.

La puerta de la entrada principal se abrió de golpe cuando llegó la señora Eddingham, deshaciéndose en disculpas. Judith fue a su encuentro. No había ensayado con la señora Eddingham desde que había empezado a intentar averiguar dónde se alojaba Lizzie Jenkins y confiaba en poder charlar tranquilamente con ella.

Sin embargo, la táctica de la señora Eddingham al llegar tarde al ensayo era la misma que utilizaba ella cuando olvidaba su texto o se equivocaba cuando le daban el pie: se lanzó a soltar un monólogo y siguió hablando para que nadie le pudiese preguntar qué estaba haciendo. El tema del soliloquio de ese día abarcó la vez que la señora Eddingham se presentó por error a una audición para la Gay Sweatshop Theatre Company, la compañía de teatro gay de Liverpool; que debería haber aparecido en el primer episodio de la serie británica *Doctor Who* con Peter Davidson; que causó sin querer una huelga del sindicato en la BBC al desenchufar una cámara en su sede, la Broadcasting House, y que Michael Parkinson fue el hombre más cortés que había conocido en su vida en la industria del entretenimiento.

Pese a lo mucho que lo intentó, Verity no fue capaz de conseguir que el elenco terminase la escena ni siquiera una vez. Después, cuando solo faltaban minutos para que finalizase el ensayo, la señora Eddingham anunció de repente que todos debían «echar mano del guion» para dar

un repaso rápido a la escena. Acto seguido, sacó deprisa su copia de la obra y comenzó a interpretar su papel muy despacio y alzando mucho la voz —lo cual, al menos, fue la representación correcta de su papel—, pero sus movimientos eran de su anterior encarnación de lady Bracknell y no encajaban con la nueva escenografía.

—¿Por qué no está aquí mi silla? —preguntó imperiosamente la señora Eddingham sin salirse del personaje para formular la pregunta.

—Su silla está en la parte izquierda del escenario, Mary —le recordó Verity por duodécima vez.

—Debería estar en el centro —resopló la señora Eddingham.

Durante todo ese tiempo, Judith no estuvo prestando atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. Lo único en lo que podía pensar era: ¿Duncan había intentado matarla?

Capítulo 16

Para cuando la señora Eddingham accedió a tomar en consideración representar su escena desde la parte izquierda del escenario después de todo, el ensayo tocó a su fin. Y Judith todavía no había tenido ocasión de hablar con la señora Eddingham de Lizzie Jenkins. Pese a que sabía que era un error, le dio alcance cuando se iban y sugirió que fuesen a tomar el té juntas. La señora Eddingham aceptó encantada el ofrecimiento y las dos mujeres fueron a Strawberry Grove, donde pidieron té y dos grandes porciones de bizcocho relleno de mermelada y nata y se acomodaron en un sofá.

—Permítame decirle, Judith, que está haciendo bien su papel.

—Gracias —respondió ella, conmovida por la muestra de apoyo de la señora Eddingham.

—Aunque tengo algunas observaciones.

Antes de que Judith pudiera decir nada, la señora Eddingham le endilgó una charla sobre que lo más difícil que un actor tenía que hacer en el escenario era saber qué hacer con las manos, aunque en la vida real nadie se planteaba nunca lo que hacía con ellas.

—Así que le recomiendo que se haga con una cartera para sostenerla en la mano —aconsejó la señora Eddingham, que se lanzó a su perorata —. Aunque no creo que la señorita Prism tuviera un bolso de ninguna clase, ahora que lo pienso, y supongo que podría interferir con la revelación de la bolsa de viaje de más adelante, así que creo que debería limitarse a unir las manos delante. Sí, encajaría a la perfección con la modestia de su personaje. Ponga usted las manos así.

La señora Eddingham ahuecó las manos como si sostuviese en ellas un pájaro muy delicado.

Judith intentó sentirse ofendida, pero no pudo evitar sonreír al oír el desacertado consejo que le había dado la señora Eddingham. Comprendió que era lo que Becks llamaría un «comentario

bienintencionado», aunque Suzie señalaría lo irritante que resultaba eso. Pensar en sus amigas le recordó a Judith lo que tenía que hacer.

—Verity es impresionante, ¿no? —dijo para empezar la conversación.

—Es un soplo de aire fresco, estoy completamente de acuerdo —coincidió la señora Eddingham—. A Oliver lo adoraba, desde luego, pero cierto es que no dejaba meter baza, y se podía llegar al final de un ensayo sin que hubiese parado para coger aire una sola vez.

A Judith le maravilló que la señora Eddingham no fuese consciente de que también se estaba describiendo a ella misma.

—¿Era buen director?

—Tenía energía, eso hay que reconocerlo —concedió la señora Eddingham—, pero siempre era un tanto caótico. Cambiaba de opinión. Recuerdo una representación de *Un cuento de Navidad* que hicimos en la que insistió en que el vestuario tenía que ser moderno y, luego, en el último minuto se echó atrás y dijo que no, que al final nos quedaríamos en el siglo xix. Aunque no hubo tiempo para que Roger se dejara patillas y Sue, su mujer, tuvo que pasarse la semana previa a la tarde del estreno cosiendo volantes y gorgueras a los trajes y camisas de Marks & Spencer. Y sus ideas siempre eran demasiado ambiciosas. Cuando representamos *La pequeña tienda de los horrores*, insistió en que el elenco se encargase de crear a Audrey II, la planta carnívora gigante. Sería un ejercicio que nos uniría, aseguró. Pero, una vez más, una semana antes de que se levantara el telón, lo único que teníamos era un cubo de basura con ruedas y docenas de pares de medias verdes oscuras rellenas de papel que eran las ramas. Fue un horror. The Marlow Bar and Grill tuvo que intervenir y alquilar una planta en condiciones a la compañía Valley Players, en Hughenden. Y, desde entonces, los de la Valley Players creen que tienen derecho a alardear del tema y mirarnos por encima del hombro.

—Todo lo que cuenta la gente de Oliver es muy vívido —comentó Judith, tratando de detener el aluvión de palabras.

—Naturalmente, su muerte ha sido una gran conmoción —opinó la señora Eddingham, sin apenas disimular su regocijo—. No sé cómo seguirá adelante la MADS. Ya ha visto a Verity; tiene usted razón, es impresionante a su manera, pero se atasca en las cosas más simples,

como esa absurda silla. ¿Quién ha oído alguna vez que lady Bracknell esté en un lado del escenario en el tercer acto? Verá usted —prosiguió, y comió con delicadeza un bocado del bizcocho y se limpió las inexistentes migas de la boca con una servilleta de papel—, si Oliver fue el corazón del grupo durante estas cuatro décadas, yo he sido la cabeza. Pese a que ahora Verity esté intentando dar su pequeño golpe de Estado, yo he estado en el escenario en todas las obras, por lo general en un papel protagonista, lo cual es de esperar, en vista de que soy el único miembro de la compañía que tiene algo parecido a la experiencia profesional. Por más que quiera a todos los demás que se unen a nosotros, desde luego. Pero no es lo mismo; sencillamente no lo es.

—¿Qué me dice de Toby? Va a ir a la RADA, ¿no?

La señora Eddingham resopló para dar a entender su desaprobación.

—¿No cree usted que es buen actor? —le preguntó Judith.

—Pisa fuerte, eso hay que reconocerlo. Pero, ya que lo pregunta, no, no lo creo. Con Toby, todo es espectáculo y muy poca verdad. Si fuese generosa, diría que tiene algo de talento, pero limitado. Me sorprende que una institución tan prometedora como la RADA lo haya aceptado. Bueno, ya lo he dicho, pero en nuestro oficio no se puede dorar la píldora. A la larga, es cruel dejar que alguien se haga ilusiones en vano.

Si para la señora Eddingham eso era ser generoso, Judith se preguntó cómo sería una crítica suya.

—Lamento decir que el talento de Toby es lo que Trev llamaría «superficial». Perdone, debería decir que Trev es *sir* Trevor Nunn; lo conocí en Stratford, en la temporada de 1968.

—¿Actuó usted con la Royal Shakespeare Company? —preguntó, impresionada, Judith.

—No exactamente (trabajé allí de acomodadora), pero Trev se aseguró de que el personal de la sala sintiese que formaba parte de la compañía. La cuestión es que a Oliver, el maravilloso Oliver, siempre le atrajo la superficialidad. En vista de que él también era superficial. Sobre todo cuando la persona en cuestión estaba pendiente de todo cuanto decía, como era el caso de Toby. A Oliver le encantaban sus acólitos.

—No era muy de su agrado, ¿no?

—¿Cómo? No, lo adoraba. Sus defectos eran lo que hacía que fuese humano. Era una persona muy divertida y conseguía que se estrenaran las obras cuando cualquier otro habría flaqueado. Era una figura mefistofélica, es todo cuanto digo.

Judith bebió un sorbito de té y decidió que había llegado el momento de ir al grano.

—¿Y dice usted que lleva en la Marlow Amateur Dramatic Society desde que empezó?

—Inauguramos con *El sueño de una noche de verano*. Yo era Titania, claro, y Oliver encarnaba a Bottom. Le pasó la cosa más divertida con las orejas de burro la primera...

—¿Significa eso que conoció usted a Lizzie Jenkins? —la cortó Judith.

—Vaya, ¿por qué me pregunta usted por ella? —se escamó la señora Eddingham, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Tan interesante es la pregunta?

—Es la única que vale la pena formular. Me sorprende que haya tardado usted tanto en hacerla.

—¿Por qué?

—Porque le puedo decir categóricamente que, si quiere usted saber quién mató a Oliver, esa persona es Lizzie. Ella lo mató.

—¿Lo sabe usted?

—Le aseguro que es imposible que sea alguno de los demás.

—¿Ni siquiera Verity?

—Se crecía con el drama que suponía vivir con Oliver, que nadie le diga lo contrario. Le encantaba perder los estribos con él, tener siempre la razón: por eso ahora disfruta siendo la directora. Para Verity lo más importante es controlar su entorno (estar al mando), por eso Oliver y ella hacían tan mala pareja. Pero tiene usted razón al preguntar por Lizzie cuando se unió a nosotros. Tenía unos diecisiete años cuando entró por la puerta del teatro y ya entonces era muy guapa. Y si hablamos de verdadero talento, lo tenía desde el principio. Uno no podía dejar de mirarla, era... luminosa. No me sorprendió lo más mínimo que acabara siendo una estrella de cine. Era absolutamente radiante. Pero lo más interesante es que no era consciente de ello. Su familia era un espanto, ¿sabe? No recuerdo los pormenores, pero su

padre estuvo en la cárcel por algún motivo y creo que su madre era agresiva. Todo lo cual, en mi opinión, hizo que fuese mejor actriz. Cuando actuaba irradiaba auténtico peligro. Y fragilidad. Era hipnótica, bella y delicada al mismo tiempo. Su primer papel protagonista para nosotros fue el de Eliza Doolittle, en *Pigmalión*, y estuvo increíble.

—Pero ¿por qué preguntar por ella es la única pregunta que vale la pena hacer?

—Porque Oliver estaba completamente hechizado por ella. Encarnaba al profesor Henry Higgins, cómo no. Debería decir que esto fue mucho antes de que Verity apareciese en escena y prácticamente la única vez que lo vi obsesionarse con alguien que no fuese él mismo. Por lo general, Oliver tenía que ser el líder, ¿sabe? Estar al mando. Pero era servil en la devoción que profesaba a Lizzie, aunque debía de tener como mínimo diez años menos que él. No podía ser más inapropiado, porque Oliver rozaba la treintena y ella acababa de dejar los estudios.

—¿Dejó los estudios?

—Creo que su madre la echó de casa. Lizzie tiene muchas cualidades, pero no es la más brillante. Al menos, no intelectualmente. La cuestión es que Oliver no perdió el tiempo y le ofreció la habitación libre que tenía. Ella se instaló en su casa. Y no tardaron en ser amantes.

—¿Por qué nadie ha mencionado esto antes? —se asombró Judith.

—Es una grosería, teniendo en cuenta lo que ha sufrido Verity. Y de eso hace tanto tiempo que ¿quién querría mencionarlo cuando han pasado tantos años? Pero en su día lo sabíamos todos y ellos dos no hacían nada por ocultarlo. Y sé que la gente dice que eran tiempos más inocentes, pero a ninguno de nosotros nos hacía gracia. Una vulnerable chica de diecisiete años arrejuntada con un hombre mayor: era evidente que estaba mal. Pero a ellos no les importaba. Si uno le preguntaba a Lizzie entonces, y yo le pregunté, decía que estaba enamorada de él.

—¿Cuánto duró eso?

—Ella se quedó con nosotros un año aproximadamente. Solo hizo dos obras más. Fue un Peter Pan asombroso en la pantomima de ese año y la Gwendolen más bella que se ha visto en *La importancia de llamarse Ernesto*. En esa obra yo también encarné a *lady* Bracknell. Pero después no se presentó a las audiciones de la siguiente obra. Recuerdo que fue

una sorpresa. Y Oliver se negó a hablar de lo que había sucedido entre ellos. Lo único que le saqué fue un «ella se ha ido» o algo por el estilo.

—No me puedo creer que no supiese nada de esto —observó Judith.

—Aquí no hay muchas personas que se acuerden de la MADS hace tanto tiempo.

—¿Y cree usted que Lizzie y Oliver tenían asuntos pendientes?

—¿Ella aparece como de la nada todos estos años después y a él lo matan ese mismo día? Eso no es una coincidencia, lo que yo le diga. Ella lo mató.

—¿Cuándo se incorporó Verity a la MADS? —quiso saber Judith.

—No fue mucho después de que Lizzie se fuera. La siguiente obra, o puede que la siguiente a esa. No es tan memorable como Lizzie. Aunque, a su manera, era buena actriz.

—Verity nos dijo que no tenía talento.

—¡Bobadas! Podía entregarse por completo al papel que estaba representando. En ella no había nada ostentoso, a diferencia de Toby. Se metía de lleno en el papel que fuese, como debería hacer un actor secundario que se precie. Fue una verdadera lástima que dejara los escenarios: era auténtica, aunque esa es solo mi opinión.

Con la antipatía que tenía la señora Eddingham a Verity como directora, Judith supo que decir eso debió de costarle mucho.

—¿Cómo se llevaban Oliver y ella?

—Pues, para empezar, tienen más o menos la misma edad. Y cuando Lizzie desapareció de nuestra vida, creo que Verity fue (veamos, ¿cómo lo llama mi nieta? Ah, sí) «la relación de rebote de Oliver». Y Oliver no es tonto, siempre le ha atraído la calidad. Pero Verity es una persona muy seria. Formal. Y para ella era importante que Oliver y ella se casaran, así que se casaron. Y luego, al cabo de unos años, Verity dejó de actuar. Yo nunca lo entendí, la verdad. Era como si estuviese haciendo todo cuanto estaba en su poder para tener que ver lo menos posible con la MADS.

—Me pregunto qué diría Lizzie Jenkins a todo lo que me ha contado usted —reflexionó Judith.

—¿Por qué no se lo pregunta?

—Me encantaría hacerlo, pero no sé cómo localizarla.

—Eso es fácil, se aloja en el Danesfield House.

—¿Usted cómo lo sabe?

—Tengo una sobrina nieta que trabaja en el *spa* del hotel. No veía la hora de contarme que Lizzie Jenkins se estaba quedando allí. Y va al gimnasio, o al *spa,* o se hace tratamientos a diario.

—Vaya, eso *sí* que es interesante —aseguró Judith mientras se metía en la boca el último trozo de bizcocho.

Capítulo 17

En el *jacuzzi* circular del Danesfield House Hotel, Lizzie Jenkins estaba intentando controlar sus sentimientos de culpa y vergüenza. Había entrado en barrena desde que Oliver había muerto e incluso había empezado a tomar pastillas para dormir de nuevo para poder disfrutar de cierta paz por la noche. Cuando acudió al *concierge* del hotel, la asaltó una sensación de desalentador fatalismo al pedir información sobre un médico privado en Marlow que la pudiera ver.

Una mujer atractiva se metió en el *jacuzzi* y se sentó frente a ella. Lizzie salió de su ensoñación y le dirigió una sonrisa rápida pero fría. Vio en los ojos de la mujer que la reconocía y se preguntó si tendría que salir del agua: el precio que pagaba continuamente por la fama. Mientras Lizzie sopesaba si la mujer que tenía enfrente estaba a punto de entablar conversación, las luces del techo se vieron bloqueadas por una mujer muy alta que se acercó al borde del *jacuzzi*. Acto seguido, un pie grande entró con fuerza en el agua. La recién llegada no podía apartar los ojos de Lizzie, que se dio cuenta de que tendría que marcharse antes de que esas dos mujeres empezaran a hablar con ella. Lizzie se levantó.

—No tan deprisa —ordenó Judith cuando se acercó al borde del *jacuzzi* y se acomodó con cuidado para unirse a Becks y a Suzie—. Nos volvemos a ver —añadió con una sonrisa letal.

—Usted otra vez —comentó Lizzie mientras intentaba averiguar qué estaba haciendo Judith en su *jacuzzi*.

—Y estas son mis amigas —aclaró Judith.

Becks tosió y se señaló la boca como para disculparse.

—Perdone —dijo—. Se me han metido algunas burbujas por la nariz.

—No pueden entrar aquí como si nada —espetó Lizzie—. Es un hotel privado.

—Hemos pagado para acceder al *spa* —explicó Suzie, como un gánster del East End, con su bañador verde con volantes entre la espuma.

—Queríamos conocer su versión de los hechos —adujo Judith—. Porque todo el mundo ha estado hablando de usted y creo que sería bueno que nos diese su punto de vista.

—¿De la tarde en la que murió Oliver?

—De muchas más cosas.

—¿Y lo quieren hacer en el *jacuzzi*?

—Es un sitio tan bueno como otro cualquiera —afirmó Suzie mientras cogía unas burbujas y las soplaba de la mano, encantada—. Los *jacuzzis* son estupendos.

—Esto es demencial, ya le he contado a la policía todo lo que necesitaba decir.

—Cierto —convino Judith—. Todo lo que necesitaba decir, pero no todo lo que es relevante. Por ejemplo, no mencionó usted su aventura con Oliver Beresford.

—No tuve una aventura con él.

—Cuando tenía usted diecisiete años.

—¿Saben eso? —se sorprendió la estrella de cine.

El agua burbujeaba alrededor de las cuatro mujeres.

—Fue una época bastante oscura —concedió Lizzie.

—¿De verdad estuvo su padre en la cárcel? —quiso saber Becks.

—¿Quién se ha ido de la lengua? Esa mala pécora, ¿no? Mary Eddingham. Siempre fue una grandísima cotilla, no crean una sola palabra de lo que dice, es una fantasiosa de lo más desagradable. Si buscan a alguien que quisiera matar a Oliver, no hace falta que sigan buscando: a esa mujer la han apartado por completo de la MADS. Ni siquiera la invitaron al yate, así de poco popular es.

—Pero ¿es verdad? —insistió Becks—. ¿Estuvo su padre en la cárcel?

—Eso fue… —empezó Lizzie mientras trataba de averiguar qué explicación darles—. Le dio una paliza a un tipo en un pub. A un tío cualquiera, al que ni siquiera conocía.

—Era violento —dedujo Becks.

Lizzie hizo un gesto afirmativo.

—Lo siento mucho.

—Es lo que había. Y mi madre era una yonqui. Está todo en mi autobiografía.

—Ya, vi en internet que había escrito una autobiografía —dijo Judith.

—Me han pasado muchas cosas en la vida —aseguró Lizzie.

—Le diré lo que no entiendo —terció Suzie—. ¿Cómo acabó metida en el grupo de teatro *amateur* de Marlow?

—¿Lo quiere saber? Muy bien. Había una mujer en el club juvenil de la ciudad, cerca del colegio Great Marlow. Solíamos ir allí después de clase. Básicamente yo era una alborotadora y le hacía la vida imposible.

—Usted tampoco lo tenía fácil —se compadeció Becks.

—La denigraba, me metía con su peso e hice que todo el mundo se pusiera en contra suya. Me estremezco solo de pensar en lo mala que era.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Becks.

—Ni idea. Por aquel entonces yo estaba muy encerrada en mí misma. La he borrado de mi memoria. Es raro. Lo único que recuerdo son las ganas que tenía de hacerle daño, pero ahora es un vacío en mi cabeza.

A Judith empezaba a darle la impresión de que, en el mundo de Lizzie, todo el que no fuese ella misma posiblemente fuera un vacío.

—Yo era un desastre. Mi madre no me matriculó en bachillerato y yo no vi ninguna de las cartas que envió el ayuntamiento. Y la mujer del club juvenil era una santa. Incluso tratándola como la traté, dijo que pusiera como mi dirección la del club mientras trataba de ordenar mi vida, pero no me sirvió de mucho. Era demasiado tarde para que fuese al instituto, y ahí fue cuando intentó convencerme de que me apuntase a tantos grupos de la ciudad como pudiera. Pero a mí no me interesaba, así que acudí a la oficina de empleo. Y hacía lo contrario de lo que ella me sugería, fuera lo que fuese. Salvo la compañía de teatro *amateur*.

—¿Por qué decidió que eso sí?

—Todavía hoy sigo sin saberlo. Creo que le seguí la corriente para reírme del grupo. Pero ese sitio estaba lleno de personas que no me trataban como si fuese un problema y que no sabían nada de mi padre y de mi madre. Me sentí, no sé, segura. Aunque eso me lo callé. Fingí que

lo odiaba, desde luego, pero de alguna manera supe que ese era mi sitio en cuanto llegué.

—¿Y Oliver Beresford?

—Miren, no me siento orgullosa de eso. Es prácticamente lo único que he omitido en mi autobiografía. Mi terapeuta diría que por aquel entonces yo pensaba que todo en la vida era una transacción. Si te acostabas con alguien, significaba que ese alguien te quería. Y yo era guapa, ¿saben? Pero no tenía ninguna autoestima. Una combinación tóxica.

—Oliver se aprovechó de usted —decidió Becks.

—Era el hombre poderoso de la compañía, y yo siempre me sentía atraída por el poder. Y estaba desesperada por escapar de mi casa. Así que me fui a vivir con él. Solo duró un año o así, y fue un infierno, pero era mejor que mi casa.

—¿Por qué fue un infierno?

—Sé que estoy encerrada en mí misma, pero lo mío no es nada en comparación con lo de Oliver. Y por aquel entonces las cosas no le iban bien en el trabajo. Acababa de terminar los estudios, era perito o algo por el estilo, y le habían dado un trabajo de mierda: inspeccionar un montón de edificios municipales para ver si tenían amianto. Un trabajo desagradable. Y peligroso, a su manera. Oliver estaba estresado y vivir con él era difícil, pero yo sabía que al menos estaría segura. Físicamente. Nunca me pegó. Y también hubo momentos buenos. A veces tenía grandes gestos, como alquilar un coche deportivo para pasar el día, aunque no se lo podía permitir, e ir al campo a hacer un pícnic. Esos eran momentazos. Y me ayudó a solicitar mi ingreso en la escuela de arte dramático.

—¿Sí? —se extrañó Judith al percatarse de que, por lo visto, Oliver tenía por costumbre ayudar a sus acólitos a entrar en la escuela de arte dramático. Primero a Lizzie y, recientemente, a Toby. Se preguntó a quién más habría ayudado a lo largo de los años.

—Sí —confirmó Lizzie, y por primera vez pareció incómoda.

—¿Qué sucede? —le preguntó Suzie.

—¿Cómo?

—Parece que se siente usted culpable.

—No me siento culpable, es solo que es algo en lo que no me gusta pensar. La cuestión es que no entré en la escuela de arte dramático y ello hizo que cayese en picado. Miren, todo esto está en mi autobiografía. Ahí pueden leer todos los detalles sórdidos.

—La leeremos, gracias. Y dígame, ¿cómo es que ha vuelto a Marlow?

—Ahí no hay ningún misterio. Un tipo me escribió una carta en la que me pedía ayuda, Toby Vincent. De Marlow. Recibo cartas así todo el tiempo, pero esta era de alguien que formaba parte de la MADS. E hizo que empezara a pensar en los viejos tiempos. Me di cuenta de que me satisfacía darle dinero para que fuese a la RADA. Yo no había podido ir, pero él sí podría, no sé si me explico. Pero yo quería hacer algo más que eso. Quería volver a casa. El proceso de escribir mi biografía había matado a un montón de fantasmas por mí, y creí que había llegado el momento de enfrentarme a mi pasado. De darle las gracias a la MADS por el comienzo que me brindó.

—Y darle las gracias a Oliver Beresford —añadió Becks.

—Incluso a Oliver Beresford —convino Lizzie.

—Aunque la trató con condescendencia —apuntó Suzie, al recordar lo que les había contado Lance.

—Siempre era condescendiente.

—Pero aquella tarde lo fue especialmente, ¿no es así?

—No me di cuenta.

—¿Dónde estaba usted exactamente cuando murió Oliver Beresford?

—¿Lo dice en serio?

—Es una pregunta sencilla —adujo Judith—. ¿Dónde estaba?

Judith y sus amigas vieron el momento en que Lizzie se quedó helada y su boca se contrajo.

—Estaba en mi camarote —espetó—. Dios, hay que jorobarse. No me vuelvan a poner en un apuro así.

—Miente usted —afirmó Judith.

—No miento. Son esas invitaciones absurdas que recibió todo el mundo. Hacen que yo parezca culpable, pero no lo soy.

—Entonces, ¿quién fue la «Lizzie Jenkins» que envió las notas, si no fue usted? —quiso saber Suzie.

—No lo sé, alguien que me estaba tendiendo una trampa.

—¿Por qué iba a querer alguien tenderle una trampa? —planteó Becks.

—No tengo ni idea.

—¿Y por qué insistió usted en que el barco tuviese camarotes? —se sumó a las preguntas Judith.

—¿Cómo?

—Lance Goodman dijo que usted le pidió a Oliver que cuando alquilase el yate debía tener camarotes y un puesto de mando que estuviese cerrado.

—Yo jamás dije eso.

—¿Está diciendo que Lance miente?

—Si dice que eso fue lo que le pedí a Oliver, sí.

—¿Por qué nos iba a mentir? —repuso Becks.

—Eso tendrán que preguntárselo a él.

—¿Se supone que tenemos que creer que todo el mundo miente y usted es la única persona que dice la verdad? —observó Judith.

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque le disparó usted —espetó Suzie, que resumió la situación tal y como la veía ella—. Se subió usted al yate esa tarde con un plan para matar a Oliver Beresford y eso es lo que hizo.

—No fue eso lo que pasó.

Judith se inclinó más sobre Lizzie.

—Entonces, ¿qué pasó? —le preguntó.

—Pues… —comenzó Lizzie, sin saber qué responder, pero acto seguido su expresión cambió al darse cuenta de algo—. No tengo por qué hacer esto —afirmó, y se levantó, el agua resbalándole por el cuerpo.

—Mató usted a Oliver Beresford —repitió Suzie.

—¡Usted no estaba allí, no sabe lo que pasó esa tarde! —exclamó Lizzie mientras salía del *jacuzzi*. Cogió un albornoz que estaba colgado cerca, ni siquiera tuvo tiempo de ponérselo mientras se fue dando zancadas de la piscina para refugiarse en la seguridad del vestuario.

Judith se puso cómoda en el agua, como un capo de la mafia después de haber realizado un ejercicio de intimidación especialmente satisfactorio, y miró a sus dos amigas.

Las tres estaban pensando lo mismo.
¿Era Lizzie Jenkins el asesino al que estaban buscando?

Capítulo 18

Cuando salieron del Danesfield House, Judith y sus amigas estuvieron de acuerdo en que tenían que leer la autobiografía de Lizzie sin pérdida de tiempo, así que Suzie las llevó a la biblioteca de Marlow. Por suerte, había tres ejemplares disponibles y los sacaron. Quedaron en verse al día siguiente para comentar el libro.

Mientras Judith servía sendas tazas de té a la mañana siguiente, a ninguna le sorprendió que se hubiese leído la biografía dos veces. Becks solo la había leído una, pero había tomado abundantes notas que había organizado en distintos apartados, y Suzie se vio obligada a admitir que todavía no la había terminado.

—Debo decir —empezó Becks al tiempo que sostenía en alto sus notas— que Lizzie no bromeaba cuando dijo que su vida había sido dura. Esa pobreza (y esa falta de amor) la perseguiría durante toda su vida.

—¿Sabéis de qué me he dado cuenta? —señaló Judith—. Lizzie nos dijo que en el libro no hablaba de la aventura que había tenido con Oliver, pero es mucho más que eso: no hace referencia a Oliver Beresford ni una sola vez. Y solo menciona la MADS de pasada. Habla de cómo era la vida en su casa con un grado de detalle abrumador y luego, de repente, está en Nueva York. De no haber sido por lo que me contó la señora Eddingham, el periodo que pasó con la MADS y con Oliver habría desaparecido de la historia.

—Lo que demuestra que es imposible que haya superado lo de Oliver —apuntó Suzie.

—Eso mismo creía la señora Eddingham —coincidió Judith.

—A mí lo que más me impacto fue lo que sucedió después de que se marchara de Marlow —aseguró Becks.

—Uy, lo siento —dijo Suzie, sin que lo lamentara lo más mínimo—, yo a esa parte no llegué.

—Pero si sale en el tercer capítulo, Suzie. ¿Hasta dónde llegaste, entonces?

—Sabía que vosotras dos lo leeríais, así que ayer fui al club juvenil de Marlow.

—¿Sí? —preguntó, impresionada, Judith.

—Solía ir cuando era adolescente. Y me acordé de que había un libro en el que había que firmar cuando se entraba y cuando se salía. Quería ver si todavía tenían algo de cuando iba Lizzie. O fotos de aquella época. O el nombre de la mujer a la que Lizzie dijo que aterrorizó. Si su orientadora aún vive en Marlow, podría contarnos más cosas de cómo era la vida de Lizzie entonces.

—¿Averiguaste algo? —quiso saber Becks.

—Por desgracia, no. El tipo con el que hablé dijo que hicieron una gran limpia de archivos y documentos del pasado hará unos diez años. Todo lo que tenían fue a parar a manos del hombre que dirige el museo de Marlow. Se llama Joshua Smith. Hablaré con él la próxima vez que vaya al centro.

—Una idea excelente —aplaudió Judith—. No puedo evitar la sensación de que todo lo que podamos averiguar del pasado de Lizzie en Marlow será útil. Y, de todas formas, Becks y yo te podemos resumir lo que sabemos por su autobiografía. Lizzie se fue a Nueva York cuando tenía dieciocho años. Y Becks tiene razón: allí fue cuando su vida se vino abajo. Empezó a pincharse heroína y acabó viviendo de okupa con gente bastante siniestra.

—Incluso ahora, tantos años después —terció Becks—, se percibe en cada página que se odia a sí misma. Cuando se quedó sin dinero, básicamente terminó acostándose con hombres para conseguir la siguiente dosis.

—Entonces, ¿cómo llegó a ser la rutilante estrella de Hollywood que es hoy? —quiso saber Suzie—. No tiene sentido.

—Un gran golpe de suerte. Un fotógrafo de moda la vio en la calle. Según lo cuenta Lizzie, por aquel entonces había una tendencia llamada «*heroin chic*» y ella, adicta a la heroína, la encarnaba a la perfección. No tardó en estar en la portada de todas las revistas y en salir con una estrella del *rock*. Durante un tiempo, el *rock* fue su estilo de vida. Luego, un buen día, despertó en un hospital. Había sufrido una

sobredosis, y ese fue el revulsivo que dijo que necesitaba. Gracias a su carrera de modelo en Nueva York, una agencia de talentos de Los Ángeles ya se había interesado en ella, así que puso «rumbo a la costa oeste», según sus propias palabras, dio un giro a su vida y empezaron a llegarle trabajos de actriz. En el plazo de un año ya le daban papeles buenos y desde entonces no ha vuelto la vista atrás.

—Hasta ahora —les recordó Suzie—. Porque venir a Marlow es volver la vista atrás a lo bestia.

—Tienes razón —dijo Becks—. Desde luego, dice mucho que no mencione a Oliver Beresford ni una sola vez en todo el libro.

—Y cuando la conocí se vio obligada a admitir que tenía un arma, aunque fuese en Los Ángeles —señaló Judith.

—Así que sabe manejar una pistola —dedujo Suzie—. Y no olvidemos que su nombre está en todas las notas en las que se pedía a todo el mundo que estuviese en su camarote a las seis. Y fue ella la que quiso que en el barco hubiese camarotes, según Lance. Y un puesto de mando cerrado. Pero ¿estamos diciendo que fue capaz de organizar todo esto pese a que llegó de Estados Unidos a la hora de comer?

—Ahí va una idea —sugirió Judith—. ¿Y si tenía un cómplice?

—Pero ¿quién? —preguntó Becks—. Oliver no pudo ser, ¿no? Puesto que fue el que acabó con dos balas en el cuerpo.

—No, supongo que no —admitió Judith—. Me pregunto si pudo serlo otra persona. ¿A quién más conocía Lizzie? Aparte de Duncan Wood y la señora Eddingham, no hay nadie más de aquella época, ¿no?

—Solo por saberlo —mencionó Becks—. ¿Estamos seguras de que esto está bien? Porque no podemos fingir que no hemos empezado a investigar otra vez.

—¿Cuál es el problema? —se indignó Suzie—. Lo único que hemos hecho es leer la autobiografía de una celebridad.

—Y acosar en el *jacuzzi* a la principal sospechosa, sin olvidar a las demás personas con las que hemos hablado del caso. Nos hemos saltado a la torera lo que nos pidió Tanika.

—Es verdad —admitió Judith con aire pensativo—. Tienes razón, muy bien no nos hace quedar, ¿no os parece? Y os prometo que lo último que quiero es meter a Tanika en un lío.

—En ese caso, quizá sea mejor que Suzie no se ponga a husmear en los documentos del club juvenil —planteó Becks.

Antes de que alguien pudiera decir algo, el teléfono fijo de Judith empezó a sonar.

Resoplando un poco del esfuerzo, Judith se levantó del asiento y fue a coger el teléfono.

—Hola —dijo—. Judith...

—Judith, ¡tiene que venir ahora mismo! —pidió una Verity que parecía desesperada antes de romper a sollozar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Judith.

—No sabía a quién llamar, por favor, tiene que venir.

—Estaremos ahí dentro de diez minutos. No se preocupe, sea lo que sea, la ayudaremos a solucionarlo.

Antes incluso de que colgara, Becks y Suzie ya estaban yendo a la puerta para coger sus abrigos y, con Suzie al volante, subieron el camino de entrada de la casa de Verity en un tiempo récord. Las tres amigas salieron atropelladamente de la furgoneta de Suzie y fueron corriendo hacia la puerta principal. Cuando llegaron, Verity abrió de golpe. Parecía aterrorizada y tenía los ojos rojos de haber llorado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Becks.

—Será mejor que se lo enseñe —repuso Verity, y desapareció en la casa.

Las mujeres la siguieron hasta la sala de estar, con vistas al jardín que descendía hasta el río. Una de las ventanas estaba hecha añicos y, bajo los bordes dentados, en la moqueta, relucían cristales. En medio se veía un ladrillo sucio. Alguien lo había lanzado contra la ventana de Verity.

Junto a él, en el suelo, había un papel y una goma vieja.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Becks.

—Alguien ha tirado un ladrillo enorme contra la ventana —respondió Suzie, sorprendida de que fuese necesario formular esa pregunta.

—No, eso ya lo veo —aseveró Becks—. Pero ¿quién lo ha tirado?

—¡No lo sé! —se lamentó Verity—. Estaba limpiando (intentando poner orden en la casa) cuando oí un estrépito y el ladrillo entró volando por la ventana.

—¿Cuándo sucedió esto exactamente? —se interesó Judith.

—No lo sé, hace veinte minutos. Pero tienen que ver la nota —añadió Verity mientras señalaba con un dedo el ladrillo, demasiado asustada para acercarse a él.

Judith fue a coger el papel. Era un folio normal y corriente doblado en cuatro partes. Lo desdobló y vio el mensaje, tres palabras escritas con letras gruesas.



Judith sostuvo en alto el papel para que sus amigas pudieran ver el mensaje.

En ese momento oyeron que un coche se detenía, haciendo crujir la gravilla. Judith miró por la ventana y vio que de él se bajaba Tanika.

—Es la policía —afirmó, sorprendida.

—La llamé antes de llamarla a usted —afirmó Verity—. Quienquiera que haya hecho esto está desquiciado, pero sabía que usted llegaría antes que la policía. Necesito a mi alrededor a personas en las que pueda confiar.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Becks mientras instaba a Judith a marcharse con una mirada.

—Quiero que se queden conmigo —pidió Verity—. La policía ya cree que tuve algo que ver en la muerte de Oliver.

—¿Sí? —intervino Suzie.

—Es por un pañuelo que alguien encontró en el río el día después de que Oliver muriera.

—¿Oh? —Judith se hizo la sorprendida, encantada de que Verity hubiese sacado el tema sin que ella la animase a hacerlo—. ¿Y qué tiene de especial?

—Pues eso es lo que no entiendo: era mío. La policía me hizo ir a comisaría para que lo identificara.

—Estoy segura de que hay una explicación de lo más inocente para que el pañuelo terminase en el río —aseveró Becks.

—Eso mismo dije yo, aunque esa tarde no lo llevaba, así que no sé cómo pudo acabar allí.

—¿Cuándo fue la última vez que se lo puso? —le preguntó Judith.

—No lo sé. Hace meses, puede que incluso un año.

—¿Dónde lo guardaba?

—En mi habitación.

—¿No lo dejó en otra parte? —terció Suzie—. ¿En el teatro, por ejemplo? Yo lo hago siempre, cuando salgo me olvido la bufanda y los guantes en el respaldo del asiento.

—Supongo que es posible, pero estoy convencida de que estaba en el cajón, arriba. Lo vi hace unos meses, cuando buscaba unos guantes.

—¿Y quién lo pudo coger?

—No tengo ni la más remota idea. Lo que no entiendo es por qué alguien lo cogería. Y es mucho peor. La policía me dijo que en el pañuelo había algo del arma que se utilizó para matar a Oliver.

—¿Se refiere a residuos de disparo? —acudió en su ayuda Becks.

—Así lo llamaron. Dijeron que había residuos de disparo en el pañuelo, de la pistola con la que le habían disparado.

Judith, Suzie y Becks hicieron un esfuerzo para disimular su sorpresa.

—¿El asesino tenía su pañuelo cuando disparó a su marido? —recapituló Suzie.

—Eso fue lo que dijo la policía, y no pararon de preguntarme dónde estaba a las seis de la tarde, cuando Oliver murió. Les dije que en mi camarote, pero no lo puedo demostrar, ¿saben? Cómo lo voy a demostrar, si estaba sola. Pensé que lo del pañuelo sería lo peor, pero ahora esta nota dice que yo lo maté. —De pronto Verity cayó—: Me están tendiendo una trampa, ¿no? Dios santo, ¿eso es lo que está pasando? La persona que le hizo esto a Oliver intenta incriminarme.

Llamaron con fuerza a la puerta y las mujeres oyeron que Tanika preguntaba:

—¿Está usted ahí, señora Beresford? Soy la inspectora Tanika Malik.

—Creo que una retirada a tiempo es una victoria —dijo Judith a sus amigas antes de volverse hacia Verity—. ¿Le importa si salimos por la puerta de atrás?

Capítulo 19

Judith, Suzie y Becks salieron de la casa de Verity por la puerta de la cocina, pero Judith condujo a sus amigas por el jardín hasta la orilla del río en lugar ir al camino de entrada.

—¿Estamos intentando evitar a Tanika? —preguntó Becks.

—En efecto —confirmó Judith—, pero también me gustaría saber dónde está Duncan.

—¿Crees que es la persona que lanzó el ladrillo?

—No creo que Duncan hiciera algo así. De creer a Verity y Toby, sería algo demasiado directo para él. Pero puede que haya visto quién lo hizo.

—Aunque el ladrillo no es lo más importante que hemos averiguado —apuntó Becks.

—Sé a qué te refieres —convino Judith—. Lo del pañuelo es un bombazo, ¿no? Aunque resulta interesante, puesto que Lizzie explica las notas en las que se pedía a todo el mundo que acudiera a su camarote a las seis aduciendo que le están tendiendo una trampa. Y ahora Verity dice lo mismo del pañuelo, que alguien la está incriminando.

—Razón no le falta —argumentó Suzie—. Si el asesino fuera ella, ¿pensáis que tiraría al río un pañuelo que presenta pruebas de que disparó a Oliver?

—Puede que se lo quitase él después de que le disparara —sugirió Becks.

—Pero la segunda bala le fue directa al corazón, ¿no? —les recordó Suzie—. Y lo mató en el acto.

—Puede que el forcejeo se produjese después del primer disparo y antes del segundo. Tenía esas astillas de madera en las manos y las marcas en las muñecas, ¿no?

—Cierto —afirmó Judith—. Ojalá hubiese un testigo que nos pudiera decir qué pasó en la parte de atrás del barco.

—En lugar de que todo el mundo estuviese en su camarote —terminó el pensamiento Becks.

Cuando las mujeres llegaron a la orilla del agua, vieron a Duncan en la trasera de su barcaza, en la ribera opuesta. Estaba guardando unos remos.

—¡Buenos días! —saludó Judith desde su orilla.

—¡Carajo! —exclamó, sobresaltado, Duncan. Era evidente que no había visto aproximarse a las mujeres—. ¿Se puede saber de dónde han salido ustedes?

—Perdón por la interrupción —se disculpó Judith—. Solo me preguntaba si ha visto a alguien sospechoso cerca de la casa de Verity esta mañana.

—¿Cómo dice? —preguntó Duncan al tiempo que se llevaba la mano a la oreja para oír mejor.

—¿Que si ha visto a alguien cerca de la casa de Verity esta mañana? —vociferó Suzie.

—Ah —respondió ahora Duncan—. Eso sí lo he oído. Y no, no he visto a nadie cerca. ¿Por qué lo preguntan?

—¿Oyó un ruido de cristales rotos en algún momento?

Duncan hizo una pausa antes de contestar.

—No, no he oído nada. Y siento lo del foco del escenario, Judith, pero en un teatro ha de tener cuidado, es un sitio peligroso. Bueno, tengo que hacer, nos vemos —dijo, y desapareció en la parte de abajo del barco.

—Qué interesante —observó Judith—. El cristal por el que entró el ladrillo era grande, metería bastante ruido al romperlo. Me preguntó por qué no lo oyó Duncan.

—O por qué no quería hablar con nosotras —añadió Becks—. No hay duda de que parecía incómodo.

—Supongo que le habrá sorprendido que hayamos aparecido tan de repente. ¿Qué ocurre? —preguntó Judith a Suzie, que la estaba estudiando con atención.

—¿A qué se refería cuando ha dicho que has de tener cuidado en el teatro?

—¿A qué viene tanto interés? —se extrañó Judith antes de que cayera en la cuenta de por qué Suzie estaba tan interesada. Con la

mayor despreocupación posible, contó que a Duncan se le había caído sin querer un foco del escenario que había estado a punto de darle a ella.

—Ahí tienes, ¿no lo ves? —repuso Suzie, con los ojos muy abiertos —. Te dije que tu vida corría peligro.

—No me estarás diciendo que las cartas hicieron que Duncan me tirase el foco encima, ¿no?

—Yo no digo nada: las que hablan son las cartas.

—Pero esta es una buena noticia, ¿no? —apuntó Becks.

—¿Casi me matan y tú crees que es una buena noticia? —se sorprendió Judith.

—Podría significar que la maldición ha terminado, en vista de que falló.

—Un momento, sobre el foco no pesaba ninguna maldición. O cayó por error o Duncan lo dejó caer a propósito, esas son las dos únicas opciones.

—Y no veo que eso sea el final de la maldición —opinó Suzie.

—¡No hay ninguna maldición! —exclamó Judith.

—La luz no te dio —razonó Suzie, haciendo caso omiso de su amiga —. Las cartas dejan claro que te va a pasar algo malo. No será una advertencia, será algo grande y directo y supondrá una amenaza real para tu vida.

—No sé cuántas veces voy a tener que decir esto, pero tres cartas sacadas al azar de una baraja no pueden predecir el futuro. Preferiría que os concentrarais en el hecho de que es posible que Duncan me tirase el foco encima porque está intentando impedir que demuestre que él es el asesino.

Las palabras de Judith surtieron el efecto deseado y las tres mujeres miraron la barcaza de Duncan, que descansaba inocentemente bajo el sol otoñal. Judith se estremeció.

—Vamos —dijo—. Volvamos a la furgoneta.

Las mujeres rodearon el jardín para volver al camino de entrada, se subieron a la furgoneta de Suzie y decidieron ir a casa de Judith. Después de que Becks preparase unas tostadas que chorreaban miel y té en abundancia, pasaron al espacio reservado para el grupo, que Judith había improvisado junto a una pared de su sala de estar.

En ocasiones anteriores, cuando investigaban para dar con asesinos, Judith y sus amigas siempre habían trabajado en la habitación que por lo general ella tenía cerrada con llave al fondo de la casa. Sin embargo, desde que se deshizo del ingente arsenal de periódicos para atrapar al asesino de Geoffrey Lushington, Judith se dio cuenta de que ya no quería entrar en esa estancia. Prefería llevar a cabo su labor de investigación en la mucho más cómoda sala de estar.

—Me pregunto si habrá alguna manera de descubrir dónde estaba todo el mundo cuando el ladrillo atravesó la ventana de Verity —observó Judith—. Ya sabemos que Duncan andaba cerca: lo vimos en su barcaza.

—Lo que más necesitamos saber es dónde se encontraba Lizzie —precisó Suzie—. Puesto que es el asesino.

—¿Habrá alguna forma de averiguarlo? —planteó Judith—. Lo que no quiere decir que sea claramente el asesino, Suzie.

—Las tres vimos cómo se aturulló cuando le preguntamos dónde estaba cuando murió Oliver. Es el asesino.

—No lo sabemos con seguridad.

—Vale, haremos un trato: si no es el asesino, prometo que no te volveré a mencionar las cartas del tarot o la maldición que te han echado.

—¿En serio? —contestó Judith—. ¿Me prometes que dejarás el tema?

—Te lo prometo.

—¿Aunque al principio pensaras que el asesino tenía que ser Verity? —la chinchó Becks.

—¿Cómo? —preguntó Suzie.

—En un primer momento creías que el asesino era Verity y ahora dices que es Lizzie. ¿Estás segura de que no volverás a cambiar de opinión?

—Qué va. Lizzie es el asesino, lo que yo os diga.

El timbre sonó y Judith frunció el ceño. No esperaba ninguna visita ni ningún paquete. Dejó la taza de té en la mesa y fue a ver quién era. Al abrir la puerta, vio al otro lado a una Tanika con cara de muy pocos amigos.

—Ah —dijo Judith.

—¿Pensabais que no descubriría que estabais en casa de Verity Beresford?

—Supongo que iba a ser mucho pedir.

—La furgoneta de Suzie estaba aparcada en el camino de acceso. Tiene su nombre escrito en un lateral con grandes letras rosas. Y lo primero que me dijo la señora Beresford fue que las tres os acababais de ir.

—Pero fue ella la que nos invitó a ir a su casa —apuntó Judith con un poco habitual deje de desesperación—. Me llamó para decirme que tenía que ir a verla. Parecía tan alterada que no nos pudimos negar.

—Vaya, qué bien os vino.

—Y salimos por la puerta trasera para no meterte en un lío. No hemos podido portarnos mejor. Te prometo que nos hemos tomado muy en serio lo que nos dijiste. No nos hemos atrevido a hacer nada que pudiera causarte problemas.

Tanika entornó los ojos.

—¿Y qué os habéis atrevido a hacer?

—¿Cómo dices? —respondió Judith, fingiendo no haber oído bien la pregunta de Tanika.

—Ni se te ocurra hacerte la pobre ancianita conmigo —advirtió Tanika mientras apartaba a Judith y entraba en la casa.

—Uy, es mejor que no vayas ahí —aconsejó Judith mientras seguía a Tanika por el pasillo hasta la sala de estar.

Cuando Tanika entró, Suzie se quedó helada, con una rebanada de pan con miel a medio camino de la boca, mientras Becks pinchaba en la pared con una chincheta una ficha en la que ponía Ladrillo rompe ventana junto a una fotografía de Verity Beresford.

Todas las demás fotos y fichas del caso estaban en la pared a su alrededor, la lana roja creaba una telaraña que relacionaba entre sí todas las pruebas.

—¡Ay, Dios! —exclamó Becks al ver a Tanika, y a continuación escondió detrás de la espalda el ovillo de lana roja que sostenía.

Capítulo 20

—No es tan malo como parece —afirmó Judith.

—¡Dijisteis que no os involucraríais! —espetó Tanika.

—Lo siento mucho —se disculpó Becks—. Era demasiada intriga, y como que nos hemos acostumbrado a intentar resolver crímenes.

—Y se nos da bien —agregó Suzie con cierto aire desafiante.

—Hemos hecho todo lo posible para no entrometernos —aseguró Becks—. Y no hemos estado siguiendo pistas. Ni siquiera le mencionamos a Verity que fuimos nosotras las que encontramos su pañuelo en el río.

—Aunque ella sí nos mencionó lo del pañuelo —contó Suzie.

—Y te prometo que no habríamos ido a casa de Verity si no nos lo hubiese pedido ella.

—Es verdad —afirmó Judith—. Hemos intentado asegurarnos de que no te causábamos ningún problema.

Tanika profirió un suspiro.

—Vaya, resulta agradable estar con personas que te apoyan —comentó—. ¿Os importa que me siente?

—Naturalmente que no —invitó Judith al tiempo que indicaba a Tanika que ocupase su sillón preferido, el orejero, junto a la chimenea. Por su parte, Becks se acercó a la bandeja en la que había dispuesto el servicio de té y le sirvió una taza.

—Bastante tengo con tratar de averiguar lo que sucedió en el yate esa tarde como para que encima deba preocuparme de que me vayan a dar una puñalada trapera como cometa un error.

—El tal Brendan. Apuesto a que es la única persona que está detrás de esto. No me fío ni un pelo de él, y tú tampoco deberías fiarte.

—No me ayuda que no hayamos podido encontrar nada en la vida de ninguno de los sospechosos que resulte ni remotamente sospechoso. Toby Vincent va retrasado en los pagos de dos tarjetas de crédito; Duncan Wood tiene nueve puntos en el carné de conducir, y

básicamente eso es todo. Y no hay nada que apunte a que alguno de ellos tuviera algún problema con Oliver Beresford por el que valiera la pena matarlo.

—Pero a ninguno de ellos le caía bien —señaló Suzie.

—Eso no basta para acusar a alguien. Estaba demasiado pagado de sí mismo, en opinión de la mayoría de la gente, ¿y qué? Muchos de nosotros tenemos que lidiar con personas desagradables todo el tiempo, pero no las matamos. Y, como estoy segura de que habréis averiguado, este fue un crimen premeditado, no una pérdida de estribos impulsiva. Quienquiera que hizo esto llevaba planeándolo algún tiempo. Se hizo con un arma, envió esas invitaciones falsas...

—¿Qué me dices de actividades nefandas y secretos oscuros de Oliver? —probó Judith al tiempo que se echaba una cucharadita de azúcar en el té y lo movía.

—Esa es una pregunta mucho mejor, porque, mientras que no hemos averiguado gran cosa en la vida de los sospechosos, en la de Oliver hay un misterio que no somos capaces de resolver.

—¿Cuál? —se entusiasmó Suzie.

—Todas las semanas desaparecía durante tres días.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho: se esfumaba.

—¿Te refieres a cuando viajaba? —quiso saber Judith—. Verity contó que Oliver inspeccionaba propiedades por todo el Reino Unido los miércoles, jueves y viernes de cada semana.

—A nosotros nos dijo lo mismo, pero cuando hablamos con el jefe de Oliver nos reveló que hace un par de años dejó de trabajar para ellos a tiempo completo. Desde entonces solo trabajaba dos días a la semana: los lunes y los martes.

—¿Qué? —espetó Suzie—. ¿Estuvo mintiendo a Verity todo este tiempo? ¿Qué dijo Verity cuando se lo comentaste?

—Se quedó tan de piedra como nosotros cuando se enteró de que Oliver no trabajaba esos días. Dijo que siempre volvía a casa el sábado por la mañana y contaba anécdotas de su vida en la carretera.

—¿La creíste?

—Nunca creo a nadie, pero su sorpresa me pareció convincente.

—¿Y no habéis podido averiguar adónde iba? —le preguntó Becks.

—Me temo que no.

—Un momento, pero tú eres la policía —le recordó Suzie.

—Lo sé, pero fuera adonde fuese, Oliver se tomó muchas molestias para mantenerlo en secreto. Esos días de la semana no utilizaba sus tarjetas de crédito o débito, así que no hay constancia de dónde se gastaba el dinero.

—Eso es imposible —porfió Suzie—. No te puedes ir tres días todas las semanas sin gastar dinero.

—Lo sé —coincidió Tanika—, pero él logró hacerlo. No hemos encontrado ninguna huella digital suya.

—¡Esto es la leche! —exclamó Suzie—. Andaba metido en algo raro, lo que yo os diga.

—Pero ¿estamos seguras de eso? —sopesó Becks—. O sea, sé que parece sospechoso, pero Verity ha admitido que Oliver y ella no se llevaban bien. ¿Y si él solo estaba intentando escapar de su matrimonio? Huir de la vida doméstica tres días todas las semanas... Me figuro que hay una larga lista de maridos y mujeres que firmarían.

Las amigas de Becks intentaron no establecer contacto visual con ella.

—¿Qué te parece si te contamos lo que hemos averiguado? —sugirió Judith para cambiar de tema.

—Muy bien —contestó Tanika—. ¿Qué tenéis?

—Pues hablamos con Lizzie Jenkins y, aunque lo hubiese intentado, no habría podido parecer más culpable. Además, dijo que nosotras no estábamos allí cuando Oliver murió y que no sabíamos lo que había pasado. Se fue de la lengua, esa fue la impresión que nos dio a nosotras. Desde luego, hay algo relativo a dónde estaba esa tarde (o lo que hizo o vio) que no nos está contando.

—En ese caso, os interesará saber que Lizzie Jenkins tampoco dijo la verdad en lo que respecta a cuándo llegó al país —desveló Tanika—. Nos contó que su avión aterrizó poco antes del mediodía, pero cuando lo comprobamos descubrimos que lo hizo a las ocho de la mañana.

—¿Por qué mintió en lo de su hora de llegada si no es culpable? —cuestionó Suzie—. ¿Creéis que pudo matar a Oliver con ayuda de un cómplice?

La pregunta cogió por sorpresa a Tanika.

—Por ejemplo, ¿quién? —demandó.

—Podría ser cualquiera de ellos —aventuró Judith—, pero teníamos en mente a Toby Vincent. Fue él quien se puso en contacto con Lizzie: ya estaban en contacto y se comunicaban.

—Pero ¿por qué querría Toby matar a Oliver? —preguntó Tanika.

—Ahí me has pillado. De todas las personas a las que hemos conocido hasta el momento, él es el único al que le caía bien Oliver sin reservas.

—Aunque deberíais saber —continuó Tanika— que hemos encontrado una prueba incriminatoria circunstancial contra él. Cuando registraron el Marlow Belle, mis agentes encontraron una bala en un rincón del camarote que utilizó Toby. Rodó bajo la cama. Y antes de que me lo preguntéis, nadie la disparó, pero era del mismo calibre y factura que las balas que mataron a Oliver Beresford. Por supuesto, él niega enérgicamente saber cómo llegó la bala a su camarote. Dice que cualquiera la pudo poner allí. Que hubo gente entrando y saliendo de su camarote todo el tiempo.

—Un momento —pidió Suzie, que intentaba entender lo que acababa de oír—. ¿Encontrasteis una bala en el camarote de Toby y esa bala es igual que las dos que utilizaron para matar a Oliver?

—Exacto.

—¿Y dices que esta información es circunstancial?

—La cuestión es que Toby tiene razón. Nos desafió diciendo que sus huellas no estarían en la bala, y así fue. De hecho, en la bala no hay ninguna huella, está completamente limpia.

—¿Y asegura que alguien le está tendiendo una trampa? —se interesó Judith.

—Es curioso que lo menciones —repuso Tanika—, porque eso es exactamente lo que está diciendo. Su argumento es que la persona que puso la bala en su camarote está intentando incriminarlo.

—Lo que lo convierte en la tercera persona que afirma que el asesino intenta tenderle una trampa. Primero fue Lizzie con lo de las invitaciones, después Verity con el pañuelo... y ahora Toby con la bala. Empieza a ser un tema recurrente, ¿no os parece?

—¿Ya habéis encontrado el arma homicida? —quiso saber Suzie.

—Los buzos siguen buscando, pero por el momento no han encontrado nada.

—¿Sabéis de qué clase de arma se trata?

—No. Sabemos que dispara balas de nueve milímetros, eso es todo. En resumidas cuentas, ahora sabéis por qué no cuento con el apoyo de mi equipo.

—¿Hay algún testigo que estuviese a la orilla del río? —se le ocurrió a Becks.

—Ese es uno de los aspectos más frustrantes del caso. Hemos colocado carteles en el Camino del Támesis para solicitar la ayuda de posibles testigos y hemos dado con un puñado de personas que recuerda haber visto el Marlow Belle en algún momento de la tarde, pero nadie que estuviese cerca en los minutos cruciales anteriores o posteriores a las seis de la tarde.

—¿Seguro que murió a las seis? —quiso saber Becks.

—El patólogo forense confirmó que Oliver Beresford murió a esa hora. Más o menos.

—¿Y qué hay del ladrillo que lanzaron hace nada a la ventana de Verity? —planteó Suzie—. ¿Sabéis dónde estaba Lizzie cuando pasó?

—Comprobamos el paradero de todos los sospechosos inmediatamente —respondió Tanika—, y todos se encontraban en otro lugar: Lizzie Jenkins se estaba dando no sé qué masaje con piedras calientes en el Danesfield House; los compañeros de trabajo de Toby Vincent han confirmado que se encontraba en el taller; un agricultor de aquí vio que Duncan Wood estaba trabajando en su barcaza a esa hora, y Lance Goodman se hallaba en una farmacia en el pueblo de Marlow Bottom, había ido a buscar una receta. Hablamos con la farmacéutica y lo ha confirmado.

—¿No lo pudo lanzar ninguno de ellos? —se extrañó Suzie.

—No, todos tienen coartada.

—Pero si todo el mundo puede justificar dónde estaba, ¿quién pudo ser?

—Siento decir que no tengo ni idea.

—¿Hay alguna prueba forense en el ladrillo? —se interesó Becks.

—Bien —empezó Tanika—, ahí es donde el asunto se vuelve más desconcertante si cabe. El papel es el de fotocopiadora genérico, el

tóner es el mismo que utilizan numerosas impresoras láser, así que no hay nada que podamos decir del papel o del tóner; ni, para el caso, tampoco de la goma. Pero sí hemos conseguido levantar unas huellas del papel.

—¿Son de alguien del caso? —preguntó Judith al tiempo que se echaba hacia delante, impaciente por oír lo que Tanika tenía que decir.

—En efecto.

—¡Esa es una gran noticia! —se alegró Judith—. Hace que todo sea mucho más sencillo. Si tenemos suerte, la persona que lanzó el ladrillo también será el asesino.

—Eso es muy poco probable.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque las huellas que levantamos del papel en el que estaba envuelto el ladrillo son de Oliver Beresford.

—Perdona, ¿qué?

—Que las únicas huellas que había en el mensaje en el que ponía «Usted lo mató» son de la víctima.

—Pero no es posible —observó Becks.

—¡Ay, Dios! —exclamó Suzie, y se llevó una mano al pecho—. ¿Y si es otro mensaje de ultratumba? Primero las cartas del tarot, luego la mujer fantasma con el plumífero rojo, después el foco que estuvo a punto de caerte encima, Judith... y ahora esto. La cosa empieza a ponerse siniestra.

—Oliver Beresford no está lanzando ladrillos desde ultratumba —espetó Judith—. Y mi vida no corre peligro, antes de que digas que corre peligro.

—Sobre ti pesa una amenaza, las cartas no mienten.

—Lo único que significa esto es que la persona que lanzó el ladrillo debió de utilizar un papel que ya tenía las huellas de Oliver Beresford. Eso es todo. Así que demuestra que lo tiró alguien que lo conocía, pero no dice mucho más.

—Vale, eso lo pillo —dijo Becks—, pero lo que no entiendo es por qué querría alguien hacer que dé la impresión de que la víctima está acusando a su mujer de haber cometido el crimen.

Las mujeres se miraron: a eso no tenían ninguna respuesta.

Capítulo 21

Después de la revelación de las huellas del papel, a Judith le resultó cada vez más difícil conseguir que Suzie hablara del caso con lógica. En lo que a ella respectaba, ahora lo sobrenatural estaba entretejido con el asesinato de Oliver de principio a fin, e incluso se le ocurrieron varias teorías adicionales que ayudaban a demostrar su argumento. Después de todo, tal y como lo veía ella, estaban el misterio del arma homicida que había desaparecido y no se podía explicar y el pequeño asunto de que se efectuaran dos disparos en el barco que nadie oyó.

Por si eso no fuera poco para Judith, Suzie también insistía en que sobre la investigación pesaba una maldición, porque el museo de Marlow estaba cerrado debido a una misteriosa enfermedad cuyo resultado fue que ella no pudo acceder a los archivos del club juvenil. Cuando acudió al museo para comprobar lo que decía Suzie, Judith vio un letrero en la ventana en el que ponía que el museo permanecería cerrado una semana porque el conservador se había sometido a una operación. Algo que difícilmente era un misterio sobrenatural.

En el letrero figuraba un número de teléfono por si alguien tenía alguna consulta, así que Judith llamó y habló con el conservador, un hombre llamado Joshua Smith. Le contó que lo habían operado de la muñeca y se estaba recuperando en casa, pero dijo que estaría encantado de ir al archivo para buscar los documentos del club juvenil cuando se sintiera mejor. Puso fin a la llamada asegurando que si encontraba algo se lo haría saber o se lo llevaría al estreno de la próxima obra de la MADS. A Judith le impresionó saber que Joshua sabía que Judith formaba parte del elenco.

—Todo el mundo sabe que se ha unido usted a la MADS para intentar coger al asesino de Oliver Beresford —dijo Joshua con una risita antes de colgar.

Judith se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. Por si no fuera ya bastante inquietante que la gente supiese quién era, tenía

que admitir que había agravado el problema al participar en la próxima obra de la MADS.

Y no había escapatoria: para el debut teatral de Judith faltaba solo una semana. Tenía que ir a ensayar —o a pruebas de vestuario o ensayos con atrezo— a diario, lo que al menos le permitía vigilar a Verity, Duncan y Toby. En la olla a presión que era un inminente estreno, resultaba imposible que los tres ocultaran su verdadera personalidad.

Verity seguía siendo una especie de roca para todo el mundo. Era competente y organizada y no había un solo detalle de la obra que no conociera a fondo. Judith no pudo evitar concluir que, de toda la MADS, parecía la más capaz de cometer un asesinato meticulosamente planeado. Y no cabía la menor duda de que tenía un nuevo aliciente en la vida desde que había muerto su marido. Estaba animada, volcada en el trabajo y —básicamente fue la conclusión a la que llegó Judith— feliz.

En lo que respecta a Duncan, Judith descubrió que ahora el hombre se mantenía alejado de ella todo lo posible. Incluso puso a prueba su teoría unas cuantas veces asegurándose de acercarse a él, pero Duncan se escabulló todas ellas, una señal clara de que se sentía culpable, a juicio de Judith. Pero culpable ¿de qué? ¿De haber estado a punto de matarla? ¿O de matar a Oliver?

En cuanto a Toby, seguía siendo la persona amable de siempre, pero Judith había empezado a reconocer que había veces en las que se replegaba en sí mismo. Pasaba sobre todo cuando no estaba en la escena que se estaba ensayando. Se quedaba muy callado, muy quieto y parecía —al menos en opinión de Judith— preocupado. Si fuese de las que apostaban, diría que algo lo estaba reconcomiendo. ¿Era el asesino? Parecía poco probable, dado lo mucho que admiraba a Oliver. O ¿quizá solo estaba nervioso porque se acercaba el estreno?

Luego, un día, un hombre llamado Rob Hooker visitó al elenco. Rob, un setentón pícaro que impartía clases en la RADA, era un viejo amigo de Oliver y experto en Oscar Wilde. Verity le había pedido que fuese para dar una charla sobre el contexto histórico de la obra, pero quiso que su llegada fuese una sorpresa.

Judith estaba mirando a Toby por casualidad cuando Rob entró en el auditorio. Lo que vio en el rostro de Toby fue un repentino asomo de pánico, y no cabía la menor duda de que la causa era Rob. Toby no era capaz de dejar de mirarlo mientras este cruzaba la sala para ir a abrazar a Verity.

Cuando esta reunió a toda la compañía para contarle que Rob era de la RADA e iba a hablarles de la obra, Judith vio que Toby salía del auditorio. ¿A qué demonios se debía?

Rob deslumbró a la compañía con su ingenio y sus conocimientos durante media hora, respondió pacientemente a preguntas durante una hora y a continuación anunció que tenía que irse para coger el tren de vuelta a Londres. En medio del alboroto que causó su partida, Judith le dio alcance y le dirigió unas palabras de agradecimiento por la charla.

—¿Puedo hablar con usted de Toby Vincent? —le preguntó a continuación.

—Disculpe, ¿de quién? —preguntó a su vez Rob, que no estaba escuchando del todo, mientras se ponía el abrigo.

—Entrará en la RADA en septiembre.

—¿Sí? Yo no tengo nada que ver con las admisiones.

—Pero seguro que ha oído hablar de él. Oliver Beresford era su mentor.

—Aunque así sea, no me suena ese hombre. Y no puedo hablar de ningún aspecto del proceso de admisión, seguro que comprenderá usted el motivo. Y ahora debo irme o perderé el tren.

Judith sonrió, pero sabía que en las respuestas de Rob había algo raro. Se había comportado de un modo sospechoso. Así que pidió a Verity que la llevase hasta su casa, aduciendo que después se iría andando a la suya, que el ejercicio le vendría bien. Verity accedió encantada.

—No creo que le haya dado las gracias debidamente por acudir al rescate —dijo Verity mientras bajaba por la calle principal hacia el puente de Marlow—. Fue muy amable por su parte aceptar el papel de la señorita Prism.

—Lo estoy disfrutando —aseguró Judith con una franqueza que la sorprendió—. Todo el mundo tiene mucho talento.

—Sí, ¿no?

—La camaradería es de lo más agradable. Y también ayuda que fuese usted capaz de conseguir que alguien tan impresionante como Rob viniera a hablar con nosotros.

—Ya, bueno, en ese sentido el mérito no es mío. Rob siempre fue amigo de Oliver más que mío. Y es encantador, pero también un hombre de pelo en pecho. La clase de persona que almuerza todos los días en el Garrick Club y no cree que haya nada malo en ello. —Judith sabía que el Garrick era uno de los últimos clubes privados masculinos de Londres que se negaba a admitir mujeres—. Yo no tengo ninguna influencia en él, así que es toda una suerte que hubiera accedido a venir a hablar con nosotros antes de que Oliver... nos dejara —añadió Verity, a sabiendas de que estaba alargando el eufemismo del verbo «dejar».

—¿Se conocían desde hace mucho? —quiso saber Judith.

—Cielos, sí. Décadas.

—Me figuro que Rob echó una mano con la solicitud de Toby para entrar en la RADA.

—Ya lo creo. Recuerdo que fue Rob el que escogió el monólogo de Shakespeare de Toby para su audición, aunque no intervino en cómo debía interpretarlo. Dijo que eso lo tenía que descubrir por sí mismo el propio Toby. Pero se aseguró de que este no eligiera un texto que el comité hubiese oído ya un millón de veces.

Judith dejó que se hiciera el silencio. Si Rob había sido tan decisivo para que Toby ingresara en la RADA, ¿por qué negaba ahora haberlo ayudado? ¿Y por qué Toby había entrado en pánico nada más verlo? Judith supo que este era un rompecabezas que tendría que solucionar. Al pensar en rompecabezas, Judith recordó el otro gran misterio del caso.

—¿Me permite que le haga una pregunta? —decidió mientras entraban en el camino de acceso de la casa de Verity.

—Naturalmente.

—Tiene que ver con el hecho de que Oliver desapareciese tres días cada semana.

—¿Sabe usted si la policía ya ha averiguado adónde iba? —le preguntó Verity.

—Esa es la cuestión, que no creo que lo haya averiguado, y si pregunto es a título personal. No trabajamos con la policía, es

importante que esto quede claro. Pero lo que no entiendo es por qué la policía no ha logrado encontrar ni un solo rastro de él, con todos los recursos de que dispone. ¿Por qué les está costando tanto averiguar adónde iba su marido cada semana?

—Yo tampoco lo entiendo. Me ha dejado bastante tocada descubrir que Oliver me estaba engañando. Y mintiendo a sus compañeros de trabajo.

—Pero alguna idea tendrá usted de en qué estaba metido, ¿no?

—Pues esa es la cuestión, que no la tengo. Me alegraba tanto que estuviese fuera esos tres días que nunca hice preguntas.

—¿Qué ropa se ponía?

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Iba bien vestido cuando se marchaba? ¿O cuando volvía? ¿No encontró usted por casualidad algún tique de compra o de algún restaurante cuando le revisaba los bolsillos antes de hacer la colada?

—Lo he repasado todo mentalmente, pero no se me ocurre nada que pueda ser de ayuda. De haber sido así, se lo habría dicho a la policía.

—¿Cómo estaba antes de irse?

—¿A qué se refiere?

—A cuál era su estado de ánimo. ¿Contento? ¿Nervioso? ¿Preocupado?

—A mí todo me parecía muy anodino: preparaba una pequeña bolsa de viaje y se iba en su deportivo antes de que yo me despertara.

—Así que salía temprano, ¿no? —se interesó Judith antes de que se diese cuenta de que había respondido a la parte equivocada de la respuesta que había dado Verity—. Un momento —añadió—, ¿tiene un coche deportivo?

—Lo compró cuando cumplió los cincuenta. Dijo que era la compra de la crisis de la mediana edad.

—No recuerdo haberlo visto en el camino de entrada.

—Está en el garaje, tapado con una lona. Era la niña de sus ojos.

—Y dice usted que lo utilizaba siempre que emprendía sus viajes a mitad de semana, ¿no? —En el cerebro de Judith empezó a desarrollarse el germen de una idea.

—Siempre.

—¿Lo utilizaba en algún otro momento?

—No mucho.

—¿Y usted? ¿Lo ha conducido alguna vez?

—No me dejaba tocarlo. Tampoco es que fuese tan caro, pero era su juguete y no le gustaba compartirlo.

—¿Cree que podría verlo?

—Claro. Aunque debo advertirle que no es muy interesante.

Había un garaje abierto a un lado de la casa donde se veían un viejo cortacésped y distintas herramientas de jardinería, además de una carretilla que colgaba de la pared. También había un vehículo debajo de una lona gris. Judith y Verity la retiraron y a la vista quedó un coche deportivo verde oscuro que, a juicio de Judith, no era lo bastante nuevo para ser moderno ni lo bastante antiguo para ser clásico. Barato, eso era, pensó.

—Es bonito —dijo Judith por ser educada mientras daba la vuelta alrededor—. ¿Se lo ha mencionado a la policía?

—Saben que hay un deportivo, pero no que yo no lo conduzco. Perdone, pero ¿qué está buscando?

—No estoy segura. Quizá una pista que me diga adónde iba el coche cada semana.

—Bueno, pues la dejaré para que se ponga a ello. Yo tengo que ir a escribir mis notas del ensayo de hoy. Estaré en casa.

Cuando Verity se fue, Judith se agachó para mirar uno de los neumáticos traseros. La banda de rodadura estaba desgastada, pero vio unas piedrecitas de grava atrapadas en los surcos. Metió la mano en su bolso y sacó un lapicero que utilizó para quitar la gravilla. Solo había tres piedrecitas, cada una de ellas de tan solo unos milímetros de ancho, pero vio que las tres eran de un blanco brillante. Casi pintadas.

El camino de entrada a la casa de Verity y Oliver era de piedras de grava natural de un tamaño mucho mayor —mucho más anchas que los surcos de los neumáticos del deportivo—, así que las piedrecitas que habían quedado metidas en las ruedas debían de ser de otro sitio.

Judith miró los otros neumáticos y logró sacar siete chinitas más de gravilla blanca, pero también dos de color verde oscuro. El coche había pasado por encima de una grava de piedrecitas blancas y verdes. Se metió las chinas en el bolsillo de la falda y, acto seguido, se irguió y

miró el coche. ¿Dónde lo había llevado Oliver cada semana para acabar con esa gravilla verde y blanca en los neumáticos?

Capítulo 22

Judith abrió la puerta del coche y se sentó tras el volante para intentar ver si dentro había alguna cosa que pudiera ayudarla. Reparó en que el vehículo tenía algo menos de ciento veinte mil kilómetros. Ver el kilometraje le dio una idea. Se inclinó hacia delante y abrió la guantera para sacar el libro de mantenimiento. Era un documento endeble, y fue a las últimas hojas. Sí, le satisfizo ver que Oliver había llevado el coche al taller Platts para su revisión anual y allí habían dejado constancia de la distancia total que había recorrido el coche durante ese año. Judith se sacó el móvil y fotografió las inspecciones anuales de los últimos tres años. A continuación sacó una foto del cuentakilómetros del salpicadero. Más tarde intentaría encontrarles sentido a los números.

Cuando se estaba apeando del coche, el grito de una mujer hendió el aire. Judith se recogió la falda y salió corriendo hacia la casa antes de que se parase a pensar en lo que estaba pasando. Los repetidos gritos procedían de un lateral de la casa y, al dar la vuelta a la esquina, Judith vio a Verity, que se tapaba la boca con la mano y miraba fijamente algo que colgaba de la puerta trasera. Medía unos treinta centímetros y era muy rojo. Al aproximarse, Judith vio que alguien había colgado un conejo desollado en la puerta. Y del animal asomaba algo, pero no había tiempo para mirar bien la espantosa estampa: era preciso poner a salvo a Verity.

—Vámonos de aquí —resolvió Judith mientras cogía del brazo a la mujer y la alejaba de la puerta trasera.

Cuando llegaron a la parte de delante de la casa, Verity empezó a temblar y a decir:

—Dios mío, dios mío.

—No se preocupe —la tranquilizó Judith—. Llamaremos a Tanika para que venga y se encargue de esto.

Judith llamó a Tanika y, tras contarle lo que había sucedido, la inspectora dijo que iría lo antes posible.

—Vamos dentro —dijo Judith a Verity—. Le prepararé una reconfortante taza de té.

Cuando iba a entrar con Verity, Judith echó una ojeada a la barcaza de Duncan, en la otra orilla. Duncan se hallaba en la parte posterior, mirándolas directamente. En la mano sostenía unos prismáticos. Judith no tenía tiempo para pensar en lo que significaba su presencia: debía ocuparse de Verity. Una vez dentro de la casa, hizo un té fuerte al que añadió unas cucharaditas de azúcar y después un chorrito de leche.

—Gracias por todo lo que está haciendo por mí —dijo Verity mientras cogía la taza con manos temblorosas—. ¿Quién me está haciendo esto?

—¿No tiene ninguna idea de quién podría ser? —tanteó Judith.

—Desde luego que no. Ninguna de las personas a las que conozco sería tan cruel. No solo cruel: retorcida. ¿Cree usted que es la misma persona que tiró el ladrillo contra la ventana?

—Esperemos a ver qué dice Tanika, pero creo que podemos presuponer que sí. Lo siento mucho, pero ¿le importa si voy a ver bien lo que era?

Verity clavó la vista en el té y asintió.

—Mientras no lo tenga que volver a ver yo —repuso.

Judith salió de la cocina y dio la vuelta a la casa. Se armó de valor. No tendría por qué haberse preocupado tanto: una vez superado el susto inicial, no era más que un conejo desollado que habían atado al llamador de la puerta trasera. Sin embargo, eso no era todo. Había un papel atravesado por un cuchillo que se hundía en el cuerpo del animal muerto. La nota estaba manchada de sangre, pero el mensaje era bastante simple. Al igual que el anterior, en ella ponía:



Judith examinó la nota con más atención, pero no fue capaz de ver nada más. Como sospechaba, la persona que había lanzado un ladrillo contra la ventana de Verity era, casi con toda seguridad, la misma que ahora había atado el conejo a la puerta. Pero ¿por qué pensaba que Verity había matado a Oliver?

Judith oyó el ulular de una sirena que se aproximaba y volvió a la parte de delante de la casa justo a tiempo de ver que Tanika llegaba con el subinspector Brendan Perry.

Tanika pareció mortificada al ver que Judith los estaba esperando.

—Esto ha sido pura coincidencia —adujo Judith cuando los dos se acercaron—. Estaba aquí con Verity (vinimos después del ensayo) cuando encontró un conejo desollado en la puerta. Pero deberían saber que hay otra nota en la que la acusan de matar a su marido.

Tanika ordenó a Brendan que se encargase de asegurar debidamente el perímetro alrededor de la escena del crimen.

Ambas mujeres vieron que el subinspector echaba a andar por el lateral de la casa refunfuñando.

—Lo siento mucho —se disculpó Judith.

—Me estás poniendo las cosas muy difíciles —comentó Tanika, y entró en la casa para interrogar a Verity.

Judith trató de pasar por alto el sentimiento de culpa que la asaltó y se centró en por qué alguien le estaba dejando esos mensajes a Verity. Siempre cabía la posibilidad de que la propia Verity fuese el asesino, claro estaba. Después de todo, había admitido que no podía ver a su marido, así que motivo tenía. Y estaba el pequeño detalle del pañuelo suyo que encontraron en el río con residuos de disparo del arma que se

utilizó para matar a Oliver. Pero lo que Judith no entendía era por qué alguien que pensaba que Verity era el asesino la aterrorizaba así en lugar de acudir a la policía. Era evidente que quienquiera que estuviese detrás del ladrillo y del conejo estaba intentando sembrar el miedo, de modo que ¿por qué su prioridad era angustiar a Verity y no conseguir que se hiciera justicia con Oliver? ¿A quién había hecho enfadar tanto Verity como para que le hiciese esas cosas? A Judith no le parecía que alguno de los sospechosos del caso pudiera tener un problema mayor con Verity que con Oliver.

Brendan volvió del lateral de la casa y se acercó.

—Hola de nuevo —saludó Judith con intención de dar un aire de desenfado al encuentro.

—Señora Potts, ¿qué estaba usted haciendo aquí?

—¿Perdone?

—Soy subinspector de policía, tengo derecho a formular la pregunta.

—No necesita alardear de su rango conmigo, basta con que pregunte educadamente.

Brendan dio medio paso hacia delante.

—No tengo que hacer otra cosa que mi trabajo, y mi trabajo es dar con el asesino del señor Beresford.

Judith se irguió cuan alta era, lo que significó que apenas le llegó al mentón a Brendan. Se negaba a permitir que la intimidasen.

—Si es así, no lo está haciendo usted muy bien, ¿no cree? Porque el asesino de Oliver Beresford sigue ahí fuera. Y deje que le diga otra cosa: no he hecho nada malo ni indebido. La inspectora Malik me dejó bien claro que no puedo involucrarme. No obstante, participo en la obra que presentará en breve la Marlow Amateur Dramatic Society, y Verity es mi directora. Estaba aquí únicamente por eso cuando ella descubrió ese espantoso animal en la puerta de su casa. Y si de verdad estuviese usted intentando coger al asesino de Oliver Beresford, me preguntaría de qué me he enterado después de charlar con ella, porque me desveló (espontáneamente, que quede claro) que su marido solo utilizaba su deportivo durante los tres días a la semana en los que desaparecía.

—Eso ya lo sabemos —repuso Brendan con engreimiento.

—Verity me contó que no los había informado a ustedes.

—Al deportivo le pusieron una multa por exceso de velocidad cuando pasaba por el pueblo de Burchett's Green un jueves del año pasado, uno de los días que se ausentaba de su casa.

—Así que por fin han averiguado algo del sitio al que iba, ¿no? —quiso saber Judith.

—Somos la policía —respondió, satisfecho, Brendan—. Solo era cuestión de tiempo.

—Muy bien, en ese caso no lo entretendré más —afirmó Judith—. Tiene usted un importante trabajo que hacer: ocuparse de la escena y ayudar a Verity. Puesto que no me quieren aquí, me marcho.

Con una sonrisa, Judith dio media vuelta y echó a andar hacia la carretera, dejando atrás a un Brendan sumamente satisfecho consigo mismo. Sin embargo, el subinspector no era consciente de que su orgullo le había hecho revelar un dato crucial. ¿Bastaría para que Judith llegase a averiguar adónde iba Oliver cada semana? No estaba segura, pero en su cabeza empezó a tomar forma un plan.

Capítulo 23

—¿Que quieres que hagamos qué? —dijo Suzie. La sorpresa hizo que el trozo de bizcocho de merengue que se estaba llevando a la boca se detuviera a medio camino.

Judith, Becks y Suzie estaban tomando el té de las cinco en casa de Judith. Esta las había reunido para contarles lo del coche deportivo de Oliver y el plan que había desarrollado para averiguar adónde iba cada semana.

—Es una posibilidad remota —concedió Judith—, pero creo que podríamos descubrir la verdad si ponemos todo nuestro empeño en ello.

—Explícanoslo otra vez, ¿quieres? —pidió Suzie.

—Claro. El punto número uno es que Oliver iba en su deportivo adondequiera que fuese cada semana.

—Sí, eso lo pillé.

—El punto número dos es que Verity dijo que Oliver se iba todas las semanas sin falta. Y que había estado desapareciendo los tres últimos años. Ahora bien, es imposible que eso fuese cierto literalmente: debía de haber otras ocasiones en las que utilizaba ese coche y semanas en las que no se iba. Pero la cuestión es que podemos ver la distancia total que recorrió cada año durante los tres últimos años porque (y este es el punto número tres) el taller anota el kilometraje anual en el libro de mantenimiento del coche. Así que, si calculamos la media de kilómetros que hizo en esos tres años, tenemos una idea aproximada de la distancia que cubrió en un año, que es de mil ochocientos dieciséis kilómetros. Eso es *grosso modo*, no lo olvidemos, pero si cogemos esa distancia media anual y la dividimos entre las semanas que tiene un año (cincuenta y dos), obtenemos una distancia semanal de unos treinta y ocho kilómetros.

—Ah —exclamó Becks, encantada—. Ahora lo entiendo.

—Ese número no es más que una referencia imprecisa, pero sugiere que el sitio al que Oliver iba no se encuentra muy lejos. Por ejemplo, no viajaba a Edimburgo todas las semanas.

—Hacía diecinueve kilómetros hasta su lugar de destino y otros diecinueve de vuelta —dedujo Suzie.

—Algo así. Exacto.

—Pero podría ser en cualquier dirección, ¿no? —objetó Becks—. Diecinueve kilómetros desde Marlow hacia cualquier sitio incluyen High Wycombe y Maidenhead, debe de haber decenas de miles de casas y negocios en ese radio.

—Desde luego —convino Judith—. Sin embargo, Oliver cometió un error. Gracias a sus ganas de fanfarronear, Brendan desveló que la policía ha descubierto que a Oliver le pusieron una multa por velocidad en Burchett's Green un jueves del año pasado. Eso está a unos ocho kilómetros al suroeste de la casa de Oliver, lo que sugiere que su viaje semanal lo llevaba al suroeste de Marlow (en el más amplio sentido), y si miráis en esa dirección en general, a unos diecinueve kilómetros de Marlow, veréis sobre todo campo, salpicado de algunos pueblos como Twyford y Wargrave.

—Ahora lo entiendo —afirmó Becks, que por fin había caído en cuál era el plan de Judith—. Quieres que llamemos a cada puerta de cada pueblo que se encuentre a diecinueve kilómetros al suroeste de Marlow.

—No es tan imposible como parece. Por las piedrecitas que saqué de los neumáticos del coche, creo que hay gravilla pintada de blanco donde Oliver aparcaba cuando iba a ver a la persona o al negocio que fuese. Pero también habrá chinitas de un verde vivo. No hace falta llamar a todas las puertas. Podemos ver el camino de acceso desde la carretera y descartar el lugar en cuestión si en él no hay grava blanca y verde. Y creo que también se puede decir que esa clase de gravilla es muy de zona residencial. No creo que la vayamos a encontrar en el camino de una granja.

—Un momento —dijo Becks, a la que se le acababa de ocurrir una idea—. Ni siquiera tenemos que ir físicamente a ninguna de esas casas. Podemos utilizar el Street View de Google, ¿no? Podemos recorrer las calles virtualmente y ver todos los caminos de entrada.

—Muy buena idea —aplaudió Judith—. Una gran solución, Becks.

Esta esbozó una sonrisa radiante al oír el cumplido mientras Judith sacaba un viejo callejero de los condados y retiraba las secciones que cubrían las áreas circundantes a Wargrave y Twyford. Eran once páginas en total, que se repartieron, aunque Suzie, que se percató de que once no se podía dividir entre tres, se aseguró de ser la persona a la que le tocaban solo tres páginas.

—No es la máxima prioridad, desde luego —observó Judith—, pero deberíamos recorrer las calles de los mapas y tacharlas cuando tengamos un minuto.

El problema era que, así y todo, había muchos cientos de calles en la zona que había delimitado Judith y había que comprobar prácticamente todos los caminos de entrada. Al día siguiente experimentaron cierta agitación cuando Suzie identificó un camino de acceso de brillante gravilla blanca en una casa que se alzaba junto al cruce de Hare Hatch, pero cuando lo fue a ver descubrió que no había piedrecitas pintadas de verde con las blancas.

Como bien sabían las tres mujeres cuando se pusieron manos a la obra, era como buscar una aguja en un pajar, y Becks decidió que no le iría mal contar con un poco de ayuda. Esperó hasta un momento en que Hugo estaba en casa, pero su hija había salido. Este incluso le facilitó que abordara el tema.

—¿Qué se trae entre manos, señora Starling? —le preguntó cuando entró en la cocina mirando su teléfono móvil.

—Intento encontrar una casa en Google Street View —contestó Becks al tiempo que señalaba la pantalla de su ordenador portátil—. Y llámame Becks, por favor.

—Siempre me han dicho que trate a mis mayores y superiores con respeto —afirmó con una sonrisa mientras iba a poner el hervidor de agua.

—Haces que me sienta una solterona —repuso Becks con una risotada que, como fue muy consciente, estaba teñida de desesperación.

—Me ha hecho sentir usted muy bien, no se parece en nada a una solterona. Colin ha hecho correr la voz de nuestro proyecto de un modo increíble. ¿Le ha contado Chloe que acabamos de superar las seis mil libras? La gente de aquí es muy generosa. Nos ha dado una lección de humildad a los dos.

—La comunidad de parroquias siempre apoyará proyectos benéficos, sobre todo cuando los lleva a cabo gente joven. Aunque, ¿te importaría hacerme un pequeño favor a cambio?

—Lo que quiera —afirmó, risueño, Hugo—. ¿Le apetece un té?

—Me encantaría —respondió Becks, y pasó a explicar que estaba buscando una casa en cuyo camino de entrada hubiese gravilla verde y blanca mientras Hugo preparaba una segunda taza de té y se la llevaba a Becks.

—Así que por eso ha sacado esos mapas.

—Estoy marcando las carreteras en los mapas de papel a medida que las recorro en Street View.

—Ah, ya entiendo: quiere que Chloe y yo la ayudemos a mirar, ¿no?

—Si tenéis tiempo.

—Pues claro, es lo menos que puedo hacer.

—Saca el teléfono y te enseño las carreteras que nos interesan.

—¿El teléfono?

—Lo estabas mirando cuando entraste.

—Claro, lo tengo en el bolsillo. Un momento.

Hugo sacó el móvil y abrió Google Maps.

Becks y Hugo identificaron la zona del pueblo de Margrave de la que el chico se responsabilizaría.

—¿Cuánto tiempo tengo para hacer esto? —preguntó después de señalar las calles en la aplicación.

—No hay límite como tal —respondió Becks—, pero cuanto más hagamos, tal vez averigüemos antes adónde iba Oliver Beresford cada semana.

—Es increíble cómo ayuda a coger a asesinos —alabó Hugo—. En serio, creo que es lo más guay que he visto en mi vida. Y explica que Chloe sea tan inteligente.

A Becks la entusiasmó el cumplido, y Hugo le dio las gracias de nuevo por permitirle que la ayudase antes de irse con su taza de té. La sonrisa de Becks se borró en cuanto el chico salió de la cocina. Ahora sabía con seguridad que tenía razón al no fiarse de él.

Hugo seguía siendo igual de encantador, sus modales eran perfectos —destilaba lo que sabía que su madre llamaría «finura»—, pero ella le había visto el móvil cuando lo había obligado a que lo sacara del

bolsillo. Era un Android negro, algo que no habría valido la pena mencionar de no ser por una cosa. Siempre que Becks había visto a Hugo con Chloe el chico tenía un iPhone. Y Becks había pasado bastante tiempo con delincuentes para saber que las personas que tenían un segundo móvil que solo utilizaban cuando su pareja no estaba en casa nunca tramaban nada bueno.

Sabía que tendría que hablar de esto con sus amigas. Esa misma tarde, cuando Judith le mandó un mensaje para proponer que quedaran después, Becks dijo que sí inmediatamente.

*

—Y bien, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber Suzie cuando Becks y ella se reunieron con Judith en el extremo superior de la calle Wycombe Road.

—No os he querido dar los detalles, porque sabía que si lo hacía no querríais venir —admitió Judith—. El actor que hace del mayordomo, Lane, en la obra es un hombre muy agradable llamado Geoffrey. Ha sido muy amable con todo el mundo, y esta mañana anunció que es aficionado a la fotografía, así que ha pedido a todo el elenco que vaya a su casa esta tarde como parte de las visitas del Marlow Art Trail.

—Qué buena idea —aseguró Becks.

—Un momento —pidió Suzie—. ¿Qué es el Marlow Art Trail? —preguntó, suspicaz.

Judith le contó que era un evento anual en el que artistas locales abrían su casa para exhibir las obras de arte que habían realizado el año anterior. La idea era que el público en general fuese de casa en casa para ver y comprar lo que hacían artistas del lugar. El colofón del recorrido era una exposición en Liston Hall, un edificio municipal victoriano de ladrillo rojo que se encontraba en el centro de la ciudad.

—¿Lo dices en serio? —se sorprendió Suzie—. ¿Tenemos que pasarnos la tarde viendo un montón de arte hecho por aficionados?

—Estoy segura de que será fascinante —se entusiasmó Becks—, y de paso tendréis ocasión de ayudarme a resolver un problema.

Mientras se dirigían hacia la casa de Geoffrey, Becks les contó que, al parecer, Hugo tenía un teléfono de prepago a espaldas de Chloe.

—¿Estás de coña? —soltó Suzie.

—Tengo mis dudas sobre él desde que lo conocí, pero he intentado hacerlas a un lado. Por Chloe. Pero esto es lo primero que confirma que trama algo.

—¿Qué clase de dudas? —precisó Judith.

—No lo sé, me cuesta decir qué es, pero no estoy segura de que sea de fiar.

—Entonces lo que debes hacer es soltárselo —opinó Suzie—. Delante de Chloe. Pregúntale por qué tiene un móvil secreto.

—Pero ¿y si estoy equivocada y lo tiene por alguna razón de lo más inocente? Acusar a alguien de no ser digno de confianza no es algo que se pueda retirar fácilmente.

—Pues cógeselo cuando no esté mirando —sugirió Judith—. Y averigua qué hay en él sin que nadie se entere.

—No pienso andar escondiéndome en mi propia casa —negó Becks, pero no pudo evitar que le hicieran sonreír los distintos enfoques que tenían sus dos amigas para resolver los problemas. Suzie, por naturaleza, siempre quería encarar las cosas de frente, mientras que Judith era astuta por instinto.

Las mujeres seguían intentando dilucidar cuál podía ser la mejor estrategia para Becks cuando llegaron a casa de Geoffrey, el actor que encarnaba a Lane. Y no pudieron evitar esbozar una cálida sonrisa al ver los cientos de fotografías enmarcadas que había sacado a lo largo del año anterior, todas ellas primeros planos de distintas partes de coches.

Cuando se marcharon, Suzie se frotó la boca para que le volviese un poco de sangre al rostro.

—La leche, creí que se me iba a paralizar la cara de tener que sonreír tanto.

—Sí, las fotos eran bastante... parecidas, ¿no? —opinó Judith.

—Estoy segura de que no todo será tan malo —se animó Becks—. Venga, vamos a otra casa.

—Sí —convino Judith—. Podemos seguir pensando en qué hacer con Hugo por el camino.

Por suerte para las tres amigas, la siguiente casa pertenecía a una artista con talento llamada Bee Skelton. Incluso Suzie tuvo que admitir que le gustaban sus coloristas cuadros de Marlow y del río Támesis.

Después visitaron las demás casas que formaban parte del recorrido artístico, aunque a Suzie empezó a agotársele la paciencia pronto. Para cuando llegaron a Liston Hall, Suzie iba refunfuñando y diciendo que lo único que quería era tomarse un respiro de «semejante sobredosis de puñetero arte».

—No te preocupes —la tranquilizó Becks—. Seguro que acabamos pronto.

—A ver, que estoy segura de que todo es estupendo y tal —objetó Suzie mientras miraba consternada el centenar aproximado de cuadros que había en el edificio—, pero ¿es necesario que haya tanto?

—Es preciso que haya un espacio para que participen todos los artistas que no viven lo bastante cerca de Marlow —explicó Becks—. O que no viven en casas que puedan abrir al público.

—¿En serio? —se lamentó Suzie, exhalando un suspiro que ponía de manifiesto lo cansada que estaba—. ¿Podemos por lo menos decidir qué vas a hacer con Hugo?

—Creo que no tengo más remedio que decirle a Chloe lo que pienso de él.

—¿Aunque las tres estemos de acuerdo en que es mala idea?

—Es una idea espantosa, lo sé, pero mi hija está a punto de irse a Vietnam con alguien que creo que no es trigo limpio. Soy su madre, no tengo elección, debo hablar con ella.

—No le hará ninguna gracia.

—Pero, si le pasara algo, no me lo podría perdonar.

Antes de que Suzie pudiera decir algo, Judith volvió corriendo con ellas.

—¡Rápido! —las apremió—. Tenéis que ver una cosa.

—¿De qué se trata? —preguntó Suzie.

—Mejor os lo enseño —decidió Judith mientras llevaba a sus amigas al otro lado de la sala, hasta una pared en la que un gran letrero en la parte superior anunciaba: «Lo que el río significa para mí». La pared estaba llena de imágenes (grandes y pequeñas, en color y en blanco y negro; al óleo, a lápiz y grabados), pero Judith llamó la atención de sus amigas a un pequeño cuadro al óleo en un lateral.

Era el río Támesis; los árboles de la orilla más alejada, una explosión de colores otoñales, y el agua argéntea bajo la luz de media tarde. Por el

cuadro avanzaba un yate de recreo de madera.

Era el Marlow Belle.

—Vale —dijo, desconcertada, Suzie—. Así que es un cuadro del barco de Lance...

—Pero Lance nos dijo que la tarde que mataron a Oliver fue el viaje inaugural del Marlow Belle. Así que, si hay un cuadro en el que aparece en el Támesis, es muy posible que sea de esa tarde. Y conozco ese punto del río de cuando nado: está entre Bourne End y Marlow, que es donde dispararon a Oliver. Creo que este cuadro nos dice que, después de todo, en la orilla del río había un testigo.

—¡Vaya, es estupendo! —exclamó Becks—. Tanika lleva todo este tiempo intentando dar con algún testigo, alguien que sacara una fotografía esa tarde o que grabase un vídeo para subir a sus redes sociales. Últimamente todo el mundo acostumbra a grabarlo todo, parecía de lo más injusto que no hubiésemos sido capaces de encontrar a alguien que hubiera grabado el yate ese día. Pero este cuadro es lo que hemos estado buscando. Solo que el artista tardó un poco más en plasmar la imagen en el lienzo.

—Necesitamos hablar con la persona que pintó esto —resolvió Judith al tiempo que miraba la cartela que había en la pared junto al cuadro—. Para averiguar lo que vio esa tarde. Aquí pone que la pintora se llama Rebecca Lewis.

—Qué suerte —se alegró Becks—. Estuvimos en su casa hace media hora.

—No me digáis que tenemos que volver, por favor —se lamentó Suzie.

—No te preocupes —le aseguró Judith—. Esta vez, cuando hablemos de su obra con ella, será porque queremos atrapar a un asesino. Necesitamos averiguar qué vio exactamente.

Capítulo 24

Rebecca Lewis vivía en una casita modesta en una pequeña bocacalle ciega de una de las carreteras principales que salían de Marlow. La casa estaba limpia y ordenada, nada que ver con la idea que tenían Judith y sus amigas de cómo sería la casa de un artista. Claro que Rebecca tampoco se parecía en nada a la típica artista. Era una mujer delgada de setenta y pico años, con el pelo gris liso en un corte *bob* y los ojos azul claro,, y daba la impresión de ser alguien que no desperdiciaba nunca una emoción o tan siquiera una palabra. «Austera», esa fue la palabra que le vino a la cabeza a Judith al ver a Rebecca, que invitó a sus amigas y a ella a pasar a la cocina.

—¿Les apetece una taza de té? —les ofreció Rebecca—. Probablemente sea mejor una infusión, a esta hora la teína no es buena.

—No, desde luego —le dio la razón Becks—. Y es muy amable por su parte dejarnos entrar de nuevo, aunque la velada haya concluido.

—No es muy ortodoxo, pero si tienen alguna pregunta sobre mi obra, estaré encantada de contestarla.

Las mujeres decidieron qué infusión querían y Rebecca vertió agua hirviendo en sus respectivas tazas.

—Sus cuadros son especialmente bonitos —alabó Becks mientras señalaba tres óleos que descansaban en sendos caballetes junto a una puerta trasera de cristal que salía a un pequeño jardín. El primer cuadro era del puente de Marlow; el segundo, del monumento a los caídos en la Primera y Segunda Guerra Mundial; y el tercero, de la iglesia de Bisham. Al igual que el cuadro del Marlow Belle que habían visto en Liston Hall, las líneas eran limpias y los colores, audaces.

—Gracias. No empecé a pintar hasta que me jubilé. Fui profesora de ciencias en el colegio Borlase's durante muchos años.

Judith se acercó a contemplar los cuadros con su infusión y vio un libro en una mesita que había junto a una butaca. Reconoció la cubierta de inmediato: era un ejemplar sobado de la autobiografía de Lizzie

Jenkins. También reparó en un montón de lo que parecían viejas revistas del corazón, todas las cuales al parecer tenían a Lizzie Jenkins en la portada.

—Vaya, ¿le interesa a usted Lizzie Jenkins? —le preguntó.

—Pues sí —reconoció Rebecca, y Judith vio que se sentía avergonzada cuando se acercó a la mesa, cogió todos los libros y las revistas y los colocó en un estante.

—¿Le dio clase usted? —terció Suzie.

—No, yo estaba en Borlase's y, según su autobiografía, ella fue a Great Marlow.

—¿Y por casualidad conoce usted a algún profesor suyo?

—No lo creo, de eso hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿por qué le interesa tanto Lizzie Jenkins?

—¿Me permite que le pregunte por qué me pregunta eso? —Fue la evasiva respuesta de Rebecca.

—Muy bien —contestó Judith, que decidió que ella también podía jugar a ese juego—. ¿Nos podría hablar del cuadro que cedió a Liston Hall para la exposición del Art Trail?

A Rebecca le cambió la cara.

—Vaya —observó—. Me preguntaba si alguien ataría cabos.

—¿Pintó usted el cuadro la tarde que mataron a Oliver Beresford? —quiso saber Suzie.

—Sí. Aunque me choque decirlo. Dejen que me explique. A todas las personas que participaron en el Art Trail de este año se les pidió que presentaran una obra que versara sobre «lo que el río significa para mí». Así que, hace unas semanas, fui a mi sitio preferido del río (a medio camino entre Bourne End y Marlow) y me dispuse a pintar un cuadro. Y, antes de que me lo pregunten, no vi nada en el Marlow Belle que me resultase sospechoso, ni oí nada, vamos. De lo contrario, habría acudido de inmediato a la policía. No sabía que había sucedido algo malo. La primera noticia que tuve de que se había cometido un crimen fue por los periódicos al día siguiente. Por eso desde entonces lo he estado leyendo todo sobre Lizzie Jenkins —añadió mientras señalaba con la cabeza los libros y las revistas que había recogido—. No lo pude evitar. Aunque no debería, todo ese melodrama me tiene bastante enganchada.

—¿Qué vio usted esa tarde? —le preguntó Becks.

—Esa es la cuestión, que no vi nada.

—Un momento —intervino Suzie—. Lo que yo quiero saber es cómo se las arregló usted para pintar un yate mientras pasaba por delante. Seguro que iba a bastante velocidad.

—Tengo muy buena memoria visual. Casi es eidética.

—Perdone, pero ¿eso qué es?

—Que recuerdo casi a la perfección lo que veo. Ha sido toda una suerte en mi vida. Y una maldición, en determinadas circunstancias.

—¿Se acuerda de todo lo que ve? —se asombró Suzie—. ¿De qué color son nuestros ojos?

Rebecca cerró los suyos para pensar y contestó:

—Los suyos son marrones; y los de sus amigas, unos azules y los otros de un verde avellana, casi diría que con destellos dorados.

Cuando abrió los ojos, Rebecca vio la cara de asombro de las tres mujeres.

—Si lo he visto, lo recuerdo —afirmó.

—¡Venga ya! —exclamó Suzie—. Es genial. ¿Cómo puede ser algo así una maldición?

—Cuando daba clases de ciencias, tenía que hacer un esfuerzo supremo para no olvidar que, si a mí me resultaba fácil recordar fórmulas y demás, a muchos chicos les costaba. Siempre me parecía que era una insolencia que no pudiesen recordar los datos más sencillos. Que no es que lo fuera, desde luego, pero a mí me lo parecía.

—Vaya —dijo Suzie, que recordó con un escalofrío a todos los profesores que habían sido como Rebecca cuando ella era pequeña—. ¿Qué le hizo dedicarse a la enseñanza? —quiso saber.

—Mi padre era pastor, siempre he sentido la necesidad de dedicar mi vida al servicio de otros. Y siempre he ayudado a los chavales (para mí era como una vocación), antes incluso de que fuera profesora. Pero desde que me jubilé he intentado hacer cosas que no había hecho nunca.

—Como pintar —apuntó Becks.

—Los principios de la teoría del color son fascinantes cuando se aplican a la pintura.

—Tiene usted mucho talento.

—Es usted muy amable, pero veo que lo que hago es resultado de mi esfuerzo, más que de mi talento. Lo mío es un poco «pintar por números», pero también me gusta ese aspecto.

—Y dígame, si lo recuerda todo, ¿qué vio exactamente? —Sintió curiosidad Judith.

—Muy bien. En primer lugar, no vi que el yate saliera de Marlow, así que debí de llegar después de que pasara por donde yo estaba.

—Pero estaba usted en el meandro del río, junto al roble caído, ¿no? —precisó Judith.

—Sí. Llegué allí a eso de las cuatro de la tarde. Pinto directamente en el lienzo, no hago bocetos primero, pero quería un barco en el cuadro, así que empecé por el fondo. Pasaron unos cuantos barcos mientras me ponía a ello, pero no eran muy interesantes. Buscaba algo que fuese más río Támesis por excelencia. Cuando vi que el Marlow Belle se dirigía a Marlow me entusiasmó. Para mí era perfecto, con el refinado casco en contraste con la madera nudosa de los árboles de detrás. Lo observé atentamente mientras se deslizaba por delante, grabando en la memoria cada detalle. Después comencé a pintar.

—¿Vio a alguien en la parte posterior del yate?

—No, aunque sí vi a alguien en la cabina de mando, delante. Un hombre bajo y fornido.

—Sería Lance Goodman —dedujo Becks.

—Si usted lo dice. No lo reconocí. Pero sí conocí al hombre que estaba con él: Oliver Beresford.

—Un momento, ¿vio usted a Oliver? —se quiso cerciorar Suzie.

—No estaba prestando mucha atención a las personas que iban a bordo. Trataba de grabar en la memoria el barco. Pero sí, siempre voy al estreno de todas las obras de la Marlow Amateur Dramatic Society, así que reconocí el rostro de Oliver. Cuando el barco pasó, se encontraba en la cabina de mando, hablando con el señor bajito y fornido.

—¿Sabe usted a qué hora fue eso? —le preguntó Judith.

—No exactamente. Empecé a recoger mis cosas después de que la iglesia de Todos los Santos diera las seis, pero para entonces el barco ya no estaba.

—¿Y cuánto tiempo hacía que había pasado por delante de usted?

—No lo sé. Diez minutos, más o menos.

—¿Le dio alguna sensación de cómo se comportaban los dos hombres?

—¿Se refiere a si uno de los dos estaba enfadado? ¿O tenía un aire amenazador? No, nada de eso, aunque supongo que yo estaba a unos treinta metros de distancia aproximadamente. Y el yate iba a bastante velocidad. Por eso no sentí la necesidad de acudir a la policía. Lo cierto es que no tengo nada que decir.

—¿No vio nada que le pareciese ni remotamente sospechoso?

—Nada que me llamase la atención, me temo.

—¿Qué sucedió en el yate después de que pasara de largo?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Creemos que a Oliver le dispararon en la parte posterior del barco —contestó Judith—. Puede que viese usted a Oliver salir a la cubierta posterior cuando el barco iba río arriba. O quizá viese a otra persona.

—No, lo siento. No vi a nadie en la parte trasera del barco antes de que dejara de verlo cuando dio la vuelta al recodo.

—¿Por casualidad no oiría dos disparos cuando ya no se veía el yate?

—No, no oí nada parecido, aunque el barco cencerreó unas cuantas veces al pasar. Era como si el motor no funcionase bien, aunque tampoco es que yo sepa de motores. Pero se cargó la paz y la tranquilidad. —Rebecca se paró a pensar en lo que acababa de decir—. ¿Creen que debería haberle contado todo esto a la policía?

—Usted fue una de las últimas personas que vio con vida a Oliver —le recordó Judith.

—Pero en realidad no vi nada.

—Así y todo, es una testigo.

Rebecca exhaló un suspiro.

—Muy bien. Iré a la policía mañana. Le contaré lo que les he contado a ustedes, aunque no es que sea gran cosa, ¿no les parece? Lo único que puedo decir es que vi a dos personas que estaban hablando en la cabina de mando.

—Oh, sí que lo es —objetó Judith—. Verá usted, Lance nos dijo que estaba solo en la cabina antes de que se cometiese el asesinato. No mencionó ninguna charla de última hora con Oliver. —Judith se volvió hacia sus dos amigas—: Creo que tenemos que averiguar a qué se debe.

*

Cuando salieron de la casa de Rebecca, era demasiado tarde para hacerle una visita a Lance, así que las tres amigas fueron a su astillero a la mañana siguiente. Lo encontraron retirando un montón de palés de madera junto al edificio principal.

—Y ahora, ¿qué? —espetó al ver que las mujeres se aproximaban.

—Buenos días a usted también —lo saludó Judith—. Solo queremos que nos confirme un detalle.

—Si tienen algún problema, vayan a hablar con la policía.

—Después de todo, había un testigo ocular.

Lance fingió sentir indiferencia mientras se encogía de hombros.

—¿Qué testigo ocular?

—Una mujer llamada Rebecca Lewis.

—¿Dónde estaba?

—En la orilla del río, a medio camino entre Bourne End y Marlow.

—Pintó un cuadro en el que aparece tu yate —contó Suzie—. Y dijo que te vio en la cabina cuando pasaste por delante. Y que estabas en la cabina hablando con Oliver Beresford.

—¿A qué viene esto? —preguntó Lance con desdén.

—Le diré a qué viene —respondió Judith—. Hay un testigo que afirma que estaba usted con la víctima minutos escasos antes de que muriera, algo que, según usted, no fue así. Usted dijo que estaba solo en la cabina de mando.

—No tengo por qué hacer esto —espetó Lance, y dio media vuelta y echó a andar hacia el Marlow Belle.

—¡Eh! —vociferó Suzie, y Lance frenó en seco—. Tú a mí no me dejas con la palabra en la boca. Ni ahora ni nunca.

—Por Dios, Suzie, ¿cuándo vas a superar lo nuestro?

—No te preocupes, Lance, lo superé hace tiempo.

Lance sacudió la cabeza, se subió al yate y fue abajo.

Sin pérdida de tiempo, Suzie fue tras él, con Judith y Becks pisándole los talones. Cuando estaban a punto de bajar, apareció Lance, nervioso.

—No pueden subir a mi barco —afirmó, y Judith vio que el hombre sentía pánico.

—¿Por qué no? —lo interpeló.

—Es propiedad privada —escupió, enfadado, él.

—No, es algo más. Le preocupa que estemos aquí, ¿me equivoco?

—Dios santo, señora, la policía ha recorrido el yate de arriba abajo y no ha encontrado nada. ¿Y cree que no estoy siendo servicial? Muy bien, lo admitiré: Oliver fue a hablar conmigo a la cabina a eso de las seis menos diez. Me dijo que Lizzie Jenkins había preparado una sorpresa para las seis y que si me importaba quedarme en la cabina durante los diez minutos siguientes.

—Conque eso te dijo, ¿sí? —preguntó Suzie.

—¿Dijo qué sorpresa era? —se interesó Becks.

—No, y tampoco le di muchas vueltas. Era un grupo de actores, siempre serán melodramáticos. Oliver me dijo que tenía que quitarme de en medio, así que no mentí cuando afirmé que estaba solo a las seis, porque estaba solo. Para entonces él ya se había ido.

—Un momento —recapituló Judith—. ¿Está diciendo que Oliver le contó que Lizzie había organizado una sorpresa para las seis y que usted se tenía que quitar de en medio?

—No —negó Suzie—, yo esto no me lo trago. Primero discutes con Oliver en el pub, no olvides que la señora Eddingham oyó que Oliver te decía... ¿qué fue?

—Que si quería que su secreto siguiera siéndolo, le alquilaría el yate a Oliver, tanto si estaba listo como si no —la ayudó Becks.

—Y ahora te reúnes a escondidas con Oliver unos minutos antes de que lo mataran. ¿Por qué no nos cuentas qué pasó de verdad esa tarde?

El sentimiento de culpa asomó a los ojos de Lance.

—¿Cuál es ese secreto que no nos ha contado? —preguntó Judith.

Lance se pasó la lengua por los labios; el cerebro le iba a mil por hora. Luego las mujeres vieron el momento en que tomó su decisión.

—No tengo ningún secreto —porfió—. Y si creen que no es así, solo les diré una palabra: demuéstrenlo. Y ahora que he respondido a sus preguntas, fuera de mi barco.

Dicho eso, Lance bajó de nuevo y les dio con la puerta en las narices.

Capítulo 25

—No me puedo creer que me liara con él —se lamentó Suzie, ya en casa de Judith—. ¡Estuve saliendo con un asesino!

—No sabemos si mató a Oliver —la tranquilizó Becks—. Y si lo mató, tú no tienes la culpa.

—Qué mal ojo tengo para las personas.

—Bobadas —aseveró Judith—. Eres amiga de Becks y mía, y eso me dice que a ese respecto no tienes de qué preocuparte.

—Y que nos esté mintiendo no significa que sea el asesino —dedujo Becks.

Suzie estaba tan decaída que rehusó la galleta tipo sándwich que le ofreció Judith para acompañar el té que le llevó.

—Lo que me toca tanto las narices es que solo nos diga la verdad cuando lo presionamos —afirmó Suzie.

—Me pregunto si podríamos utilizar eso en su contra —sopesó Becks.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que si solo nos cuenta las cosas cuando lo presionamos, ¿sabes algo que podamos utilizar contra él?

—Esa es una idea muy retorcida, Becks Starling —observó en señal de aprobación Suzie—. Déjame pensar. A ver si puedo encontrar algo con lo que podamos chantajearlo.

—Y no es el único que nos oculta un secreto —mencionó Judith.

—¿De quién se trata? —le preguntó Becks.

Judith les contó que había visto a Toby salir deprisa y corriendo en cuanto Rob Hooker apareció en el Little Theatre. Y que cuando ella habló después con Rob, este dijo que no conocía a nadie llamado Toby Vincent.

—Pero parece plausible —opinó Suzie—. Debe de haber cientos de personas que solicitan ingresar en la RADA cada año.

—Es lo que yo pensé al principio, pero después Verity me contó que Rob ayudó a Toby a elegir uno de los textos para su audición. No me creo que ayudara a Toby a hacerse con una plaza en la RADA y luego no recordase su nombre. Y eso tampoco explica por qué Toby salió disparado en cuanto vio a Rob.

—Dicho así, sí que parece todo un poco raro —admitió Becks—. Me pregunto si habrá alguna manera de llegar al fondo de esto.

—¿Sabes qué? —repuso Judith, a la que se le había ocurrido una cosa—. Creo que podría haberla. Suzie, tú sigue pensando en cómo podemos hacer que Lance nos cuente lo que nos está ocultando. A Rob Hooker dejádmelo a mí.

*

Al día siguiente, Judith cogió el tren para ir a Londres. Se había acordado de que Verity había dicho que Rob era «un hombre de pelo en pecho» que almorzaba todos los días en el Garrick Club. Su plan consistía en sorprenderlo a la hora de comer y pedirle que le dijese por qué negaba conocer a Toby Vincent. El único problema era que el Garrick era uno de los clubes de caballeros más prestigiosos de Londres. No permitían entrar a las mujeres.

A la puerta de la imponente fachada del club, Judith se frotó las manos, expectante. A ella el edificio le parecía una cárcel —pesado, todo de piedra tiznada de hollín—, aunque los enormes ventanales que daban a la calle permitían entrever el esplendor del interior. Por lo general, a Judith le hastiaba luchar contra el mundo que los hombres habían construido solo para que redundara en su propio beneficio, pero a veces ello le deparaba un auténtico placer, y decidió que ese sería uno de esos días.

Subió la escalera hasta la puerta principal, de roble y cristal, y la abrió con brío. Dentro había otra escalera cubierta por una alfombra roja que conducía hasta un grandioso vestíbulo con una gran escalinata, pero su mirada se vio atraída por un casillero de fieltro verde a su izquierda que contenía correo postal para los miembros del club. También había un hombre trajeado a su derecha.

—Buenos días, señora —saludó este—. Soy Joseph. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Está Rob Hooker? —preguntó con sequedad Judith.

—No ha mencionado que fuese a almorzar con alguien.

A Judith le entusiasmó saber que Joseph había confirmado la presencia de Rob en el edificio.

—Se le habrá olvidado —adujo ella—. ¿El comedor está arriba a mano derecha? —añadió alegremente.

—No, señora, está a la izquierda. Pero si el señor Hooker no la está esperando...

—Está a punto de recibir lo que será una grata sorpresa —afirmó Judith mientras pasaba por delante del hombre.

—¡Señora! —exclamó Joseph mientras subía corriendo por la escalera para seguirle el ritmo, pero Judith no le hizo el menor caso: se dio perfecta cuenta de que el hombre no sabía qué hacer con una mujer de edad avanzada que se negaba a obedecer.

Judith vio una gran puerta a su izquierda que se abría a un comedor que era todo madera lustrosa, paredes de un rojo oscuro y arañas de luz resplandecientes. La mesa más larga que había visto en su vida ocupaba el centro del espacio, y se percató de que estaba llena más o menos en una tercera parte; los comensales se apretujaban en uno de los extremos. Cuando Joseph logró darle alcance, Judith fue directa a la mesa dando grandes zancadas y le complació ver que Rob Hooker estaba sentado en un lugar frente al cual todavía no había nadie.

—Gracias, a partir de aquí me las arreglaré sola —dijo Judith a Joseph mientras sacaba la silla y se acomodaba en ella—. No tardaré. No, si Rob contesta a mis preguntas.

Judith miró a los hombres de la mesa, cuyas expresiones oscilaban entre el estupor educado y el horror educado, aunque le divirtió ver que un anciano de unos noventa años que estaba al final de la mesa se hallaba demasiado entretenido intentando tomar su sopa para percatarse de su llegada.

—Bien, Rob —dijo antes de que alguien la pudiera interrumpir—. ¿Me permite que le pregunte por Toby Vincent? Y esta vez me gustaría que me dijese la verdad.

Rob cogió la punta de la servilleta, que tenía sujeta a uno de los botones de la pechera, y se limpió delicadamente las comisuras de la boca.

—Esto no es muy ortodoxo —se quejó.

—En ese caso, ¿por qué no responde a mi pregunta y pongo fin a la vergüenza de que haya una mujer en la misma habitación que ocupan ustedes, los hombres?

—¿Señor Hooker? —preguntó Joseph con aire vacilante.

—No se preocupe —repuso él, y profirió un suspiro—. Esta señora es mi invitada.

—Muy bien, señor —contestó con alivio Joseph, y se marchó.

Judith se dio cuenta de que todos los hombres de la mesa la seguían mirando, todos salvo el nonagenario, que ahora ladeaba cuidadosamente la cuchara para ver cómo escurría la sopa en el bol.

—Quiero saber qué pasa con Toby Vincent —pidió Judith a Rob.

—¿Qué pasa con él?

—Nunca he visto a nadie salir de un sitio tan deprisa como lo hizo él cuando llegó usted para dar la charla a la Marlow Amateur Dramatic Society.

—No me percaté —mintió Rob.

—Estos caballeros no son los únicos que quieren que me marche —afirmó Judith, dejando traslucir su enfado—. Yo tampoco es que esté disfrutando de esto. Y como no empiece a contarme la verdad, me pondré a romper cosas.

—No se atrevería —aseveró Rob.

—Oh, ya lo creo que sí, será mejor que me crea.

Se oyó una tos cerca.

—Rob, muchacho —intervino un caballero entrado en años con caspa en los hombros de la americana—. Fui secretario general de instituciones penitenciarias durante tres años y permítame que le diga que creo que esta señora podría rebelarse perfectamente, reconozco a los de su clase.

—Gracias —dijo Judith al hombre.

—De nada —repuso él con una sonrisa cordial.

—No le puedo hablar de quienes aspiran a entrar en la RADA —aseguró Rob—. No es ético.

—Toby es sospechoso en una investigación de asesinato. No ayudar a que se atrape al asesino es mucho menos ético.

—Un momento —terció dos sillas más allá un caballero cuya dentadura postiza le quedaba floja y claqueteaba—, ¿se refiere al caso Oliver Beresford, de Marlow?

—En efecto —confirmó Judith.

—En ese caso, será mejor que conteste a las preguntas de esta señora.

—¿Crees que es buena idea, Dominic? —interpeló Rob al hombre.

—No necesita su permiso —espetó Judith.

—Sería de ayuda —respondió Rob—. Es el presidente del Tribunal Supremo. Y si él dice que debo hablar con usted, hablaré con usted. Y siento que este lugar solo sea para hombres, no es como me gustaría que fuesen las cosas.

—Estoy segura de que eso es lo que se dice a sí mismo y, sin embargo, aquí estamos, en su club solo para hombres. Pero no nos empantanemos. ¿Por qué salió corriendo Toby al verlo a usted?

—No es culpa de nadie. Es uno de los gajes del oficio que tiene mi trabajo. Se sentía avergonzado.

—¿Por qué demonios iba a estarlo? Ingresará en la RADA en septiembre, debería haberlo recibido con aire triunfal.

—¿Es lo que le ha dicho él?

—Claro.

—Por desgracia, no es ese el caso. Verá usted, se trata de un proceso sumamente competitivo. Y estábamos predispuestos a aceptarlo. Después de todo, ya tiene una edad y, por lo tanto, experiencia en la vida, queríamos que se uniera a nosotros. Por desgracia...

—¿No obtuvo la plaza? —preguntó una estupefacta Judith.

—Me temo que no.

Judith recordó cómo había descrito la señora Eddingham el estilo actoral de Toby.

—En él todo es espectáculo y muy poca verdad —dijo.

—Es eso exactamente. Y todo ese espectáculo ni siquiera lo es. Casi tuve unas palabras con Oliver después. Fue un tanto bochornoso que nos enviara a alguien con tantas carencias, pero así era Oliver. Siempre había estado desesperado por alcanzar la fama y, ahora que había

perdido su oportunidad de lograrla, estaba empeñado en intentar que otros se hicieran con ella.

—No creo que Toby le contara a nadie que no había conseguido esa plaza, ¿sabe?

—No entrar puede ser un golpe amargo. Es algo que sucede a menudo.

—Pero es un hombre hecho y derecho. Me pregunto por qué no ha sido capaz de admitirlo aún. Bien, gracias. Me alegro de que por fin me haya podido ayudar. Y gracias, excelencia —añadió Judith, dirigiéndose al caballero de la dentadura postiza floja, que sonrió en señal de agradecimiento—. Caballeros, no los incitaré ni un segundo más con mis encantos femeninos. Sé dónde está la salida.

Judith retiró la silla con un chirrido y salió del comedor sin volver la cabeza.

—¿Tiene pensado la señora volver próximamente? —le preguntó Joseph a Judith cuando pasó por delante de él.

—Solo si alguien más comete un crimen —dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

*

Judith fue a la estación de Paddington, se subió al primer tren que iba a Marlow y por el camino llamó a Suzie y a Becks. Quedaron en verse en cuanto llegase. Nada más bajarse del tren, se unió a Becks y a Suzie en la furgoneta de la segunda y sus amigas le dijeron que ya habían llama-do al taller Platts, donde les habían informado de que Toby no trabajaba ese día. Sin embargo, Becks consiguió encandilar al hombre que le había cogido el teléfono para que le diese su dirección.

—¿Creéis que lo que he hecho es correcto? —se planteó Becks.

—Oh, desde luego. Bien hecho —aplaudió Judith mientras se subía a la furgoneta de Suzie—. Porque creo que ha llegado el momento de que Toby nos diga por qué ha estado mintiendo a todo el mundo con lo de la plaza en la RADA.

Capítulo 26

Toby vivía en una pequeña calle sin salida cerca de High Street, en Marlow. Las casas adosadas —que formaban una hilera— se habían construido en los años setenta, la fachada era de tablillas blancas y tenían la sala de estar en la primera planta.

Un fuerte olor a cannabis salió del pasillo cuando Toby abrió la puerta a Judith y sus amigas.

—Vaya, qué recuerdos —comentó Suzie.

—Ah, hola —saludó Toby con ojos vidriosos.

—Qué fuerte huele —observó Judith.

—Fumo un poco cuando termino el turno. ¿Si gustan, señoras?

—No, gracias, pero le agradecemos el ofrecimiento. Querríamos hablar con usted. ¿Podemos pasar?

Dio la impresión de que Toby desconectaba unos segundos y a continuación se centró de nuevo, despacio, en las mujeres.

—Claro. Entren. Está todo un poco desordenado.

Toby subió por la escalera y las llevó hasta la que a Judith le pareció una habitación bastante lúgubre. El sofá era gris y estaba ajado, había un televisor enorme atornillado bien alto en la pared del que salían numerosos cables y la única luz era una lámpara de pie que describía un arco sobre el sofá e iluminaba una mesa de centro llena de viejas revistas de coches, papel de fumar, hebras de tabaco de liar y una bolsita de celofán con marihuana seca.

—Acabo de volver de Londres —contó Judith—. He almorzado con Rob Hooker.

—¿Con Rob? —repitió, ceñudo, Toby.

—Me contó la verdad sobre usted: que no consiguió entrar en la RADA.

Toby abrió mucho los ojos al tiempo que se sentaba en el sofá y se retrepaba en los blandos cojines.

—Vaya —dijo.

—Ha estado mintiendo a todo el mundo durante todo este tiempo.

—Y me puedo imaginar el motivo —suavizó Becks al ver lo preocupado que parecía Toby con lo que decía Judith—. Debió de ser espantoso que se lanzara usted al proceso de audiciones y al final no obtuviese la plaza.

—Ajá —contestó Toby.

—Todas esas horas de trabajo.

Toby miró a lo lejos mientras se sumía en sus recuerdos.

—Me hacía repasar los textos una y otra vez —contó al cabo—. Oliver. Era muy exigente. Siempre decía: «No, hazlo así» o «No, hazlo asá».

—Parece duro —empatizó Becks.

—Yo ni siquiera quería hacerlo —reconoció Toby, que se volvió para mirar a Becks—. Esa es la cuestión. Estaba encantado haciendo obras y tal con la MADS. Es lo que ya les dije la primera vez que hablé con ustedes. Me encantaba la sensación de estar en el escenario. Pero Oliver me dijo que debía dejarlo todo y hacerme profesional. No lo creí. No pensaba que fuese bueno. Pero él me dijo que, sencillamente, yo era lo mejor desde... En fin, da lo mismo, cualquier famoso. Solo pensaba en sí mismo, ahora lo veo. Me hizo trabajar como un puñetero burro. Luego conocí al tal Rob en Londres y me enseñó la RADA. Era... —Toby exhaló un suspiro—. No sé. Flipante. Yo no sabía que podía existir un sitio así. No los edificios, aunque eran bastante alucinantes, sino la gente. Lo único que hacía era actuar y escribir y pensar en textos e interpretación. En lugar de en dónde está la tuerca de la rueda, ¿saben? O en cómo quitar el aceite del mono cuando termina el turno. Me dejé deslumbrar y me lancé a esas audiciones como no he hecho con nada en mi vida. Oliver me convenció de que entraría sí o sí, de manera que dije en el trabajo que me iba. Estaba tan seguro de mí mismo... Menudo gallito.

Toby se ensimismó.

—¿Qué pasó en la audición?

—Fue... humillante. Me quedé en blanco. No fui capaz de hacerlo. Estaba hecho polvo. Sentía que era un impostor. ¿Y saben lo que hizo que todo fuese peor aún? Que ellos eran encantadores. Aunque también condescendientes, ¿saben? Sabían que no venía del mundillo del teatro,

así que me animaron a probar otra vez. Y otra. Y cada vez que intentaba declamar mis textos, me bloqueaba. Y cómo me miraba esa gente... nunca lo olvidaré. Con cara de pena. Les daba pena —añadió Toby con un deje de irritación.

»Ni siquiera me acuerdo de cómo salí del edificio. Para entonces, aquello ya era como un sueño. Una pesadilla. Cuando llegué a casa, supe que la había cagado. Pero estuve meses con subidón (menuda arrogancia), fanfarroneando en el curro de que iba a largarme de Marlow. A dejar ese trabajo gris. Y a la gente gris que trabajaba allí. Y en el curro todo el mundo se lo tragó, joder. Dijeron que era genial que me fuese a perseguir mis sueños. No fui capaz de decirles que la había cagado. Y eso fue lo peor... Me creía hasta tal punto lo que me había dicho Oliver que todavía había una pequeña parte de mí que se preguntaba si la RADA me ofrecería una plaza de todas formas. Pese a la audición. Puede que viesen lo bueno que era. Así que no le conté a nadie lo mal que me había ido. Y luego, cuando recibí el correo electrónico en el que me comunicaban que no había entrado, no supe qué hacer. Creo que fue el peor día de mi vida.

—¿Cuándo fue esto? —quiso saber Judith.

—El mes pasado.

—¿Tan reciente? Así que ya se había puesto usted en contacto con Lizzie Jenkins, ¿no?

—Oliver me dijo que no podía dormirme en los laureles. Dijo que tenía la plaza asegurada y que necesitaba buscar a algún actor famoso que me ayudase económicamente lo antes posible. Todos los que también iban a empezar en septiembre ya habrían empezado a buscar a alguien. Tenía que ponerme las pilas.

—Estaría usted muy enfadado con él —probó con tino Becks.

—Ajá —repuso Toby, sin molestarse en negarlo.

—Lo había engañado a usted.

El semblante de Toby se ensombreció mientras él sopesaba su respuesta.

—Me hizo quedar como un tonto —contestó, y cogió el porro que tenía en el cenicero y dio una calada profunda, para acto seguido empezar a toser violentamente—. Es buen material —afirmó al tiempo que señalaba la bolsita de celofán con marihuana de la mesa.

Suzie miró la bolsa y sus amigas vieron que fruncía el ceño. La cogió para verla bien. Tenía una etiqueta escrita a mano.



—¿Quiere fumar? —le preguntó Toby, impresionado.

—No —rehusó Suzie, sin dejar de mirar la bolsita.

—Bueno, esto explica que haya empezado a fumar cannabis de nuevo, ¿no? —le preguntó Judith.

—Me he sentido tan idiota. Me ha dado tanta vergüenza —repuso, sin negarlo, Toby.

—¿O volvió a los porros después de matar a Oliver?

Toby pareció más perplejo que escandalizado.

—No —afirmó.

—Pero es como usted ha dicho: Oliver lo engañó. Lo humilló delante de todos sus amigos del trabajo. Delante de Rob Hooker y de todas las demás personas de la RADA. Merecía un castigo.

—Qué va —aseguró Toby, que levantó las manos como si intentase detener, muy despacio, a un caballo encabritado—. Nada de esto es cuestión de vida o muerte. Una mierda, sí, pero ¿por qué iba a querer matarlo por una audición absurda? Cuando las cosas se ponen feas, me lío otro porro y listo. ¿Qué importancia tiene?

—¿Cómo acabó una bala en su camarote del yate?

—¿Qué?

—La policía encontró una bala en su camarote; una bala que era idéntica a las que se utilizaron para matar a Oliver Beresford.

—Por Dios. Ya he hablado de esto con la policía: no lo sé.

—¿Dónde estaba usted a las seis de la tarde ese día?

—En mi camarote.

—Haciendo ¿qué?

—Esperando a Lizzie Jenkins. Todo esto ya lo saben. Me envió una nota. Pensé que me iba a dar el dinero allí, ¿saben? Pero no fue a verme.

—¿Cuánto tiempo se quedó en el camarote?

—Soy inocente, ¿vale?

—Tiene usted un motivo (Oliver lo humilló) y han encontrado una prueba que lo incrimina en su camarote.

—Miren, les diré cómo llegó allí esa bala: seguro que fue el asesino quien la dejó en mi camarote.

—¿Entró alguien más en su camarote?

—No lo sé. ¿Y si la pusieron allí a propósito?

—¿Y por qué haría alguien eso?

—Para que dé la impresión de que el asesino soy yo, cuando no es verdad.

—Estoy bastante harta de que todos ustedes digan que el asesino intenta tenderles una trampa. ¿Quién cree usted que querría castigarlo así?

—No tengo ni idea. Creo que la única persona que no me puede ni ver es la señora Eddingham, y es porque ocupé su lugar en la junta de la MADS, pero ella no estaba en el yate, así que no pudo ser.

—Entonces, ¿quién cree usted que disparó a Oliver? —quiso saber Suzie.

—Esa es la cuestión, que no tengo ni idea. Verity era la única que tenía un problema con él, todo el mundo lo sabía. Pero ¿por qué lo iba a matar e incriminarme a mí? Usted ha visto cómo me trata, señora Potts: nos llevamos bien.

Judith hubo de admitir que lo que acababa de decir Toby era cierto, al menos en parte. A no ser que Verity estuviese fingiendo, daba la impresión de que Toby y ella tenían una buena relación laboral.

Suzie cogió la bolsita de marihuana y se la puso a Toby delante de las narices.

—¿De dónde ha sacado esto? —le preguntó a Toby.

—¿Quiere que le dé el número de mi camello? —repuso él—. Sabía que quería fumar. Tiene pinta.

—¿Quién le vendió esto?

—Sin problema. Compartir es vivir.

Toby cogió el teléfono, que descansaba en el brazo del sillón, y se puso a buscar lo que quería.

—Es un chaval —contó—. Así se saca un dinerillo extra. Lo encontré —dijo mientras abría el contacto en la pantalla—. Se llama

Dylan. Es un tío majo. Buena hierba a buen precio.

Suzie le dio las gracias por el contacto y apuntó el número de Dylan, dijo que lo llamaría. Mientras tanto, Toby empezó a liarse otro porro, así que las mujeres se disculparon y se fueron.

En cuanto se vieron fuera, Becks se volvió aterrorizada hacia Suzie y le preguntó:

—No irás a comprar droga, ¿no?

—No te preocupes, nunca me han ido las drogas —aseguró su amiga.

—Entonces, ¿para qué quieres el número del camello?

—Solo quiero comprobar una cosa —respondió Suzie de un modo que dejó claro que no pensaba decir nada más—. No te preocupes, lo tengo controlado.

Judith y Becks se miraron. ¿Qué tramaba Suzie?

Capítulo 27

Mientras bajaban por High Street —con el bullicio que creaba a su alrededor la gente que iba de compras, charlaba y pasaba un buen rato —, las tres amigas intentaban entender lo que Toby les había contado. Por una parte, parecía que habían hecho un gran avance: Toby había admitido que culpaba a Oliver del fracaso de su audición, lo cual hacía que tuviese un móvil. Pero, por otra, seguía habiendo detalles de su historia que no terminaban de cuadrar.

—Después de todo, no deberíamos olvidar que Toby era una de las personas que estaban en el yate que sabía que Oliver tenía un cáncer terminal —señaló Judith—. Y sigo sin creerme que alguien se fuese a arriesgar a matar a una persona que no tardaría en morir de todas formas.

—Lo que significa que seguimos buscando a alguien que no sabía que Oliver tenía cáncer —concluyó Suzie.

—Que tampoco es que nos sirva de mucho —se lamentó Becks—, porque todas las personas que estaban en el yate lo sabían.

—Todas salvo Lizzie. Por eso apuesto a que el asesino es ella.

—Pensaba que apostabas a que era Lance —dijo, risueña, Becks.

—Eso fue solo porque me pareció irritante. El asesino es Lizzie.

—Y antes creías que era Verity.

—Vale, he cambiado de opinión varias veces. Venga ya, ¿Lizzie llega esa mañana y su examante muere esa misma tarde? Por eso no me importó prometer que dejaría de mencionar las cartas del tarot si resulta que me equivoco. Porque no me equivoco, el asesino al que estamos buscando es Lizzie.

—Es tan frustrante —observó Judith—. ¿Qué estamos pasando por alto? Tengo la sensación de que todos los elementos del caso están ahí, pero no los estamos poniendo en el debido orden. O puede que estén en el debido orden, pero todavía nos falte lo que los uniría a todos. Algo que aún no hemos descubierto o algo cuya importancia no hemos

entendido aún. Ya sé, ¿por qué no vamos a dar un buen paseo? Nuestras mejores ideas se nos suelen ocurrir mientras paseamos.

—Cierto —convino Becks—, pero creo que quiero irme a casa. Hablar con un porrero que se pasa la vida fumado ha hecho que me dé cuenta de que necesito hablar con Chloe. Y esta vez no me puedo echar atrás. Debo armarme de valor para decirle lo que pienso.

—¿Y estás segura de que es buena idea que cuestiones al novio que ha elegido? —planteó Suzie.

—Buena idea no es, me va a odiar, pero soy su madre. Si no hablo yo con ella de lo arriesgado que es que apueste por Hugo, ¿quién lo hará?

*

Becks dejó a sus amigas y fue andando a la casa parroquial. Cuando llegó, le satisfizo ver que Chloe estaba en la cocina, con el ordenador portátil abierto.

—Hola, cariño —la saludó Becks.

—Mamá, tengo que contarte una cosa —repuso Chloe con entusiasmo.

—No me digas que estás embarazada —contestó, aterrorizada, Becks.

—Me gustaría que dejaras de decir eso cada vez que quiero contarte algo.

—Perdona, es solo que tu padre y yo estamos preocupados.

—Es por Hugo, ¿no?

—¿Cómo?

—Nunca te ha caído bien.

—¿Cómo puedes decir eso? Pues claro que me cae bien.

—Pero veo cómo lo miras cuando crees que no te veo. Es porque es pijo, ¿no?

—¿Qué? No, desde luego que no.

—No puede evitar tener la familia que tiene, nadie lo puede evitar, y si su educación te supone un problema, con quien tienes que hablar es con sus padres, no con él.

—No tengo ningún problema con él, no es asunto mío.

—Vaya, por fin lo reconoces.

—Pero la cuestión es, cariño, que tengo más años que tú. He visto muchas relaciones a lo largo de los años, unas que funcionan, otras que no y todo lo que hay en medio. Y estás a punto de dejar la universidad e irte a Vietnam con él. ¿Y si se quiere quedar allí y...? No sé... —Becks se dio cuenta de que no sabía cómo expresar sus miedos—. ¿Acabáis en un fumadero de opio?

—¿Estás insinuando en serio que es probable que pase eso? Ya puestos, ¿qué es un fumadero de opio?

—Ahora que lo dices, no lo sé, pero es que sabemos tan poco de Hugo.

—Yo lo sé todo de él.

—¿Estás segura de que te puedes fiar de ese chico? En el corazón de alguna jungla en algún lugar del mundo, si te caes y te rompes el tobillo, ¿se quedará contigo hasta que os rescaten? ¿O intentará salvarse él?

—Pues claro que se quedará.

—Tiene un teléfono secreto —soltó Becks antes de que volviese a faltarle el valor.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre madre e hija como si fuesen gas venenoso.

—¿Cómo dices? —espetó Chloe.

—No he podido evitar percatarme de que tiene dos teléfonos. Uno del que tú no sabes nada. Y es imposible que eso sea bueno.

—¿Lo dices en serio?

—Yo solo creo que deberías saber que te está ocultando un teléfono.

—¿Sabes dónde está ahora mismo Hugo? Al lado, en la iglesia, y me gustaría que me preguntases por qué.

Becks conocía bien a su hija: estaba preparando el cuello de su madre para la guillotina.

—Muy bien —repuso, y entonces recordó que Chloe había empezado la conversación diciendo que tenía que contarle algo—. ¿Por qué está en la iglesia?

—Te está buscando. Porque se ha pasado los dos últimos días (por su cuenta) metido en Google Maps, yendo arriba y abajo en el Street View para intentar ayudarte. Ha comprobado todas y cada una de las calles de Twyford, Wargrave, Shiplake y Hurst solo porque tú se lo pediste. Y adivina qué ha encontrado.

Chloe le dio la vuelta al portátil y Becks vio que la pantalla la ocupaba la imagen de una casa con un pequeño seto delante. Los bordes estaban borrosos al estar unidos digitalmente a las fotografías de al lado, pero la parte central de la imagen era perfectamente nítida. La casa tenía un camino de entrada de gravilla blanca brillante, pero había una fina franja de grava que delimitaba dónde terminaba el camino privado y empezaba la acera pública.

La pequeña franja de grava era de un verde vivo.

Becks se sintió eufórica y fatal a la vez. Apuntó la dirección, en el pueblo de Wargrave, mientras llamaba a Judith y Suzie y quedaba en reunirse allí con ellas. Media hora después, Becks detuvo el coche delante de la casa y vio que Suzie ya estaba esperando en su furgoneta. Durante el camino, no había parado de darle vueltas a la conversación que había mantenido con su hija y se había sentido tan mortificada por su comportamiento que era como si por dentro lanzara un grito ahogado de vergüenza. Tal y como le habían estado diciendo tanto Suzie como Judith, ¿cuál era una de las reglas de oro de la paternidad? No entrometerse en la vida amorosa de los hijos. Becks sabía que había traicionado una confianza que le sería difícil recuperar. ¿Qué le había hecho pensar que decirle la verdad a su hija iba a ser buena idea?

—No me puedo creer que hayas dado con ella —dijo una entusiasmada Suzie cuando Becks se aproximó.

—No fui yo quien la encontró —reconoció Becks, que sabía que tenía que decir la verdad—. Fue Hugo.

—Pues ¡bien por él! —exclamó Judith, y a Becks le complació que sus amigas no mencionasen sus sentimientos de humillación existencial.

—Hemos echado una ojeada —contó Suzie al tiempo que señalaba la casa que tenían detrás— y las dos creemos que podría ser la que estábamos buscando.

Judith se metió la mano en el bolsillo y sacó unas piedrecitas verdes.

—Me acerqué a hurtadillas al camino de acceso para coger un poco de gravilla, y mirad —añadió mientras se metía la otra mano en otro bolsillo y sacaba una bolsita de celofán en la que había tres chinitas verdes. Parecían idénticas en forma, tamaño y color a la grava que

Judith sostenía en la otra mano—. Creo que es muy posible que este sea el sitio al que Oliver venía tres días cada semana —afirmó.

—¿Aquí? —preguntó Becks mientras miraba a su alrededor. La casa era de lo más corriente, como todas las demás casas de la calle.

—Lo sé —coincidió Suzie—. Cuesta entenderlo, ¿no?

—Hay una forma sencilla de averiguarlo —decidió Judith—. ¿Vamos?

Judith echó a andar hacia la casa, la gravilla crujía satisfactoriamente bajo sus pies. Vio su imagen reflejada en el cristal de la puerta y se pasó las manos por el abrigo. Tocó el timbre, que se oyó en el interior de la vivienda.

Se oyeron pasos que se acercaban y a continuación abrió la puerta una mujer que las miró con cara inexpresiva.

—¿Qué quieren? —les preguntó.

La mujer llevaba un pantalón vaquero desteñido y una vieja camiseta gris y tenía una media melena oscura que daba la impresión de necesitar un buen lavado.

Judith estaba a punto de preguntarle a la mujer si conocía a Oliver Beresford cuando cayó en la cuenta de que la había visto antes, en alguna parte.

Una niña salió de una puerta del interior de la casa. Tendría unos siete años.

—Mamá, el wifi no va —dijo la niña.

Judith vio que la pequeña estaba junto a una hilera de abrigos colgados de ganchos y que uno de ellos era de un rojo vivo.

De hecho, era un plumífero rojo vivo.

—¡Es usted! —cayó, estupefacta, Judith—. Usted es el fantasma, la mujer a la que vimos en la carretera la primera vez que salimos de la casa de Verity.

La mujer entornó los ojos.

—No sé de qué me habla —aseguró.

—Y después desapareció. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué se escondió cuando vio que la estábamos mirando?

La mujer no dijo nada durante unos segundos y después farfulló:

—Jade, vete a tu habitación.

La niña empezó a quejarse hasta que la mujer gritó:

—¡Ahora!

Jade subió por la escalera y la mujer salió para unirse a Judith y a sus amigas; cerró para que tuvieran cierta privacidad.

—¿Quiénes son ustedes? —silbó.

—Le propongo una cosa —dijo Suzie—. Haremos un trato: usted nos dice quién es y nosotras le decimos quiénes somos.

—Y no se preocupe —añadió Becks, que intuyó a qué se debía el miedo de la mujer—. No somos las autoridades. Yo soy la mujer de un pastor.

—Es verdad —confirmó Judith—. Solo somos tres mujeres de Marlow, no tenemos nada que ver con la policía. Pero sabemos que Oliver Beresford venía a su casa. Estaba aquí de miércoles a viernes todas las semanas, ¿no es cierto? Aunque ustedes dos intentaron mantenerlo en secreto.

Judith percibió las emociones contradictorias que batallaban en el interior de la mujer: su deseo de mantener el secreto y su desesperación por compartirlo.

—Sinceramente, si hemos venido es solo para ayudar —afirmó Becks con amabilidad.

—¡Ya! —espetó la mujer—. Conozco a las de su clase, hermanitas de la caridad metomentodo. Muy bien —decidió—. Tienen razón, conocía a Oliver, aunque no por ese nombre. Para mí siempre fue Jack. Jack Dawkins.

—¿En serio? —preguntó Suzie.

—Así es como dijo que se llamaba cuando nos conocimos.

—Pero ese es el verdadero nombre del Truhan, de *Oliver Twist* —informó Judith.

—Yo lo único que sé es que se hacía llamar así: Jack.

—¿Por qué utilizaba un nombre falso?

—Oigan, que yo no sabía que era falso. Solo me enteré de lo que estaba pasando cuando murió y vi su puñetera cara en todos los periódicos. Pero ¿quieren saber quién era Oliver Beresford? —dijo la mujer al tiempo que daba un paso amenazador hacia las amigas—. Mi marido, ese era. Estábamos casados.

Capítulo 28

Judith, Becks y Suzie estaban demasiado aturdidas para responder.

—Vaya —observó la mujer con una sonrisilla—. Se han quedado pasmadas.

—Perdone, ¿ustedes dos estaban casados? —se quiso asegurar Becks.

—Desde hace dos años.

—¿Le puedo preguntar cómo se llama usted?

—Jo —respondió la mujer—. Joanne Dawkins.

—¿Cómo se conocieron? —se interesó Judith, que intentaba controlar sus vertiginosos pensamientos.

—En un pub, The Horse and Groom, en Hare Hatch. Un día estaba bebiendo en la barra. Yo había ido a tomar una copa rápida antes de ir a buscar al colegio a mi hija y nos pusimos a hablar. Él con su ropa pija y yo en chándal, menuda pareja hacíamos, madre mía. Pero era divertido, y supo ver cómo era yo, ¿saben? Aunque no llevaba ni gota de maquillaje ni nada y parecía que me habían estado arrastrando hacia atrás por un seto, a él no le importó y eso es decir mucho en mi caso. Pero bueno, luego me marché, fui a por Jade y no volví a pensar en ello, pero la semana siguiente, a la misma hora y el mismo día, fui al pub y él estaba allí otra vez. Dijo que se llamaba Jack. Yo ese día llegaba tarde a buscar a Jade, así que quedamos para comer la semana siguiente. El resto ya lo adivinarán.

—¿A qué dijo que se dedicaba? —quiso saber Judith.

—Dijo que trabajaba para el Gobierno.

—¿Haciendo qué?

Jo frunció el entrecejo al hacer memoria.

—Dijo que no lo podía decir.

—¿Por qué no? —interpeló Becks.

—Dijo que era «alto secreto» y que tenía que ver con «el seis», pero yo no entendí nada.

—¡Claro! —exclamó Judith al caer en la importancia del seudónimo de Oliver—. En *Oliver Twist* el personaje de Oliver en cierto modo es noble, mientras que el Truhan es mucho más carismático. Entiendo por qué quería que pensara usted que era Jack Dawkins. ¿De verdad dijo que trabajaba para el MI6?

—A ver —reaccionó a la defensiva Jo—, alguien se tendrá que ocupar de todos esos terroristas y esas bombas, ¿por qué no Jack?

—Pero mucha pinta de espía no tenía —adujo Becks.

—Dijo que su forma de vestir formaba parte de su «tapadera». Que nadie se esperaría que alguien que intentaba pasar inadvertido llevara una ropa tan extravagante. Era una jugada doble.

—Por eso solo podía pasar tres días a la semana con usted, ¿verdad? —adivinó Judith—. El resto del tiempo estaba haciendo cosas «secretas» por ahí.

—Cuando no estaba conmigo porque estaba trabajando para su país, me dijo que yo también estaría trabajando para mi país.

—¿Y usted lo creyó? —se sorprendió Suzie.

—Oiga, a mí no me hable en ese tono. Era bueno conmigo. Quería a Jade. Éramos «los tres jotas»: Jack, Jo y Jade. Cuando estaba, la casa se llenaba de risas, ¿por qué no lo iba a creer? Se presentaba con regalos de todo el mundo: un par de vasos de chupito de Turquía, una piedra de jade para Jade nada menos que de Tailandia.

—Y cuando salían, él siempre pagaba en efectivo —apuntó Judith, que empezaba a entender el método que seguía la locura de Oliver.

—Decía que no podía permitir que sus enemigos supieran lo nuestro. Que no podía dejar ninguna huella digital porque podrían utilizar la información contra él. Eso decía. Sé que todo esto hace que parezca idiota, pero he criado a Jade yo sola, no saben lo duras que han sido las cosas para mí. Y él me estaba mintiendo descaradamente —añadió con amargura—. Eso no me lo esperaba.

—Pero seguro que tenía dudas, ¿no? —le preguntó Suzie.

—Era tan listo. Siempre que le preguntaba por algo que no cuadraba tenía una respuesta. ¿Por qué no tenía teléfono móvil? Lo podían localizar, eso decía. ¿Por qué no podía conocer a sus padres? Decía que era huérfano. Ahora, a toro pasado, resulta muy obvio, pero entonces yo lo quería creer, y lo creí. Y encima se casó conmigo.

—La verdad es que no sé cómo lo pudo hacer —se sorprendió Becks—. Nadie se puede casar sin documentos oficiales y sin leer las amonestaciones. ¿Cómo pudo tomar usted el apellido de Oliver, Dawkins, si no era su verdadero apellido?

—Porque no se casaron en el Reino Unido, ¿me equivoco? —aventuró Judith.

—Pues no, nos casamos en Grecia.

—Donde los requisitos para demostrar su identidad serían mucho menores.

—Las vacaciones las reservé a mi nombre. Jack dijo que no se atrevía a dejar ningún rastro. Y tiene usted razón, el hotel casi ni miró nuestros documentos. ¿Por qué iban a hacerlo? No es como si fuese probable que él fuera un impostor.

—Lo siento mucho —se compadeció Becks—. No me imagino lo duro que habrá sido todo esto para usted.

—Es a Jade a quien le ha afectado más. No me he atrevido a decirle la verdad, que su padrastro era un puñetero sinvergüenza. Solo le he dicho que se ha tenido que ir durante un tiempo. Le diré que nos hemos separado cuando tenga la fuerza para hacerlo, lo más importante es que no llegue a saber nunca la verdad. La mataría.

—Si me permite la pregunta, ¿sabía que Oliver estaba enfermo? —se interesó Judith antes de corregirse—. Lo siento, me refiero a Jack, claro.

—¿Enfermo?

—Tenía cáncer.

Judith vio que la noticia afectó profundamente a Jo.

—¿No se lo dijo? —se sorprendió Suzie.

—Siempre presumía de la buena salud que tenía. Decía que iba a vivir para siempre.

—Siento decir que tenía cáncer de hígado en el último estadio.

—No puede ser —contestó Jo, que intentaba entender lo que estaba escuchando—. No, él nunca... —empezó antes de dejar la frase a medias, perdida en una maraña de pensamientos.

—Le diré lo que quiero saber —intervino Suzie—. ¿Por qué se escondió de nosotras cuando la vimos?

—Ya se lo he dicho —porfió Jo—. No recuerdo haberlas visto.

—Pero nosotras sí recordamos haberla visto a usted —señaló Judith —. ¿Por qué nos miente ahora?

Jo no dijo nada, pero tenía un aire tan sospechoso que de pronto a Judith la asaltó una idea.

—¿Fue usted? —preguntó.

—Fui yo ¿qué?

—¿La que tiró el ladrillo contra la ventana de Verity? Por eso no nos quería decir que andaba usted allí. Estaba echando una ojeada a su casa y no quería que nadie la viese. Y (¡claro!) eso también explica por qué el papel que envolvía el ladrillo tenía las huellas de Oliver: no era un mensaje paranormal de ultratumba, Suzie. Jo cogió un folio que había tocado Oliver a la vez que se aseguraba de no dejar sus propias huellas en él.

Suzie arrugó la nariz, descontenta al ver que Judith había desmontado su teoría de lo sobrenatural.

—Y cómo no iba a echar una ojeada a la casa de Oliver —continuó Judith, que ahora estaba embalada—. Cuando descubrió la verdadera identidad de Oliver en los periódicos después de que muriese, habría hecho falta una voluntad de hierro para no intentar averiguar la verdad sobre el hombre al que usted conocía como Jack Dawkins. Y para no querer castigar a la mujer con la que también estaba casada.

—Muy bien —contestó Jo, levantando la barbilla—. Tiré ese ladrillo. Y colgué el conejo, y me da lo mismo quién lo sepa.

—Tendremos que contárselo a la policía —aseveró Becks—. Aunque puede que Verity no la denuncie.

—Desde luego que me denunciará —afirmó Jo con una risita sombría.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber Judith.

—Porque es una bruja vengativa.

—¿Y eso usted cómo lo sabe?

—Porque la tuvimos, y de qué manera. La primera vez que fui a la casa, cuando vi que ustedes salían de allí en la furgoneta. Tienen razón, me escondí para que no me vieran. No quería que nadie supiese lo que estaba a punto de hacer.

—¿Que era...?

—Plantarle cara. A la mujer de Jack. Fui a su casa y le canté las cuarenta.

—¿Habló usted con ella?

—¿Y saben qué? Sabía quién era yo antes incluso de que me acercara a ella. Se puso a decirme a grito pelado que saliera de su propiedad; fue como si se hubiese vuelto loca, como una puñetera verdulera. Me acusó de robarle a su marido y de volverlo en contra de ella.

—Un momento, ¿ella ya sabía que usted existía? —recapituló Suzie.

—No sabía cómo me llamaba, pero lo sabía todo de mí. Jack le había contado lo nuestro.

—¿Se lo contó? —se sorprendió Beck.

—Poco antes de que muriese, sí. La cuestión es que ella se enteró de lo nuestro y luego, unas semanas después, a él le pegaron dos tiros en el mismo barco en el que se encontraba ella. Ella lo mató.

—Pero si pensaba usted que Verity lo había matado, ¿por qué no acudió a la policía? —quiso saber Judith.

—¿Y que la prensa ensuciara mi nombre? ¿Y el de Jade? De ninguna manera. Pero tampoco estaba indefensa, y por eso le tiré el ladrillo contra la ventana. Sabía que ella sabría quién lo había hecho. Quería que tuviera miedo. Y me invadió una sensación de poder cuando el cristal se hizo añicos. El conejo fue el siguiente paso. Quería que supiese que no la iba a dejar en paz.

—¿Y cree usted que ella lo mató? —le preguntó Becks.

—No se dejen engañar por su ropa buena y su casa grande. Esa mujer es violenta cuando se calienta. Y vi cómo se calentaba cuando fue a por mí. Así que, muy bien, adelante. Ustedes le cuentan a la policía lo que hice (me da lo mismo), pero la quiero en la cárcel por lo que ha hecho. ¡Mató a mi marido!

Judith, Suzie y Becks se miraron. ¿Sería verdad?

Capítulo 29

Judith llamó a Verity y dijo que, a tan solo un día del estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*, la confianza iba flaqueando, que si podía ir a verla para charlar un rato. Verity contestó que estaba en el Little Theatre y que estaría encantada de hablar con ella para ahuyentar sus miedos. Cuando Judith, Becks y Suzie llegaron, veinte minutos después, encontraron a Verity en el *backstage*, montando mesas en caballetes entre bastidores.

—Buenos días, Judith —saludó Verity cuando las mujeres subieron la escalera por el lateral del escenario—. Qué curioso, uno se pasa cientos de horas ensayando, aprendiéndose su papel, diseñando la escenografía, construyendo los decorados, encargándose del *marketing* y de la publicidad... todo este esfuerzo y, sin embargo, todo se puede venir abajo si la bolsa de viaje de lady Bracknell no está donde tiene que estar en la mesa de atrezo. Por un detalle aparentemente insignificante —añadió, pero dejó de hablar al ver la cara que tenían las mujeres—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Pensaba contarnos la verdad en algún momento? —la interpeló Suzie.

Judith miró a su amiga y se encogió de hombros. Parecía una forma tan buena como cualquier otra de empezar la conversación.

—¿Disculpe? —contestó Verity.

—Sabe perfectamente quién le tiró el ladrillo contra la ventana.

—Y quién le puso el conejo en la puerta —añadió Becks.

—Judith, pensaba que se sentía insegura, ¿a qué viene esto?

—Le mentí —reconoció Judith—. Claro que usted también nos ha estado mintiendo a nosotras todo este tiempo. Ha llegado el momento de confesar.

—No tengo nada que confesar.

—Eso no es verdad —porfió Suzie—. Averiguó que su marido tenía otra mujer justo antes de que muriera, ¿no es cierto?

Una sonrisa nerviosa asomó a los labios de Verity.

—¿De qué demonios están hablando? —preguntó.

—Eso por fin explica lo que nos contó Duncan —intervino Judith—. El motivo por el que, cuando Oliver y usted discutían, usted le decía que el cáncer que tenía seguro que era un «castigo» por lo que había hecho. Averiguó que era bígamo.

—Judith, estoy muy decepcionada con usted —aseguró Verity—. Eso es mentira (seguro que es cosa de Duncan o de quien sea), y no olvide que fui yo la que acudió a usted cuando Oliver desapareció. Estaba preocupada por él y quería que lo encontrasen.

—Lo cual fue muy inteligente por su parte —aplaudió Suzie—. Después de todo, ¿por qué iba a querer usted que lo encontraran si lo hubiese matado? Estaba intentando que diera la impresión de que usted era inocente.

—¡Cómo se atreve a decirme eso! —espetó Verity, y bajó de dos zancadas la escalera que llevaba al auditorio. Judith, Suzie y Becks se miraron deprisa y fueron tras ella.

—¿Por qué huye? —exclamó Suzie.

—No huyo —aseguró Verity sin detenerse.

—Hemos hablado con Jo Dawkins y, a menos que hable usted con nosotras, las siguientes personas a las que verá serán de la policía, y la arrestarán por el asesinato de su marido.

Verity frenó en seco y Suzie miró a sus amigas con cara de satisfacción. Al parecer, sus palabras habían surtido efecto.

—Yo no lo maté —afirmó Verity sin volverse.

—Pues entonces cuéntenos la verdad —pidió Becks.

—No puedo... —Verity se dio la vuelta y terminó la frase—. Me da demasiada vergüenza.

—No cuela —espetó Suzie—. Seguro que sabía que todo esto saldría a la luz.

—No lo sabía. Tienen que creerme. Pero sí, sabía lo de la otra mujer, no me importa admitirlo. Y cuando Oliver murió, me mantuve a la espera de que la policía averiguase su existencia. Pero pasó ese primer día y luego otro y me sorprendí confiando en que tal vez nadie llegara a saber nunca la verdad. ¿Satisfechas?

—No —negó Judith—. ¿Por qué demonios no me dijo nada cuando esa mujer fue a su casa y la acusó a usted de asesinato?

—Que me atacara así solo hizo que quisiera guardar el secreto todavía más. Cuando vi cómo era. La clase de persona por la que Oliver me había traicionado.

—¿Qué pasó? —quiso saber Becks.

—Ese día yo ya me sentía bastante revuelta. Y ustedes habían estado haciendo todas esas preguntas sobre nuestro matrimonio. Fue espantoso. Sabía que no les podía contar lo de esa otra mujer. Jamás se lo contaría a nadie. Luego, después de que ustedes se fueran, apareció; ni corta ni perezosa, se plantó en la puerta de mi casa. Me dijo sin rodeos que era la mujer de Oliver. Nunca lo olvidaré. Empecé a sentir que la adrenalina me corría por las venas, era como si de mí se hubiese apoderado el deseo de romper algo, de arrasar con todo. El dique al final se rompió. Todo el dolor que sentía y el horror por la muerte de Oliver (y por cómo había sucedido) salió a raudales allí mismo.

»Pero ella me pagó con la misma moneda. No se ahorró ningún detalle de la despreciable vida que llevaban Oliver y ella. Y después me acusó de haberlo matado. Fue como estar en una pesadilla en la que no te puedes despertar. Se puso a gritarme barbaridades, las mentiras que dijo de mí. Que si hubiese sido una esposa como Dios manda él no habría ido a buscar en otra parte. Que un hombre como él se merecía a alguien mejor que yo. Que era culpa mía que Oliver la hubiese conocido a ella. Y yo lo único que quería era que se marchase de mi propiedad.

—Pero no pudo sorprenderle tanto verla —adujo Suzie—. ¿Cuándo le habló de ella Oliver?

Verity tragó saliva, pero no respondió.

—Será mucho mejor que nos lo cuente todo —aconsejó Becks.

—Unas semanas antes de morir —confesó Verity—. Poco después de que le diagnosticaran el cáncer, vamos. Estaba muy desanimado (algo normal, desde luego) y siempre que hablaba de cómo sería la vida sin él hacía esos comentarios crípticos de que yo no sabía ni la mitad de lo que él iba a dejar atrás. Pero lo decía con un tono desafiante, como si yo fuese demasiado estúpida para entender lo importante que era él. Intenté perdonar y olvidar; al fin y al cabo, era él quien tenía una enfermedad terminal, no yo. Pero, cuanto menos caso le hacía, más me

pinchaba él. Acabé pidiéndole directamente que me dijese qué era eso tan especial que tenía.

»Nunca olvidaré cómo me miró cuando me lo dijo. De su boca salieron todas esas palabras imposibles, que tenía otra mujer y una hijastra, pero él no dejó de mirarme en ningún momento, como si intentase averiguar cuánto daño me estaba causando. Y vi el placer que le deparaba a ese narcisista asqueroso, cruel.

Verity reprimió un sollozo cuando terminó de hablar.

—Bonita historia —observó Suzie—, pero ¿por qué deberíamos creer algo de lo que dice?

Verity abrió mucho los ojos al oír la acusación que lanzó Suzie.

—Averiguó usted que su marido tenía otra vida, una vida secreta —continuó Suzie—. Y otra mujer. Así que decidió matarlo y utilizó el pañuelo para asegurarse de que en sus manos no hubiese residuos de disparo. Y se le ocurrió enviar las invitaciones para que nadie le estorbara a las seis de la tarde, cuando lo mató de dos tiros en la parte de atrás del barco. El único error que cometió fue tirar al río el arma y el pañuelo sin saber que el nivel del agua estaba bajando. Así que su pañuelo terminó apareciendo al día siguiente.

—¡No, no fue eso lo que pasó! —aseguró Verity.

—Entonces, ¿cómo acabó su pañuelo con residuos de disparo en el río?

—Fue su otra mujer la que lo mató, seguro que fue ella.

—¿Se refiere a Jo Dawkins? —precisó Judith.

—Piénsenlo. Cuando supo lo del cáncer terminal, Oliver me lo confesó todo. ¿Y si también se lo confesó todo a ella? ¿Y si le contó que ya tenía una mujer en Marlow? ¿Sabía su otra mujer que Oliver tenía cáncer?

Judith y sus amigas no respondieron en el acto.

—¿Lo ven? —repuso Verity, entusiasmándose con su teoría—. Es imposible que la persona que mató a Oliver supiese que tenía cáncer. ¿Quién se molestaría en matarlo cuando no iba a tardar en morir? Y puede que me cogiera el pañuelo cuando fue a mi casa. O que le pidiera a Oliver que se lo llevara.

—Pero Jo no estaba en el barco —objetó Becks—. No es posible que lo matara ella.

—Pues entonces no lo mataron en el barco.

—Sí que lo mataron en el barco —confirmó Suzie—. Hubo un forcejeo en la parte de atrás, encontraron sangre de Oliver en la cubierta, y también los casquillos de las balas que le dispararon. Lo mataron allí.

—Vale, pues si lo mataron allí, ella debía de estar en el yate con nosotros.

—Eso también es improbable —afirmó Becks—. Todo el mundo vio a las personas que estaban en el yate y nadie la vio a ella.

—¿Y qué cree usted que pasó después de que lo matara? —le preguntó Judith.

—No lo sé. Puede que se tirara al río y nadase hasta la orilla, dejando el pañuelo en el agua para incriminarme, no lo olviden. Y después me lanzó ese ladrillo contra la ventana y me colgó el conejo desollado para que la policía pensara que la que había matado a Oliver era yo.

—¿De verdad cree que eso es lo que pasó?

—No lo sé, pero alguien mató a Oliver y yo no fui, eso sí que lo sé. Soy inocente, tienen que creerme.

Judith miró a Verity y se dio cuenta de que, pese al aplomo y el autocontrol de que había hecho gala desde que su marido había muerto, Jo Dawkins tenía razón: Verity tenía un espíritu combativo, una ira contenida, que hacía que resultase fácil imaginarla apuntando a su marido con un arma y matándolo.

Pero también ¿sería posible que Jo estuviese en el yate esa tarde, como acababa de sugerir Verity? De serlo, alguno de los que se encontraban allí debió de ayudarla, probablemente escondiéndola en su camarote y no diciendo nada a nadie. Sin embargo, ningún miembro de la MADS —ni tampoco Lizzie Jenkins o Lance Goodman— sabía de la existencia de Jo Dawkins. ¿Por qué habría querido ayudarla alguno de ellos para que matase a Oliver? Aunque, Judith cayó en la cuenta, eso no era del todo cierto. Ninguna de las personas que se encontraban en el yate, aparte de Verity Beresford, sabía de la existencia de Jo Dawkins.

Pero resultaba imposible imaginar que Verity hubiese podido confabularse con la mujer secreta de su marido para que esta lo matara. Sencillamente, era imposible.

Capítulo 30

La inspectora Malik estaba en su casa, sacando la colada de la lavadora. Se suponía que tendría que haberlo hecho la noche anterior su marido, Shamil —de hecho, le había prometido que lo haría—, y, sin embargo, allí estaba ella, ocupándose de una tarea para la que no tenía tiempo porque él había salido temprano para pinchar en un evento, había vuelto a casa tarde y ahora estaba arriba, dormido como un tronco.

Mientras pasaba la ropa al balde de plástico, Tanika echó un vistazo al resto de la cocina. Todavía tenía que terminar de fregar los platos de por la noche, y el montón de cajas de cartón desmontadas de paquetes que habían llegado a casa a lo largo de las últimas semanas casi era igual de alto que la mesa de la cocina. Obligaría a Shamil a que lo llevara al contenedor cuando se despertase, se dijo mientras se acercaba al pie de la escalera y se detenía un instante para echar una ojeada a la sala de estar. Shanti estaba sentada en el sofá, leyéndole un libro a su conejito de veludillo. Tanika sintió que el corazón le podía estallar. El trabajo duro, los sacrificios, el estrés y las concesiones —ese ir tirando, vivir en un estado de caos permanente en el que, por mucho que Shamil la decepcionara, ella sabía que lo querría siempre—, Tanika sabía que todo eso valía la pena.

Llamaron a la puerta principal y, tras apoyar el balde en la cadera, Tanika fue a abrir.

Y vio a Judith, Suzie y Becks.

—Vaya —observó Tanika. Si las mujeres estaban ahí no sería por algo bueno.

—Tenemos que hacer una confesión —empezó Becks.

Tanika exhaló un suspiro.

—Probablemente sea mejor que pasemos.

Tanika llevó a las mujeres a la cocina y dejó la colada en la mesa. Tendría que esperar unos minutos más.

—No queríamos ir a comisaría —adujo Becks— para no darte problemas.

—Es un detalle por vuestra parte —respondió Tanika mientras esperaba a oír la confesión.

Cuando la supo, no la decepcionó. Las mujeres le contaron que habían averiguado que Toby no había logrado entrar en la RADA y que este le echaba la culpa a Oliver por darle falsas esperanzas; y que estaban seguras de que Lance se traía algo turbio entre manos, aunque no habían conseguido averiguar de qué se trataba. Pero se guardaron lo mejor para el final.

—Oliver Beresford era bígamo —anunció Judith.

En un primer momento, Tanika no se lo creyó. No era solo el hecho de que Oliver llevase una doble vida —una doble vida de la que Verity supo poco antes de que él muriera—: estaba alucinada con el trabajo de campo que habían realizado las tres mujeres para encontrar el camino de entrada con gravilla blanca y verde.

—¿Habéis hecho todo esto vosotras solas? —preguntó.

—Sí —afirmó, henchida de orgullo, Suzie.

—Aunque fue Hugo el que hizo el descubrimiento clave —puntualizó Becks, que quería ser justa—. Es el novio de Chloe.

—¿Y estáis seguras de que ninguna de vosotras quiere ser agente de policía? —bromeó Tanika.

—Segurísimas, gracias —respondió Judith—. Pero ahora que sabes dónde hay que mirar, estoy segura de que encontrarás la manera de *descubrir* toda esta información de forma que no dé la impresión de que nos hemos involucrado nosotras.

—Es de locos que no se me permita contrataros de asesoras civiles —se lamentó Tanika—. Ese no cejar nunca en vuestro empeño... Valéis vuestro peso en oro.

Tanika les preguntó si querían tomar una taza de té, pero ellas vieron que habían interrumpido sus quehaceres matutinos, así que dijeron que se irían para que ella pudiera seguir con sus cosas.

—¿Estás lista para mañana? —le preguntó a Judith.

—¿Cómo? —repuso ella, hasta que se dio cuenta de que Tanika se refería a la obra de teatro—. La verdad es que me da pavor. Cuando

hicimos el ensayo técnico, fue como si a todo el mundo se le hubiera olvidado su texto y las entradas y las salidas.

—Estoy segura de que en el estreno todo saldrá bien. Tengo muchas ganas de ver la obra.

—¿Vas a ir?

—No me perdería por nada del mundo tu debut en el escenario de Marlow.

Llamaron a la puerta y Tanika distinguió la silueta de un hombre a través del cristal opaco.

—¡Ay, Dios! —musitó a las mujeres—. ¡Es Brendan!

Tanika le pasó la colada a Suzie y llevó a las tres mujeres a la sala de estar antes de volver a la puerta.

Shanti levantó la vista desde el sofá y esbozó una sonrisa radiante al verlas.

—Hola, Shanti —la saludó Becks—. ¿Qué estás leyendo?

Mientras Becks y Suzie iban a sentarse con la niña, Judith se acercó a la ventana y se pegó a la cortina. Tras apartarla mínimamente, espió a Brendan.

—... por venir sin haberla llamado antes. —Oyó Judith que decía el subinspector.

—No se preocupe —repuso Tanika desde el pasillo.

—Solo quería que lo supiera usted lo antes posible. El equipo de buzos ha recuperado un arma del lecho del Támesis. Alrededor de medio kilómetro río arriba de donde se encontró el cuerpo de la víctima. Y es del mismo calibre (9 mm) que el arma que se utilizó para matarlo. Podría ser la que estamos buscando.

—¿Han podido efectuar una prueba de disparo?

—Todavía no, pero lo harán en cuanto usted lo autorice. El equipo de buzos dice que es una semiautomática del ejército resistente al agua, así que debería funcionar cuando la probemos. Incluso después de haber estado todo este tiempo en el río.

—¿Del ejército? —repitió Tanika.

—Y no de uno cualquiera. Al parecer, esta clase de arma solo la utilizaba el ejército argentino. No se preocupe, ya nos contarán todo lo que haya que saber cuando la analicen.

—Muy bien. Espéreme en el coche, ahora mismo salgo.

Judith vio que Brendan volvía al coche patrulla y, acto seguido, se alejó de la ventana y se acomodó en el sofá con las demás cuando Tanika entró.

—¿Lo habéis oído? —preguntó a las mujeres.

—¿Qué? —repuso inocentemente Judith.

Tanika dio a entender con un movimiento de cabeza que no quería hablar delante de Shanti, así que las tres amigas se levantaron y se unieron a ella en el pasillo.

—Han encontrado la pistola en el río —susurró.

—No nos cuentes nada más —dijo Judith, levantando una mano.

—Y no te preocupes si te tienes que ir con Brendan —la tranquilizó Becks—. Ya te tendemos la ropa nosotras.

Un hombre apareció en lo alto de la escalera con el pelo alborotado y todavía en pijama.

—¿Por qué hay un coche patrulla fuera? —preguntó Shamil, y bostezó—. Ah, hola, señoras —saludó al ver a Judith y a sus amigas.

—¿Podrías tender esta ropa? —le preguntó Tanika mientras subía con el balde.

—Claro —respondió Shamil, sin que al parecer fuese consciente de que ya debería haberlo hecho.

—Y Shanti está en la sala. ¿Te ocupas de ella? Tengo que ir al trabajo.

—¿Tenéis una pista?

—Eso parece.

—Pues entonces vete, yo defenderé el fuerte.

—Nosotras nos iremos cuando no haya moros en la costa —aseveró Judith.

—Gracias —contestó Tanika mientras miraba a las personas que se hallaban en su casa: una viuda excéntrica de setenta y nueve años, una paseadora de perros de mediana edad, la mujer del pastor de la ciudad y un hombre que seguía creyendo que podría ganarse la vida de DJ en clubes. Ese era su equipo de apoyo, y no pudo evitar sonreír al ver lo disparatado que era.

—¿Qué pasa? —preguntó Becks en cuanto Tanika echó a andar hacia la puerta.

La inspectora miró al grupito con la mano en el pomo.

—No cambiaría nada —afirmó—. Aunque será mejor que os escondáis cuando abra.

Judith y sus amigas se metieron en la sala de estar de nuevo mientras Tanika salía y subía al coche patrulla de Brendan. Cuando este arrancó, Judith volvió al pasillo y le dijo a Shamil que no se podían quedar, que tenían que ir a un sitio.

—No podemos interferir con la policía en la recuperación del arma —objetó Becks mientras iban calle abajo, hasta donde Suzie había aparcado la furgoneta.

—Por supuesto que no —coincidió Judith—, pero sí podemos hablar con su propietario.

—Tanika no ha dicho quién era.

—Ella no, pero Brendan sí, aunque Tanika no se ha dado cuenta de que eso era lo que estaba haciendo el subinspector. Sugiero que vayamos a hablar con él.

Capítulo 31

Mientras cruzaban la pradera que se extendía al otro lado de la casa de Verity, a Judith y sus amigas les satisfizo ver que salía humo de la chimenea que había en la parte posterior de la barcaza de Duncan. Judith llamó con los nudillos a una de las ventanas en cuanto llegaron.

—Duncan, sé que está usted ahí —dijo Judith.

Dentro no se oía nada.

—Sé cómo hacer que salga —susurró Judith a sus amigas—. Me he dado cuenta de que tengo un conflicto de agenda —gritó— y no podré hacer la última función.

Judith se volvió hacia sus amigas y les guiñó un ojo cuando oyeron movimiento en la barcaza y, escasos segundos después, la cabeza de Duncan apareció en la escotilla trasera.

—A Verity no le hará gracia —aseveró, y acto seguido tosió en un pañuelo viejo.

—¿Podemos subir a bordo para que se lo pueda explicar?

Duncan frunció el entrecejo, pero desapareció en la escalera.

—Muy bien, será mejor que entren —dijo desde el interior de la embarcación.

Judith miró a sus amigas con una sonrisa triunfal y las tres subieron por la pasarela a la parte posterior de la barcaza y bajaron al camarote principal.

—Debo confesar que lo que le he dicho no es verdad —admitió Judith cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra—. Tengo muchas ganas de hacer todas las funciones.

—Entonces, ¿por qué ha dicho que no iba a poder?

—Porque intentó usted matar a mi amiga —espetó Suzie al tiempo que señalaba con la cabeza a Judith.

—¿Qué? —exclamó Duncan con los ojos como platos.

—Cuando le tiró el foco encima.

—¡Fue un accidente! Y, además, no fue culpa mía, había letreros por todas partes para advertir que ese día estaba montando las luces.

—No estamos diciendo que empezara usted el día planeando activamente matar a Judith —se explicó Becks—. Pero estaba incordiando, ¿a que sí? Haciendo preguntas difíciles. Así que cuando ella se puso debajo y usted se vio con un objeto pesado en la mano...

—No tengo por qué aguantar esto —afirmó Duncan, enfadado—. No saben la presión a la que estoy sometido.

Duncan miró a Judith con cara de loco y a continuación se puso a toser de nuevo y sacó un pañuelo en el que echó flema.

—Está bien —repuso Judith cuando el hombre consiguió controlar su respiración—. ¿Qué presión?

—¡La obra! No me diga que es usted como todos los demás actores, porque yo le diré a qué se debió ese accidente que sufrimos en el escenario. Estoy arriba en la eslinga, montando y ajustando todas esas luces yo solo. ¿Mueve un dedo Verity? ¿O antes Oliver? Da lo mismo quién esté al mando, lo único que les interesa es lo que pasa en el escenario. Pero nadie podría ver nada sin mis luces. Y mi sonido. Y sin que yo me asegure de que se construyen los decorados y caben en el teatro. Y de que haya cubos contra incendios. Y, de todas formas, usted no lo entendería — terminó de despotricar, ceñudo.

Judith ladeó la cabeza mientras miraba a Duncan. Tenía razón en una cosa: no se había planteado que el hombre también trabajaba con un plazo ajustado.

—Esto es propiedad privada y quiero que se marchen. Las tres — soltó Duncan.

—No creo que quiera que nos vayamos —señaló Suzie.

—Desde luego que quiero, se lo acabo de decir.

—Porque si nos vamos no le podremos hacer la advertencia que necesita oír.

—No intente intimidarme.

—Deje que le diga que si lo estuviese intimidando lo sabría usted, esto no es intimidación. Aunque debería saber que mientras veníamos hacia aquí le hemos contado a la policía que el arma era suya.

Duncan se quedó helado.

—¡Uy! —añadió Suzie, fingiendo sorprenderse con lo que acababa de decir—. Ahora sí que lo estoy intimidando, ¿no? Así que sí, tiene usted la oportunidad de dar su versión de los hechos antes de que lo arresten.

—¿Por qué me van a arrestar? —preguntó Duncan, pero las mujeres vieron que tenía pánico.

—Creo que sabe perfectamente cuál es el motivo —aseveró Suzie.

—No lo sé, se lo prometo.

—Vale, entonces le propongo un juego —decidió Judith—. Yo le cuento que la policía ha recuperado el arma homicida y es una pistola del ejército argentino y usted me cuenta cómo acabó utilizándose el arma de su tío para matar a Oliver. —Mientras hablaba Judith fue hasta la fotografía del tío de Duncan de uniforme militar—. Después de todo, ¿quién tendría un trofeo del ejército argentino si no alguien que combatió en la guerra de las Malvinas?

—No es tan malo como parece —aseguró Duncan.

—Eso espero, porque lo que parece es bastante malo —opinó Suzie.

—Miren, tienen ustedes razón: mi tío Ray tenía un cajón en el aparador de su casa donde guardaba su ropa del ejército. Y sus medallas...

—Y un arma argentina —concluyó Becks.

—La Bersa Thunder 9mm. Lo único que decía era que se la había quitado a un soldado argentino, pero cuando hablaba de ello ponía una cara que hacía que sintiera escalofríos. Cuando él murió, mi tía dijo en el funeral que el tío Ray me había dejado a mí todas sus cosas del ejército. Que podía subir a cogerlas. Ese día salí de allí con dos bolsas de la basura llenas de cosas suyas y, debajo de todo, iba la pistola.

—Entonces, ¿quién la utilizó para matar a Oliver si no fue usted? —quiso saber Becks.

—No lo sé, me he estado devanando los sesos desde que lo mataron.

—Ah, conque sabía que la que emplearon fue su pistola, ¿no?

Duncan fue hasta la mesa y abrió un cajón. Dentro había una vieja caja de cartón llena de balas.

—Siempre la tenía ahí.

—¿En un cajón que cualquiera podía abrir? —se extrañó Judith.

—Vivo solo en una barcaza. Es lógico que la tenga a mano. En cuanto supe que habían matado a Oliver de dos disparos, abrí el cajón y vi que la pistola ya no estaba. Llevo muerto de miedo desde entonces.

—Lo que explica por qué ha estado guardando las distancias conmigo estas últimas semanas. Como nos dijo la primera vez que vinimos aquí, sabía desde el principio que estábamos intentando averiguar quién había matado a Oliver y le preocupaba que yo descubriese que usted era el propietario del arma homicida.

—Pero la cuestión es que el cajón nunca estuvo cerrado con llave. ¿Es que no lo entiende?, pudo cogerla cualquiera.

—De las personas que se encontraban en el Marlow Belle aquella tarde, ¿quiénes han estado en su barcaza?

—Todos ellos. En un momento u otro.

—¿Alguna vez les mencionó que tenía el arma?

—No, siempre lo he mantenido en secreto. Pero les puedo asegurar que todos los miembros de la junta (desde hace décadas) han estado aquí. Y que el arma ha estado en ese cajón todo el tiempo. Cualquiera pudo encontrarla y llevársela antes de que se cometiera el asesinato.

—¿Qué me dice de Jo Dawkins? —se interesó Judith.

—Jo ¿quién?

—Es una mujer que vive en Wargrave —aclaró Becks—. Tiene una hija pequeña llamada Jade. ¿Ha estado alguna vez en este barco?

Duncan sacudió la cabeza.

—El nombre no me suena.

—¿Y Lance Goodman? —quiso saber Suzie.

—¿El patrón del barco? No, no ha estado aquí nunca, no lo conozco.

—¿No? —se sorprendió Judith—. Él nos dijo que toda la gente del río se conoce.

—Por lo general es verdad, pero yo a Lance no lo conocía.

—Qué extraño, porque estoy completamente segura de que él nos dijo que sí lo conocía a usted. ¿Y Lizzie Jenkins? ¿Pudo llevarse ella el arma?

—Imposible. La conocí aquella misma tarde, durante el cóctel. Y es imposible que supiese dónde vivía yo antes de eso. Llegó al Reino Unido ese día.

—¿Cómo es posible que la conociese ese día? ¿Qué me dice de cuando ella era una adolescente?

—Ah, conque saben eso, ¿no? —contestó Duncan, y las mujeres vieron que lo habían pillado mintiendo y se sentía avergonzado.

—¿Cómo era cuando la conoció?

—Irritante. Joven. Es una de esas chicas monas que básicamente ha hecho muchas cosas mal. Sabe que puede enganchar a cualquier hombre (porque es así) y ello hace que sea arrogante.

—Su vida no había sido fácil —la disculpó Becks.

—¿Y? Mi infancia no fue un camino de rosas. Y a todos nos pasan cosas en la vida que tenemos que superar. Eso no significa que haya que manipular a las personas.

—¿Lizzie Jenkins era manipuladora? —quiso saber Suzie.

—Las chicas como ella siempre lo son. ¿De verdad fue mi arma la que utilizaron?

—La policía no tardará en venir —afirmó Suzie—. Ellos se lo dirán.

—Pues yo les contaré lo que les he contado a ustedes: seguro que la cogió alguien. Lo único que puedo hacer es confiar en que me crean. De todas formas, no tenía ningún motivo para matar a Oliver.

—Le resultaba irritante —le recordó Becks.

—No soy precisamente fan de ustedes tres, pero eso no significa que las quiera matar.

—Pero ustedes dos estaban enemistados.

—¿Lo dice en serio? ¿Le va a contar a la policía que yo maté a Oliver porque no me devolvió un libro de crítica teatral?

—Pues entonces será otra cosa —apuntó Judith.

—¿Qué otra cosa? Han hablado con todos los miembros de la MADS y han visto cómo me trata todo el mundo y cómo lo trato yo. No me pueden acusar de nada y lo saben. Y ahora de verdad que se tienen que ir. Si la policía va a venir, necesito ponerme con mi copia del guion técnico y practicar las indicaciones de sonido y luz para mañana.

Judith miró a Duncan y comprendió que tenía razón. Tal vez hubiesen utilizado su arma para matar a Oliver, pero ella no tenía un motivo concreto con el que pudiera acusarlo. Parecía muy poco probable que hubiese matado a un viejo amigo por una discusión insignificante. Profirió un suspiro, frustrada.

—Muy bien —cedió—. Lo dejaremos para que se ponga a lo que se tiene que poner. Pero asegúrese de contarle a la policía lo de la pistola de su tío cuando vengan a verlo. Porque, si no lo hace usted, lo haremos nosotras.

Cuando Judith y sus amigas subían la escalera a cubierta, Duncan tosió.

—Debería ir a mirarse esa tos —aconsejó Suzie.

Judith frenó en mitad de la escalera porque le vino a la cabeza una cosa que les había dicho Lance cuando se conocieron, y sus amigas se chocaron con ella. Era lo de que había visto a Oliver en la consulta del médico. ¿Por qué se acordaba de eso en ese momento? Recordó que Lance dijo que uno siempre sabía cuándo estaba enfermo —muy enfermo— alguien y cayó de repente en la importancia que revestía ese dato.

—¿Es ese su móvil? —preguntó al tiempo que se volvía en el escalón para mirar a Duncan.

—Creía que estábamos de acuerdo en que no tengo móvil —respondió.

—Usted tiene cáncer, ¿no es cierto?

Duncan se quedó boquiabierto, conmocionado, pero no dijo nada.

—Por eso tose tanto y echa tanta flema. Pero no se lo ha dicho a nadie, ¿me equivoco? Ni siquiera a nosotras cuando le preguntamos si sabía que Oliver tenía cáncer. ¿Por qué? Seguro que fue porque en cierto modo su diagnóstico lo incriminaba. Pero ¿cómo? —Judith se adelantó antes de que Duncan pudiera contestar—. ¿Porque de alguna manera su cáncer está relacionado con el de Oliver? ¿Qué fue lo que nos dijo Verity? Que la culpa del de Oliver la tenía haber pasado tanto tiempo en viejos edificios municipales para asegurarse de que retiraban el amianto. —Nada más mencionar los edificios municipales, Judith cayó en cuál era la relación—. Por eso no se lo podía contar a nadie, ¿no?

—Nada de lo que dice tiene sentido —aseveró Duncan.

—Estaba todo ahí delante, solo tenía que encajar las piezas.

—Razón no le falta —confesó Suzie a su amiga—. Becks y yo tampoco sabemos de qué estás hablando.

—Cierto —confirmó Becks.

—Muy bien, dejad que me explique. Cuando fundaron la MADS hace tantos años, Duncan y Oliver trabajaban en un viejo edificio municipal. En el Little Theatre hay una fotografía de ellos dos delante de él. Creo que fue uno de los edificios que se suponía que Oliver tenía que clausurar, ¿me equivoco? Porque tenía amianto. Pero no se lo dijo a Duncan porque estaba desesperado por poner en marcha su compañía de teatro *amateur*.

—Tiene razón —graznó Duncan, y acto seguido fue hasta el fregadero y abrió el grifo. Cogió un vaso y lo llenó de agua. Las mujeres vieron que la mano le temblaba, y él agarró el vaso con las dos manos mientras bebía. Después lo dejó y miró a las mujeres—. Cuando se enteró de que tenía cáncer, Oliver estaba enfadado. Y amargado, lo cual me parecía comprensible —empezó a contar—. Luego, un día, lo cabreé por algún motivo y me dijo que él se reiría el último. Que tal vez yo hubiese movido mi barcaza para fastidiarle las vistas, pero eso no era nada en comparación con lo que él me había hecho a mí. Su médico le había dicho que su cáncer probablemente lo hubiera causado la lana de amianto a la que había estado expuesto durante los tres años que él y yo habíamos pasado en aquel edificio. Se suponía que él tenía que clausurarlo, pero por aquel entonces su salud no le preocupaba. Ni la mía. A él lo único que le importaba era tener una compañía de teatro para poder ser famoso y le daba lo mismo el precio que tuviese que pagar por esa fama. O a quién se llevara por delante en el proceso.

—Y como ahora él tenía cáncer, le soltó que era posible que usted también lo tuviera, ¿no? —dedujo, horrorizada, Suzie.

—Dijo que yo llevaba meses encontrándome mal, y no se equivocaba. Fui al médico y descubrí que tengo cáncer de tiroides. Con la advertencia de Oliver, lo pillé a tiempo; supongo que debería darle las gracias al menos por eso. Me operan dentro de unas semanas. Confío en que con eso baste.

—Lo siento mucho —se compadeció Becks.

—Sus palabras no me son de ayuda.

—No me refería a eso. Es cierto que siento que se viera expuesto al amianto en el pasado, es algo espantoso. Sobre todo teniendo en cuenta que fue culpa de Oliver, pero ese no es el motivo por el que he dicho que lo siento. Cuando la policía venga aquí, señalarán que usted estaba en el

yate cuando Oliver murió. Y que lo mataron con su pistola. Y tiene usted uno de los motivos más sólidos, más que el de ninguna de las personas que se hallaban en el barco. Dirán que usted mató a Oliver Beresford porque pensaba que él ya lo había matado a usted.

—Eso es lo que pensarán, pero no lo que pasó —observó Duncan, con lágrimas en los ojos—. Por eso no le podía decir a nadie que mi arma había desaparecido. O que tenía cáncer y que el culpable era Oliver. Por eso la he estado evitando, Judith. E incluso admitiré que había una parte de mí que dejó caer ese foco... —Duncan dejó la frase en suspenso mientras ordenaba sus pensamientos—. No estoy diciendo que intentara darle con él, pero hasta ese día nunca se me había caído una luz, creo que fue mi subconsciente, que sabía que tenía que quitarla a usted de en medio. Y cuando la vi, se me resbaló. Lo siento mucho — se disculpó, y enterró la cabeza en las manos y rompió a llorar.

Becks se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros.

Alguien llamó a la ventana y, cuando miraron, las mujeres vieron que Brendan estaba en la orilla del río con dos agentes de policía.

Capítulo 32

Judith y sus amigas se sentían apagadas cuando dejaron a Duncan con la policía. Pese a haber pasado las últimas semanas oyendo lo egoísta que era Oliver Beresford, seguía resultando sobrecogedor saber hasta dónde había estado dispuesto a llegar en la búsqueda de su gloria personal. Pero mientras que Suzie y Becks querían hablar de lo que ese último descubrimiento significaba para el caso, Judith sabía que la estaban esperando en el teatro después de comer para efectuar una última prueba de vestuario y atrezo. Después tenía que declamar el texto de la obra a toda velocidad con el resto del elenco en un ejercicio que, según le habían dicho, se llamaba «repaso bomba». Y sabía que después, cuando se liberase de sus compromisos con la obra, estaría demasiado cansada para trabajar en el caso. Además, el instinto le decía que necesitaba tiempo para dejar que se asentara la información de que disponían. Eran muchas las cosas que habían averiguado recientemente, y Judith estaba segura de que permitir que su subconsciente lo ordenase y lo cribase todo sería beneficioso. Así que dejó a sus amigas y acordaron verse al día siguiente, por la mañana.

Al día siguiente, cuando Becks y Suzie llegaron a primera hora a la casa de Judith, Suzie estaba entusiasmada.

—Tengo noticias —anunció mientras se sentaba para tomar un té—. O creo que podría tenerlas. Pero primero deja que te pregunte: ¿qué tal vas, Judith?

—¿Yo? —preguntó esta, sorprendida.

—¿Cómo te fue en el ensayo de ayer? ¿Estás preparada para esta tarde?

—En absoluto —respondió Judith—. Y anoche no pude pegar ojo. Toda la información que tenemos del caso me martilleaba en la cabeza, y justo antes de que amaneciese caí en la cuenta de por qué era así: creo que el asesino está jugando con nosotras.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Becks.

—Cada vez que buscamos un motivo que pudiera tener alguna de las personas que estaban en el barco lo encontramos. Y cada vez que buscamos pruebas contra esa persona también las encontramos. Duncan, como sabemos ahora, culpa a Oliver de su cáncer, lo cual es comprensible. Y, por si eso fuera poco, fue su arma la que se utilizó para matarlo. Quiero decir que, en cualquier otro caso, eso lo convertiría en el asesino, ¿no os parece? Pero luego tenemos a Verity, que descubrió que su marido, entre otras cosas, era bígamo, y también encontramos su pañuelo, que contenía residuos de disparo del arma homicida. Además, está Toby, al que Oliver humilló con la audición que hizo en la RADA, y resulta que una de las balas del arma homicida se encontró en el camarote que tenía en el Marlow Belle.

—Tienes razón —convino Becks—. Todo parece muy obvio. Incluso contra Lizzie hay una prueba que apunta a que el asesino es ella, ¿no? Fue ella quien envió las invitaciones a todo el mundo para que se quitara de en medio.

—Aunque no sabemos cuál sería su móvil —puntualizó Suzie—. Y eso que cabría suponer que está relacionado con el pasado que compartió con Oliver.

—Es eso exactamente —se desesperó Judith—. Casi es como si el asesino nos estuviese montando una obra de teatro. Una en la que todo el mundo es culpable.

—Lo que explicaría por qué todos los sospechosos no paran de decir que creen que les están tendiendo una trampa: es que les están tendiendo una trampa.

—Pero uno de ellos es el asesino, así que ¿por qué tenderse una trampa? Eso es lo que no entiendo. Y tampoco es del todo cierto que todos los que estaban en el yate tuvieran un motivo para matar a Oliver. Todavía no hemos encontrado lo que une a Lance y Oliver, aunque está claro que Lance tiene un secreto que nos está ocultando.

—Creo que ahí es donde entro yo —dijo Suzie—. Porque creo que sé cuál es el secreto de Lance. Y, si tengo razón, podremos utilizarlo contra él, como tú dijiste, Becks.

Llamaron a la puerta principal y Suzie miró el reloj de la repisa de la chimenea.

—¡En el momento perfecto! —anunció.

—No habrás invitado a nadie a mi casa, ¿no? —preguntó Judith con espanto.

—Creo que esta persona te caerá bien. Te caen bien los malotes.

Llamaron de nuevo con más fuerza y Suzie se frotó las manos, expectante.

—Venid —pidió al tiempo que se levantaba y echaba a andar hacia la puerta.

Cuando Suzie abrió, a Becks y a Judith les sorprendió ver a un adolescente con el pelo cortado a capas y hoyuelos en las mejillas. Pero no les sorprendió tanto como a la propia Suzie.

—Oh —dijo.

—¿Qué? —contestó el chaval mientras miraba a Suzie, Judith y Becks.

—¿Este es tu malote? —preguntó Judith.

—Mierda, esto es un error —dijo el adolescente, y dio media vuelta y empezó a andar hacia una bicicleta naranja que había dejado apoyada en la pared.

—Yo te conozco —exclamó Suzie mientras iba dando zancadas hacia el chico.

A sabiendas de que ya no tenían ningún control de la situación, Becks y Judith fueron detrás de Suzie.

—Dylan Hatfield, no des un paso más —vociferó Suzie cuando dio alcance al adolescente y lo agarró por el hombro. Él se zafó y empezó a mover la bicicleta para escapar.

—O te quedas donde estás o les cuento a tus padres lo que haces.

Dylan tropezó y se detuvo antes de que Suzie hubiera terminado de hablar.

—Y sí, conozco a tus padres. Hace algún tiempo me llamaron para que paseara a Misty unas cuantas veces. —Suzie se volvió hacia Becks y le explicó—: Una boyero de Berna preciosa, esos perros son de lo más cariñoso. Y te he llamado para que me pases algo, así que vamos al lío.

—No si me conoce —rehusó el chaval.

—Marlow es una ciudad pequeña, apuesto a que esto pasa todo el tiempo.

—Sí, pero no con... —adujo Dylan antes de señalar a las tres mujeres mayores que tenía delante.

—Suzie, ¿te importaría decirnos qué está pasando? —pidió Judith.

—Claro que no —contestó su amiga—. ¿Te acuerdas de que le pedí a Toby que me diera el número de su camello? Bueno, pues he estado intentando ponerme en contacto con él para comprarle un poco de hierba y por fin conseguimos concretar una hora y un sitio: aquí y ahora.

—¿Vendes droga? —preguntó Becks, sin dar crédito, a Dylan.

—Es un trabajillo extra —farfulló él.

—Pero ¿le vendes droga a Toby Vincent?

—No decimos nombres. Y no es vender droga, solo lo que le he dicho, un trabajillo extra.

—Es vender droga —confirmó Suzie—. Y quiero saber quién te la vende a ti, así que, o me lo dices o te meterás en un buen lío.

—No me puede amenazar —espetó Dylan con mala cara.

—Ya lo creo que puedo —aseguró Suzie mientras se metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba el teléfono—. Todavía tengo el número de tu madre, creo que la llamaré ahora mismo y le contaré con pelos y señales lo que te traes entre manos.

—Se llama Andy Ford —confesó Dylan—. Es el que me pasa la hierba. Andy Ford.

—Un momento, ese nombre lo conocemos —dijo Judith mientras se devanaba los sesos para averiguar de qué le sonaba ese nombre—. Es el esclusero de Cookham, ¿no?

—¿El esclusero de Cookham vende droga? —Becks no daba crédito.

—No es la respuesta que esperaba —dijo Suzie a Dylan.

—Es el tío que me la da, ¿vale? —repitió Dylan, intentando hacerse el chulito.

—Si él es quien te la pasa a ti, ¿de dónde la saca él? —quiso saber Suzie.

—No lo sé, ¿vale? —negó Dylan—. Y solo es hierba, nada más. Algo natural, y que debería ser legal de todas formas.

—¿Esperas que creamos que solo pasas hierba?

—¿Ya me puedo ir? Tengo que ir a casa a sacar a pasear a Misty.

Cuando hizo la pregunta, Dylan se las arregló para dar la impresión de que tenía unos trece años y Suzie no tuvo el valor de retenerlo más.

—Anda —dijo—. Lárgate.

—¡Y deja de vender droga! —aconsejó Becks mientras Dylan se subía a su bicicleta y se alejaba pedaleando.

—Los camellos son como la policía, ¿no os parece? —comentó Judith mientras seguían con la mirada a Dylan—. Cada vez son más jóvenes.

—Pero ¿qué significa esto? —preguntó Becks a Suzie—. ¿Qué tiene que ver con Lance?

—Creo que hay una forma fácil de averiguarlo —respondió su amiga.

*

Lance Goodman estaba lijando un barco en el taller principal cuando Judith, Becks y Suzie entraron como tres pistoleras en un bar del salvaje Oeste.

—¿Qué están haciendo aquí ustedes? —preguntó Lance, irritado.

—Sabemos por qué tenías un aire tan culpable durante todo este tiempo —espetó Suzie—. Reconocí tu letra en una bolsa de cannabis de Toby Vincent. Y el cero del 30 % estaba atravesado por una línea, y me acordé de que así es como escribías los ceros. De modo que supe que eras tú, solo tenía que demostrarlo.

—No sé de qué hablas —afirmó Lance, pero las mujeres vieron que estaba preocupado.

—Estás trapicheando con Andy Ford, el esclusero de Cookham, ¿no es verdad? Y para vender la hierba utilizas a gente de aquí, a colegiales. Y eso no tiene gracia, Lance. Ninguna.

—Nada de lo que dices es verdad.

—La letra de la bolsa era tuya. ¿Por qué lo niegas?

—Además, la etiqueta tenía sus huellas —añadió Judith, lo cual no era muy cierto. Sus palabras, no obstante, tuvieron el efecto deseado. Lance se tambaleó medio paso hacia atrás.

—Así que, desembucha —lo apremió Suzie—: ¿de dónde sacas la hierba? ¿La cultiva Andy o tú?

—Tienes que dejar de hacer esas preguntas —espetó Lance.

—Es usted, ¿no? —dijo Judith cuando algo le vino a la memoria—. La primera vez que vinimos a hablar con usted, vimos que salía de la

barcaza medio sumergida que tiene en el pequeño afluente que hay detrás de este edificio. Llevaba un panel aislante plateado, lo cual se me hizo raro en su momento, pero ahora tiene todo el sentido del mundo. Necesita calor y luz para cultivar cannabis, ¿no es cierto? Los paneles sirven para conservar el calor y evitar que la barcaza aparezca en una cámara térmica si un helicóptero de la policía viniese buscando droga. Señoras, andando —dijo Judith mientras giraba sobre sus talones y se disponía a salir del edificio—. Podemos ir a la barcaza a comprobarlo.

Cuando estaban abandonando el edificio, Lance les dio alcance.

—Muy bien, lo reconoceré: tienen razón —aseveró.

Suzie se detuvo y se volvió hacia él con una sonrisa siniestra.

—Confiésalo todo y di la verdad. Ahora.

Lance miró a Suzie y a sus amigas y de nuevo a Suzie. No vio misericordia en ellas.

—Pero no es algo grande ni nada —aseguró, deseoso de dar excusas primero—. Solo es algo que se me ocurrió con unos colegas.

—Como el esclusero de Cookham, Andy Ford.

—Exacto. Y el tío de la esclusa de Hurley Lock. Somos los tres, miren si es pequeño esto. Cultivo la hierba en una barcaza vieja (tienen razón), la preparo y la meto en bolsas. Y luego, cada pocos meses, se la llevo a los dos y ellos se encargan de venderla. Pero es poca cosa, da unas decenas de miles de libras al año, nada más. Y con lo que les doy a los dos escluseros, tampoco es que me saque mucha pasta.

—Yo no diría que decenas de miles de libras al año es poca pasta —objetó Suzie.

—Y Oliver lo sabía, ¿no? —dedujo Judith—. Por eso lo amenazó a usted en el pub con desvelar su secreto, ¿me equivoco?

—Joder, ¿cómo lo ha sabido?

—De no ser por lo que contó Mary Eddingham, no habríamos podido descubrirlo.

—Entonces, ¿lo admites? —le preguntó Suzie, que seguía presionando.

—¿Quieres oírmelo decir? —repuso Lance—. Muy bien, lo admito. Cuando le dije a Oliver que el Marlow Belle no estaba listo para que lo alquilase, me soltó que tenía un amigo que estaba tirando su vida por la borda por culpa de la marihuana y que había hecho algunas

averiguaciones (para ayudar a su amigo a que dejara de fumar); se había enterado de que era yo el que cultivaba la maría, así que, si no le alquilaba el barco, iría a la policía.

—Otra vez lo mismo —exclamó Judith, exasperada—. Acaba admitiendo la verdad cuando se ve obligado a hacerlo.

—Miren, haré un trato con ustedes —probó Lance con una voz teñida de desesperación.

—Es un poco tarde para eso.

—Solo prométanme que no le contarán a la policía lo de mi fuente de ingresos extra.

—¿Y por qué te íbamos a ayudar? —quiso saber Suzie.

—A cambio, les diré quién mató a Oliver Beresford.

—Usted no sabe quién fue.

—Pues es que esa es la cuestión, que sí lo sé. Lo he sabido desde el principio.

—¿En serio? A ver, ¿quién fue?

Lance cogió aire con fuerza antes de contestar.

—Fue Lizzie Jenkins. Yo la vi matar a Oliver Beresford.

Capítulo 33

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—¿Lizzie Jenkins? —repitió Suzie, para asegurarse de que había oído bien.

—Sí.

—¡Lo sabía! —afirmó, satisfecha.

—¿Y por qué no nos lo dijo antes? —quiso saber Judith—. ¿O a la policía?

—Porque no quería que metieran las narices en mi vida. Pero, puesto que ahora lo saben todo, no tiene sentido seguir guardando el secreto. ¿Ustedes creen que conseguiré que la poli lo tenga en cuenta? ¿Si lo confieso todo? ¿O que podremos llegar a un acuerdo para que me reduzcan la condena, como lo que se ve en la tele?

—Pero cuéntenos, ¿qué pasó? —preguntó Judith, que quería que Lance no se desconcentrara.

—Miren, fue a eso de las seis, o unos minutos antes. Oliver fue a verme a la cabina, como les dije la última vez que hablamos. Pero lo que no les conté fue que estaba aterrorizado porque había visto a una mujer en la orilla del río. Dijo que había alguien pintando y que yo tenía que aumentar la velocidad. Teníamos que asegurarnos de que nadie viera al Marlow Belle desde la orilla a las seis. Yo no entendí nada, sobre todo porque, de todas formas, era cuestión de minutos que diésemos la vuelta al recodo. En un momento, nadie nos podría ver. Pero él dijo que solo disponíamos de unos minutos y que yo tenía que subir la velocidad al máximo. Eso significaba que estaría sobrepasando el límite de velocidad del río, pero volví la cabeza y vi a qué se refería: había una mujer pintando lo que fuera en un caballete. Así que aceleré a tope. No tardamos en dejar atrás a la mujer y, cuando dimos la vuelta al recodo, ya no la veíamos. Oliver me dijo que podía volver a la velocidad normal, pero también que no me moviera de la cabina y que como más tarde

dijese una sola palabra de lo que habíamos hablado, le contaría a la policía que yo trapicheaba.

—¿Lo chantajeó?

—Básicamente, sí. Dijo que tenía que quedarme en la cabina y le contesté que eso haría; de todas formas, era lo que pretendía hacer. El único problema fue que consiguió despertar mi interés. Me refiero a que ¿por qué lo había puesto tan nervioso que hubiese un testigo en el río? ¿Por qué era tan importante esa hora, las seis?

»Cuando se fue, me quedé en la cabina, como me ordenó, pero no comprobé el motor, aunque eso fue lo que les dije a ustedes y a la policía. En la parte de atrás hay una ventanita. Si miran por ella, se ve la popa por encima de los camarotes. Si allí atrás hay alguien, se le puede ver de hombros para arriba. Cuando miré, Lizzie estaba allí, sola. No le di mucha importancia hasta que Oliver se unió a ella. No oí lo que decían con el ruido del motor (y de todas formas, la cabina está cerrada), pero sí vi que estaban hablando, y de forma bastante acalorada. Y Lizzie se estaba enfadando, de eso también me di cuenta. Luego lo atacó, así, sin más. De buenas a primeras, que yo viese, pero de repente esa mujer estaba atacando a Oliver, que forcejeaba con ella para quitársela de encima. Lo recuerdo todo vagamente, pero hay cosas que sé que vi. Estaban enzarzados en un cuerpo a cuerpo cuando ella dio un paso atrás y levantó el brazo. Y ahí fue cuando vi que empuñaba un arma. Me quedé helado, fue como si todo sucediera a cámara lenta. Pero también pasó antes de que me diese cuenta de que había pasado, no sé si me explico. Oliver retrocedió, con las manos en alto, y ella apretó el gatillo. Oí un ruido, vi el fogonazo de la boca del arma y Oliver cayó al suelo.

—El primer disparo —dijo Suzie—. La bala que le entró por el costado.

—Pensé que lo había matado, pero entonces él se levantó, tambaleándose, y empezó a forcejear de nuevo con Lizzie, creo que intentaba quitarle el arma. Y entonces fue cuando vi que ella levantaba el arma otra vez, se acercaba a él y le disparaba de nuevo.

—El segundo disparo. El que lo mató.

—Exacto. Esta vez, cuando dejé de verlo, Oliver no se levantó. Ahí debió de ser cuando cayó al agua, aunque verlo no lo vi. Pero Lizzie se

quedó allí unos segundos y después volvió abajo. Me di cuenta de que corría peligro (había un asesino a bordo), ¿qué podía hacer? Cerré con llave la puerta de la cabina y...

—¿Sí? —lo instó Judith.

—Esperé.

—¿No llamó a la policía?

—El cerebro me iba a mil, tenía algo de hierba en el barco. Bastante hierba. Pensaba llevarla a Hurley Lock cuando hubiese dejado a todo el mundo en Marlow. No podía permitir que la policía subiese a bordo, aunque parece demencial que fuese eso lo que estaba pensando, ahora lo veo. Pero también estaba conmocionado. Después, la mujer de Oliver (Verity) apareció en la parte posterior del yate. Y Lizzie Jenkins se unió a ella. Estaban charlando como si no hubiera pasado nada, Verity estaba descorchando una botella de espumoso. Después llegó Duncan, todos se estaban riendo y se lo estaban pasando bien. Y por último, apareció Toby. No me lo podía creer. ¿Cómo podía estar tan tranquila Lizzie cuando acababa de matar a un hombre dos minutos antes? Incluso empecé a preguntarme si no habría sido un montaje, como parte de la compañía de teatro, ¿saben? Abrí la puerta, atravesé el barco y fui con ellos a la cubierta de popa. Todo el mundo estaba hablando y bebiendo como si no hubiera pasado nada. Así que miré a ver si había sangre en el suelo, pero era difícil distinguir algo, porque había pintado la madera de rojo oscuro. Así y todo, creí ver algunas manchas de sangre.

»Volví a la cabina lo antes posible y me encerré otra vez. Luego, en cuanto llegamos a Marlow y dejé a todo el mundo, di la vuelta y me fui a casa a toda leche. Después de lo que había pasado, no tenía ninguna gana de ir a Hurley. Saqué la maría del barco y esperé. Y la cosa es que, cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que en realidad nadie podría decir que hubiese hecho algo malo. No había tenido nada que ver en ese asesinato. Y mientras no intentase limpiar el barco u ocultar lo sucedido, estaría fuera de peligro, ¿no? La única persona que sabía que había visto el crimen era yo, y cuando la policía llegase, sabía que podría mantener la boca cerrada.

—Pero, en vez de la policía, las que vinimos fuimos nosotras —aseveró Judith.

—Exactamente —coreó Suzie.

—Suzie —dijo gimoteando Lance—. Tú me conoces. Lo admitiré, no siempre soy honrado, pero no soy mal hombre.

—Ya lo creo que lo eres.

—Pero no soy un delincuente.

—Lo eres, literalmente.

—Sabes lo que quiero decir, deja de buscarle tres pies al gato. Nunca haría nada que le hiciese daño a alguien. Eso lo sabes. Y la única persona a la que he hecho daño con mis mentiras ha sido a mí, ¿no te parece? Porque podría haber ido directo a la policía, pero no lo hice. Creo que no hay nada de lo que me vaya a arrepentir más en toda mi vida. Porque tienes que creerme, sé quién mató a Oliver Beresford. Lo he sabido desde el primer momento. Fue Lizzie Jenkins. La vi apretar el gatillo.

—¿Está dispuesto a decir eso en un tribunal? —le preguntó Judith.

—Lo juraré sobre la Biblia. Ella lo asesinó.

Capítulo 34

—Tenemos que llamar a Tanika para contárselo —opinó Becks mientras las tres corrían a la furgoneta de Suzie.

—Desde luego —convino Judith—. Tenemos que llamarla ahora mismo.

Ninguna de ellas sacó el móvil mientras se acomodaban, y solo cuando Suzie arrancó, los neumáticos derrapando en la gravilla, Becks efectuó la llamada. Le contó a Tanika que sabían que Lance vendía droga y habían utilizado esa información para sonsacarle la verdad (que había visto a Lizzie Jenkins matar a Oliver) y entonces Judith le quitó el teléfono a Becks y le dijo que iban directas al Danesfield House Hotel para asegurarse de que Lizzie no se daba a la fuga. Antes de que Tanika pudiera decirle que eso era cosa de la policía, Judith colgó y le devolvió el teléfono a Becks.

—¡Agarraos bien! —advirtió Suzie cuando más adelante, en Henley Road, apareció la curva cerrada que llevaba al hotel. Sin reducir la velocidad, giró bruscamente (con un chirriar de ruedas) y pisó el acelerador a fondo para subir la pronunciada pendiente que había hasta el establecimiento.

La suspensión seguía dando botes cuando Suzie frenó en seco delante del hotel. Las mujeres se bajaron y vieron a un portero con una chaqueta roja. Suzie buscó en la riñonera mientras se aproximaban y sacó la identificación caducada que les había dado la policía en su día.

—¡Policía! —exclamó, y pasaron por delante del hombre dando zancadas.

En el área de recepción, revestida de madera, las mujeres fueron al mostrador y Suzie sostuvo en alto la identificación, tapando con el dedo la esquina inferior derecha, donde figuraba la fecha de expedición.

—Policía: estamos buscando a Lizzie Jenkins.

—¿Ustedes son de la policía? —preguntó el relamido recepcionista al tiempo que enarcaba una ceja.

—Si nos dice dónde está, estoy segura de que podremos llevar este asunto con discreción —añadió Judith.

El recepcionista tardó unos segundos en tomar su decisión, pero vio lo desquiciadas que parecían las mujeres que tenía delante y decidió oponer la mínima resistencia.

—Estaba en el jardín hace una media hora —contestó—. Hay una zona de asientos con vistas al Támesis. Pidió que le sirvieran allí el té.

—Gracias —respondió Judith, y acto seguido las tres echaron a andar por el hotel, dejaron atrás a los huéspedes que estaban tomando el té de las cinco en la terraza acristalada y salieron al grandioso jardín del hotel.

—Por aquí —dijo Becks, y fue hacia un grupo de árboles que se alzaba en la parte inferior—. Colin casó aquí a una estrella del pop el año pasado, así que tuve ocasión de curiosear a gusto. Creo que sé dónde está.

Cuando entraron en el bosquecillo, las mujeres vieron una pérgola de madera con asientos fuera. Lizzie estaba allí, sola, contemplando las agitadas aguas que pasaban por el azud de Hurley Lock.

Las mujeres llegaron, pero Lizzie no levantó la vista, lo cual les vino bien a las tres amigas, puesto que necesitaban unos segundos para coger aliento.

—Había un testigo —empezó Becks, que decidió que, cuando se trataba de arrancar confesiones a los asesinos, la mujer del pastor debía tomar la iniciativa.

Lizzie alzó la cabeza y dio la impresión de que solo reconocía vagamente a las mujeres.

—Lance Goodman, el patrón del yate —precisó Becks—. Había una ventana en la parte posterior de la cabina de mando. Testificará en juicio que vio que usted disparaba a Oliver Beresford.

—Lo mejor que puede hacer a estas alturas es confesar —aconsejó Suzie—. Decir la verdad.

—Seguro que es lo que quiere hacer —opinó Becks.

Lizzie sacó un cigarrillo doblado de un paquete que tenía en la mano y lo encendió con un mechero dorado. Mientras daba una calada y expulsaba el humo miró el agua que, a su paso veloz por el azud, formaba remolinos.

—No quería hacerlo —aseguró.

Ahí la tenían: la confesión. En esas tres palabras.

—¿A eso se refería usted cuando nos dijo que no sabíamos lo que había pasado esa tarde? —le preguntó Becks—. Si hay algún atenuante, es posible que le sea de ayuda.

—Tenían ustedes razón —admitió Lizzie, sin apartar los ojos del agua—. Oliver era el motivo por el que volví. Escribí dos capítulos enteros sobre él en mi biografía. Que me salvó la vida y me acogió cuando nadie más lo habría hecho. Que contribuyó a que me enamorase del teatro. Cuando lo estaba escribiendo, creí que todo eso era cierto.

»Cuando entregué el primer borrador, mis editores hicieron que un equipo de abogados lo comprobara todo punto por punto para asegurarse de que no difamaba a nadie. Es el procedimiento habitual cuando se escribe una autobiografía. Y durante ese proceso se pusieron en contacto con la RADA para confirmar las fechas de mi solicitud. Contestaron que las fechas eran correctas, pero que estaba equivocada cuando decía en el libro que me habían rechazado: me habían ofrecido una plaza.

—¿Cómo? —se sorprendió Suzie.

—No hace falta que les diga lo que sentí. Toda mi vida me pasó por delante de los ojos, y lo único en lo que podía pensar era en que tendría que haber ido a Londres a formarme y en lo que habría pasado si me hubiesen permitido hacerlo. La espiral de destrucción en la que caí cuando no conseguí entrar, o creía que no había conseguido entrar. Las drogas, el maltrato... todo lo malo que me pasó no me habría pasado.

—Pero si le ofrecieron una plaza, ¿por qué creyó usted que no había sido así? —quiso saber Judith.

—Era incapaz de entenderlo, así que me puse en contacto con ellos y me dijeron que cuando ofrecían las plazas siempre lo hacían por correo. Esto era antes de que existiesen internet y los teléfonos móviles. Y yo no recibí esa carta.

—¿Se perdió en el correo?

—No, dijeron que enviaban las cartas de admisión por correo certificado con acuse de recibo. Alguien firmó esa carta al recibirla, por eso sabían que llegar había llegado. Como no les contesté, le ofrecieron mi plaza a otro.

—Y por aquel entonces estaba usted viviendo con Oliver —recordó Judith, que ahora lo entendía.

—En efecto. Fue Oliver quien interceptó la carta y no me dijo que me habían dado una plaza. Sintió tanta envidia que me lo ocultó. Claro que me acuerdo perfectamente de cómo estábamos entonces. Nuestra vida no podía ser más inestable. Él tenía todos esos delirios de grandeza, ¿saben? Me decía que iba a ser famoso, que iba a incendiar el mundo. Que la gente seguiría hablando de él dentro de cien años. Y yo no ayudaba mucho. Cuando las cosas nos iban mal, le decía que nunca sería famoso porque no era lo bastante bueno ni como actor ni como director. Pero después me venía abajo y no había nada que me sostuviese.

—Eso no justifica lo que hizo Oliver —opinó Suzie.

—Lo sé. Y por eso volví a mi autobiografía y eliminé toda mención de él. Y creí que podía dejarlo ahí, pero no podía dejar de pensar que ese acto suyo me había arruinado la existencia durante tanto tiempo. Perdí diez años de mi vida, la veintena, cuando estaba en la plenitud. Y todo por su culpa.

—Lo siento mucho —se compadeció Becks.

—¿Por qué acabó viniendo a Marlow? —se interesó Suzie.

—Fue una coincidencia —contestó Lizzie—. O una señal. Díganmelo ustedes. Recibí esa carta inesperadamente. La carta en la que ese chico me pedía ayuda.

—De Toby Vincent —apuntó Judith.

—Me hablaba de la MADS y de que Oliver había sido una gran inspiración para él. Y de que lo había ayudado a solicitar plaza en la RADA. Fue como cosa del destino que me escribiese. Me di cuenta de que era la excusa perfecta. Un motivo para volver a Marlow y decirle a Oliver que sabía lo que me había hecho hacía todos esos años. Necesitaba cerrar el círculo.

»Luego, cuando lo volví a ver (en el yate), me debatí. Sentí que las piernas me fallaban solo de verlo. Seguía igual que siempre. Mayor y más gordo, eso sí, pero con el mismo espíritu. Sus fanfarronadas. Y, lo peor de todo, vi que no sentía ningún remordimiento. No se arrepentía de lo que me había hecho. Prácticamente fue lo que me dijo cuando el barco zarpó esa tarde. Se me acercó furtivamente y dijo que seguía

recordando “con cariño” el tiempo que habíamos estado juntos. Y que me tenía preparada una sorpresa, que estuviese en mi camarote a las seis en punto.

—¿Eso le dijo? —se extrañó Judith.

—No se preocupe, ahora mismo se lo aclaro.

—¿Puede explicar las invitaciones? ¿Y por qué no tenía usted una?

—Lo he podido explicar desde el principio, pero en su momento no sabía lo que iba a pasar. Lo único que sabía es que tenía que estar en mi camarote a las seis. Lo cual me venía de perlas, porque quería hablar con él en privado. Ya se imaginan el motivo.

»Pero primero teníamos que celebrar la fiesta. Intenté disfrutarla, pero me costó. Tenía en la cabeza que poco después me iba a enfrentar a Oliver. Sin embargo, me he visto en situaciones similares con el público durante años. Puedo fingir que la gente me interesa igual que respiro. Poco antes de las seis fue como si todo el mundo se escabullera. Ahora sé que habían recibido esos mensajes supuestamente míos en los que les pedía que estuviesen en sus respectivos camarotes.

»Yo me fui al mío (como me había pedido Oliver) y él llegó a las seis en punto. Estaba como loco (nervioso) y me apuntó con un arma, me la puso en las costillas. Antes de que yo fuese consciente de lo que estaba haciendo, me tapó la boca con la mano y dijo que como hiciese algún ruido me pegaba un tiro.

—¿Fue Oliver quien llevó el arma al barco? —preguntó, alucinada, Suzie.

—¡Claro! —exclamó Judith, que ahora lo entendía todo—. Me he estado devanando los sesos tratando de averiguar a quién se le ocurriría un plan tan teatral para cometer un asesinato, y en ningún momento tomamos en consideración a la persona más teatral que se encontraba en el yate esa tarde: la víctima, Oliver Beresford. Él fue quien organizó todo este tinglado, ¿no?

—Exacto —confirmó Lizzie, que estaba reviviendo el horror de lo que le había pasado—. Oliver me dijo que desde que yo había anunciado que iba a volver él había estado planeando su último mutis del escenario. Me dijo que tenía cáncer terminal. Todo me vino de golpe. No logré averiguar lo que pasó en los siguientes minutos hasta mucho más tarde. Pero me dijo que había tenido que ver cómo me iba a

Estados Unidos y me ganaba toda la fama que podría haber sido suya. Que debería haber sido suya. Después de todo lo que él había hecho por mí. Y luego, cuando se publicó mi autobiografía, no lo mencionaba ni una sola vez. Y ahora yo iba a pagar el precio. Porque si era demasiado egoísta para contarle al mundo que había sido él quien me había convertido en la actriz que era, él se aseguraría de que dejaba este mundo envuelto en gloria.

»Estaba tan desconcertada (tan asustada)... pero él me obligó a salir del camarote y me llevó a la parte de atrás del barco. Conseguí soltarle que era él quien me había arruinado la vida (había roto la carta de admisión de la RADA), pero se rio en mi cara y dijo que él no había roto nada y que, de todas formas, no estábamos hablando de mí, sino de él.

—¿Dijo que no había sido él quien había roto la carta? —se sorprendió Judith.

—Estaba fuera de sí, no me escuchaba. Y, como les he dicho, con el miedo que tenía, yo lo percibía todo como a través de una niebla. Me costaba entender lo que estaba pasando. Pero Oliver dijo que su primer éxito de verdad como actor en la MADS fue cuando interpretó el papel estelar en una obra de misterio en la que se cometía un crimen, y que se aseguraría de que su última actuación sería en una obra similar. Pero esta resonaría muchos años después, décadas después, añadió. Un crimen imposible.

—¿El suyo propio? —preguntó Suzie.

—No, dijo que me iba a matar a mí. Y que se había pasado semanas tendiendo una trampa a todas las demás personas que estaban en el barco para que fuesen sospechosas. Primero, con una misteriosa nota que aparentemente les había enviado yo a todos, incluido él. Así, todo el mundo diría que estaba en su camarote a las seis, cuando él me habría disparado. ¿Cómo podría haberlo hecho alguno de ellos? ¿Y por qué me iban a matar?

»Después dijo que había ido dejando pruebas para que diese la impresión de que cada uno de ellos podía haber sido el asesino. La pistola era del tío de Duncan, afirmó. Y antes la había disparado mientras sostenía un pañuelo que era de su mujer, pañuelo que minutos antes había tirado al río. También había dejado una bala sin disparar en el camarote de Toby. En cuanto al patrón del yate, dijo que saldría a la

luz que traficaba con droga, aunque solo fuera porque se había asegurado de que la señora Eddingham lo oyera cuando lo amenazó en un pub. Y sabía que esa señora se iría de la lengua a la primera de cambio; Oliver dijo que la señora lo odiaba. Me aseguró que mi muerte sería noticia de primera plana en todo el mundo. La muerte misteriosa más importante de una estrella de Hollywood desde Natalie Wood, y también en un yate.

»Para entonces balbucía, pero continuó diciendo que, puesto que me habrían disparado y todo el mundo tenía coartada, dado que todos estaban en sus respectivos camarotes, y puesto que la policía encontraría todas esas pruebas incriminatorias, a un jurado le sería imposible decidir unánimemente quién era el asesino. Y la genialidad de su plan era que el resultado en realidad daba lo mismo. Aunque (por alguna casualidad) todo saliera mal y a él lo condenaran por haberme asesinado, habría muerto del cáncer que padecía mucho antes de que tuviera que ir a la cárcel. Sus últimas palabras fueron que, si tenía que morir, moriría siendo famoso.

—¿Sus últimas palabras? —se sorprendió Judith.

Lizzie dio una última calada al cigarrillo y lanzó la colilla al río antes de mirar por fin a las mujeres.

—Solo cometió un error: no sabía que esa no era la primera vez que alguien me apuntaba con un arma. No se puede estar metido en la droga como lo había estado yo sin andar con gente peligrosa. Así que, mientras él me estaba contando todo esto, yo estaba esperando a que su concentración flaquease, aunque fuese durante una décima de segundo. Y cuando lo hizo, reaccioné y conseguí quitarle el arma.

»Y entonces el tiempo me jugó una mala pasada, la adrenalina me corría por las venas y delante tenía al tío que me había destrozado la vida. Y que pensaba que ahora me podía pegar un tiro para que pudiese vivir una demencial fantasía asesina. No me dio un arrebato de ira, fue como si sintiese una sacudida eléctrica. Oliver retrocedió, apreté el gatillo y cayó al suelo. Pero acto seguido se levantó y me atacó, fue terrorífico. Era mucho más fuerte que yo, sabía que solo tenía unos segundos antes de que me arrebatara el arma y me matase, así que apreté el gatillo otra vez y entonces cayó y ya no se movió.

»Sentí esta descarga contra él, contra todos los hombres que me habían hecho daño. Vi que si Oliver no estaba muerto ya, pronto lo estaría (había un montón de sangre), y dejé caer el arma al suelo y me quedé allí como un pasmarote. No me podía creer lo que había hecho, pero gracias a Oliver sabía que todo el mundo estaba en su camarote, así que tomé una decisión: tiré el cuerpo al agua. El barco seguía adelante, así que bajé corriendo a mi camarote y cerré la puerta lo más deprisa que pude procurando hacer el menor ruido posible.

»Después todo se desarrolló como si fuese un sueño. Oí movimiento fuera. Alguien se dirigía hacia la cubierta posterior. Me preparé para oír gritos o algo. No sabía qué esperar, pero, desde luego, no el sonido de descorchar una botella. Asomé la cabeza por la puerta y vi que Verity se estaba sirviendo una copa de espumoso. Salí y fui con ella, contando con que viese la sangre en la cubierta o con que dijera que había oído los disparos, pero fue como si no hubiera pasado nada. Me dio una copa de vino, aunque sí es cierto que dijo algo así como que no había ido a verla a su camarote, lo cual no lo entendí en su momento, pero lo entiendo ahora. Antes de que pudiera averiguar lo que quería decir, Toby subió a cubierta y Verity también le dio espumoso. Y se pusieron a charlar conmigo de mi trabajo. Después el patrón del yate, Lance, salió, quería saber si lo estábamos pasando bien. Fue... aterrador. Surrealista.

—¿Y el arma? —quiso saber Judith—. Dijo usted que la dejó caer.

—Debió de ir a parar al agua cuando tiré a Oliver al río. Media hora después, llegamos a Marlow, y allí nos dejó el patrón. Y eso fue todo. Volví a mi hotel e intenté entender lo que había sucedido. La noche casi fue peor que el hecho en sí de matar a Oliver. Me estaba volviendo loca de la preocupación. Había matado a un hombre y nadie se había dado cuenta. Y cuantas más vueltas le daba, tanto más era consciente de que, puesto que nadie me había visto apretar el gatillo, tal vez hubiese salido impune.

»Y me lo merecía. Era matar o que me mataran, y ¿por qué? Yo no había hecho nada para merecer su ira. Era al revés. Él me había destrozado la vida. Lo que hice fue en defensa propia, ¿no lo ven? ¡Me atacó y me tuve que defender!

La fuerza de las palabras de Lizzie la obligaron a levantarse, pero, al hacerlo, las mujeres vieron que Tanika iba hacia ellas a través de los

árboles con Brendan y dos agentes de policía.

—¿Elizabeth Jenkins? —dijo Tanika al llegar—. Queda detenida por el asesinato de Oliver Beresford. Tiene derecho a guardar silencio...

—Sé cómo va esto —afirmó Lizzie, que ya no tenía más fuerzas para luchar—. He estado en suficientes películas. Y no se preocupe, lo admito. Es un alivio: yo maté a Oliver Beresford. Lo confesaré todo.

Capítulo 35

La noticia de que Lizzie Jenkins había confesado haber matado a Oliver Beresford se extendió por Marlow como la pólvora. Cuando Judith fue al supermercado, vio que todo el mundo hablaba de ello, y fue a lo suyo mientras compraba cuatro tonterías para el estreno. Le habían dicho que estuviese en el teatro a las cinco y media y sabía que de ninguna manera conseguiría superar esa tarde sin algún tentempié que mantuviese alto su nivel de energía. Mientras sopesaba qué coger del pasillo de galletas y patatas fritas, se sorprendió cayendo en la cuenta de que todavía había algunos cabos sueltos en el caso que le preocupaban. Así y todo, una confesión era una confesión. Y puesto que coincidía con lo que Lance les había contado, no había mucho más que decir al respecto.

En cuanto a Becks, cuando llegó a casa descubrió que la detención del asesino de Oliver no era el único drama que iba a vivir ese día. Encontró a Chloe llorando en la cocina y a Colin con ella, consolándola.

—¿Qué pasa? —quiso saber Becks mientras dejaba caer al suelo el bolso y el abrigo.

Chloe miró a su madre, que fue a abrazarla mientras miraba con cara de interrogación a su marido. Este esbozó una sonrisa lánguida, como si aquello lo sobrepasara, lo cual era el caso.

—Es Hugo —sollozó Chloe.

Becks se quedó helada.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada, no es eso. Se ha ido.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha largado —aclaró Colin.

—¿Ha pegado una espantada? —repuso Becks mientras su confusión iba tornándose en ira.

Chloe asintió, y las lágrimas humedecieron el hombro de su madre.

—Tenías razón —admitió su hija—. Tendría que haberte hecho caso, todo esto es culpa mía.

—No lo es —le aseguró Colin—. Aquí solo hay un culpable, y no eres tú.

—Le pregunté por el otro teléfono que tenía —contó Chloe, sorbiéndose la nariz—. No lo pude evitar. No después de lo que me habías dicho. Y se enfadó. Dijo que tendría que fiarme de él, ¿o es que no lo quería? Me sentí fatal. Pensé que todo esto era culpa tuya.

—¿Cuándo fue esto? —quiso saber Becks.

—Ayer. Y hoy yo tenía que salir y, cuando volví, él ya no estaba. Había cogido sus cosas y me había dejado una nota en la que ponía que si no me fiaba de él, todo había terminado.

—No es solo eso —terció Colin—. Cuéntale a tu madre lo del proyecto.

—Ha limpiado la cuenta. Se ha llevado todo el dinero.

—¿Qué? —exclamó Becks.

—Había casi ocho mil libras.

—La mitad de ese dinero era tuya.

—Más de la mitad —corrigió Colin—. La mayor parte de ese dinero era de la parroquia, el muy ladrón.

—Debería haberte hecho caso —repitió Chloe, sollozando contra su madre.

—Yo tampoco sabía a ciencia cierta que no era de fiar —adujo Becks, pese a que sabía que eso era precisamente lo que pensaba—. Lo único era que no estaba segura de que él mirase por tu bien.

—Pero tú lo viste y yo no.

—Ya he pasado por esto unas cuantas veces —adujo al tiempo que lanzaba una sonrisa desencantada a su marido—. La experiencia te da un poco de perspectiva.

Colin se levantó y se acercó a los fogones.

—No te preocupes, tú no eres la única a la que engañó —dijo mientras cogía un cazo—. A mí también me la coló. Y ahora, ¿te apetece un chocolate a la taza? El azúcar te sentará bien.

—Dejé la universidad por él —se lamentó Chloe.

—Sé que ahora mismo todo te parecerá un poco abrumador, pero hoy no es el día para hacerte recriminaciones —aconsejó Colin—. Ni

para pensar en el futuro o en lo que significa todo esto. Tienes que cuidarte. Asegurarte de que recuerdas lo estupenda que eres y que estarás mucho mejor sin él. Además, solo has faltado unas semanas, apuesto a que la universidad te aceptará el próximo trimestre. Y si no es así, seguro que dejarán que te reincorpores más adelante. Puedes pasar el resto del año viajando (si es lo que quieres hacer) y volver a la universidad el año que viene, lo que prefieras. Apuesto a que serás capaz. Tu madre y yo estaremos aquí para apoyarte. Y puede que te hayas librado de una buena. Mejor enterarte ahora de que es capaz de traicionarte que cuando estés en la otra punta del mundo.

—Pensé que era el hombre de mi vida.

—Es estupendo que te vuelques en las relaciones con tanta generosidad. Cuando llegue el momento, conocerás a la persona que te quiera igual que tú a ella, y esa persona merecerá ser la de tu vida.

Becks no sabía muy bien dónde se había estado escondiendo esta versión de Colin durante tantos años, pero acto seguido su mirada se desvió al quemador de gas sobre el que estaba el cazo.

—Vas a escaldar la leche —advirtió al tiempo que se acercaba a la cocina.

—La he puesto a fuego bajo —objetó Colin.

—Pero en el quemador que no era. En ese incluso el fuego más bajo sigue siendo demasiado alto. Deja, ya lo hago yo —añadió mientras pasaba el cazo a un fuego más pequeño y lo encendía. Colin, por su parte, fue a sentarse con su hija.

—Quiero una relación como la vuestra —afirmó Chloe, secándose las lágrimas de las mejillas.

—¿Sí? —contestó Becks, que no estaba completamente segura de haber oído bien.

—Y la tendrás —le aseguró Colin—. Te prometo que la tendrás.

Mientras Colin reconfortaba a su hija y ella movía la leche en el cazo, la arrolló una oleada de cariño: a su hija, a su casa, y sí, incluso a Colin. Y acto seguido sintió una dolorosa punzada de culpabilidad, pues sabía que le había hecho daño a su hija sin querer. Así y todo, se dijo, Chloe estaba mejor sin Hugo en su vida. Lo superaría, aunque fuese una lección amarga que aprender.

Cuando el chocolate estuvo listo, Chloe se fue a la sala de estar a ver la tele bajo un edredón, lo que dio a Becks y Colin el tiempo justo para prepararse e ir a ver el debut teatral de Judith con la MADS. Y aunque los dos se sintieron mal por dejar a su hija cuando más los necesitaba, Chloe insistió en que lo único que quería hacer era quedarse donde estaba comiendo patatas fritas. Los dos conocían esa sensación. Fueron cogidos de la mano al Little Theatre y cuando llegaron les encantó ver que ya había docenas de personas charlando y pululando cerca de la entrada. El entusiasmo era palpable. Sin embargo, les sorprendió ver que Judith también estaba fuera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —se extrañó Becks.

—Ah, perdona —repuso Judith—. Quería que me diera un poco el aire.

—¿No se supone que tendría que estar en el *backstage*? —le preguntó Colin.

—No salgo hasta el segundo acto —alegó Judith.

—Judith Potts, ¿es que estás nerviosa? —le preguntó Becks con una sonrisa.

—¿Yo? Pues claro que no. Nunca.

—Esto es estupendo. Te has enfrentado a asesinos, pero te cuesta enfrentarte a un público.

—Tienes razón... si lo dices así. Voy a tener que tranquilizarme, supongo. Gracias.

—La obra será excelente, Judith —aseguró Colin—. Y usted será la estrella.

—No creo que sea el caso, pero gracias por decirlo. ¿Dónde está Chloe? Esperaba poder conocer al famoso Hugo.

—Ah, en ese sentido ha habido una complicación —respondió Colin, y a continuación contó que Hugo había salido corriendo y había vaciado la cuenta que Chloe y él tenían en su plataforma de *crowdfunding*.

—¿Eso no es robo? —planteó Judith.

—Yo diría que sí —opinó Colin—. Y la culpa es mía. Parecía un chico tan majo y educado. No me molesté en mirar más allá. No debería haberme fiado de él, tendría que haber sondeado su carácter. Y haber

indagado en su entorno y en su pasado. Claro que no todos tenemos el instinto de sabueso de mi mujer.

—No estoy segura de que me sienta orgullosa de haber sospechado de él como lo hice —afirmó Becks con pesar—. Pero, bueno, no podemos quedarnos aquí fuera, Judith, tenemos entradas para el debut teatral más candente que esta ciudad ha visto en décadas.

—No lo digas así —protestó Judith mientras estampaba los pies contra el suelo para motivarse—. Pero tienes toda la razón: atrapo asesinos, puedo estar en un escenario.

Judith echó a andar hacia la trasera del edificio para entrar por la salida de incendios, que estaba abierta. Becks y Colin entraron por delante, donde una mujer con una banda azul clara les cogió las entradas y los dejó entrar en el auditorio. Entre el trasiego de personas que iban a por algo de beber a la mesa sobre caballetes que había al fondo, Becks y Colin vieron a Suzie con una copa de vino tinto en cada mano. Fueron con ella.

—No tenéis nada de beber —observó Suzie—. Tomad, quedaos con lo mío, iré a por más —añadió mientras cedía sus dos copas a sus amigos y volvía a la mesa.

Becks vio a Verity al fondo de la sala, con una libreta en la mano, y detrás de ella, en una plataforma, Duncan revisaba todos los cables que entraban y salían de las mesas de luces y sonido.

Suzie volvió con otras dos copas de vino.

—Yo todavía tengo —rehusó Becks.

—Estas son para mí —dijo Suzie antes de dar un sorbo a una de ellas —. Vamos a sentarnos, esto está a punto de empezar.

*

Mientras Suzie, Becks, Colin y el público empezaban a tomar asiento, en el *backstage* el elenco estaba sumamente tenso, y a Judith le estaba costando controlar los nervios. Para no pensar en lo que estaba a punto de pasar, se centró en cómo había traicionado Hugo a Chloe. Judith sabía muy bien que debajo de hasta la más brillante de las fachadas podían acechar los embustes. Se sorprendió haciendo girar la alianza de boda de su mano izquierda al tiempo que sus pensamientos

comenzaban a deslizarse al pasado y a la perogrullada esa de «antes de que te cases, mira lo que haces». Aunque en realidad no es que fuese eso lo que había pasado con Judith y su marido.

Pese al calor que hacía en el *backstage*, un escalofrío le recorrió la espalda a Judith. La historia de Chloe y Hugo le había afectado, lo notaba. Así que tomó la decisión consciente de dejar la alianza y ver lo que se estaba desarrollando en el escenario. Y, al hacerlo, se dio cuenta de que la obra había empezado y sus compañeros rebosaban seguridad y estaban arrancando muchas risas al público.

Lo más revelador de todo fue la señora Eddingham en el papel de lady Bracknell. Era cierto que no parecía saber muy bien lo que estaba haciendo o adónde iba, pero entró cuando le dieron el pie, dominó el escenario e hizo que el público se partiera de risa con un enarcar de ceja. A Judith le encantó descubrir que toda la grandilocuencia de la señora Eddingham ciertamente se basaba en que era muy buena actriz.

Cuando terminó el primer acto, Judith fue a hablar un momento con la estrella de la obra.

—Es usted increíble —aseguró.

—Ninguno de nosotros lo seremos hasta que termine el tercer acto —respondió la señora Eddingham—. Pero estoy impaciente por que llegue nuestra escena, Judith —añadió con una sonrisa—. Creo que lo va a hacer de maravilla.

Judith no compartía del todo la fe de la señora Eddingham, pero sabía que no tenía más remedio que intentar hacerlo lo mejor posible. En el segundo acto, salió a las luces y se detuvo un instante antes de ir al escenario hasta donde tenía que situarse para interpretar su escena. Le sirvió de ayuda que se suponía que su personaje era remilgado y formal, así que Judith sabía que no tenía que hacer mucho más que moverse cuando se suponía que debía moverse y decir su texto cuando le tocara. De las demás personas que se encontraban en el escenario dependía hacer que la escena avanzase. Al cabo de un rato incluso consiguió relajarse lo suficiente para ver la actuación de Toby con imparcialidad. A su juicio, la actuación de su compañero seguía pareciendo igual de carismática que siempre, pero Judith tuvo que reconocer que Toby no tenía tablas, y quizá la señora Eddingham y Rob Hooker estuviesen en lo cierto cuando decían que —después de todo— no era muy bueno.

Cuando llegó el segundo entreacto, Judith se dio cuenta de que se estaba divirtiendo como hacía años que no se divertía. También supo que no volvería a subirse a un escenario. Ya le resultaba evidente que la semana de funciones sería agotadora. Sencillamente no era propio de su naturaleza exhibirse así delante de un público. El teatro *amateur*, decidió, era un poco como pedalear en tándem: muy divertido, pero no hacía falta repetirlo.

Sintiéndose cada vez más segura con la actuación de todo el mundo, Judith logró disfrutar de sus escenas en el tercer acto incluso más. Era de lo más extraño que estuviese atrapando asesinos por la mañana y actuando por la tarde. Incluso se sorprendió pensando otra vez en el sinvergüenza de Hugo. Y pensar en él la llevó a abrigar una pequeñísima duda en lo que respectaba a lo que había contado Lizzie de cómo había matado a Oliver, pero Judith dejó que sus pensamientos alzaran el vuelo un momento antes de morir. Después de todo, se dijo por centésima vez, Lizzie había confesado haber matado a Oliver de dos disparos y Lance la había visto hacerlo, ese era el principio y el final del asunto.

Sin embargo, había algo que seguía haciendo que sus pensamientos volvieran a Hugo. Mientras trataba de averiguar cuál era el motivo, fue vagamente consciente de que la señora Eddingham la estaba mirando, y de pronto se percató de que le acababan de formular una pregunta. Salió de su ensimismamiento, pero, por suerte, el público pensó que formaba parte de la actuación y se rio afectuosamente de la distracción de la señorita Prism.

Judith declamó lo que le tocaba decir e intentó relajarse a medida que la escena progresaba; sin embargo, la adrenalina que se había liberado en su sangre al ser consciente de que no había entrado cuando debía ahora corría por su cuerpo, y no podía evitar sentirse agitada. Y saber que Chloe no se había planteado que Hugo no fuese de fiar estaba avivando la sensación de pánico que tenía. De hecho, casi se estaba disociando de sí misma mientras se hallaba en el escenario. Parecía estar haciendo su escena y al mismo tiempo echando a volar de manera vertiginosa mentalmente. Vio que la señora Eddingham la miraba con creciente preocupación mientras ella se sumía en sus pensamientos, pero, como una golondrina que vuelve una y otra vez a zambullirse en

un estanque para beber, ella seguía regresando a la confesión de Lizzie. ¿Qué era lo que le estaba dando esos quebraderos de cabeza?

—¡Prism! —vociferó la señora Eddingham encarnando a lady Bracknell desde el otro lado del escenario, y Judith centró su atención de nuevo en las personas que tenía delante—. ¿Dónde está el niño?

—Lady Bracknell —repuso Judith encarnando a la señorita Prism —, me avergüenza reconocer que no lo sé. ¡Qué más quisiera yo que saberlo! Los hechos han sido los siguientes: la mañana del día que usted ha mencionado, día estigmatizado para siempre en mi memoria, me dispuse, como de costumbre, a sacar a pasear al niño en su cochecito. Llevaba también una vieja bolsa de viaje en la que quería poner el manuscrito de una obra de ficción que había escrito durante mis escasos ratos libres. En un momento de distracción que nunca podré perdonarme coloqué el manuscrito en el cochecito y al niño en la…

Judith dejó la frase en puntos suspensivos en lugar de decir la última palabra de su parlamento —«bolsa»—, y la señora Eddingham o lady Bracknell la miró con cara de perplejidad.

—¿Qué sucede, señorita Prism? —la interpeló con su voz más autoritaria.

Pero era demasiado tarde. Judith ya no era la señorita Prism —ni apenas ya Judith, en realidad—, era el único pensamiento de que la señorita Prism había hecho las cosas en el orden equivocado. Debería haber metido al niño en el cochecito y el manuscrito en la bolsa de viaje, pero la señorita Prism había hecho esas dos cosas al revés y ahí fue cuando el intermitente pensamiento que la había estado persiguiendo prendió fuego.

—¡Carajo! —exclamó Judith.

—¡Señorita Prism! —exclamó a su vez la señora Eddingham.

—Los puse donde no era —afirmó Judith, y nadie, y mucho menos ella misma, supo si lo decía la señorita Prism o la propia Judith—. Primero iba el niño y después el manuscrito, pero lo hice al revés, primero el manuscrito y luego el niño.

—Señorita Prism, ¿de qué demonios está hablando? —dijo la señora Eddingham mientras comunicaba desesperadamente a Judith con su mirada que tenía que volver al guion—. ¿Dónde metió al niño?

—Perdone, perdone —se disculpó Judith distraídamente mientras pensaba en la lógica de lo que acababa de deducir.

—¿De verdad colocó al niño en una bol...?

—¿Lance? —llamó Judith, interrumpiendo a la señora Eddingham.

—¡Señorita Prism! —prácticamente chilló la señora Eddingham.

—Perdone, lady Bracknell —pidió Judith mientras se volvía hacia el público—. ¿Está aquí Lance Goodman?

Se oyó un murmullo entre el público cuando todo el mundo fue consciente de que Judith había desbaratado la función. Desde donde se encontraba, al fondo del auditorio, Verity se levantó de su asiento, pero a Judith no le importaba mucho lo que pensase Verity. Antes de que pudiera hablar, una mujer respondió:

—Está en la parte de atrás.

La mujer era Suzie.

Judith sonrió para sus adentros al percatarse de que Suzie se había fijado en el asiento que ocupaba Lance en el teatro.

—Lance, por favor, póngase de pie y dé un paso al frente —solicitó Judith.

Se oyó el arañar de una silla y alguien se levantó.

—¿Quiere hacer esto ahora? —se extrañó él, irritado.

—¿Está seguro de que vio a Lizzie disparar dos veces a Oliver?

—¿A qué viene esto?

—¿No tres veces? ¿Ni una? ¿Dos?

—Si con esto retoma usted el hilo de la obra, le diré que sí, estoy seguro. Vi que Lizzie le descerrajaba dos disparos.

El público ahora seguía embelesado la conversación que estaban manteniendo Judith y Lance, era como si estuviese viendo un partido de tenis.

—En tal caso, necesito hablar con Verity, Duncan y Toby. —Judith miró a su alrededor y vio a Toby entre bambalinas—. Ah, perfecto —aseguró—. Toby, ¿estaba usted en su camarote a las seis de la tarde, cuando mataron a Oliver, sin lugar a dudas?

—Ya se lo he dicho —contestó Toby, profundamente avergonzado.

—¿Y ustedes dos? ¿Verity, Duncan?

—Ambos recibimos el mismo mensaje —repuso Duncan desde el fondo del auditorio—. Usted ya sabe que estábamos allí.

—¿Verity?

—Sí —espetó esta, furiosa con Judith por echar a perder la función.

—Que alguien llame a la policía —resolvió la señora Eddingham.

—No será necesario —aseveró una voz de mujer desde el centro de la sala. A continuación, Tanika se puso de pie—. Ya está aquí: soy la inspectora Malik —añadió, a modo de explicación—. ¿Qué ocurre, Judith?

—Tengo una última pregunta —dijo Judith—. ¿Alguna de las personas que estaba en el Marlow Belle vio la pistola de Duncan en la cubierta de la parte posterior del yate cuando salió de su camarote después de las seis?

Ninguno de los testigos dijo nada.

—Es de una importancia vital —aseguró Judith—. Lizzie Jenkins contó que el arma se le cayó al suelo después de disparar a Oliver. Verity, usted fue la primera en salir después de las seis, ¿no es verdad?

—Muy bien, ya que lo pregunta, no vi ningún arma —contestó Verity—. Pero no puedo decir que la estuviese buscando.

—¿Duncan? ¿Toby?

—No —negó Duncan desde el fondo del auditorio, y Judith vio que Toby sacudía la cabeza entre bambalinas.

—¿Qué ha dicho Toby? —quiso saber una mujer del público—. No lo vemos.

—Ha negado con la cabeza —le respondió Judith.

—Gracias —contestó la voz.

—¿Puede decir usted lo mismo, Lance? ¿Me está diciendo que no vio un arma cuando fue a la cubierta posterior después de que disparasen a Oliver?

—Yo no vi ningún arma —aseguró Lance—. Y la estaba buscando.

Judith miró a su alrededor, a los actores que se hallaban en el escenario —procurando obviar a la furiosa señora Eddingham—, y después a la flor y nata de Marlow, que había acudido al estreno. Por más que sintiese haber interrumpido la velada de todo el mundo, ahora sabía que no había tenido más remedio que hacerlo.

A pesar de la confesión que había hecho, Lizzie Jenkins no había matado a Oliver Beresford. Había sido otra persona. Y esa persona se encontraba en la sala con Judith en ese preciso instante.

Había llegado el momento de desvelar quién era el asesino.

Capítulo 36

Había un problema. Aunque creía haber identificado al asesino de Oliver, mientras estaba bajo las luces del escenario con la sensación de que todo Marlow la estaba mirando, Judith no era capaz de dilucidar cuál había sido el móvil, lo cual resultaba un tanto embarazoso. Una cosa era parar una función para anunciar el nombre de un asesino, pero difícilmente lo podía hacer si no podía explicar por qué la persona en cuestión había apretado el gatillo. Después de todo, aparentemente tenía todo el sentido del mundo que lo hubiese hecho Lizzie. En cuanto rompió la carta en la que la RADA comunicaba a Lizzie que la habían aceptado, Oliver le arruinó la vida de tal modo que era comprensible que lo quisiera muerto tantos años después. Aunque —Judith recordó sorprendida— era extraño que, cuando Lizzie se lo dijo a la cara en el Marlow Belle, Oliver contestase que no había sido él quien había roto esa carta.

—¿Estás bien, Judith? —le preguntó Becks entre el público, y Judith fue consciente de que llevaba un buen rato allí en silencio.

—Un momento, ya casi lo tengo —contestó ella para ganar unos segundos más, pero se dio cuenta de que no iba a dar con la respuesta. Y justo al dejarlo estar, la verdad encajó con la misma satisfacción con la que ella abría una lata de caramelos de viaje.

«¡Ajá!», exclamó para sus adentros, casi con asombro. Cayó en la cuenta de que era de lo más evidente, si se pensaba bien y de manera lógica. Había hecho bien en pensar que Chloe no había sabido ver el carácter de Hugo y había hecho bien en pensar en la carta de admisión de la RADA.

—Debo insistir en que siga usted con la obra o desaloje el escenario —afirmó la señora Eddingham con toda la autoridad que le confería su papel.

Judith la miró y comprendió que la señora Eddingham no sabía que ella estaba a punto de desvelar la verdadera identidad del asesino.

Judith fue hacia ella.

—¿No quiere saber quién disparó a Oliver Beresford? —le preguntó.

—Naturalmente que no. Quiero terminar la obra —aseveró la señora Eddingham con creciente pánico.

—Entonces, lo único que puedo decir es que lo siento, porque ha llegado el momento de que este juego termine.

—¿Qué juego?

—Eso digo yo: ¿qué juego?

Judith le dio la espalda a la señora Eddingham, fue hacia la parte frontal del escenario dando zancadas y clavó la vista en una mujer que estaba sentada en la primera fila.

—¿No es así, Rebecca Lewis?

Rebecca Lewis, la exprofesora y pintora aficionada, miró a Judith desde donde estaba en la primera fila como un conejo delante de los faros de un coche.

—Fue usted quien mató a Oliver Beresford.

El público profirió un grito ahogado cuando cayó en la cuenta de que el drama que estaba presenciando era bastante más emocionante que la comedia costumbrista que pensaba que iba a ver.

Rebecca se señaló, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—¿Q-qué? —balbuceó.

—Usted mató a Oliver Beresford —aseguró Judith, que agradecía que Rebecca les hubiese dicho cuando habían hablado que siempre asistía al estreno de todas las obras de la MADS.

—No fue ella —objetó alguien desde la oscuridad, y Lance se levantó—. Vi que Lizzie le disparaba. Dos veces.

—No estoy diciendo que no le disparase —repuso Judith—, pero párese a pensar en esto: aunque abriese fuego dos veces, ¿cómo sabemos que dieron en el blanco? ¿Cómo sabemos que el niño de la señora Prism acabó en el cochecito? Verá usted, la inspectora Malik me dijo que a Oliver le dispararon dos veces y que el primer disparo se efectuó desde muy cerca y se alojó en el estómago. Fue el segundo, al corazón, el que lo mató. Y se efectuó desde cierta distancia.

—¿Cómo puede usted saber eso? —quiso saber un hombre del público.

—Por la dispersión de los residuos de disparo en la ropa de la víctima —respondió Tanika desde su asiento en el auditorio, y el público profirió un pequeño «oooh» de apreciación—. Y por la ausencia de quemaduras alrededor del orificio de entrada. Judith tiene razón, el primer disparo que se efectuó contra el señor Beresford entró por el costado y se hizo a bocajarro. La segunda bala (la que lo mató) se disparó desde alrededor de un metro y medio.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó Judith, a la que no suponía ningún problema ocupar el centro del escenario ahora que tenía un asesinato que resolver—. El primer disparo se efectuó desde cerca y el segundo desde lejos. Pero cuando nos contó cómo pensaba él que se había cometido el crimen, Lance dijo que el primer disparo lo efectuó Lizzie desde cierta distancia y Oliver cayó al suelo para acto seguido levantarse y forcejear con ella. En ese momento ella le descerrajó otro tiro, desde cerca.

»En su momento no le di mucha importancia. Después de todo, puesto que estaba conmocionado con lo que había visto, difícilmente era una sorpresa que Lance hubiese recordado mal el orden exacto de lo que sucedió esa tarde. Pero la cuestión es que, cuando Lizzie confesó el asesinato y nos contó lo que había sucedido, corroboró lo que dijo Lance. Lizzie dijo que primero disparó a Oliver desde alguna distancia y él cayó al suelo, como nos confirmó Lance. Luego Oliver se levantó de un salto y atacó a Lizzie, y solo entonces le dio ella el *coup de grâce* con una segunda bala disparada desde muy cerca. Ahí fue cuando él cayó al suelo por última vez.

»No estoy segura de si lo habría descubierto hasta que estaba declamando mi texto como la señorita Prism, donde un manuscrito que acaba por error en un cochecito y un niño en una bolsa de viaje me llevó a pensar en si la primera bala habría ido a parar a un sitio distinto. En otras palabras, ¿y si no acabó en el estómago de Oliver? De hecho, ¿qué habría ocurrido si no le hubiese dado? Porque si ese primer disparo erró el blanco, de pronto todo lo que se afirma de esa tarde (de los testigos al informe del forense) coincide. Después de todo, me resultó un tanto extraño desde el primer momento que, después de que le dispararan al costado, Oliver atacase a Lizzie. No puedo evitar tener la sensación de que si tuviese una bala en el estómago, caería al suelo y no me

levantaría. Así que, déjenme que les cuente lo que pasó aquella tarde. El plan de Oliver era matar a Lizzie Jenkins desde el principio.

—¡No! —exclamó Verity desde el fondo de la sala.

—Lo siento, Verity, pero es así. Él sabía que el cáncer iba a acabar con él de todas formas, así que decidió dejar este mundo envuelto en gloria. Para ganar por fin la fama que sentía había merecido durante toda su vida y no había alcanzado nunca. Iba a formar parte de un caso de asesinato que desconcertaría y asombraría al mundo durante décadas. O esa era la idea, porque su mayor defecto (querer ser el centro de atención) también fue el motivo por el que su plan no salió bien. En lugar de disparar a Lizzie directamente, tenía que contarle lo que estaba haciendo, y eso le dio a Lizzie los pocos segundos que necesitaba para recomponerse y elegir el momento preciso para quitarle el arma.

»¿Y qué pasó a continuación? Bien, naturalmente, a ciencia cierta no lo sabemos, pero sí contamos con los testimonios de Lizzie y Lance de que, en cuestión de segundos, Lizzie disparó el arma por primera vez, apuntando a Oliver desde cierta distancia. Pero, como ha confirmado la inspectora de policía, según el informe del forense, la primera bala que acertó a Oliver se disparó a bocajarro. Por lo tanto, la primera bala que disparó Lizzie debió de errar el blanco. Nunca sabremos dónde terminó. Puede que fuese a parar al río. O a un campo. Sin embargo, el miedo hizo que Oliver se tirase al suelo, una reacción perfectamente comprensible teniendo en cuenta que alguien acababa de dispararle, aunque no le diera. Después, en cuanto comprendió que no estaba herido, se levantó de un salto y atacó a Lizzie para intentar arrebatarle la pistola, y ahí fue cuando ella le disparó desde muy cerca: la segunda bala que se disparó esa tarde, pero la primera que le acertó. Y, como confirmó más tarde el forense, esa bala le entró por el costado a Oliver, lo que explica las pruebas que encontró la policía al día siguiente en el Marlow Belle cuando investigó la escena del crimen: en la cubierta había sangre de Oliver y dos casquillos de bala.

»Pero volvamos a los segundos que siguieron al segundo disparo que efectuó Lizzie. Qué sucedió exactamente a continuación será difícil de demostrar, dado que Oliver ya no está aquí para contárnoslo, pero creo que podemos adivinar el meollo. Mientras Oliver se desangraba,

Lizzie tuvo que tomar una decisión: confesar lo que había hecho (que había disparado a Oliver en defensa propia) o intentar salir impune. Y Oliver estaba tendido en la cubierta, a unos centímetros del agua. Entiendo por qué decidió en ese momento tirarlo al río. No lo apruebo, desde luego, pero entiendo por qué pudo hacerlo. Ese hombre había intentado matarla. A su juicio, era lo menos que se merecía. Lo único que no sabía era que le había dado a Oliver en un costado, pero no lo había matado en el acto.

»Sin embargo, sin que ella lo supiese, Oliver cogió la pistola al caer al agua. Era lo lógico. Pese al dolor atroz que debía de estar padeciendo, sabía que el arma era la prueba de que Lizzie acababa de dispararle. En ella estaban sus huellas. Iría a la cárcel por haber intentado asesinarlo, así que la cogió y se aseguró de no soltarla cuando ella lo tiró al Támesis.

»No olvidemos, no obstante, que el yate estaba volviendo a Marlow e iba contra corriente, de modo que esta arrastraría a Oliver. ¿Se hizo el muerto? ¿O dio pies y manos para intentar salvarse? Lizzie nos lo podrá decir a su debido tiempo, pero, en cualquier caso, sabía que Oliver no viviría mucho. No estando en medio un río con dos balas en el cuerpo, como pensaba ella.

»No nos equivoquemos, Oliver estaría sangrando profusamente, pero estaba vivo cuando la corriente lo llevó hacia Cookham. La inspectora Malik nos reveló que no se encontró agua en sus pulmones y, por consiguiente, cree que murió antes de que cayese al río. Sin embargo, ahora podemos suponer que si no se encontró agua en sus pulmones fue porque estaba vivo cuando cayó al agua y, sencillamente, mantuvo cerrada la boca.

»Y aquí es donde entra usted en juego, Rebecca. Usted era la única persona que estaba cerca, ¿sabe? Y se encontraba pintando en esa playita del meandro del río. Así que reconstruyamos lo que pasó, ¿le parece? Porque Oliver seguía vivo cuando cayó al agua y seguía estando vivo cuando llegó a la playa en la que usted estaba pintando. Y entonces fue cuando le quitó el arma, disparó desde poco más de un metro y lo mató. Esa fue la tercera bala que se disparó esa tarde, pero solo la segunda que se alojó en el cuerpo de Oliver. El disparo que lo mató le atravesó el corazón y significó que había muerto antes de que tocase el suelo.

Un hombre del público se aclaró la garganta para captar la atención de todos y afirmó con voz nasal:

—Creo que descubrirá usted que no es posible disparar una pistola después de que haya estado en el agua.

—La pistola en cuestión era una Bersa Thunder 9mm del ejército argentino: resistente al agua. Le ruego que procure no interrumpir —pidió Judith.

Se oyó un pequeño aplauso y un suave murmullo de aprobación al corte que Judith le dio al hombre, lo que le permitió centrar de nuevo su atención en Rebecca.

—Una vez muerto, la cosa no pudo ser más fácil. Oliver ya estaba en la orilla del agua, lo empujó usted al río y dejó que la corriente se lo llevase de nuevo, sabiendo que su cuerpo aparecería en algún lugar río abajo. En cuanto a la pistola, deshacerse de ella fue igual de sencillo. Recogió usted sus útiles de pintura y se llevó el arma mientras regresaba a Marlow. Cuando hubo puesto bastante distancia entre usted y el lugar en el que mató a Oliver, lanzó el arma al Támesis. Pensó que nunca la encontrarían y, en caso de que la encontraran, cualquier huella dactilar o ADN los habría borrado el agua hacía tiempo.

—¿Por qué está contando todas estas mentiras de mí? —interpeló Rebecca tanto a Judith como a las personas que tenía al lado en la sala.

—Porque no son mentiras. Y es profundamente irónico para el pobre Oliver, porque se tomó muchas molestias en crear una obra grandiosa. El sensacional asesinato de la estrella de Hollywood Lizzie Jenkins. Lo que por fin explica por qué la policía encontró una de las invitaciones de la propia Lizzie Jenkins en el bolsillo de Oliver después de que hubiese muerto. Oliver iba a matar a Lizzie y a continuación escabullirse deprisa a su camarote para que (al igual que Verity, Duncan y Toby) tuviese la misma coartada que aparentemente los libraba de sospecha a todos. Lizzie Jenkins les había pedido a todos que fueran a sus respectivos camarotes a las seis, así que tenían que ser inocentes por fuerza, ¿o acaso no?

»Pero Oliver también se aseguró de que hubiese distintas pruebas que incriminaban a cada una de las personas que se encontraban en el yate, suscitando así la posibilidad adicional de que todos estuvieran conchabados. Iba a ser la obra cumbre de su vida. Pero todo se vino

abajo cuando Lizzie le arrebató el arma. En lugar de que él le disparase a ella, ella le disparó a él. Y después ni siquiera murió a manos de Lizzie, lo cual al menos habría sido un final sensacional para Oliver. La corriente lo arrastró río abajo, herido, pero no mortalmente, para que al final acabase con él una profesora de ciencias jubilada. Hecho este que, además, tampoco formaba parte de un gran plan. Fue algo totalmente imprevisto, una decisión impulsiva.

»Porque ese día usted no tenía la intención de cometer un asesinato, ¿no es así? —interpeló Judith a Rebecca—. ¿Cómo iba a hacerlo? Era imposible que supiera que Oliver iba a intentar matar a Lizzie en la parte trasera de un yate de recreo esa tarde.

»Llegados a este punto, debo pedir disculpas a las personas que se encontraban a bordo del Marlow Belle esa tarde. Estaba tan convencida de que el asesinato tenía que haberse cometido en el barco que pasé por alto a la mujer que se hallaba cerca esa tarde. Está claro que Rebecca era una ciudadana respetable de la comunidad, ¿por qué debería haber sospechado de ella? Igual que mi buena amiga Becks no tenía ningún motivo para sospechar del respetable novio de su hija. Pero la triste verdad es que uno no se puede fiar de nadie.

—Entonces, ¿por qué lo mató? —quiso saber una mujer del público.

—¡Chsss! —se quejaron otras voces.

—No, es una buena pregunta —concedió Judith—. Que no tenía el menor sentido para mí hasta hace un instante. Verán ustedes, una cosa era descubrir que Rebecca tenía que ser por fuerza el asesino, pero ha dado usted en el clavo: ¿por qué? Esa era la cuestión. Así que intenté recordar todo lo que nos contó la propia Rebecca cuando la conocimos, durante la tarde del Art Trail. Y debo confesar que nada de lo que dijo sugería ni remotamente que pudiera tener un motivo para querer matar a alguien, menos a Oliver Beresford. O eso pensaba yo. Verán, Lizzie no había vuelto a pisar Marlow desde que era una adolescente, y solo estuvo aquí un día antes de que Oliver muriese, así que daba la sensación de que la respuesta debía de hallarse en su pasado. Entonces fue cuando recordé que Rebecca tenía un ejemplar sobado de la autobiografía de Lizzie (además de montones de revistas cuya protagonista era Lizzie), lo cual resulta un poco raro, si bien solo soy consciente de ello ahora. Después de todo, Rebecca nos contó que

Lizzie solo había despertado su interés después de que asesinaran a Oliver. No obstante, si ese era el caso, ¿por qué estaba tan manoseado su ejemplar de su autobiografía? ¿Por qué todas las revistas eran de hacía tanto tiempo? ¿Y por qué las recogió inmediatamente cuando empezamos a hacer preguntas? Así que me pregunté si sería posible que Rebecca conociese a Lizzie antes de que esta se fuera a Estados Unidos.

»Pero no sabía cómo podía ser ese el caso. Rebecca daba clases en el otro colegio de Marlow. Sin embargo, se fue de la lengua cuando dijo que era hija de un pastor y que ella siempre «ayudaba a los chavales» antes de dedicarse a la enseñanza, lo que me recordó que Lizzie nos había contado que había una orientadora en el club juvenil de Marlow a la que le había hecho la vida imposible cuando acudía allí de adolescente. Lo cual es una buena oportunidad para preguntar: Joshua Smith, ¿está usted aquí? —dijo Judith al tiempo que hacía visera con la mano para protegerse los ojos de la luz.

Se oyó el arañar de una silla al retirarla y un señor de cierta edad con una chaqueta de punto que se encontraba hacia el fondo del auditorio se levantó.

—Soy yo —respondió.

—Estupendo. ¿Recuperado de su operación?

—Estoy mucho mejor, gracias. Pero me figuro que no querrá hablar conmigo por eso.

—No, quería saber si encontró algún documento del club juvenil y si lo ha traído aquí esta tarde.

—Pues da la casualidad de que sí, y los he traído.

—Lléveme hasta ellos —pidió Suzie, que se levantó y se abrió paso entre su fila para salir—. Me puede dar a mí esos documentos.

—Buena idea —aplaudió Judith mientras Suzie y Joshua salían juntos del auditorio—. No estaría de más contar con esa corroboración. Veamos, ¿por dónde iba? —dijo Judith.

—Nos estaba contando por qué esa mujer mató a Oliver —le refrescó la memoria un hombre.

—Era una pregunta retórica, Roger —señaló una mujer.

—Perdona, Sue.

—Ahora es cuando llegamos al suceso clave que se dio en el pasado —retomó el hilo Judith, haciendo caso omiso tanto de Roger como de Sue—. Que fue tan perverso que su onda expansiva llevó a asesinar todas estas décadas después. El hecho es que, después de que a Lizzie la echara de casa su madre, una orientadora le dio la bienvenida al club juvenil de Marlow, pero Lizzie nos contó que esta persona también le sugirió que pusiera como su dirección la del club para, de ese modo, poder decidir las opciones de formación que tenía. Y ahí es donde (en el presente) cometimos un terrible error, incluida Lizzie. Sabíamos que la RADA le envió la carta en la que le informaba de que había sido aceptada para estudiar con ellos. Y sabemos que dicha carta llegó porque la enviaron certificada con acuse de recibo. Pero supusimos que la habían enviado a la dirección de Oliver, que es donde Lizzie estaba viviendo por aquel entonces. Sin embargo, en ese momento la vida de Lizzie era caótica, y habría sido perfectamente propio de ella no haber cambiado su dirección a la casa de Oliver, lo que significó que, cuando la carta llegó, no fue a parar a la casa de Oliver, sino al club juvenil, ¿no es verdad, Rebecca?

Rebecca estaba mirando a Judith como si esta fuese un fantasma.

—Cuando la carta llegó, usted vio que iba dirigida a Lizzie y que tenía el logotipo de la RADA. Con esa carta, usted sabía que tenía el futuro de Lizzie en sus manos. Literalmente. La adolescente que había hecho que su vida fuese un infierno y que la había martirizado sin piedad. Así que tomó una decisión impulsiva: tiró la carta a la basura. A su juicio, era lo que Lizzie se merecía, aunque fuese mezquino.

»¿Cuándo empezó a arrepentirse de lo que había hecho? No inmediatamente, desde luego: usted no sabía hasta qué punto ese gesto repercutiría en la vida de Lizzie. Esta se fue de Marlow poco después, así que me imagino que tardaría usted algún tiempo en acordarse de ella. Pero cuando empezó a triunfar como actriz en Hollywood, debió de darse cuenta usted de que esa era la Lizzie Jenkins cuya carta de admisión usted había roto. Tal vez sintiese alivio al ver que, después de todo, había triunfado como actriz. O puede que ya hubiese empezado a sentirse culpable por lo que le había hecho.

»Si tuviera que adivinar, usted solo entendió el dolor que le causó cuando Lizzie publicó su autobiografía. Los años de maltrato que

siguieron. Su adicción a las drogas. Fue usted consciente de que tenía la culpa de todo eso. Y ese es el motivo de que hubiera leído una y otra vez su autobiografía. ¿Cuándo supo que Lizzie había vuelto a Marlow?

—No tengo por qué contestar a esa pregunta —espetó Rebecca.

—Muy bien. Usted nos dijo que no vio salir al Marlow Belle esa tarde cuando empezó a montar sus útiles de pintura en la orilla del río, pero creo que es mentira. Creo que vio usted salir el yate y vio que Lizzie Jenkins estaba bebiendo espumoso con los demás en la cubierta posterior.

Rebecca no dijo nada, pero Judith reparó en un mínimo movimiento del mentón que parecía el principio de un asentimiento.

—Debió de ser todo un golpe verla de vuelta en Marlow y, cuando empezó a pintar la escena, creo que su cabeza volvió al mal que le había hecho usted hacía todos esos años. El sufrimiento que le había causado, el daño que le había infligido. Y por eso esperó a que el barco regresara para poder incluirlo en el cuadro. Era su intento (tal vez cosa del subconsciente) de admitir la relación que la unía a Lizzie. Pero cuando el Marlow Belle pasó por delante de usted, en la parte posterior del barco no había ni rastro de Lizzie. Solo estaba Oliver en proa, en la cabina, pidiendo a Lance que aumentase la velocidad porque la había visto a usted pintando en la orilla del río.

»Cuando el barco dio la vuelta al recodo y se dejó de ver, ¿vio usted que Lizzie y Oliver salían a la parte posterior del yate? ¿Vio incluso que ella le disparó? ¿O la primera vez que supo que estaba pasando algo fue cuando oyó los dos disparos y después vio un cuerpo que la corriente arrastraba hacia usted? Me figuro que Oliver no estaba en muy buena forma con una bala en el costado. Puede que incluso la viera a usted en la penumbra y fuese hacia usted pensando que lo salvaría. Tendría sentido. Pero entonces llegamos al momento crucial. De una manera o de otra, Oliver llegó hasta la orilla (sufriendo un dolor espantoso, imagino, y aterrorizado), pero tendría un único propósito, que sería contarle a la primera persona que viese que Lizzie había intentado matarlo, lo había tirado al río creyendo que había muerto y sus huellas estaban en el arma que él tenía en la mano. Debía asegurarse de que ella fuese a la cárcel por haber intentado matarlo.

»Sin embargo, Oliver no sabía que usted se había pasado esos últimos meses atormentándose por el daño que le había causado a Lizzie hacía todos esos años. Y en ese momento, cuando vio a Oliver delante, creo que pensó que ese era el destino que por fin le ofrecía una posibilidad de redención. No sé si Oliver le entregó el arma para que usted la pusiera a buen recaudo o si usted se la quitó, pero usted dio unos pasos atrás, lo apuntó con la pistola y abrió fuego: la bala le fue directa al corazón.

»Ese fue el tercer disparo que se efectuó esa tarde, pero solo la segunda bala que se alojó en el cuerpo de Oliver. Y alrededor no había nadie que oyese ese tercer disparo salvo Oliver y usted. Fue lo último que oyó Oliver.

Judith vio que Rebecca tenía lágrimas en los ojos, pero tuvo que recordarse que daba lo mismo cuáles fuesen las circunstancias, que lo que estaba mal estaba mal. Por eso ella seguía llevando su alianza de boda después de todos esos años. Sabía que uno cargaba durante el resto de su vida con las decisiones que tomaba.

Mientras Judith hablaba, Becks había bajado hasta la parte de delante del auditorio y ahora se había plantado delante de Rebecca.

—Lo siento mucho —dijo esta al ver a Becks.

—Sabe que tendrá que efectuar una confesión, ¿no? —apuntó Becks—. Porque, si no lo hace, Lizzie irá a la cárcel por un crimen que no cometió. La habrá perjudicado por segunda vez.

Al fondo de la sala las puertas se abrieron de sopetón y Suzie entró corriendo con unos viejos libros mayores en las manos. El público profirió un grito ahogado debido a la interrupción, pero no tardó en mostrarse entusiasmado al ver quién era. Joshua iba detrás de ella, un poco más tranquilo.

—Los tenemos —afirmó Suzie mientras intentaba recuperar el resuello y entregaba a Judith, en el escenario, los libros—. Joshua tiene todos los documentos de hace años del club juvenil de Marlow. Estos cubren los ochenta y noventa, todos los niños que entraban y salían y los orientadores que se encontraban presentes cada una de esas veces.

—¿Es necesario que miremos? —preguntó Judith a Rebecca.

—No —negó esta con un susurro apenas audible—. Mi nombre aparecerá ahí. Con el de Lizzie Jenkins. Es verdad, todo lo que ha dicho

usted. Eso es lo que pasó. Cuando Oliver salió del río, me pareció que era un milagro. Podía enmendar un mal que había cometido en el pasado. Lo único que tenía que hacer era apretar el gatillo...

Tanika se aproximó.

—¿Rebecca Lewis? —preguntó.

Rebecca miró a Tanika e hizo un gesto afirmativo. Entendía lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Vendrá usted conmigo sin oponer resistencia?

Rebecca comenzó a sollozar. Tanika le pasó un brazo por los hombros y la ayudó a abandonar el auditorio. El público la siguió con la mirada, arrobado.

Cuando se hubo ido, nadie supo cómo romper el silencio. Nadie, esto es, salvo una persona.

—¿Podemos terminar mi escena, por favor? —preguntó la señora Eddingham.

Capítulo 37

Para consternación de la señora Eddingham, el público se puso a hablar animadamente, Duncan encendió las luces del teatro y la función terminó. En cuanto a Judith, dilucidar lo que había sucedido el día que habían matado a Oliver la había dejado completamente agotada.

—No sé cómo lo haces —dijo Suzie, orgullosa a más no poder, cuando Judith se unió a sus amigas en el auditorio unos minutos después.

—Solo fue cuestión de seguir hasta el final la lógica de la situación.

—Pobre Rebecca Lewis —se compadeció Becks.

—Pobre Oliver Beresford —corrigió Judith para recordarle a su amiga a quién había de atribuir la culpa en ese caso.

—Sí, naturalmente.

Verity se acercó a ellas, un tanto insegura.

—Gracias —dijo a Judith—. ¿De verdad Oliver lo planeó todo así?

—De verdad lo planeó todo así.

—Y terminó muerto a manos de alguien a quien no conocía, una profesora jubilada, para más inri. El artículo (y los titulares) se centrará en que Rebecca Lewis lo mató para compensar a Lizzie Jenkins, ¿no? Oliver no es más que un actor secundario.

Mientras hablaba, costaba saber si Verity se sentía satisfecha o no con la situación, pero Judith recordó lo buena actriz que era y supuso que, en el fondo, Verity estaba encantada de que hubiesen desbaratado los planes de Oliver en el último minuto.

Duncan se acercó y asintió en señal de agradecimiento.

—Buen trabajo —alabó como el rey que dirige alabanzas a un favorito de la corte.

—Creo que puede hacerlo mejor —objetó Judith.

—Está bien —repuso con una sonrisa reticente—. Ha sido impresionante.

Duncan dio media vuelta para marcharse, pero Becks le preguntó:

—¿Estará usted bien?

—¿Se refiere... a mi salud?

—Más adelante, si hay algo que yo pueda hacer para ayudar, no tiene más que decirlo. Si lo desea, tiene a su disposición toda una red de apoyo a través de la iglesia.

Duncan le dio las gracias con un gesto y se fue.

Judith vio que a Toby lo asaltaba media docena de mujeres, ninguna de ellas menor de setenta años. Era evidente que su actuación en el papel del reverendo Chasuble les había encantado, pero su mirada coincidió con la de Judith y él le dedicó una sonrisa afectuosa. Le sostuvo la mirada un poco más antes de volver con sus fervientes admiradoras. En esos pocos segundos, Judith vio que Toby aceptaba que solo sería un actor de teatro aficionado y que estaría satisfecho con ello. Se alegró por él.

A Judith le sorprendió ver que Suzie fruncía el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Me equivoqué —admitió Suzie—. Estaba convencida de que tu vida corría peligro, pero no era así.

—Más que eso —terció Becks—: después de todo, Lizzie no mató a Oliver.

—Lo que significa que prometiste que no volverías a hablar de las cartas del tarot —le recordó Judith.

—Eso es lo que no entiendo —se lamentó Suzie—. Nunca me habían fallado. Siempre hay un momento en el que te das cuenta de que las cartas estaban diciendo la verdad durante todo ese tiempo. Pero ahora que han arrestado a Rebecca, todo ha terminado, y en ningún momento tuviste que enfrentarte a una amenaza real.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que las cartas no estaban pronosticando el futuro?

Suzie lanzó un suspiro.

—Está bien —cedió—. Lo admito. Las cartas no predecían el futuro. Nunca hubo nada que amenazara tu vida.

*

Cuando la gente se fue, Judith supo que debería ir a la comisaría de policía de Maidenhead. Tendría que efectuar una declaración, no le cabía la menor duda. Sin embargo, no le apetecía lo más mínimo. Solo quería irse a casa, meterse en la cama y apagar las luces. En lo que a ella respectaba, mañana podía esperar hasta mañana.

De manera que dio las buenas noches a Becks y Suzie, se subió a su bicicleta y pedaleó por las nocturnas calles de Marlow. Había llovido mientras estaba en el teatro y la lluvia había limpiado las calles, que ahora relucían bajo la luz de la luna. Algunas personas salían de The Butcher's Tap cuando ella pasó por delante del pub. Mientras cruzaba el puente a toda velocidad, echó una ojeada al rugiente azud y decidió que la vida no estaba nada mal. Cuando entró en Ferry Lane y salvó la distancia que la separaba de su casa, se sentía casi animada. Se prepararía una agradable taza de Horlicks y se la llevaría a la cama. Incluso pensar en la leche malteada le hizo sonreír cuando se bajó de la bicicleta. Era una de las bebidas preferidas de su tía abuela, que era la propietaria original de la casa, y a Judith siempre le recordaba los veranos que había pasado con ella.

Así y todo, Judith cerró la puerta principal al entrar y se aseguró de echar la llave debidamente. No sabía si se sentía nerviosa debido al cansancio, pero el instinto le decía que necesitaba estar a salvo en su casa.

Cuando colgó el abrigo junto a su capa gris, Judith sonrió. Casi estaba tan paranoica como Suzie. Lo siguiente que haría sería empezar a creer en el tarot.

Fue a la sala de estar y se puso de rodillas delante de la chimenea. Al soplar en la ceniza, vio que todavía había rescoldo del fuego que había encendido después de comer, así que añadió unos cuantos leños, a sabiendas de que no tardarían en prenderse. Después se dirigió a la cocina y encendió el hervidor. Mientras esperaba a que el agua hirviese, sacó dos rebanadas de pan, las untó de mantequilla y añadió un poco de mermelada. A continuación bajó el bote de Horlicks y echó dos cucharaditas colmadas en una taza grande.

Unos minutos después, Judith estaba sentada en su sillón orejero preferido al amor de la lumbre, la leche malteada la calentaba por

dentro, a un lado tenía el pan con mantequilla y en el regazo sostenía el crucigrama críptico del *Times*.

Sí, se dijo, estaba muy bien andar por ahí atrapando asesinos, pero así era como más feliz se sentía. Cuando se encontraba en casa, segura, disfrutando de su propia compañía.

Estaba estudiando la primera pista cuando alguien llamó con fuerza a la puerta.

Judith chasqueó la lengua en señal de desaprobación. ¿Quién sería a esas horas?

Volvieron a llamar, con más insistencia incluso.

Judith dejó el periódico a un lado y se levantó, ligeramente irritada. Quienquiera que fuese más le valía que tuviera un buen motivo para interrumpirla así.

Mientras iba por el pasillo, llamaron con más fuerza aún.

—Un momento, ya voy —dijo mientras descorría los cerrojos de arriba y de abajo.

Cuando abrió, vio a una mujer alta, de unos cincuenta años. Llevaba un abrigo negro largo y tenía un pelo oscuro brillante que le llegaba por los hombros y una piel bronceada y unas cejas pobladas que le daban un aire mediterráneo.

Judith no la había visto en su vida.

—¿La puedo ayudar en algo? —le preguntó.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y miró directamente a Judith.

—Usted es Judith Potts —afirmó con un acento que Judith reconoció inmediatamente: griego.

—¿Qué pasa si lo soy? —contestó.

—Que es usted mi madrastra —aseguró la mujer, con fuego en los ojos—. Y asesinó a mi padre.

El miedo golpeó en el estómago a Judith al caer en la cuenta de quién era la mujer, y todo su mundo se vino abajo.

Agradecimientos

El germen de esta novela nació en la regata de Marlow de 2023, mientras hablaba con una fabulosa artista del lugar: Bee Skelton. (A modo de agradecimiento adicional, su nombre figura en la novela, en el capítulo en el que se menciona el Marlow Art Trail, un acontecimiento fantástico que se celebra cada año aquí, en Marlow.) Bee sugirió que sería divertido utilizar un cuadro como prueba de un crimen en lugar de una fotografía o un vídeo, más típicos. Y eso me dio el comienzo que necesitaba.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que el crimen que estaba buscando iba a necesitar una víctima de asesinato extravagante, y así es como tuve la idea de hacer girar la trama alrededor de la compañía de teatro *amateur* local. Y aquí es donde me vi ante un dilema. Vivo en Marlow, y, cuando uno ambienta misteriosos asesinatos en la ciudad en la que reside, o bien lleva a cabo una documentación exhaustiva y se arriesga a molestar a las personas que tan generosamente han compartido su vida con él solo para que luego se diga que son asesinos en potencia, o bien opta por no documentarse en absoluto. Puesto que en la universidad actué en numerosas obras de teatro *amateur*, y siempre he estado locamente enamorado del teatro y de la gente del teatro, decidí no documentar de manera específica la escena teatral *amateur* de Marlow.

Así que pueden imaginar la sorpresa que me llevé cuando estaba terminando el segundo borrador de la novela y vi que la compañía The Marlow Players iba a estrenar *La importancia de llamarse Ernesto* en primavera ese año. ¿Qué posibilidades había de que sucediese algo así? Había estado buscando una representación de 2024 de la obra para que me ayudara a refrescar el recuerdo que tenía de ella y ahí estaba, a un corto paseo de mi casa. Katie, mi mujer, y yo fuimos a verla y fue una auténtica delicia de principio a fin: con actuaciones estelares, momentos en los que personajes tanto principales como secundarios

mostraban un talento excepcional y un público que se reía a carcajadas. Casi me sentí mal por acabar de escribir una novela que sugería que en la escena teatral de Marlow había un buen número de sospechosos de asesinato. Casi.

Como siempre, debo dar las gracias a mi fantástica editora, Manpreet Grewal, y a mi agente literario, Ed Wilson, por la ayuda que me han brindado para dar forma a esta novela. Sin embargo, mi mayor agradecimiento es para mi mujer, Katie, y nuestros dos hijos, Charlie y James. Aunque este libro está dedicado a la madre de Katie, que tristemente falleció hace unas semanas, todo cuanto escribo es para vosotros tres. Gracias.

Robert Thorogood
Marlow, agosto de 2024

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Agradecimientos


coberta